# Agustín Gómez Arcos

# El hombre arrodillado



# EL HOMBRE ARRODILLADO

**AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS**

TRADUCCIÓN
ADORACIÓN ELVIRA RODRÍGUEZ

**CABARET VOLTAIRE**
2023



PRIMERA EDICIÓN *noviembre* 2023

TITULO ORIGINAL *L'homme á genoux*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2023 Herederos de Agustín Gómez Arcos
©de la edición, 2023 Adoración Elvira Rodríguez
©de esta edición, 2023 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: FA
ISBN-13: 978-84-19047-20-5
Producción del ePub: booqlab

*Dirección y Diseño de la Colección*
MIGUEL LAZARO GARCIA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA




«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte»

FOTOGRAFIAS
Cubierta: *Chicago*, 1985 ©Ceesepe, VEGAP, Madrid, 2023
Banco de imágenes VEGAP
Guarda: Agustín Gómez Arcos. Derechos Reservados

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -

incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Lucas,*
*el niño del hoyuelo*

La capital es una ciudad moderna, abierta a Europa; por eso, el viajero recién llegado podría extrañarse al verlo de rodillas bajo un sesudo cedro, personaje insólito entre la profusión de viandantes que circulan por la acera. No está haciendo teatro al aire libre, fascinante actividad. No es actor. Ni mimo. Ni malabarista. No lleva sombrero de copa de donde sacar palomas o conejos. No lanza resplandecientes lenguas de fuego de litúrgicos colores para ¡luminar el nacimiento de la noche. Practica la mendicidad. Así lo atestigua su cartel. Aunque con el tiempo se ha convencido de que nadie va a leer su desesperado mensaje escrito en mayúsculas, el texto le evita pronunciar en voz alta las palabras vergonzantes: «Tengo hambre. Deme algo. Dios se lo pague». El silencio del cartel dice: «HERMANOS, NO TENGO TRABAJO - MADRE, MUJER E HIJO ESTÁN EN EL PUEBLO -POR NECESIDAD ME ARRODILLO ANTE USTEDES - PIDO LIMOSNA - GRACIAS». Escrito está. Quien quiera, que lo lea.

Es joven. Unos veintiséis años. Pero su cuerpo arrodillado no conserva ningún atributo de la juventud: ni la altura del hombretón que era dos años antes, cuando abandonó el pueblo para buscar trabajo; ni la mirada ardiente y ávida que lo caracterizaba; ni siquiera los andares voluntariosos, como si hubiera nacido para avanzar sin descanso. No paraba un momento, Fermín tenía que corretear detrás de él, se negaba a tomar entre las suyas las manos de María, aquellas tardes de domingo en las que Fermín se retiraba a su casa para leer, argumentando que un hombre casado se debe a su mujer, sobre todo con un primer embarazo problemático. En sus labios no queda nada de aquellos ataques de risa que le entraban siempre que Fermín pasaba revista a las manías hortícolas de su suegro, el capataz: para prevenir el vandalismo de los pájaros, envolvía con papel los racimos de la parra y los numeraba. El viejo mantenía una tenaz fidelidad a los patronos de la mina en la que perdió el pie izquierdo, una sociedad anónima que le había hecho el favor de costearle un pie ortopédico y lo había ascendido a recogedor de escoria hasta que cumpliera la edad de cobrar la pensión de invalidez. Así que, en lugar de hacerle un favor, la empresa lo seguía explotando. El hombre, renqueando, apilaba montones de residuos, plantaba en ellos unos arbustos y no consentía que ese par de jovenzuelos hablara en tono sindicalista de la compañía de explotación minera y de sus patronos. Fermín lo imitaba a la perfección: voz chillona, cojera ostentosa. Eso no le gustaba a María: «No deberías tener esas amistades. No respetan a la familia y se divierten ridiculizando a los pobres». La joven daba una entonación especial al término *pobre*, como con voz de iglesia. Enojado, el futuro padre le soltaba las manos, se levantaba. Las manos de María encallaban en la redondez del vientre, donde se ponían a golpetear, inquietas, desamparadas, como unos niños perdidos en un lugar desconocido; luego, se calmaban, se reblandecían hasta perder la forma y el vigor, aquejadas de una flojedad enfermiza. Él aprovechaba tan penoso instante para largarse. Golpeaba en la ventana de Fermín, lector empedernido, cuya madre, Camila, no permitía que lo molestaran cuando estaba leyendo. La lectura de su hijo era sagrada para ella. Decía que los libros abren horizontes y alejan de la mina. Camila era viuda. Como tantas otras mujeres. Como su propia madre. Pero sólo a ella la llamaban *la Viuda*. Como si su viudedad fuera especial, la única que mereciera un título de nobleza. Su marido no murió por una explosión, ni en el fondo de un pozo, ni devorado por la silicosis. Fue durante la dictadura, cuando la *huelga de nueve meses*.

Triste embarazo que parió una sola víctima, un muerto que nadie lloró. Salvo su viuda. Camila la Viuda. De modo que cuando veía leer a su hijo, interrumpía cualquier actividad creando en la casa, habitación por habitación, una especie de silencio místico. Entornaba la puerta del fondo, la que daba a las montañas, donde las bandadas de palomas torcaces volaban hacia países lejanos. Hacia la libertad. Él, si quería ver a Fermín, tenía que rasguñar la ventana, con mucha suavidad, y esperar a que el amigo se diera cuenta de su presencia. Fermín poseía un sexto sentido para detectar al visitante. El pequeño notaba su llamada incluso a través de la pared. En eso era muy distinto de María. Su amigo lo sabía. Apenas las uñas habían rozado los cristales empañados de vaho, el chico volvía la cabeza mirándolo fijamente con sus ojos negros. Sin embargo, María ni siquiera se daba cuenta de que «su hombre» estaba de pie, junto a ella; se sobresaltaba cuando sentía el aliento cosquillearle la oreja. Luego, hacía un gesto con la mano, como ahuyentando una mosca, y murmuraba, sorprendida: «Ah, eres tú». Era frustrante. Parecía que sus labios enamorados eran los únicos insectos que ella temiera ver revolotear cerca de su cuello.

Aquellas huellas de felicidad habían desaparecido de su rostro, de su persona. Perdidas por el camino. Abolidas. Como borradas por el viento, o convertidas en espejo deslustrado que ya no refleja nada: ni luz ni sombra. Una presencia envilecida, un cuerpo doblado, arrodillado, más cerca del barro que de la brisa, ala decapitada. Antaño, ese muchacho fuerte como un roble, dicharachero, risueño, caminaba hacia los demás con la boca golosa, entregada, acogedora; provocaba en grandes y pequeños, hombres y mujeres (incluso en los animales: los perros le lamían la cara), la tentación de hacerle una caricia, de robarle un beso. Un chicarrón que a los trece años ya ocupaba el lugar de un hombre, no sólo en la cama o en los calzones (y pronto entre los muslos de una muchacha), sino también en la mina, su primer trabajo. Ahora es un joven roto. Antaño crecía a lo alto, como todo lo que se agranda, hombres incluidos; hoy está derrumbado, cabeza gacha, mirada exánime, contemplando fijamente las monedas que le echan sobre el cartel. Ciertos pájaros de mal agüero ya lo habían amenazado con un porvenir incierto: un chico demasiado libre, demasiado irresponsable, decían. Sobre todo la horda de mineros lisiados, reciclados en aquella escuadrilla de recogedores de escoria, capitaneada por su futuro suegro. «¡Panda de *viejos viciosos*!», gruñía su madre (Fermín, cómplice, asentía en silencio). Le estaban metiendo en la cabeza al capataz que vigilara a su hija. Una alhaja, esa chiquilla. Un diamante. Leía como un papagayo, sabía tanto de escritura y cuentas como una maestra de escuela, o casi. ¡Unos envidiosos! Celosos de él, un muchacho fuerte que iba a

buscarla a la salida de clase siempre que el trabajo se lo permitía. De todos aquellos viejos, el peor era Sebastián. Le faltaban tres dedos de la mano derecha y un pedazo de mandíbula. En cuanto lo veía con María, empezaba a soltar palabrotas tan feas y retorcidas como su cara. El tal Sebastián era el padre de un chico muy tímido, medio tartamudo, llamado Ramoncín. Ambicionaba dos cosas para su retoño: que se metiera en política y que se casara con María. El manco picaba alto. El capataz lo dejaba soñar y se aprovechaba de su fidelidad canina para sacarle dos aperitivos diarios (tres los domingos) y obligarlo a que le echara una mano (la izquierda) en el huerto. Su compadreo era más bien interesado, aunque es cierto que existían entre ellos lazos más estrechos, relacionados con sus esposas. Eran primas, y los abandonaron el mismo día, un Jueves Santo, para, según ellas, ir a la procesión de la ciudad. Teniendo en cuenta que la vida de una criada o de una puta requiere menos sacrificios que la de cónyuge de minero tullido, no regresaron de su peregrinaje. Suele pasar… Sebastián, el manco, mandaba a su hijo en busca de María con la excusa de que el padre de ésta la esperaba en casa. Al chicarrón se lo llevaban los demonios: «¡A ese viejo vicioso lo mato!». Luego, se iba en busca de Fermín para contárselo. Le decía que necesitaba dar una vuelta. Para tranquilizarse. «Vente conmigo.» Fermín rezongaba. «¡Venga, hombre, deja los libros, que no se van a escapar!» Fermín murmuraba: «Mamá, salgo un momento». Se iban por la puerta de la cocina, cruzaban el patio, se alejaban hacia el río, desaparecían en las profundidades de un cañaveral donde sus cuerpos habían conformado un nido. Fermín no oponía resistencia. Nunca. Seguramente le gustaba, aunque no pusiera mucha pasión. Pero, bueno, a él pasión le sobraba. Y el niño era más obediente que las muchachas. Servía para lo mismo. Pero el chicarrón no se lo podía decir. Prohibido hablar del tema. En una ocasión, al principio, se le ocurrió hacer un comentario y Fermín se puso lívido. Lo privó de su cuerpo y de su compañía durante un mes. Se le hizo larguísimo. Aprovechó para ir a la discoteca de la ciudad. Pero le dieron con la puerta en las narices. El segurata lo miró de arriba abajo. «A ver, documentación.» Iba muy en serio. Un tipo cachas, arisco. En la mano izquierda, entre el pulgar y el índice, llevaba tatuados cinco puntos. «¡Ya sabemos lo que eso significa!», explicó más tarde a María y a Fermín. «¿Y qué significa?», preguntó Fermín con mirada burlona, sospechando que estaba alardeando de un conocimiento de la vida *totalmente ficticio*. No se puede decir que la mina sea una escuela de vida, nada más lejos. «¡Significa que ha estado en el trullo, criatura! Un preso y cuatro paredes, eso es lo que significan los cinco puntos tatuados. ¡Yo sé de lo que hablo!» Le enseñó el DNI. «¡Dieciséis años recién cumplidos! ¡Una discoteca no es el preescolar! ¡Vuelve en un par de años, cuando lleves

pantalones de hombre!» Sebastián, que se lo había olido, se fue a la ciudad a indagar por su cuenta. En su informe al capataz, añadió que el jodido crío había intentado entrar en un burdel. «¡Que se cree que ya no está en edad de machacársela!», gritó, cubriendo el sonido de la tele, un sábado por la tarde en el Café del Comercio. Tuvo que olvidar a María durante diez días que se le hicieron eternos. Se consolaba repiqueteando en la ventana de Fermín. «¡Venga, tío, no te enfades, si sólo te quiero a ti! Anda, deja el libro y ven a dar una vuelta.» Aquel día, los juncos silbaban al menor soplo de aire; olían a maleza y al sudor de la nuca de Fermín.

Su sombra se empequeñece, se funde con su cuerpo. O se separa de él y se aleja. No sabe lo que le pasa a su sombra: no la ve pegada a sus tobillos cuando la busca con el rabillo del ojo, como un crío sus canicas. No es porque la sombra del cedro, más recia y pujante, la borre o la devore, la colonice en cierto modo. No. Su repentina desaparición se debe, sin duda, a que a una sombra compacta como ella no le gusta su nueva condición de sombra arrodillada. En cuanto un hombre se arrodilla, la sombra lo sigue. ¡Qué vergüenza arrastrar en la caída a la propia sombra! La desgracia debería ser para el hombre, no para la sombra. ¿Qué culpa tiene ella de los fracasos de la vida? Ninguna. Una persona en condiciones no debería exponerla a los malos tragos que da la vida. Bueno, la vida… ¿No era su sombra demasiado inmensa, demasiado protectora, abusiva, incluso, en aquella lejana época en que era de verdad su sombra, la sombra de un chicarrón erguido, la sombra larga, permanente, de un hombre de pie? Fermín y María intentaban a menudo separarse de él, seguir su propio camino, para que sus sombras no se confundieran con la suya, temiendo que su sombra —sombra caníbal— las devorara. A menos que aquella enorme sombra de la que se sentía tan orgulloso fuera una mera ilusión. Una feroz ilusión de huérfano… ¿Perdemos nuestra sombra cuando perdemos a nuestro padre?

No se le había ocurrido tal pregunta en aquellos benditos años en que vivía de pie. Hombre erguido. Sí había notado que la ausencia de padre se reflejaba a menudo en la ausencia de sombra que aquejaba a Fermín. Desde muy niño, los ojos negros de su amigo denotaban una profunda soledad que se interponía entre el chiquillo y el resto del mundo como un erial, como un campo estéril. Quien quisiera sembrar en él la menor presencia debía armarse de paciencia. Él paciencia tenía mucha. Los demás, no. Los demás miraban a Fermín como si le hubieran amputado algún miembro, el menos físico de todos y, sin embargo, el más presente: su sombra. La sombra de un niño muere cuando liquidan a su padre, decía la gente. El padre de Fermín había caído bajo las balas de la policía. Y él, que creía poseer la sombra más

vasta del mundo, se había prometido compartirla con su amigo. Como se comparten el primer cigarrillo, el primer orgasmo. La dejaba planear sobre el cuerpo del chico, pájaro de alas abiertas vigilando su nidada. Pobre del que se hubiera atrevido a tocarle un pelo de la cabeza. Siempre estaba ahí, presente. Incluso cuando empezó a bajar a la mina. Fermín seguía yendo a la escuela. Se las apañaba para no dejarlo solo un minuto. Siempre a su lado. Aquella presencia invasora desanimaba a los tipejos ruines que perseguían a Fermín con sus sarcasmos. Porque le gustaba leer, devoraba las páginas, era el único que se llevaba a su casa un montón de libros cuando llegaba el bibliobús. Él, que era mayor, entendía bastante bien ese desprecio general hacia la lectura. No creía que los libros dieran respuestas a las cosas de la vida, las que te muerden por dentro sin decir palabra, sin previo aviso. Cierto. Pero eso no quitaba para que escuchara a Fermín cuando éste se dignaba a contarle sus lecturas. La negra mirada se volvía aún más tenebrosa, más misteriosa. Como si todo (la estatura, la sombra) le creciera y se le hiciera gigantesco. Entonces, el chicarrón comprendía por qué no soportaba que esos gilipollas que ocupaban los pupitres de la escuela se rieran de Fermín porque el chico prefería la lectura a los placeres temblorosos del pajerío. Lo que tampoco era cierto del todo: a Fermín le gustaban los orgasmos, como a todo el mundo. Pero entre los brazos de su amigo, en la intimidad, y no delante de aquella manada de crios gritones. Soltaban un montón de obscenidades a cuenta de unas gotas de esperma transparente. ¡Una meadilla de perro, vamos! No, se dijo, no había comprendido hasta qué punto precisaba su sombra Fermín hasta el día que lo subieron a la superficie, destrozado por la explosión en uno de los pozos. La mina no necesita llamar a la policía: le basta y le sobra con sus infames gases. La madre de Fermín bien lo sabía. Escupió en el agujero negro en cuanto levantaron el cadáver para asearlo y llevarlo al forense. Ya había escupido en otra ocasión sobre la jodida mina cuando la justicia se incautó del cuerpo de su marido. Aquel escupitajo le valió el apodo de *la Viuda*. Camila la Viuda. Única viuda titular entre tantas viudas.

De pronto, el arrodillado teme que su propio hijo crezca sin sombra protectora si pierde él la suya. Asaltado por esa nueva desazón, busca con la mirada su sombra oculta. Desaparecida. Volatilizada. Como el éter. A su alrededor, sólo ve la sombra de la noche. Y otra, más profunda, la que el cedro interpone entre su cuerpo y la luz de las farolas. Un sudor frío le brota de la frente, de las axilas, le chorrea por la cara, por las costillas, con la mansedumbre inagotable de un manantial. Murmura: «No. El niño está a salvo con su madre y su abuelo, que no han perdido su sombra por el camino». Vale, él no está allí. Pero ellos sí. Donde tienen que estar. Tejiendo el capullo que protege al heredero, levantando un muro contra la

desgracia. Son personas sólidas, normales, que no se fijan en las idas y venidas de sus sombras. ¡Habrá algo más estrafalario que una sombra humana que se pone a jugar al escondite! No, el niño no tiene nada que temer. Crecer sin padre tan sólo será para él una prueba. Soportable. No una tragedia. Ni un trauma, como se dice ahora. Incluso es posible que María no note su ausencia. Y, por supuesto, su suegro se estará frotando las manos cada día que pasa sin verlo. Ya hace dos años. Los viejos resentidos urgen a María a que pida el divorcio. Sobre todo, Sebastián. Sólo están a favor de los derechos civiles cuando les conviene. Su suegro, sin ir más lejos, no aceptó la *unión libre* que él le había propuesto a María cuando se quedó embarazada. «¡Eso no se tolera en mi familia! ¡En mi familia, quien la hace la paga! Así que ¡a casarte!» Su propia madre pensaba lo mismo: tenía que casarse. «¡Haberte vaciado fuera!» Total, que tuvo que acceder a una boda precipitada y a irse a vivir con el suegro. Pero sin resentimiento, todo hay que decirlo. En realidad, el único realmente perjudicado fue Fermín. El chico se quitó de en medio durante varias semanas y pidió un cambio de turno, que le concedieron. Cuando un obrero sano solicitaba bajar de noche al pozo, la dirección no ponía impedimentos: el sueldo era el mismo. Y los hombres casados preferían dormir en sus casas. Con sus mujeres. Del último telediario hasta el canto del gallo. Camila la Viuda se opuso a la decisión de su hijo, pero no consiguió hacerle cambiar de idea: los libros también enseñan a encararse con la madre, por muy viuda que sea. El, por su parte, no le dio explicaciones de lo suyo al chico. Hubiera sido demasiado penoso. No son cosas de hombres. Un joven tiene que casarse en algún momento, es lo normal. Lo que haya hecho antes no cuenta. María no era una chica de las que acaparan al marido; para ella, primero estaba su padre y, después, el niño que llevaba en sus entrañas. Así que él podía entrar y salir de la casa a su antojo. Llegar cuando ella ya estaba dormida. Llevarse una regañina al menor intento de despertarla por aquello de *las ganas*, que ella no compartía a «esas horas de la noche». Volver a vestirse, despechado y furioso. Incluso irse a la discoteca, en la carretera de la ciudad. Hasta el amanecer. En dos o tres ocasiones había intentado hablar con Fermín en un cambio de turno. Y la despiadada respuesta era: «¡Vete con tu mujer!». O echaba las cortinas en cuanto oía rascar en el cristal de la ventana. Fue preciso un velatorio para que los tres se volvieran a reunir. María dijo: «Fermín, ya no vienes por casa. ¿Te hemos faltado en algo?». También ella hablaba como los libros. «No, no, es por el trabajo. Tengo menos tiempo que antes.» Sonaba a excusa. El amigo pilló la ocasión al vuelo: «El domingo libras, ven a comer con nosotros». Cogido por sorpresa, Fermín sólo acertó a decir que se lo pensaría. No quería dejar a su madre sola en casa. «Tráetela», insistió

María, «mi suegra también viene. Comeremos en familia, como cuando éramos pequeños». Fermín murmuró: «Vale, vale. Si a mi madre no le apetece ir, iré yo». Y él se alegró tanto que estuvo a punto de dar saltos de contento. En mitad del velatorio.

Al hombre se le dibuja una vaga sonrisa en la cara. Sí, sonríe arrodillado entre los viandantes. Olvida que ha perdido su sombra. Piensa que, con respecto al niño, puede confiar en María. Ella nunca ha sido una chica celosa. Ni apasionada. Sabrá explicar al hijo la ausencia del padre. Sin estridencias. Como supo entender la presencia de Fermín en la vida de su marido. Es verdad que ella no lloró la muerte del amigo. Pero tampoco apartó la vista al ver que a él se le saltaron las lágrimas. No protestó cuando él le dijo que no quería morir en la mina. Ni por culpa de la mina. Morir como Fermín, como el padre de éste, como su propio padre, como tantos otros. El mundo era ancho, quería irse a probar suerte a otro lugar. «Vete. El niño y yo te esperaremos. Estoy con mi padre. Nos apañaremos para vivir.» De todas formas, como consecuencia del accidente que había matado a Fermín, cerraron una de las galerías y el paro aumentó. El era uno de los despedidos. Era el momento de cambiar de vida. Primero, él; más tarde, María y el niño. Quizás incluso su madre. Y su suegro. Separarse para siempre de la mina. Lo indemnizaron con el sueldo de un año. No estaba mal. Se las apañó para que la compañía le concediera una ayuda económica a María y se fue del pueblo. Tranquilo. La última noche, quiso sembrar de nuevo el vientre de María, pero ella se negó en rotundo arguyendo que, para un padre fugitivo, una mujer y un hijo eran más que suficientes. Él no insistió. Se dio cuenta de que quería embarazarla de nuevo con la esperanza de que, durante los nueve meses de ocupaciones ineludibles, ella no pensara tanto en su soledad. En realidad, no deseaba tener otro hijo. Ni quería pensar en la muerte de Fermín. Su corazón rehuía el peso de esa muerte. Quería borrar de su memoria los lugares y los momentos que hacían insoportables la ausencia de Fermín. Ausencia eterna. Ésa era la ley de la muerte. Y era muy joven. Demasiada vida ante él para mortificarse con la ausencia del amigo. Acabaría siendo un interminable suplicio.

El arrodillado se pregunta a veces si María sufre. Y qué la hace sufrir: ¿el alejamiento o la soledad? Le gustaría saberlo. ¿Pero cómo? El no le ha escrito ni una sola carta en dos años. Algunas postales, al principio. Bonitas vistas del sur, donde el color de las flores y la blancura de las paredes son deslumbrantes. Para que el niño y ella vieran las esbeltas fuentes de las que surgen acrobáticos surtidores. Las fortalezas moras, los palacios árabes. Los árboles frutales cargados a más no poder. Y el mar, línea azul que huye hacia otros horizontes.

María nunca ha visto el mar. Salvo en las películas. Pero el que aparece en el cine o en la tele no es el mar que ve uno con sus propios ojos. El mar de las postales sí era como el que él veía. Creía que ellos también lo verían. La necesidad de dar noticias suyas era tan fuerte que, incluso, se permitió la fantasía de escribir unas palabras sobre una postal donde se veía a un señor de bronce con un libro bajo el brazo. Para mandársela a Fermín. Se imaginaba al cartero dejando la misiva sobre la tumba del amigo, entre el crucifijo y el ramo de crisantemos. Pero se preguntó qué podía contarle un vivo a un muerto. Él, vivo, a Fermín, muerto. Nada, se dijo. No hay palabras para traducir el fracaso. Se quedó con esa ¡dea en la cabeza. Para otro día…, en cuanto la vida le enseñe a comunicarse con los muertos.

La esperanza de encontrar un buen trabajo se esfuma. Ya no va a Correos, donde la gente envía giros postales. Rellenan un impreso. Nombre y dirección de la mujer, de los padres, de un hermano. Preguntan: «¿Me indica dónde pongo la cantidad? ¿En números o en letras?».

Él nunca mandó ningún giro. No por indolencia, sino porque nunca consiguió ahorrar suficiente dinero para enviar una cantidad digna. Más vale que los suyos ignoren su estado, o que lo consideren desaparecido. ¿De qué sirve dar señales de vida? ¿Para decir que la gente que vive de rodillas, como él, no tiene salida?

Se sonríe. A pesar suyo. Se acuerda de una buena mujer que le ofreció trabajo al principio de su calvario. Era de noche, hará unas tres semanas. Estaba arrodillado bajo un magnolio, con su cartel delante. Aunque un poco apartado. Como si el desesperado mensaje y su persona no se conocieran. O como si se hubiera arrodillado cerca de un cartel que ya estaba allí. Por casualidad, más que por necesidad. Lo que evitaba la vergüenza. Una señora muy menuda se sentó en un banco, a su lado. El la vio, a pesar de tener la mirada gacha. «Joven, ¿ese cartel es tuyo?» Levantó la cabeza. Dijo que sí. Colorado como un tomate. Temiendo que la mujer llamara a la policía. O que lo denunciara por ensuciar tan bonita avenida con su presencia de mendigo y su vergonzoso cartel. «Cuidado, muchacho; acércatelo, o alguien se lo llevará. Aquí lo roban todo, y más en las calles del centro.» La señora se levantó y le acercó el cartel para evitar cualquier confusión o peligro. Él le dio las gracias. La miró sin levantar demasiado la cabeza. Era una mujer minúscula. Traje de chaqueta gris perla tejido a mano, blusa azul marino de crepé estampada con mariposas multicolores. Cuello de corbata anudado sobre el pecho. Le sentaba muy bien; olía a lavanda. Sin embargo, era una mujer barbuda. La primera que veía. Unos pelos blancos y sedosos le crecían sobre las mejillas rosas, se extendían sobre la parte inferior de la cara componiendo un collar de ricitos alrededor del mentón. Se parecía a

esas cabezas de mármol, con una barba muy cuidada, que se ven en los jardines públicos, pero en mujer. «Antes me afeitaba. Todas las mañanas, a la vez que m¡marido. Pero ahora me tiemblan las manos y mi marido no me las puede sujetar, murió. Así que ahora me la riza mi peluquera. ¡Es una artista!» Él no supo qué contestar. Se sonrió. Sin duda de un modo muy raro porque ella añadió: «No, muchacho, no he trabajado en ningún circo. Ni en ninguna revista. *Y no estoy loca*. Tengo barba, nada más». Se volvió a sentar en el banco; él permanecía en silencio. Ella se inclinó hacia él y le dijo muy bajito: «Qué lástima que no nos hayamos conocido antes; te hubiera propuesto un trabajo. Retribuido, por supuesto, no me gusta que me hagan favores, que luego te pasas la vida eternamente agradecida y yo no tengo tiempo de estar *eternamente agradecida* a nadie. Era para mis alfombras y mis macetas. Por el verano. Enrollar las alfombras, guardarlas y sacar las plantas al balcón. Yo ya no tengo fuerzas para hacerlo. En fin, que le pedí a la portera que me buscara a alguien, y me mandó a su sobrino. Un muchacho estupendo; un poco lento: ¡tardó dos horas! Bueno, dos horas menos diez, pero le pagué las dos horas completas, bien pagadas, lo mismo que a una asistenta. ¿No te parece que se pasó un poco, un muchacho tan joven como él? No te vayas a pensar que me quejo, que no. El trabajo está hecho, y es lo que importa. Mira, si estás aún aquí a mediados de octubre, podrías hacer tú el mismo trabajo, pero al revés: desenrollar las alfombras, colocarlas en su sitio y meter dentro las macetas. Te supondría dos horas menos de calvario. ¡En tu caso, dos horas de pie y bien pagadas merecen la pena! ¿Puedo contar contigo? Vale, vendré a buscarte. En su momento. Ahora, me tengo que ir. Lo siento, pero no puedo darte ni siquiera una moneda, siempre salgo con los bolsillos vacíos para no tentar al demonio. Vigila el cartel. Es muy bonito. ¿Lo has escrito tú? Un texto precioso. Anima a la caridad. Fíjate, mientras hablábamos, tres o cuatro personas han estado a punto de llevarse la mano al bolsillo, pero como nos han visto de charla, habrán pensado que no era el momento. ¡Una pena! Pero ya volverán a pasar. Vale, me voy. ¡Buena suerte!».

La vio alejarse, dando saltitos (¡un pajarillo!), con toda la dignidad patriarcal que le otorgaba la barba. Bueno, ya empezaba a ver luz al final del túnel: dos horas de trabajo remunerado para el próximo otoño, ¡menos da una piedra! Además, la minúscula barbuda lo había convencido de que pusiera el cartel en su sitio: a la altura de su humillación. Algo es algo.

Las horas pasan. Algunas monedas caen. Se siente como un toro ante la muerte. Porque hincarse de rodillas es la peor de las muertes. En fin…, hay que hacer de tripas corazón. No cuenta las monedas. No

las mira. No las toca. Se lo aconsejó doña Ramona: «No manifiestes la urgencia de la miseria. Ni su avidez. Un pobre no tiene derechos. Ni siquiera el de calcular lo que vale la limosna». ¡Bien poca cosa son esas monedas! El dinero de la mendicidad pesa menos que el del trabajo. Ahora lo sabe. Y aún lo sabrá mejor mañana, pasado mañana, el mes que viene. ¿El mes que viene? ¿Puede otorgarse tan amplio margen de existencia? Habrá que ver.

Ahí, arrodillado, no es el mismo joven optimista que abandonó el pueblo dos años antes. Más alegre que unas pascuas. Dispuesto a conquistar el mundo. Ese ancho y generoso mundo donde lo esperaba un lugar que llevaba su nombre, para colocar en él a María y al niño. Un matrimonio que se ama no necesita demasiado espacio, y el niño puede vivir entre sus brazos, dormir acurrucado contra sus vientres. Modesta manera de calcular el espacio vital. Sí, iba en el tren. La persistente grisura de la cuenca minera se iba alejando, desaparecía sofocada por unas montañas coronadas con remolinos de nubes. Era la primera vez que salía del terruño. Una suerte darle la espalda a aquel recinto protervo, replegado sobre sí mismo, enroscado en la tribulación y el sufrimiento, el trabajo arduo, la muerte prematura. Ni siquiera los turistas se atrevían a aparecer por allí. En la discoteca, por ejemplo, nunca se veía a un extranjero. Todos, de una manera u otra, conocían la mina. Todos sabían quién bajaba a los pozos, quién construía los ataúdes. Quiénes cavaban fosas en los cementerios o decían misas. Todos vivían y morían por la compañía de explotación minera.

Él, sin embargo, logró esquivar aquel destino. No pudo hacerlo antes por culpa del servicio militar, pero al ser hijo de viuda tuvo la suerte de librarse. El capataz repetía la palabra *suerte* dándole palmadas en sus anchas espaldas de yerno. Él también estaba encantado. La muerte de Fermín lo echó todo por la borda. Comprendió que el pequeño, víctima de la mina encolerizada, nunca vería el mundo. Nadie escapaba de la trampa.

Con la nariz pegada al cristal de la ventanilla, parecía un crío que se ha fugado de casa: semblante misterioso, mirada ardiente, boca cerrada. Un mundo a su medida se iba perfilando en el horizonte. Un nuevo mundo donde podían vivir los suyos y la memoria de Fermín, arrancándosela al cementerio minero donde la enterraron.

¡Maravilloso viaje que lo llevaba a la conquista del mundo! Un tren rápido con dirección al sur, al sol, que lo alejaba del frío norte, donde la mina acechaba a sus presas. Largas distancias. Mil veces las había contemplado en el mapa, preguntándose si algún día podría recorrerlas. Y ahí estaba, por fin, sentado en un magnífico tren que devoraba los kilómetros a dentelladas. Aún no era libre, pero sentía la libertad rondando a su alrededor como un perro que quiere intimar,

ofrecer su afecto, su nobleza. El paisaje pasaba a toda velocidad. Cada vez menos abrupto. Adquiriendo poco a poco la morbidez de la llanura. Tierras soleadas, donde el color verde escaseaba: manchas imprecisas, gavillas compactas. Cultivos de cereales, sin duda; pequeñas arboledas. Él no sabía. Lo ignoraba todo sobre las plantas. Fermín se lo podía haber explicado. Ambos nacieron en tierras de hayas, castaños y pinos. El sol los alumbraba apenas. Y en contadas ocasiones: dos meses al año. Pero Fermín vivía con un libro entre las manos, y le podía haber enseñado un montón de cosas sobre el sol. Él, sin embargo, sabía leer en la velocidad y la frialdad del viento, en ese nudo de vísceras torturadas que es un cielo nublado; calcular el espesor de la nieve en la montaña por las turbulencias del torrente; predecir una nevada husmeando la borrasca o interpretando el grito de las rapaces. Pero ¿qué podía decir él del sol? Ahora lo veía, sábana de luz, cubriendo la paja amarillenta, los pardos barbechos, sin saber precisar si se mantendrá hasta la noche o si pronto será desalojado por la carga repentina de un ejército de nubes cayendo en picado de las lejanas cumbres. Pensó: «Tengo que escribirle todo esto a mi niño. Una postal llena de sol. Que sepa que hay lugares donde es así todo el año, para que le guste viajar». Tenía mucho tiempo por delante. El niño no sabría leer antes de cuatro años, en el mejor de los casos. Y a María no le interesaba mucho aprender cosas nuevas. Ni a ella ni a los demás. El capataz quería una hija maestra, pero al suspender el último curso de la escuela, decepcionó las ambiciones del padre, que soñaba con oponer los conocimientos de la hija a la ignorancia de la madre (puta, *según decían*, aunque nadie la viera ejerciendo). María sabía leer y escribir. Con eso bastaba. Leía todos los domingos el periódico local ante un padre atento y sus amigotes maravillados, a cuál más tullido. El capataz afirmaba que su hija llegaría lejos; sí, señor. El se apretaría el cinturón para mandarla al instituto y luego a la Escuela Normal. De allí saldría con su flamante título de maestra; sí, señor. Digna profesión que ejercería en el pueblo. Sí, señor. Un porvenir imaginario que iba floreciendo en la mente del capataz hasta el nefasto día en que la chica le anunció que creía estar embarazada. ¡Su hija no había cumplido los diecisiete años y ese cabrón (él), que la acompañaba a casa de noche, había conseguido que se abriera de piernas! ¡Maldita sea! No era cuestión de tomarla con la niña. La semana anterior había tenido una conversación acalorada con la maestra. Según ella, María no era el pequeño genio que él creía, sino una chica del montón, que apenas sabía leer, escribir y las cuatro reglas. ¡Qué le vamos a hacer! Al menos será una buena esposa. ¡Pero no la de un don nadie! Y ahora venía con que estaba embarazada… ¿Para qué sirven los sacrificios de un padre? Tampoco podía enfadarse con el sinvergüenza ese que la había roto; él, pobre desgraciado tullido hasta las cejas, no tenía

medios de partirle la cara, sin contar con que su rival, joven y cachas, no se iba a dejar. ¡Vaya mierda!

El maldito muchacho era huérfano. Imposible pedir explicaciones al padre, aunque sólo fuera para fijar la fecha de la boda. Esas cosas no se hacen con las madres. La madre de un joven en edad de casarse dice que una chica honrada no se deja penetrar por el primero que llega. ¡Donde las dan, las toman! Ella verá si ha perdido la virginidad y el honor. Que se lo hubiera pensado dos veces antes de decir «sí, corazón, ahí tienes mi tesoro». ¡Hoy a las chicas les importan un rábano la virginidad y el honor! Eso ya no se lleva. Al final, el tullido aceptó que el yerno entrara en casa. Bueno, tampoco era un mal muchacho. Todas las semanas, al darle un beso a su madre, le metía en el bolsillo algún dinero; el resto de la paga, se la daba a María. Escrupulosamente. Ella le compraba el tabaco, le daba unas monedas para sus gastos; tampoco se trataba de que el pobre no tuviera para tomarse un vino al salir del tajo. Pero él no bebía. A él sólo le importaban sus paseos con el hijo de Camila la Viuda. Sí, Fermín. El hijo único de aquel tipo al que mató la policía. ¿Cuánto hacía de aquello? Ah, sí, ya se acordaba…, su hija María estaba recién nacida, como el hijo del muerto. ¡Y ya tienen casi dieciocho años los dos! «Entonces, ¿esos paseos por los bosques solitarios de los alrededores?», preguntaba con mirada aviesa Sebastián, el desmandibulado. «¿Se van de caza o qué?» El capataz se encogía de hombros. «Todos hemos sido jóvenes», murmuraba. «A mi hija no le importa. Es su boda. Son sus cosas, no las mías. ¡A mí lo único que me interesa es que voy a tener un nieto!»

No, María no animará al niño a que viaje. Había conseguido un par de veces llevarla a la discoteca. En autoestop. María, Fermín y él. Una hora de paciencia para unos treinta kilómetros. Había empezado a soñar con una moto, con un coche. Un coche de segunda mano, puntualizaba, para no asustar a Fermín, que se ponía de mal humor con esas salidas en trío. Se agarraba a lo que fuera para contradecirlo. Peor: para ponerlo en ridículo delante de la chica. María los calmaba un poco, dejando claro que a ella tampoco le gustaban esas salidas. Al verse reflejada en los espejos de la discoteca, decía que parecía tonta, contoneándose como una marioneta en medio de aquel gentío. Se salía de la pista. Ellos la veían sentada, muy digna, bebiendo una Coca-Cola a sorbitos. Fermín y él se quedaban bailando juntos. A nadie le importaba el sexo de la pareja de baile, quién bailaba con una chica y quién con un chico. A Fermín eso no le gustaba nada. Pero el mayor le mandaba una preciosa sonrisa para tranquilizarlo. ¡Que servía de bien poco! El chico dejaba de bailar y se sentaba en un taburete, cerca de la barra. Ese gesto de independencia lo sacaba de sus casillas. La noche se había ido al traste. La maldita barra representaba para él la libertad

total del celibato. Fermín conversaba con otros chicos (otros tíos, pensaba), hacía nuevas amistades. Unos tipos más avispados que él, que saben hablar de libros, de política. Al chico le brillaban los ojos cuando se abordaban esos temas. Su mirada rutilaba como un trozo de antracita alcanzado por la luz en el fondo de un pozo. ¡Eran fuegos artificiales! Si por desgracia los ojos de Fermín enganchaban otra mirada del mismo calibre, entraba en pánico por si se distanciaba de él. Y amaba esa mirada con pasión, no sabía decir por qué. ¿Quizás porque recibió su luz en un momento divino, gozando por primera vez dentro de su amigo? Hasta entonces, sólo habían tenido tocamientos, más o menos atrevidos, que concluían en orgasmos fulminantes. Se los imponía al pequeño casi a la fuerza. Pero aquel día… Fermín consintió por fin. Incluso le permitió contemplar su blanca desnudez, tan secreta, tan pura que le cortó la respiración. La mirada del chico se había enganchado a la suya, y era de fuego. ¡Una hoguera! No soportaba verlo beber cerveza calentona en la barra, entre tantos tíos apelotonados. Le dijo a María: «Voy a ver lo que trama aquél». La muchacha le contestó: «¿Qué quieres que trame? Se está bebiendo una cerveza lejos del ruido, como haría cualquiera». «Si el ruido te molesta, nos vamos.» «Vale, ve a buscarlo.» «No tengo por qué ir a buscarlo. ¡Nos vamos tú y yo! Él que se quede. ¡Hasta el día del Juicio si le apetece!» María se levantó. Más rápida que la cabeza de una cobra, pensó él. Ya en la calle, María le dijo: «Vamos a coger un taxi, que quiero volver a casa». «¡Que se quede ahí el gilipollas ese!», exclamó él, y se puso a charlar con la chica en el coche. Por una vez, ella no se lo tomó a mal. Se detuvieron en la entrada del pueblo, se colaron en una casa abandonada. Estrechó a María entre sus brazos, la pegó contra una pared, la hizo suya. Ella chilló, pero sólo un instante. Como un grito que se corta en seco. A él le asustó un poco ese grito, pero su acto lo embriagó de alegría. Una alegría inmensa. Pensó: «Ya está. Todo ha terminado entre Fermín y yo. Empieza una nueva vida. De todas formas, tendré que explicárselo. Será fácil». «Hombres y mujeres están hechos para complementarse, para completarse», le dijo al día siguiente, al salir de la mina. «Deberías probarlo. Es suave y sedoso. Así que no hablemos más: dentro de quince días, en cuanto cobremos, te llevo a una casa de putas. Y no te preocupes, yo te enseñaré. Es mucho más fácil de lo que parece. Sus agujeros están hechos para nosotros, los hombres. A medida. Dan ganas de quedarse dentro toda la vida.» No paraba de hablar. No pensaba si tal explicación sonaba bien o sólo era un pretexto para mostrarse cruel. Y seguía hablando. Sin parar. «Mira, llega un momento en que uno entiende que lo que hace con un tío, contigo, por ejemplo, es algo provisional. Un recurso de sustitución. ¡De verdad, no te puedes imaginar lo bien que se está dentro de una chica!» Fermín callaba. Su

negra mirada se había apagado. Por su parte, él no tenía demasiadas ganas de reunirse con María. Quería que Fermín comprendiera. Que lo aceptara. O que se lo echara en cara. Pero ni lo uno ni lo otro. Más tarde, Fermín se desprendió brutalmente de su cuerpo cortándole el orgasmo, con la ferocidad de quien degüella a alguien. ¿Por qué se empeñaba en que su amigo legitimara una relación que sólo los incumbía a él y a su novia? Esa palabra, *novia*, quebrantó su vínculo con Fermín.

María no se hubiese atrevido a emprender ese viaje. Era un cambio de vida que ella se negaba a considerar. Su vida le gustaba, siempre le había gustado. Vida pueblerina de límites bien establecidos, de la cuna al ataúd. Sin sorpresas. Ni siquiera la muerte prematura la impresionaba: ya está prevista en el orden del día en cuanto se abraza el siniestro sacerdocio de la mina.

Tampoco se había opuesto a que él realizara el viaje. Comprendía que era preciso buscar otro trabajo, incluso otra vida. A menudo hablaban en la tele de la lacra del paro; de la movilidad, tan necesaria para mantenerse a flote. Pero, sobre todo, la muchacha sentía que la muerte de Fermín era, para su marido, causa de desasosiego. Desde las entrañas, a él le subía un vómito de ansiedad que le quitaba el sueño, que lo hacía sudar a chorros. Sólo se curaría yéndose lejos de la mina. Lo más lejos posible. Y si encima conseguía un trabajo en condiciones, mucho mejor. Volvería a dormir tranquilo. Y ella también. Y el niño. Le dijo: «No te preocupes por nosotros. Nos apañaremos. Piensa en ti».

Veía pasar la interminable fila de álamos con sus penachos compactos, como los de los caballos fúnebres. A Fermín le gustaban esos árboles. Siempre temblando como cachorrillos. Fermín decía que los álamos tienen el poder de multiplicar el viento. Y es verdad: aunque no se note el menor atisbo de brisa, esos gigantones se las apañan para que parezca que una corriente de aire pasa a través de ellos, se muestran vivos y animados cuando todo duerme o languidece a su alrededor.

Fermín debería haber viajado; sabía tantas cosas que merecía salir del pueblo. ¡Ay, cuánto había cambiado durante aquellas semanas en que dejaron de verse! Para contactar de nuevo con él, tuvo que bajar al pozo en el turno de noche. Excusa: hacer horas extraordinarias. Para los gastos de la boda. Funcionó. Se encontró junto a Fermín sin que éste pudiera evitarlo. Le hizo varias preguntas: ¿por qué habían dejado de verse? ¿Qué le había hecho él para que lo despreciara como si fuera un cabrón? Había decidido casarse con María, vale, ¡pero eso lo tenía claro desde el colegio! No le había ocultado su atracción por ella. Nunca. Ni siquiera su amor. Además, joder, tenía derecho a fundar una familia, como todo el mundo. Por cierto, que contaba con

él…, ¡sí, con él…!, para la boda. De padrino. Era al único que quería. Si Fermín se negaba, estaba dispuesto a anularlo todo. «A ver, piensa en el montón de gente que va a sufrir por tu culpa: ¡yo, María, el niño que espera! Si el niño no es tuyo es porque no estás hecho como las chicas; que si no, me habrías dado un heredero tiempo ha. Entonces, ¿de qué te quejas? ¡Yo necesito ser padre! ¡Y la única forma de conseguirlo es embarazar a una mujer!» Fermín le dijo: «¿Por qué no nos vamos? ¡Vámonos del pueblo! ¡No quiero que la mina nos mate!». Entonces supo que el chico iría a la boda.

El único viaje que hizo Fermín fue al cementerio. En una caja de pino, donde meten a los que liquida la mina. Si mueres en tu cama, madera barnizada; si te matan, un cajón de tres al cuarto. ¡Qué injusticia! Pero tampoco hay que esperar que la vida sea justa. Si lo fuera, hace mucho tiempo que este mundo sería un paraíso. Y no lo es. Es sólo un lugar más o menos habitable donde cada uno se las apaña como puede. Más bien mal, a juzgar por lo que veía a su alrededor. Claro que luego están los jefes, los poderosos, que sacan de la vida un provecho excesivo, pero son tan pocos que casi no cuentan. Cuando pensaba en la vida, era en la de la gente que parece no tener derecho a vivir. Pero que, a pesar de todo, vive.

Hoy es el sol el que le roba su sombra. En el cénit, cae como una lluvia de fuego, plúmbea, ardiente, y no parece tener prisa por proseguir su camino. Plantas y pájaros resisten la avalancha, ¿por qué no él? Es joven. Fuerte. Puede permanecer el tiempo que haga falta sobre esa parrilla estival y mostrar que, dentro de ese último recurso que es la mendicidad, no ha elegido lo más fácil: puertas de iglesias o terrazas de cafés. ¿Le importa mucho que la gente reconozca su espíritu de sacrificio, su aversión a trampear con la vida? No lo sabe. Tiempo ha tenido en dos años de pensar en ello, pero no lo ha hecho. Se deja llevar. Los envites del destino son tan duros que no tiene fuerzas para resistirse. Se deja arrollar. Ya sólo le falta la caída en picado. Lo que algunos llaman el salto al vacío. Pero ¿piensa en María y en el niño?

Sí, es mejor que María no haya querido irse con él, que Fermín haya muerto. Si se hubiesen ido juntos en busca de una vida mejor, estarían ahora sobre una de esas mantas que venden en el rastro, tres mendigos abatidos con un crío: cuatro miserias, como los indigentes de las ciudades, que se cobijan en las marquesinas de los bancos, en las bocas del metro. Ésos ya no tienen nada. Ni familia. Ni techo. Ni derechos. La vida los abandonó en mitad del camino y la muerte aún nos los ha reclamado. A la muerte le importan un carajo. Tiene otras cosas más importantes en las que pensar: guerras, hospitales, droga, crimen; y esos niños sin carne que vemos en los periódicos, barriga

hinchada, labios comidos por las moscas. Sí, ellos cuatro hubieran sido una familia olvidada, una de tantas, viva pero humillada, gentes a las que la muerte repudia, castigo de una sociedad culpable, evidencia del fracaso, tumor maligno. De modo que más vale que lo suyos se queden donde están: en la muerte, en el olvido.

¿No puede pensar en cosas alegres? Él, como todo hijo de vecino, conoció la alegría. Su risa era tan escandalosa que intentaba sofocarla cuando le brotaba sobre los senos de María, sobre la nuca de Fermín. A ninguno de los dos les apetecía que los extraños supieran de qué estaba hecha su felicidad. Él se tragaba su júbilo antes de que estallara. O lo manifestaba con palabras broncas, que nacen, viven y mueren en el pecho. Fermín lo llamaba *vida secreta*. El único que exteriorizaba su alegría de vivir era el niño. Una alegría bulliciosa. Su padre jugaba a devorarle el culito y la barriga. Quizás algún día su hijo lo recuerde como un payaso cosquilloso.

Se asfixia. Deberían prohibir que el sol aparcara en el cénit. Vagabundos y mendigos padecerían menos esa salvaje incandescencia llamada *mes de agosto*. Se respira fuego, el calor hace las veces de abanico. Los perros sacan la lengua, más pesada que sus propias cabezas. Las flores se arquean, tristes plantas fúnebres sobre la vía pública. A imitación del infierno, la calzada exhala bocanadas de vapor. Cuando frena un coche, un olor nauseabundo a neumático quemado, a asfalto fundido, penetra por la nariz, y allí permanece un buen rato. Los turistas se pasean en pantalón corto y camiseta; los autóctonos, en manga corta. Sin duda tienen un montón de cosas que hacer en Correos: las puertas giratorias no paran de dar vueltas. El arrodillado desvía la mirada. Nada que hacer en ese horrible edificio donde la gente envía giros postales y cartas. Al paso que va su brillante carrera de mendigo, no tendrá que cruzar esa puerta en mucho tiempo. Quizás nunca.

Suspira. Hoy en día, la caridad depende de las mujeres de cierta edad, de cierto estatus. Por desgracia, sus preciosos bolsos sólo contienen unas cuantas monedas que les cuesta trabajo encontrar. La calderilla se desperdiga con facilidad; se pierde entre pañuelos bordados, polveras, llaveros, pastilleros, rosarios. La que se detiene ahora ante él es del tipo cascarrabias, viuda, suegra de militar, titular de una pensión del Estado o de una renta sustancial. A ésas nunca hay que contradecirlas, según recomendación de doña Ramona; hay que responder a sus preguntas, por supuesto, pero con frases cortas. «Sí, señora.» «Es cierto, señora.» El énfasis en la palabra *señora* debe encubrir la menor ambigüedad, como si se hubiera concebido, pensado y pronunciado con mayúsculas. Eso aumenta el nivel de la pulsión caritativa. Doña Ramona lo tenía clarísimo. Y debía ser cierto si, como ella decía, más sabe el demonio por viejo que por demonio.

La dama es prisionera de una cápsula de perfume como el que se huele en los grandes almacenes. El arrodillado asocia ese aroma con el lujo. Pero tal vez se equivoca: no es muy ducho en identificar señales externas de riqueza. Debe de funcionar como una coraza inviolable contra el conjunto de olores esparcidos por la ciudad. Una coraza protectora que permite ver la miseria, pero no olería. Porque lo insoportable de los menesterosos no es su aspecto, sino su pestilencia. El aspecto lo conocemos por los cuadros que admiramos en los museos, por las películas que vemos en el cine; también podemos imaginarlo por la descripción de los Evangelios, que no omiten ni úlcera purulenta ni andrajo mugriento. Pero el olor… Hay que estar verdaderamente empapado en caridad cristiana para no llamarlo por su nombre legítimo: hedor. La señora que salga sin tomar la precaución de aislarse en una nube de Guerlain comprobará que se le agarra a la garganta. Y no se trata de taparse la nariz con un pañuelo; siempre habrá fotógrafos dispuestos a sorprenderla en flagrante delito y vender la foto a los periódicos. «Doña Fulana de Tal socorre a un mendigo atrincherada tras un fular.» «Nuestras damas caritativas deberían comprar mascarillas a los japoneses. O compartir rentas y privilegios para acabar con la miseria en el mundo.» Eso es lo que habría dicho Fermín. El arrodillado sonríe. Compartir supondría para esas pobres damas quedarse sin ocupación, pero podrían poner de nuevo de moda los balnearios, los cruceros… ¡En fin! Los periódicos tienen otras prioridades. *Rock and roll* y artistas llenan todas sus páginas. No se preocupe, señora, el peligro no viene de ahí; ni siquiera tengo sombra que pueda asustarla. Siga siendo caritativa con su calderilla. Tal y como está el mundo, un día de rodillas no es pagar demasiado por un plato de comida. Hay cosas peores.

La dama perfumada parece haber oído al arrodillado. Dice: «Me pareces muy limpito, muchacho. Me gusta la limpieza. Un pobre limpio no es un mendigo profesional, su pobreza es auténtica. Me gusta ayudarlo. Hace ya casi una semana que te doy limosna. Me he dado cuenta de que no te huele la axila cuando tiendes la mano. Es admirable, sudando de esa forma bajo este sol de justicia. Sí, tu limpieza me gusta. Estoy segura de que te sale del alma. Cuando se tiene el alma limpia, la pobreza no es fingida. Ni merecida. Por eso ejerzo gustosa la caridad, como Jesucristo y la Iglesia nos aconsejan. Y, por favor, no te me eches a llorar. No te hablo así para conmoverte. Llevas tu función de mendigo con la misma dignidad que otros llevan la función de obispo, de director de empresa o de mariscal. Puedes estar orgulloso. Voy a pedir a todas mis amigas que pasen por aquí para darte una limosna. Son como una docena. Todas las mañanas, después de misa, desayunamos en un salón de té muy cerca de aquí. Les cae a mano. No son tan generosas como yo, pero, ya sabes, las

montañas y los desiertos se hacen grano a grano. De arena, por supuesto. Si llegamos a un acuerdo, podré compartir sin escrúpulos mi *presupuesto para candad* contigo y con otros pobres. Pero aun así regresarás a casa por la noche con los bolsillos llenos. Bueno, llenos, llenos… Es una manera de hablar. Aquí los únicos que se llenan los bolsillos son los socialistas. Ellos y los gánsteres, ¿no lees los periódicos? Tienes un aspecto muy virtuoso, muchacho. Muy muy afligido. Eso está bien. Si alguien te aconseja que te pongas rodilleras, te recomiendo que no caigas en la trampa; te quitarían ese punto de *marginado* que tanto gusta ver en los indigentes. ¡Bueno, al final he encontrado algo de dinero en este follón de bolso! Toma, con esto te compras media barra de pan; dicen que para los pobres es la mitad de la cena. Yo no como pan, ni lo pruebo, que engorda. Y yo, cuando engordo, se me queda todo en las caderas y en el pecho. ¡Mira, para que veas que no miento! Además, el pan me da aerofagia. El otro día estuve a punto de que se me escapara en plena misa, ¡imagínate qué situación tan delicada para un alma piadosa!». La señora suelta una risita, como un escalofrío en su caparazón perfumado; luego, resopla y prosigue: «Quería decirte…, verás: entre mis amigas, hay una o dos…, sí, dos rubias…, que quizás te propongan que vayas algún día a su casa para que les hagas alguna chapuza, lo hacen con jóvenes agraciados como tú…, hay que reconocer que la miseria aún no te ha estropeado mucho…; en fin, que tengas cuidado: lo que quieren no son precisamente chapuzas domésticas… Bueno, ¡que Dios te bendiga!».

La dama se marcha. Él ha debido de exagerar la dosis de sonrisa *triste pero condescendiente* que le recomendó doña Ramona. Las monedas que recibe a cambio no compensan. Si para sobrevivir tiene que humillarse de ese modo, va de cráneo. Al dejar a su familia no imaginaba que caería tan bajo. Física y moralmente. Ni que la vida, su enemiga íntima desde la muerte de Fermín, le haría morder el polvo de manera tan despiadada.

En esas horas penosas, sólo le queda el recurso de la memoria. Pide auxilio a la antigua placidez para protegerse de la realidad. Su boda, por ejemplo. Salió un día espléndido. El sol brillaba lo justo, como ocurre a veces en el norte. María llevaba un vestido hecho por una modista de la ciudad; Camila la Viuda se había permitido el lujo de comprar un traje negro, «exactamente igual que el del novio», para Fermín, que era el padrino de boda, casi tan importante como el propio novio. La pobre no se podía imaginar que, poco tiempo después, ese mismo traje serviría para enterrar a su único hijo.

La boda fue un éxito. Su madre se había entrampado hasta las cejas. Se hizo cargo del banquete, de la alianza de la novia, del ajuar

del esposo (sólo tenía unos vaqueros, unos jerséis y sus camisas de adolescente). Tardó años en saldar la deuda, hasta el punto de que no pudo contribuir a los gastos del nacimiento y del bautizo del niño, a quien llamaron Javier, como el padre de su padre, muerto de silicosis. El suegro asumió los demás gastos: ajuar de María, iglesia, juzgado, grupo musical de la ciudad, barra libre en bebidas, baile hasta el amanecer. La madre del novio se marchó de la sala de fiestas en cuanto la orquesta empezó a tocar: tenía que trabajar al día siguiente, muy temprano. Camila la Viuda no consintió en asistir a la ceremonia, aunque su Fermín fuera el chico más guapo de los allí reunidos. Todas las mujeres estaban de acuerdo: el hijo del fusilado era un pelín raro, pero sin duda el más guapo del pueblo. ¡Y de los alrededores! Sus ojos negros y su piel clara hacían estragos. Las chicas estaban locas por él, las viudas (las había de todas las edades, por culpa de la mina) se lamentaban de que le importaran tanto los libros y tan poco las chapucillas en las casas de las mujeres sin hombre. Todas soñaban con sus manos masculinas perdiéndose allí donde hacían tanta falta. ¿Dónde? Silencio. Nadie ignoraba el auténtico sentido de aquellos suspiros. Parecían gallinas cacareando, y eso, a él, le divertía. Miraba a Fermín, que bailaba con los ojos cerrados, rodeado por la perseverancia de unas, la curiosidad de otras. Pensaba que, ciertamente, el chico era la cosa viva más hermosa que Dios haya puesto en este mundo. Incluso más que María, tan preciosa con su vestido de novia. Su esposo la tomaba entre sus brazos como si fuera un tesoro, pues llevaba a su hijo en las entrañas, su dicha de hombre casado. Fermín no abría los ojos: se negaba a aceptar ese baile nupcial que los jóvenes esposos brindaban a los invitados. Se prestaba a la pantomima, pero tenso, hierático. Bailaba, daba vueltas como un animal que se ha vuelto loco. ¿Loco de qué? ¿De alegría? ¿De rabia? Un animal al fin libre, liberado de un yugo. Un bello animal devuelto a su estado salvaje. El captaba las miradas de deseo que le lanzaban, relámpagos fugaces en un cielo plomizo. Pues sí, sería mejor acompañar a Fermín cuando termine la fiesta. Lo podían dejar en su casa, en el regazo de Camila la Viuda. María le espetó a su esposo: «¿Quieres bailar con él?». Y él se quedó desconcertado. Más de la cuenta, pensó al día siguiente. Pero sonrió y negó con la cabeza. «Yo sí. Quiero bailar con él. Aunque no le apetezca. Me niego a que *nunca* sepa lo que es acariciar el satén de un traje de novia.» El se ruborizó y dijo: «Tú no lo quieres». «No digas eso. Claro que lo quiero. Más que tú. Sólo que yo no siento pasión por él.» Y se fue a bailar con Fermín. Las viudas aplaudieron, la orquesta saludó aquel desafuero interpretando un pasacalle muy movidito. Él siguió sonriendo. En la pista bailaban los dos seres que más amaba en el mundo. Los deseaba con la misma fuerza. Era como la realización milagrosa de un deseo

inconfesado. María y Fermín conformaban su amor: las dos caras de la misma moneda. ¿Por qué complicar tanto las cosas intentando llevar a Fermín por *el buen camino*? ¿Y si los tres estuvieran en otro camino, el *auténtico* camino? No esperó a tener una respuesta. Se fue al centro de la sala, abrazó con fuerza a su mujer y a su amigo, y bailaron juntos.

Más tarde, propuso a Fermín acompañarlo a su casa: «Nos viene de camino». Le pasó un brazo por los hombros. Fermín se soltó con brusquedad. Como montándole una escena. Medias palabras, medias tintas, no por eso menos desagradables. «Ve con tu mujer. Tu suegro te ha comprado una cama nueva; lástima que sea sólo para que continuéis con lo que ya empezasteis, lo principal ya está hecho. ¡Más le hubiera valido comprarla de segunda mano!» Él se puso furioso. Lo empujó hasta el patio trasero, dispuesto a darle un puñetazo; violencia que lo hería a él más que al propio amigo. «¡Te voy a dar tu merecido, cabrón! ¡No se puede hablar así de las mujeres! ¡Mi mujer no es una puta! ¡Defiéndete!» En el patio, Fermín se desplomó como un saco vacío, más pesado que el plomo. Estuvo a punto de caerse en un charco de barro con su traje nuevo. A pesar de su enfado, el joven tuvo los reflejos suficientes para evitar la catástrofe: Camila la Viuda nunca le hubiera perdonado tal descuido. Su madre, tampoco. Para lamentarse de los accidentes indumentarios todas las mujeres son iguales. De modo que sujetó a un Fermín semiinconsciente antes de que se desplomara ya dormido, con su transparente sonrisa en los labios. ¡Puto inocente! Él conocía muy bien esa sonrisa misteriosa. «Imperceptible», corregía Fermín; «yo no soy misterioso». ¡Pero sí que lo era! El chico podía llamarla como quisiera, pero esa sonrisa era un auténtico misterio. Para él y para los demás. Un misterio vivo. Su madre y María decían que se debía a la lectura. Leía demasiado. ¡Habrá que ver lo que encubren los libros y lo que revelan! Él sonreía, comprensivo. Le venía de su padre. Era hijo único de padre asesinado y llevaba en su carne los agujeros de las balas. Claro que no se veían, pero los agujeros estaban ahí. Nada mejor que una bala asesina para perforar el negro abismo de sus ojos. Cada vez que Fermín levantaba los párpados parecía producirse un disparo. Fulgores de luz, fulgores de muerte. Te oprimían la garganta, el estómago, las entrañas. Te lo oprimían todo, cuerpo y alma. Él se decía feliz de no tener que explicar ese sentimiento más profundo, más conmovedor que el amor que profesaba a su madre, a María. Un sentimiento que un hombre sólo puede justificar ante su propia conciencia. Sin embargo, había empujado a ese cabrón hasta el patio para darle una paliza. Inmóvil, asombrado, tembloroso y enternecido, lo tenía entre sus brazos como quien no quiere despertar a un niño que llevara a la cama. Contemplaba revolotear aquella sonrisa sobre el rostro, pájaro voluble iluminando unas veces los dientes; otras, la frente. ¡Era un ardid de la

luna! ¡Imposible que una puñetera sonrisa esté en todas partes a la vez, como Dios! ¡Qué transparencia de mejillas! La piel y el cutis parecen pétalos. Una rara especie de pétalos. ¡Flor de seda, de terciopelo, de cristal; una flor de carne! Lo había llevado hasta allí a empujones para darle la paliza del siglo. Pero resulta que el chico no tenía sombra: la luna se la había robado. ¿Podía ensañarse con él, dormido, huérfano de sombra? ¿Negarle su propia sombra protectora? ¿Podía pegarle a un ángel?

Un ángel borracho al que habían llevado a casa después del baile. El ángel fue el primero en acostarse en la cama nueva, regalo del suegro. Cogidos de la mano, los recién casados lo contemplaron: el ángel se había sumido en un sueño tan apacible que lo hubieran deseado eterno. María murmuró: «Duerme como un bebé». Se acarició el vientre: allí estaba el hijo de ambos, durmiendo plácidamente en su cunita placentaria. Como Fermín en la cama de matrimonio. Él pensó: «¡Joder, cómo los quiero!», y abrazó a su mujer. Camila la Viuda vino a buscar a su hijo al ser de día. Las madres siempre saben encontrar a sus hijos. Fermín trabajaba de mañana, María y él se iban de *viaje de novios* a la ciudad. A ella no le apetecía ir más lejos. Al día siguiente, María echaba de menos sus cosas y regresaron en el autobús de las cuatro de la tarde. Habían comprado media docena de mantelitos. Preciosos. De plástico imitación rafia.

La señora se ha alejado, dejando tras de sí su nube de perfume caro. No es un regalo, sino un olvido. Al haber trabajado para gente pudiente, él sabe muy bien que los ricos no van dejando nada por ahí, salvo por descuido. Los ricos se lo quedan todo: el dinero, por supuesto, y también el ambiente perfumado que ese dinero proporciona. Bueno, podrá respirar el aroma de los ricachones durante unos minutos más, pero olvida que el equipaje de los ricos sigue a sus amos allá donde vayan, como un fiel lacayo. Lo que es perfectamente normal. A nadie se le ocurre que una exquisita nube aromática encalle como un barco fantasma en la humilde cabeza de un arrodillado. Esas cosas sólo se ven en los cuadros de las iglesias; pero, en nuestros días, la Iglesia ya no hace la ley. De modo que, muchacho, deja ir en paz tan agradable aroma; el contacto con un marginado como tú no le pega. Si tan divino olor permaneciera contigo, sería como la cola de un vestido de princesa decapitada, desastrada.

Lanza un largo suspiro. Regresan los olores de la calle: gasolina, meadas de gato, mierda de perro, sudor y secreciones de la otra especie, la humana, así como los propios de la calle —pescado, carne (bolsas de las amas de casa), pachuli (empleadas de Correos), incienso y culo (curas: olor de santidad)—. Cerca de él, un vagabundo que mordisquea un plátano podrido y bebe vinazo de una botella

recalentada por el sol, contribuyendo a la fetidez ambiental, le ofrece compartir su fresca comida veraniega: sólo de pensarlo le dan arcadas. Las sopas extravagantes de doña Ramona, que ella llama *sopas chinas*, mezcla de menudillos de pollo y calamares, le parecen menos asquerosas que los manjares celestes de su vecino: según la Biblia, frutas y vinos guarnecían antaño las mesas de los reyes; pero, claro, cuando caen de las mesas reales sobre los bancos pauperizados de las ciudades, ya no son iguales. El higo sensual, comido por los gusanos, se reblandece; la uva embriagadora de las bacanales se ha agriado y pierde su tersura… El mendigo no insiste. Se envuelve en los faldones de su abrigo y eructa. Pestazo a cloaca. ¿Qué edad puede tener? Quizás sea muy viejo: con treinta y cinco grados a la sombra, va vestido como en pleno invierno. El frío de la muerte que lo acecha, que le impide sudar en este horno. El hombre se acuesta en el banco y empieza a roncar al ritmo de las bocinas, y con el mismo vigor.

¿Llegará él a esa edad? ¿En qué condiciones? ¿Hay que permanecer de rodillas toda la vida para lograr una vejez de ese tipo? Triste logro. Triste respuesta.

De pronto, la sombra de una pareja le cae encima, y una moneda sobre el cartel. No levanta la cabeza. La pareja y su sombra no se mueven. «¿Te podemos hacer unas preguntas?» Es una voz femenina. Levanta la vista. Un chico y una chica de apenas dieciocho años, estudiantes: llevan pegatinas de la última manifestación en sus camisetas, en los bolsillos de los vaqueros. El chico fue quien le echó el dinero: cierra el monedero. La chica le enseña una hoja impresa y un bolígrafo. «Somos estudiantes de Ciencias Políticas. Ya sabes, política, economía, temas sociales…» «Debo de parecer imbécil», se dice el hombre. «Estamos haciendo una encuesta sobre la nueva pobreza, los nuevos pobres: clase socioprofesional, estudios, último empleo, duración del desempleo, finalización de ayudas, cosas así. Queremos hacerte unas preguntas sobre ti, sobre tu familia…» El chico interviene: «No creas que es por curiosidad, es por trabajo. Un trabajo como otro cualquiera. Pagado. Para nosotros es una ayuda. Si nos contestas, repartimos el dinero contigo. Tres partes iguales. Podrás cenar en condiciones». No pregunta cuánto, asiente con la cabeza. Ese chico, entre humilde y agresivo, y su manera de hablar le recuerdan a Fermín; la chica tiene el aspecto relajado que podía haber tenido María si hubiera hecho la carrera de Magisterio como quería su padre. Esos dos sueñan, seguro, con dirigir el mundo. Les desea que para entonces no se les trunque la vida como les pasó a Fermín, a él, a María.

¡Joder! No tiene ningunas ganas de contestar a sus preguntas ahí, bajo ese sol de justicia. Pero tampoco pretende impedirles que hagan su trabajo. Su trabajo es él, qué duda cabe. Así que nunca hay que

lamentarse de ser un excluido en fase terminal: creas puestos de trabajo. Para jóvenes. Como él, hace tres años. Era joven. Tomó el tren de la esperanza. Pero… lo vaciaron, como un saco de escoria, allí donde se vacía todo lo inútil: en la calle. ¡Aunque arrodillado, aún le queda una pizca de conciencia social! No será él quien contribuya a crear más paro negándose a colaborar con estos dos jóvenes. Además, son muy agradables. Ella lleva una trenza y le caen por la cara unos mechoncitos de pelo; debe de ser la moda. La mira cómo va pasando los folios. El chico marca con una cruz los que contienen preguntas adecuadas y dice entre dientes (como si el arrodillado no estuviera presente): «No, éste no; este tío nunca será *joven directivo dinámico'*, el ordenador y los viajes en avión no son lo suyo; es el folio que se refiere a los nuevos pobres, aquí está: *lugar reservado en nuestra sociedad a los jóvenes sin cualificación profesional*. ¡Ya podían haberlo dicho de forma más breve! Venga, te dejo sola». Lleva el pelo bastante largo, con flequillo. Se conecta unos auriculares para escuchar el rock duro de un grupo anglosajón. «¿Has tenido trabajo alguna vez?» ¡Pero qué se cree esta niña! ¿Que es un vago? ¿Que nació de rodillas? Asiente con la cabeza. «¿El trabajo era en el sector terciario?» Eso ya no lo entiende; no sabe si tiene que asentir o negar con la cabeza, la mira con la boca abierta y dice: «Era minero». «¡Ah, bueno, eso lo cambia todo!» Su compañero libera el oído derecho. «Era minero. ¿Eso es obrero o empleado?» «Ni lo uno ni lo otro.» «Entonces, ¿dónde lo pongo?» «En caso social.» Su tono es firme. La chica marca con una cruz. «¿Has disfrutado de alguna prestación por desempleo?» «Doce meses… Paro técnico.» «¿Has recuperado tu antiguo empleo?» «El pozo en el que Fermín y yo trabajábamos saltó por los aires. Yo me fui en busca de trabajo. Sólo he encontrado algunas chapuzas…, trabajo temporal. Ahora ya nada.» Le dan ganas de añadir: «¡Déjalo ya!». Pero se calla. Tendrá que preguntarle a doña Ramona cómo debe comportarse en este tipo de situaciones. Creía que las palabras del cartel bastaban para contar su historia. Pero no, la gente quiere saber más. «¿Te has puesto de…, de rodillas por desesperanza o más bien para acusar a la sociedad?» No lo sabe. Está ahí, de rodillas, pidiendo ayuda. Doña Ramona se lo aconsejó el día en que ya no pudo pagar el alquiler de su cuchitril. Ella le explicó: «Un hombretón como tú sentado en el suelo parece un vago; sin embargo, si estás de rodillas, la gente pensará que estás pagando la limosna que pides con el precio de la incomodidad». Bueno, eso él no lo puede decir en público. No tiene trabajo, no tiene un duro, no tiene dónde caerse muerto. Una pesadilla. Se siente acosado por estos jóvenes. Y el miedo se despierta. Miedo a la gente. El sudor frío le empapa el pecho, la debilidad se adueña de sus piernas. Cómo decirles «¡dejadme en paz de una vez!». No sabe si eso puede decirse cuando uno está de rodillas, implorando

caridad. Murmura: «No he entendido muy bien la pregunta». El chico dictamina: «Pon: para *culpabilizar públicamente a la sociedad*; es lo que han dicho los otros arrodillados». Se saca del bolsillo tres billetes de cien pesetas y se los da. «Toma, la tercera parte del precio, como te dije». Él les da las gracias, los encuestadores se van. El peso del sol se queda. Es insoportable. Se va a desmayar. Tiene el estómago vacío, lo siente flotar dentro del cuerpo. Piensa: «Me voy al parque a descansar un poco». Se levanta. Podría comprarse un bocadillo, comérselo a la sombra de los árboles, cerca de una fuente. Un bocadillo de jamón. Está deseando darse ese gusto prohibido. Se le hace la boca agua. Aprieta el paso.

Se sienta en un banco del parque. No en el centro, sino en una esquina, con una nalga fuera, para dejar todo el sitio a quienes desearan sentarse. Desde que vive de la caridad ajena, le parece que no tiene los mismos derechos que los demás. Sus derechos han menguado. Ejemplo: para enjuagarse las manos, lavarse la cara o beber en una fuente pública, se aparta a un lado, con discreción, y espera a que los viandantes terminen de refrescarse. Lo mismo con las aceras. Sobre todo si son estrechas. Se sienta en el bordillo, cede el paso hasta a los perros. Ya no actúa como una persona normal, aunque aún no ha adquirido el descaro de los sintecho. Pero todo llegará. También las pulgas, las úlceras y vaya usted a saber qué más.

Reflexiones quizás algo amargas, piensa, mientras se come el bocadillo de atún, el jamón serrano está por las nubes (otra ilusión que se desmorona). El trabajo diario, fijo, otorga unas libertades que sólo se aprecian cuando no se tiene nada. Tan sólo los ricos quieren vivir sin trabajar, o los chalados. Pero ésa es otra historia que nada tiene que ver con él.

Intenta imaginarse a sí mismo como un viandante más, pero no lo consigue; no del todo. Primero, necesitaría un empleo estable, con descanso para el almuerzo, sobre todo en verano; en segundo lugar, no tener otras cargas, como María y el niño… De todas formas, ¿qué haría él en todo este guirigay, acariciando a los crios, intentando conseguir una cita con alguna secretaria joven? A estas horas, las secretarias jóvenes están almorzando con sus jefes. Eso decía su madre cuando el suegro pretendía que María se hiciera funcionaría. Quizás su madre se equivocaba. A ella no le gustaba María. Al menos, hasta que ésta le dio un nieto. Eso sí: cuando nació el niño (un niño que tenía toda la cara de su difunto marido), no paraba de tratar a la nuera de *hija mía*. El suegro se subía por las paredes cuando la veía aparecer, pero se resignaba. Se llevaban fatal, a causa del niño. Su madre era despiadada con el consuegro. Muchas veces, se pasaba de la raya. Sólo abandonaba la casa del cojo para irse a trabajar. Además, pensaba pedir tres meses de permiso para ayudar a su nuera en las

tareas del hogar. «Para una chica que no ha tenido madre es difícil cargar con un recién nacido y dos hombres», decía, disfrutando de poner en evidencia la cornamenta del viejo. María se enfrentaba a ella sin tapujos. Los temas de su familia nada tenían que ver con la madre de su marido. «¡Métase en sus asuntos, querida suegra!» Por la noche, en la cama, juraba que algún día la mataría. «¡A ésa me la cargo yo! ¡Aunque tengamos que ir todos a la cárcel: mi padre, el niño, tú y yo!» Por lo visto, pensaba en un crimen colectivo. El, por su parte, aprovechaba la ocasión para levantarse y salir de casa. Iba a tocar en los cristales de Fermín. Pero, desde la boda, el chico casi nunca le contestaba, fingiendo estar dormido. Como un tronco.

Suspiro profundo. Como siempre que recuerda a Fermín. En su mente, el chico y su muerte son una misma cosa.

A la hora de comer, dobla el cartel (el texto hacia adentro) y lo deja en el banco: ocupa menos espacio que una persona, y a él le da aspecto de empleado (asesor de desarrollo) encargado de los planos de un gran proyecto. Por supuesto, tiene la plena confianza de sus jefes. ¿Le iban a confiar, si no, un documento tan importante? Se puede comer tranquilo su miserable bocadillo de atún, ingerir la cerveza. Echar el sonoro y petulante eructo del satisfecho. El eructo de los justos, de quienes aún tienen un trabajo, un cargo.

¿No estará delirando? En realidad, no. Sólo intenta soñar una vez más. Pero todo en él delata al marginado, empezando por el cartel. Doblado, oculta el mensaje que emite el resto del tiempo, pero no consigue disimular las sospechosas aureolas de las cagadas de palomas, de las meadas de perros, más delatoras que la porra de un guardia o la frase de un crío que lo señala con el dedo: «Mamá, ¿eso es un pobre?». Son tan numerosos los pobres a los que llaman *eso* que las mamas ni siquiera contestan.

Se termina el bocadillo, se bebe la cerveza. Sentado sobre sus patas traseras, un chucho lo mira comer. Parece estar al tanto de la situación porque no se atreve a pedir ni una migaja. No mueve la cola. Sin embargo, el atún en aceite de oliva huele de maravilla. Un delicioso aroma le acaricia el hocico. El animal se conforma con observar. Con tanta atención que parece un pintor. Un pintor animalista, o mejor un pintor «personista». Sin duda se trata de un vagabundo como él, ya lo ha visto antes por ahí. Pero no. El perro lleva collar. Debe de tener amo y casa. El hombre le guiña un ojo (cómplice), el chucho permanece impasible. Un grito: «¡Aquí, Gandul!». El observador canino apenas mueve la oreja izquierda; la aplasta sobre la cabeza, como quien dobla la ropa. «¿Te llamas *Gandul*?» Ambos se miran a los ojos. El otro asiente con la cabeza. «Sí, señor, ¡el chucho me ha dicho que sí con la cabeza!» «¿De modo que hablas? ¿Eres un perro parlante?» El otro, mohíno, niega con la

cabeza. «¡Pues, chico, para lo que hay que oír en este mundo, no te pierdes nada; te lo digo por experiencia! Yo, si no hablara de vez en cuando con doña Ramona, me quedaría mudo todo el día, como tú. ¿Quién podría hablar conmigo en esta puta ciudad? ¡Las viejas locas! Y yo, ¿con quién podría conversar? Con los locos, contigo. Mi madre, mi mujer, mi hijo, mi suegro están lejos. En el pueblo. Era más sensato que venirse a cuatro patas para buscarse la vida aquí. Ni siquiera sé si me echan de menos. Nunca he escrito para decirles que sigo vivo. También estaba la madre de Fermín. Me hubiera gustado que me contara… En realidad, no sé qué. Yo veía a Fermín a diario. Soy…, era dos años mayor que él. Lo conocí de chiquitín, y murió sin que yo lograra saberlo todo sobre él. Yo le contaba todo lo mío, y él… sólo me contaba lo que leía en los libros. "Es importante que sepas esto." O lo otro. Pero nada de lo que le pasaba por la cabeza mientras hacíamos… Bueno, no son cosas para que las oiga un perro…, de eso, nada, ni palabra. María decía que cuando yo la penetraba era como si lo hiciera el mundo entero. ¡Te lo juro! Es cierto que las mujeres están un poco locas, que dicen tonterías. ¡Pero María lo sentía, ella no es una puta! No es como las otras…, me refiero a que no pensaba sólo con la entrepierna. Embarazada de tres meses, cuando ya empezaba a sentir la presencia del bebé, me pedía más. Me dejaba intentarlo todo, probarlo todo…, pero fuera, nunca dentro. Dentro, era para el bebé, sólo para él. Y lo decía sin tapujos. Mientras que Fermín… Me podía quedar horas dentro de él…, toda la noche…, ¡sí, en el cañaveral…! Nunca hablaba del tema. Gemidos, jadeos. Pero palabras, ni una. Me sacaba de mis casillas, empujaba con más fuerza para arrancarle algo más que gritos: ¡palabras! Ni por ésas. «El lenguaje no está hecho para hablar de esas cosas», decía. ¡De verdad que si no me volví loco en aquella época, nunca lo haré! Por eso me hubiera gustado hablar con su madre: para saber si por casualidad, en sueños… Tú sabes que, en sueños, a veces, se habla en voz alta, ¿verdad? Quizás dijo mi nombre. Sin querer, por supuesto. Los sueños son una manera de contar lo que tenemos en el corazón. Uno no se lo quiere decir, pero se lo dice… Nunca se lo pregunté a su madre. No tuve tiempo, me fui cuando él murió. Pero ella lo sabía. Una madre lo sabe todo. Nos conocía muy bien, a Fermín y a mí. ¿Crees que fue casualidad que lo vistiera así el día de mi boda? Iba más guapo que María. ¡Más guapo que la novia, decían los invitados! No abiertamente, pero lo decían. A mí me parecía que me casaba con los dos. Sí, con los dos a la vez. Fermín y María. María llevaba una corona de azahar, que simboliza la pureza de la novia… Iba embarazada de nuestro niño, pero iba pura… Pues Camila la Viuda hizo lo mismo con Fermín. No le puso una corona, que los hombres no llevan, pero sí un ramillete de flores de azahar en la solapa. No sé cómo las consiguió, porque en mi tierra no hay

naranjos; las debió encargar en una floristería de la ciudad. Y lo perfumó. Sí, a su hijo Fermín. Olía tan bien que el cura se quedó sin aliento. Creo que Camila la Viuda quiso castigarme, tratarme de gilipollas. Está claro que lo sabía. Y si lo sabía, tenía que ser por Fermín. Algo habría dicho. En sueños, lo más probable, ¡pero lo había dicho! Y lo peor de todo es no saber en qué términos había hablado de nuestro…», el joven baja la voz, el chucho abre los ojos como platos, «de nuestro amor».

Un hombre de mediana edad va hacia ellos, correa en mano. «¡Míralo…! ¡Qué perro tan desobediente! ¿Qué pasa? ¿Que oyes voces como los niños de Fátima? ¡Ven aquí que te ponga la correa, que te lo has ganado!» Ata al chucho. «¡Este perro es insoportable! En cuanto husmea la menor extravagancia en algún humano, allá que va, a pegársele como una garrapata. Detecta a más chiflados que los loqueros. Y no lo digo por ti… Este perro tiene el don de descubrir a los que están idos de la olla. Los mira con los ojos muy abiertos, los escucha con más atención que una madre y… se ponen a contarle sus cosas. Tenía que haberlo llevado a algún circo, me lo ha dicho mucha gente, pero… no quiero que me saque las castañas del fuego. Y eso que tengo lo justo para comer. Trabajo en el Ministerio de Cultura, donde todo se escribe con mayúsculas. ¡Hasta el encabezamiento del papel de cartas! Yo lo que tengo es un trabajo de poca monta, mal pagado, sin responsabilidades: conserje. No consejero; conserje. Compruebo en el registro de cada día si quienes pretenden tener cita con el ministro la tienen de verdad. Hoy, todo el mundo presume de que lo ha recibido un ministro. Y eso es totalmente falso. ¿Sabes que el ministro de Cultura no recibe nunca a nadie que sea más culto que él? ¿O más inteligente? ¿O más listo? Así es. Tan sólo con que esos caballeros y esas damas de la cultura muestren públicamente su nulidad, el ministro los recibe en bloque. Si no han pedido cita, les dan una de inmediato. Y si esas nulidades se hacen de rogar, van a buscarlas adonde sea, las llevan a la fuerza y les imponen una condecoración. Yo apenas gano para mantenernos a Holgazán y a mí. ¿Ya te ha dicho que se llama Holgazán? No es un nombre bonito que digamos. No se lo puse de buen grado. Pero le va muy bien, pues olvida nuestro paseo y sus necesidades cuando olisquea a algún tipo raro. Se sienta sobre los cuartos traseros y ya no hay quien lo mueva. Le tengo que poner la correa. Cosa que me desagrada profundamente, porque me gustan los perros en libertad.»

Holgazán y el conserje del ministro de Cultura se van. ¡Vaya par de locos! Lástima que no sea un perro parlanchín, pues le podría haber dado su propia versión de los hechos. El joven hace un gesto con la mano: un gesto de despedida. El perro, de nuevo, le guiña un ojo. No habla, ciertamente, pero le sobran sentimientos. Le encantaría

encontrárselo de nuevo, ofrecerle un rinconcito en su cuchitril. Los perros deberían poder cambiar de amo si así lo desean. Y él tendría a alguien con quien hablar.

El chucho no vuelve la cabeza, lo abandona tan tranquilo. Como todo el mundo. ¿A quién quejarse? Él también se marchó de su pueblo de la misma manera. O sea, sin pena ni remordimientos. Abandonando mujer e hijo, así como la tumba recién cerrada del chico. ¿Por qué ese perro desconocido, al que le ha contado sus intimidades, tendría que comportarse de otro modo? No podemos pedir que la gente haga lo que somos incapaces de hacer. Demasiado fácil que un perro se desviva moviendo el rabo y mirando con lástima a quien se subió en un tren con la pretensión de conquistar el mundo, sin la menor nostalgia, dejando tras de sí una familia desesperada y un dolor bajo un metro de tierra. No, lo triste de morir no se debe a la impertinencia de un perro, sino a la vida.

Vuelve a suspirar. Como un niño que aprende un nuevo gesto y lo repite sin cesar. A tontas y a locas. Antes, no suspiraba. Eso era cosa de viudas eternas. «De mujeres mal folladas», decía su madre, que no suspiraba. Demasiado trabajo, demasiado rigor para permitirse tal pérdida de energía. Fermín, en cambio, suspiraba profundamente siempre que él intentaba sonsacarle secretos que no quería decir. Por ejemplo, que lo amaba. Es curioso que no haya intentado sonsacarle tal confesión hasta después de haberse casado con María. Pero se hizo mil veces esa pregunta durante aquellas largas horas en que María y él velaron su sueño en la noche de bodas, en la cama nupcial: «¿Me ama?». No sabría decir por qué eligió ese momento y ese lugar, con María entre sus brazos, para plantearse la única pregunta que lo atormenta desde entonces. El otro nunca contestó. Ni vivo ni muerto, cuando se le aparece en sueños. Fermín se llevó aquellas palabras sagradas al más allá.

Algo se rompe en él. No, no quiere llorar. Un hombre no llora. Un hombre se levanta de un salto, coge su lata vacía, va hasta la fuente, la llena de agua. Y bebe. El agua limpia el pecho, aplaca el ahogo. El agua mitiga la ansiedad.

Un gentío alrededor de la fuente. Jarrillo en mano, cada cual intenta llenarlo primero. Él no se atreve a imponerse, a tomar la iniciativa. Incluso ahí, entre un grupo de mujeres y crios, siente que ha perdido los derechos de ciudadanía (aunque sólo sea para poner un poco de orden en ese guirigay). Excluido. Afortunadamente, tal barullo le sirve para olvidar las penas. Se siente mejor. Se ve mejor. Puede ayudar a las chiquillas (lazos, volantes, braguitas de encaje) a llegar al chorro de agua cogiéndolas en brazos. Los niños no se dejan. Más que beber, lo que quieren es chapotear en el charco de agua terrosa. ¡Adiós a la blancura inmaculada de calcetines y zapatillas!

Mamas y titas prometen tremendos castigos al llegar a casa. Espantosos escarmientos. La lavadora, en marcha todo el día, calmará los ánimos belicosos. Se proclamará una tregua. No habrá guerra de higiene.

Lo ha olvidado todo. Hasta sus obligaciones para con doña Ramona. Obligaciones ineludibles. Debe pagar con dinero contante y sonante cena y cuchitril cada noche, antes de acostarse. Y no tiene ni un céntimo. Se lo gastó todo en el bocata y la cerveza. Tiene que volver al cúrrelo. La acera, el viejo cedro lo esperan; y la alfombra de flores de acacia que el viento se entretiene en barrer, tapando las palabras de su cartel. Da igual. La gente ya no lee un sufrimiento que se sabe de memoria…

El tren le enseñaba a descubrir el mundo. A través de la ventanilla, contempló en tamaño natural cosas vistas en la tele, en el cine o en las revistas. Iglesias románicas, castillos posados sobre picos rocosos, como sacados de las páginas de algún suplemento dominical, sin el papel satinado, claro; los toros bravos parecían imponentes en pleno campo, libres, separados de la carretera por finas alambradas. Lo que quedaba en él de espíritu infantil se le despertó de pronto; se prometió el oro y el moro para su nueva vida: ir a los toros tan a menudo como su bolsillo se lo permitiera, o conseguir un trabajo de mulero, de los que arrastran de la plaza a los animales lidiados, o entrar al servicio de algún torero; era lo suficientemente cachas como para convertirse en guardaespaldas de alguna celebridad. Cualquier cosa menos la mina. Vivir una vida aventurera, movida; ese tipo de vida que él sólo conocía de oídas. Los colores resplandecientes que él otorgaba al porvenir borrarían los negros tonos del pasado. Enterrar el recuerdo de los pozos como la mina había sepultado la memoria de Fermín. Con apenas veintitrés años, tenía el mundo entero por conocer, toda la vida ante él. Veía pasar bosques, montañas, ciudades, numerosos coches por las carreteras, sorprendía en la lejanía el despegue de un avión; pensaba que un lugar lo esperaba en aquel mundo. Su lugar. Lo primero, en cuanto pudiera pagárselo, era aprender a conducir. Su suegro afirmaba que hoy el carnet de conducir es de suma importancia. Si se lo hubiera sacado antes, la compañía minera lo habría puesto a conducir un camión de carga, evitando así el peligro de dejarse parte del cuerpo en el fondo de una galería. Cual marioneta de feria, María asentía con la cabeza, y Fermín miraba al tullido sin complacencia, con una sonrisa burlona. La discapacidad de su futuro suegro había sido siempre tema de conversación, y hasta de heroicas apuestas: el perdedor trabajaría como esclavo del otro si uno de los dos lograba establecer «con pruebas fehacientes» qué parte de su anatomía le faltaba al capataz. Al salir de la escuela, esperaban a

Mana y la asaetaban a preguntas capciosas; la chica se callaba como una puta (eso lo decía Fermín). El capataz no se desnudaba nunca delante de nadie. Ni siquiera delante de su niña. Tenía el pudor de los lisiados. «Un pudor exagerado, como todo el mundo sabe», añadía la muchacha. Como un ratoncillo, esquivaba las trampas que le ponía Fermín. Su padre llevaba ropa muy ancha para disimular la prótesis y camuflar el zapato ortopédico. Sí, ella calentaba el agua, pero papá se encerraba para bañarse. Con llave. El legendario pudor de los tullidos. Y no había forma de sonsacarle nada más. Ponía los ojos en blanco. Como los perros sacan los dientes. Podía quedarse así toda la tarde, hasta que el viejo la obligara a entrar en casa.

Despliega el cartel. Se lo pone delante. Se arrodilla. Sonríe. Doña Ramona le aconseja que no ponga cara de enfadado cuando está en el curro, pero si sonríe ahora no es para seguir su consejo. No. Está contando mentalmente el número de tullidos que ha visto en los caminos de la mendicidad. Cientos. Ninguno tenía el legendario pudor del que hablaba María. Todos exhiben muñones, cicatrices, úlceras y los lanzan a la cara de la gente. Cuando la miseria lo pone a uno fuera de combate, los buenos sentimientos bajan pronto al infierno. Lógico: es su sitio.

Tren milagroso que discurría hacia el sur, borrando el recuerdo del capataz, arrinconándolo en el olvido como esas estampas sagradas que se guardan en un armario al día siguiente de las fiestas patronales. Sigue sonriendo: los lujosos ropajes de los santos, oro y brocado, casi igualitos que el traje de los domingos de su suegro, esconden horrendas carcasas de madera, miserables prótesis. Embrollada comparación, pero que hubiera gustado a Fermín. Su sonrisa se hace cómplice.

En el tren, retomó sus sueños de infancia, seguro de poder realizarlos en cuanto llegara al mar. ¡Reencontrarse con sus sueños en menos de veinticuatro horas! Sueños de fuga. Siempre con Fermín, inseparable compañero imaginario. Sueños de viajes por mar, de vida bajo el sol. A ver: ¿qué se necesita para hacerse un hueco en ese mundo bullicioso que es un puerto? Fuerza. Juventud. Él de eso tenía. Para dar y regalar. Su fuerza y su juventud habían resultado útiles en la mina, así que también servirían para enfrentarse con el mar. El mar no tiene forma de cárcel, ni su condición, como la mina; el mar es libertad, espacios abiertos, horizonte. Eso le decía Fermín con doce años. El mar: camino real para la huida hacia adelante, puerta de acceso a los grandes ríos, a las selvas vírgenes. ¿Cuántas veces se habían visto el uno marinero y el otro grumete? Había mares de aguas tranquilas y cálidas. Se imaginaban en bañador, construyéndose una

cabaña con hojas de cocotero con la ayuda de una navaja de monte. «De excursionista», corregía Fermín, para quien el delirio imaginativo nunca podía superar a la precisión lingüística. Él, por su parte, dudaba mucho de que una modesta navaja de excursionista pudiera domesticar una parcelita de jungla. A Fermín sólo le importaban las palabras: todo podía ocurrir, cualquier aventura, si se la llamaba por su nombre exacto. La ley de las palabras. Lo real retrocedía, dejando sitio a lo imaginario, que iniciaba su trabajo de zapa: liberar la mente. Y la mente se volvía libertaria. Una auténtica insumisa. De ahí a la cárcel sólo había un paso, y bien corto. Se veían entonces en lejanas tierras exóticas, vestidos con el típico traje de rayas de los presidiarios, pasando las noches en vela para organizar, con la complicidad de las tinieblas, la revuelta y posterior evasión de los presos. Miríficos proyectos de los que María estaba excluida. Era una cría insoportable, siempre con sus mugrientas muñecas de un lado a otro. Tardó varios años en entrar en su corazón, cuando pechos y caderas le crecieron sobre su frágil esqueleto sin que nadie se diera cuenta.

«Un lastimoso proyecto de mujer», zanjó Fermín; «las chicas siempre evolucionan así; esperan el apogeo (*punto culminante del esplendor físico*, lo dice este libro) a los dieciocho años. Veinte a lo sumo. Por mi parte, yo llegaría hasta los veinticinco. No soy mezquino con las mujeres, como siempre dices. Pero, claro, en cuanto se desvanece ese momento de gloria, se convierten en mujeres viejas o más bien en viejas carcamales. Mira a la Serafina, con ese culo enorme que no entra por ninguna puerta». «¿Qué Serafina?» «La que no para de mirarte la bragueta los domingos en misa. Por las tardes va al bar a beber cerveza. Cuando cumplas los dieciséis, podrás ir tú también.» «¿Para qué?» «Para que la Serafina pueda satisfacer su curiosidad.» «Sabes perfectamente lo que hay en mi bragueta. Díselo tú.» Fermín se enfadaba mucho durante aquellas conversaciones y a él le daba risa… No. María no formaba parte de sus proyectos comunes. Una chica no puede formar parte de los proyectos de un muchacho hasta que su cuerpo no adquiere curvas. Pero mientras es un puro saco de huesos, de ninguna manera. Las únicas mujeres que contaban para ellos eran sus madres. Calculaban las sumas *fabulosas* que les enviarían cuando se marcharan, y en qué moneda. En dólares, por supuesto. En las películas y los telediarios, la única moneda que merecía la denominación de *dinero* era sin lugar a dudas el dólar. Todo lo que se vende y se compra en el mundo, se vende y se compra en dólares. Los giros postales que pensaban enviar desde tan lejanos países eran en dólares. Esa moneda se integraba en sus conversaciones, en sus sueños, y los mancillaba. Pero ninguno de los dos la conoció: uno por causa de muerte, otro por causa de la miseria.

La particularidad de los sueños es que siempre se mantienen jóvenes…, incluso cuando se convierten en viejos sueños. Borran la tristeza de los rostros y hacen brotar esa sonrisa alegre, esa mirada chispeante de quienes se van a conquistar el mundo. Para él, la conquista del mundo empezó en el tren que devoraba kilómetros de tierras rocosas en busca de vergeles costeros; mundo representado por el montón de extranjeros que llenaban el vagón de segunda clase. Todos en pantalón corto y camiseta. Bolsos, mochilas. Casi nadie con maleta. Él era distinto. María le había dicho que se llevara el traje de novio, negro, tan serio como el de un difunto. «Quizás lo necesites. Algunos jefes quieren que sus empleados vayan bien vestidos.» Dicho esto, metió la reliquia de lana en la maleta. Él hubiera preferido un macuto liviano azul, verde o rojo, como llevan los jóvenes a su alrededor; por desgracia, en casa sólo tenían la maleta que compró el suegro cuando tuvo que hospitalizarse. Según Fermín, en esa maleta se había traído el capataz los restos de su pierna para darles *cristiana sepultura* entre un montón de escoria. Fermín no respetaba las cosas sagradas.

Lo que más llamaba la atención de los turistas eran sus ojos azules: porcelana o cristal, celeste claro o intenso, agua tranquila o profunda. Todas las tonalidades de azul se entrelazaban en aquellas pupilas a menudo veladas por párpados lechosos. Si Fermín hubiera estado en ese tren camino del sur, habría nombrado sin dudarlo aquellos azules tan diferentes, tan alejados a veces unos de otros y, sin embargo, tan similares. Tan azules. Parecía que viajaba uno dentro de un acuario en el que el aire azulado de las miradas formaba el entorno *abisal*. Así llamaba Fermín a las profundidades marinas. María, sin embargo, nunca le habría puesto nombre a ese tipo de cosas; aceptaba la realidad como es, sin intentar embellecerla o afearla. Fermín, no; él llamaba a las cosas con nombres extraños, ocultos como la perla en la ostra. De pronto los sacaba en medio de una conversación trivial, soltaba *abisal* o *psicosomático* como quien no quiere la cosa, como si esos putos términos estuvieran al alcance de cualquiera, o como si todo el mundo los tuviera en la punta de la lengua. Sí, ante el hacinamiento de miradas azules en el tren, Fermín habría hablado de *entorno abisal*. O tal vez *glauco*. A menudo jugaba esas malas pasadas: en cuanto se la hacían repetir, cambiaba la palabra, añadiendo a lo ininteligible de la primera lo abstruso de la segunda. A María la sacaba de quicio: «¡Un día de éstos lo mato!». El otro torcía el morro (lo que las viejas llaman *culo de pollo*, y los pollos, *culo de vieja*), y lanzaba con desprecio su eterno: «¡A ver si os instruís, pandilla de iletrados!». De noche, en el nido de cañaveras, sí que se esforzaba en explicarle las palabras cultas que había utilizado durante el día… Pero las endiabladas palabras son como las cerezas, que van en racimos:

*psicodélico* nos llevaba a *alucinógeno*, y de ahí a *alucinatorio, halójilo*… En cierta ocasión, el listillo de turno le preguntó al chico que le diera la definición de *blenorragia*. Fermín entrecerró los ojos y se fue de la reunión. Apenas si conocía las miserias del sexo, y lo poco que sabía se lo callaba. Su mirada echaba entonces chispas de fuego negro… Nada que ver con las miradas azules provenientes de Dios sabe dónde. Puede que del norte. A Fermín le habría encantado estar en ese tren para manifestar su diferencia. Pero ¿por qué *diferencia*? ¡Qué importa que unos tengan los ojos azules y otros, negros? Los de María eran color avellana y su mirada irradiaba una oleada de calidez que aplacaba cualquier inquietud, aunque también mitigaba la pasión. A él le gustaba esa mirada mansa, imperturbable, dulce como un caramelo de nata. Mirada inmutable. Incluso cuando estaba enfadada. Y se enfadaba a menudo cuando él se pasaba una parte de la noche fuera de casa. Refunfuñaba. O gritaba. Pero su mirada permanecía serena. Lo mismo ocurría en el tren: los rostros gesticulaban, la voz se alteraba, se percibían ondas que vibraban y traspasaban los cuerpos, pero las miradas eran siempre glaciales. Frías como el hielo. Las pupilas azules tenían la indiferencia de los ojos de los peces, la amenaza de los de los reptiles. No sabría decir si él sería capaz de amar esos ojos. ¡Había amado tanto la mirada de Fermín! La menor emoción la alteraba provocando una tormenta de fuego. Un soplo fantasma encendía en ella una llama. Tal fenómeno no podría producirse en los fríos ojos azules nórdicos. De eso estaba seguro. Bastaba observar a los niños de mirada azul: muy quietecitos, sentados en su asiento, mirando tebeos o comiendo yogures, sin un grito, sin un movimiento brusco; todo lo contrario de la horda salvaje de los chaveas nacionales, que gritaban como demonios, pateaban los asientos, se agarraban a las redes portaequipajes, se tiraban sobre todo lo que se movía, extranjeros incluidos. Su bullicio no se contagiaba a los rubitos de mirada azul, imperturbables, tranquilos y luminosos: Niños Jesús de los belenes asaltados por diablillos negruzcos. Él sonreía. Fermín, tan soñador, nunca comprendió por qué se empeñaban en que el Niño Jesús, rubio, de tez blanca, mejillas rosadas y ojos azules naciera en una Palestina donde prolifera la gente de piel renegrida y lijosa con oscuras pelambreras rizadas. El Niño rubito debería haber nacido en Finlandia, o más al norte, en lugar de irse a que lo crucificaran los morenos. Debía sentirse como gallina en corral ajeno. Un error de Dios, que no debía estar muy ducho en geopolítica… ¿Habría pagado Fermín esa falta de respeto hacia lo divino dejando la vida en el fondo de un pozo? Un solo gesto de Dios y todos los impíos sucumben. Está escrito. En la Biblia o donde sea. ¡La de veces que ese Dios magnánimo utilizó su omnipotencia para vengarse! En fin… La madre del chico, Camila la Viuda, sólo

responsabilizaba a la Compañía minera, para la que las ganancias estaban por encima de todo. Incluso la vida de los hombres. Y llevaba razón: más vale dejar a Dios fuera de todo esto.

El convoy marchaba veloz hacia el sur marítimo, dejando atrás la llanura torturada, incrustada de oscuros robles, bronca piel de toro salpicada de charcas donde temblequean los chopos, recorrida por sedientos rebaños de merinas. Bajo la majestuosidad de las rapaces, las bandadas de perdigones emprenden su fugaz vuelo: el indispensable para hallar un camuflaje entre los arbustos. El sol eclipsa al momento tales señales de vida, las machaca, como si la llanura sólo pudiera optar al silencio y a la desolación. Una neblina polvorienta se pega al suelo, pesada capa que ningún viento disipa. El aire es tan sólo una palabra. Ni siquiera un soplo.

El sopor de la siesta se apodera del vagón; todos se rinden, cual moscas aniquiladas por un insecticida. Se cierran los ojos y se abren las bocas: un suave ronquido invade el compartimento. Los estores caen. De nuevo, el combate de las sombras. Vence la penumbra, que se instala, dueña y señora del lugar. Ávidos de lágrimas, mocos y babas, los moscardones se preparan para el festín, pero los clínex, que limpian ojos, narices y bocas les malogran el banquete. Los crios se duermen. Calma chicha impuesta por el calor. El tren corre a la velocidad del anhelo, que, como él, no sabe de tregua ni descanso.

Poco a poco, el paisaje iba cambiando como un rostro iluminado por una sonrisa. La tierra perdía su textura rocosa y se volvía rojiza unas veces; otras, amarillenta; se adornaba con cerros redondeados como nalgas, con suaves valles como vientres tumbados; se revitalizaba a lo lejos con picos nevados, puñales luminosos traspasando el pecho azul del cielo. Al contemplar la naturaleza, no se tenía aquí la oscura sensación de peligro que imperaba en el norte. ¿Era obra del ser humano, que trabajaba cada palmo de tierra como quien talla la madera? Cultivada o en barbecho, cada parcela parecía en estado de gracia. Los muretes de piedra y las acequias, que serpenteaban, grises y brillantes, delimitando las fincas, otorgaban a esas regiones el aspecto de un oasis. Él conocía aquellos árboles, aunque nunca los había visto tan de cerca: alcornoques de oscura cabellera con el tronco desnudo, como si se hubiesen quitado los calzoncillos y los calcetines por el calor, o se hubieran hecho nudistas para adaptarse a los nuevos tiempos. Árboles mártires despellejados vivos, como si purgaran una pena. Parecían guerreros despojados de su armadura: en la adversidad, mantenían la cabeza alta. La dignidad de los humildes se desprendía de su áspero follaje, rugoso al tacto, pero de sombra tupida y fresca, cobijo de campesinos y animales en esta hora canicular.

Más lejos, los olivares. Su color verde grisáceo se volvía plateado

bajo el sol, mar de azogue que se extendía hasta el horizonte, salpicado de almendros de un verde más claro, algo amarillento desde lejos por la abundancia de fruto: barcos verdeantes que la pereza del viento hubiera inmovilizado en un océano de acero refulgente. Él no sabía nada de esos árboles, apenas había visto alguno en su región. ¡Fermín sí que le hubiera dicho cosas sobre ellos! Pero Fermín estaba muerto. Y él huía de la mina. Hacia el sur, tierra prometida. Seguro que encontraba algo en esa región bañada por el mar, calentada por el sol. La gente del sur tenía fama de ser risueña, parlanchína, alegre como unas castañuelas. El tren pasaba por un campo de girasoles, con las gruesas cabezas amarillas vueltas hacia el astro, resplandeciente manto de oro que cubría kilómetros de suelo y se interrumpía de golpe en el borde de un barranco. ¿Acaso sufrían de vértigo aquellas plantas? El barranco poco profundo albergaba la parsimonia de un hilo de agua con charcos relucientes donde abrevaban cabras y ovejas. En la otra orilla, algunos algarrobos, árboles torturados y primitivos, se aferraban a las rocas; su sombra inmensa refrescaba la siesta de los pastores. Higueras y adelfas les disputaban el terreno. El tren silbaba, los perros pastores ladraban. Blancos y solitarios, los cortijos se aplastaban en los descampados; eucaliptos andrajosos daban sombra a los patios. Burros, vacas y mulos pacían. El tren empezó a frenar; en una estación de pueblo, unas gallinas picoteaban con aplicación en un montón de estiércol. Los rubios turistas nórdicos hacían caso omiso del paisaje, pues lo veían cada año; para él, todo era novedad. Ellos sólo pensaban en las playas; él estaba fascinado. En la cuenca minera reinaba el negro, el verde permanecía inaccesible; aquí, todo era dorado. El verde era tan apetecible que le entraban a uno ganas de darle mordiscos, como a una manzana. Esa tierra le convenía.

De noche, las acacias en flor aromatizan el aire; la capital del reino es como una nueva rica saliendo de una perfumería: huele a opulencia. En esa acera, las fragancias de la flora ciudadana se mezclan de manera espontánea con los olores de la fauna: a sobacos y a culo. Aquí, donde el agua escasea, las secreciones autóctonas van acordes con la intensidad de la temperatura estival. Las amarillentas flores de las acacias caen como copos de nieve y forman una espesa alfombra que los viandantes pisotean sin miramiento. Insomnes, las avispas se vuelven locas, hay que matarlas a abanicazos. Es por culpa del polen. Los crios amontonan el florido maná como si fuera arena que termina por tapar el mensaje del cartel: «HERMANOS, NO TENGO TRABAJO - MADRE, MUJER E HIJO ESTÁN EN EL PUEBLO - POR NECESIDAD ME ARRODILLO ANTE VOSOTROS - PIDO LIMOSNA - GRACIAS». Le pasa continuamente el pañuelo, con esmero, como si su única finalidad fuera mantenerlo limpio. Pero no es en eso en lo que

piensa. Es preciso que la gente lo pueda leer; él sería incapaz de articular esas palabras para pedir limosna. La voz se le rompería si pronunciara las palabras de la miseria. Mientras permanece callado, tiene la impresión de no estar allí, de que tan sólo su carcasa es la que se humilla. Carcasa vacía, vaciada de hombre. De lo cotidiano. Por el centro de la ciudad hay muchos como él.

Doña Ramona pagó el cartel tras una minuciosa discusión del texto: fondo, forma y grado de humillación a la que está expuesto el mendicante. Ni mucho ni poco: el personal rehúye el exceso de desgracia con el mismo ardor que rechaza el exceso de felicidad. La primera palabra, *hermanos*, se la hizo poner argumentando que cumplía una doble función: por un lado, recuerda a la gente que la pobreza puede llegarle a cualquiera, empezando por nuestros propios padres, y, por otro, aviva en su mente lo que leemos a diario en los periódicos o lo que oímos en la televisión, el deber de solidaridad hacia los necesitados y los excluidos. Claro, la gente rechaza esa relación con los desheredados; no es elegante decirle «eso también le puede pasar a usted». Pero hay que inculcar la idea de que, en parte, son responsables de la desgracia ajena. ¡Un país que dice ser profundamente cristiano debe demostrarlo! Doña Ramona eligió los términos *madre, mujer, hijo* y *pueblo* con sumo cuidado; responden a una realidad irrefutable, fácil de demostrar ante las fuerzas del orden (que meten las narices en todo), pero, sobre todo, el hecho de tener madre, mujer e hijo evita que la gente lo vea a uno como un delincuente, o peor: un gandul. «Aun en la miseria hay que mantener la dignidad», le dijo la anciana. La palabra *pueblo* también tiene su porqué. Significa *lejos*. Una familia ausente, alejada, despierta en la gente impulsos de caridad, y se agradece que no acarree consigo otras tres bocas que alimentar, como esas grandes familias que los acosan en los pasillos del metro, o amontonados como sardinas en lata bajo unas mantas asquerosas. Todos ellos gritan: «¡Por caridad, nos morimos de hambre!». No insistir demasiado en lo de estar sin trabajo, eso crispa tanto a los trabajadores como a las autoridades: «El paro se convierte en falta colectiva», afirma doña Ramona. «Lo mejor es presentarse como un caso aislado dentro de la abundancia consumista del planeta. Un caso social, molesto, tan feo como una verruga en el labio de una muchacha.» Queda la palabra *necesidad*. Una gilipollez difícil de identificar. ¡Es la necesidad la que te pone de rodillas, no la sociedad! Si se acusa a la sociedad, la gente puede inferir que se podría hacer algo, una manifestación o una revolución, y eso incomoda. Como si fuera culpa suya. En el fondo, cada uno está convencido de que la sociedad se puede cambiar; pero contra la necesidad, nadie puede hacer nada. No queda más solución que la limosna. Tal súplica se coloca humildemente en el suelo y se termina

con la palabra *gracias*. Santa palabra que todos esperan de ti, tanto los que las merecen como los que no.

Pagar el cartel le costó estar de rodillas una semana. El arte sale caro. Doña Ramona asevera que lo diseñó un artista. Auténtico. Basta con mirar la palabra *gracias* escrita en letras góticas. Provoca una sonrisa en los clientes y disipa los efectos malévolos del texto en su conjunto. Los viandantes comentan: «¡Mira, éste parece instruido! ¡Lo mismo ha trabajado en una imprenta!». Y con eso justifican la moneda que le echan. El arrodillado lo sabe. Pero no hay maldad en ello. Tan sólo que echan monedas minúsculas, la más pequeña que encuentran en el bolsillo: dinero sin valor. No se puede comprar nada: ¡nada de lo que se vende en este puto mundo! El bocadillo diario, la cama, la cena le cuestan un día entero de rodillas, como si ya no tuviera derecho a vivir de pie. Fermín habría dicho: «Como los esclavos».

Limpia el cartel con extremo cuidado; su trabajo de mendigo consiste básicamente en esa limpieza sistemática. Aún más insistentes que él, las flores de acacia caen sin cesar sobre el mensaje escrito con rotulador negro. Mensaje palmario, como el de una llamada de socorro que no se presta a confusión. Es su caso. ¿A quién no se le encogería el corazón viendo a ese buen mozo al que la adversidad ha obligado a ponerse de rodillas? Un joven que ha perdido su arrojo y su dignidad ¿no es peor catástrofe que los vaivenes de los *indicadores económicos*? De ellos sí que se preocupan, los cuidan con abnegación, mientras que de él y sus congéneres… Último destino, la calle. Con sus ruindades, sus vejaciones. Y el día en que los poderes públicos les prohíban la calle, ¿adonde irán? A las escombreras o debajo de los puentes. «En nuestra sociedad de opulencia», gruñe doña Ramona, «los restos del banquete son copiosos; mira, si no, los vertederos municipales». En cuanto a los puentes, siempre estarán ahí para los pobres en un país seco como éste. Así que ¿de qué se queja? Mientras quede un mendrugo de pan que disputarles a las ratas, nadie puede decir que este mundo sea un revoltijo de injusticias. Prohibido pensar en rebelarse. ¡La sublevación de los pordioseros! ¿Cuándo se ha visto eso?

Una mujer que va de paseo saca del bolso una moneda. Al marido no le parece nada bien. «¡A ver si te estoy dando mi paga para que tú se la des a esos holgazanes! ¡Que se ponga a trabajar como yo! ¡Los jóvenes de hoy no tienen ni dignidad ni cojones! ¡Arrodillarse como las beatas…! ¡Un petardo por el culo les metería yo para que fueran derechos! ¡La culpa es de la droga, que está echando a perder a todo el mundo!» La mujer se guarda la moneda. Sólo puede dedicarle al joven arrodillado una leve sonrisa. ¡Hay peores actos de caridad!

Por la mañana, al abrir los ojos, vio el mar por las ventanillas del

compartimento. El tren iba llegando a la costa.

Lo embargó una emoción desconocida: la que se siente ante la materialización de un sueño. Nadie le podía haber hecho un regalo más valioso que ese viaje. Los juguetes maravillosos, las conquistas míticas que embelesan la imaginación de los crios no podían compararse con la aparición súbita del mar. Se quedó alucinado. Mar azul, el mismo azul que Fermín y él habían imaginado. Un azul marino que ocupaba todo el espacio que sus ojos podían abarcar; azul profundo, intenso, que resaltaba sobre el azul del cielo. El azul celeste carecía de ese movimiento interno, de esas palpitaciones. Totalmente opuesto a las oscuras montañas de su tierra: mar tranquilo, perdiéndose hacia los confines del mundo, más lejos aún de lo que su propia fantasía era capaz de imaginar. Por este lado, las playas abarrotadas de bañistas eran el único coto que ese mar ilimitado toleraba; pero, por el otro lado, ¿quién podría decir hasta dónde llegaba, mar sin fronteras, mar libre de los sueños? Hubiese querido que su hijo y Fermín contemplaran ese espectáculo de inmensidad que él estaba descubriendo. Por primera vez en este viaje, no pensó en María, ni sintió el deseo de compartir algo con ella. A María, aferrada a la tierra, nunca le atrajo el mar. Para ella era una palabra hueca, un término que salía a menudo en las conversaciones de los chicos cuando hablaban de viajes y aventuras, pero cuya realidad se le escapaba. Le tenía una especie de fobia al agua. «No quiero ahogarme», decía. Como no sabía nadar, ni siquiera tenía traje de baño. Fermín y él nadaban en el río; un temible río de montaña más atractivo para las truchas que para los nadadores; formaba pozas que parecían de aguas tranquilas, pero a las que había que enfrentarse y dominar, lo que no era fácil debido a las corrientes. De niños, perseguían a las truchas de debajo de las piedras y se imaginaban en auténticos fondos marinos… Y, por fin, ahí estaba el mar. Delante de él. Extendiéndose a lo largo de kilómetros de costa, como si ningún obstáculo pudiera interrumpir su inmensidad. Sí, tenía que encontrar un trabajo en esta zona bendita, vivir en una habitación con vistas al mar, disfrutar del lujo de abrir la ventana por la mañana y contemplar la inmensa llanura azul, parecida a las que descubrieron en tierra firme los grandes aventureros del Nuevo Mundo. Anidaba aún en él esa utopía que moldea la adolescencia; la mina la había aplacado; el matrimonio la había truncado. Pero con la muerte de Fermín había resucitado, convirtiéndose en su razón de ser. Por eso pudo abandonar a madre, mujer e hijo sin remordimientos. Todos tenemos derecho a vivir nuestras utopías, aunque sólo sea una vez en la vida.

Al ser marítima, la ciudad debía ser preciosa. El aire olía a algas y a sal; el cielo azul se fundía con el azul del mar, aunque la imponente barrera de los edificios de primera línea de playa impidiera observar

la sutil fusión de ambos azules. A la sombra de los rascacielos languidecía una fila de palmeras con hojas deshilachadas que a él le parecieron exóticas y llenas de encanto. Estaba ansioso, impaciente, como un crío al que llevan al circo por primera vez. En ese muro de cemento emperifollado con balcones floridos, acabaría por encontrar una calle que lo llevara a la playa.

Al final encontró una pensión: precio astronómico, cama regular, ducha y váter al final del pasillo, desayuno *típico* (café con leche y churros aceitosos). Él era el único autóctono alojado en aquel paraíso costero, los demás huéspedes eran extranjeros que soportaban sin chistar el régimen de vida que los volvía alegres y bronceados como los californianos que salen por la tele, adeptos del suri y aficionados al Seven Up. Buscar trabajo era perentorio, pues con los altos precios de esa *tierra prometida*, el dinero no le duraría más de una semana. O menos, si se tomaba una o dos cervecitas al día.

Pero, claro, ¿cómo buscar trabajo en un mundo del que se desconoce todo? ¿Leer los anuncios por palabras? ¿Preguntar a la gente? Decidió caminar por el larguísimo paseo marítimo: había innumerables restaurantes, cafeterías, bares con terraza, tascas, chiringuitos en la arena… Aquí la gente sólo piensa en comer y en beber. En atiborrarse y en emborracharse. Todos los locales abarrotados, a lo que se añadía la venta ambulante de helados, chucherías, juguetes, pelotas, con docenas de crios gritones alrededor que esperaban que papá, mamá, el abuelo, la abuela o la tita les compraran el ansiado capricho, único modo de conseguir que se callaran. Pensó que, dentro de uno o dos años, su propio hijo haría lo mismo; de momento, era demasiado chico para convertirse en presa de los magos de lo perecedero.

Todo el país y buena parte del extranjero parecían haberse concentrado en la ciudad costera. Era de esperar que toda esa gente no estuviera buscando trabajo, aunque ¿quién sabe? Con la crisis… Pero no: eran veraneantes. Personas felices que han venido a divertirse cuatro semanas, relajadas, sin que el fantasma del paro les quite el sueño. En aquella absurda aglomeración debía de haber algún trabajo, algún pequeño empleo para él; se trataba de buscar. En la playa, un montón de bañistas esperaban impacientes a que se quedara libre un sitio en la arena o en el agua para mojarse el culo. Él no estaba acostumbrado al gentío. Fermín y él se iban de vacaciones a la montaña, o a la ciudad, con María, para las compras de invierno; tan sólo una vez habían visitado la ciudad en periodo escolar. Pero ese cambio tan brusco era bueno, mucho mejor que quedarse en el pueblo, esperando a que te aplaste la mina. Incluso si no te mata, la mina te destroza la vida, te la hace miserable. Escapar de la mina y de la amenaza de una enfermedad insidiosa. La que mató a su padre. Se

llama silicosis: el único destino de los mineros. Sí, encontrará trabajo en la ciudad costera. Una ciudad de adelfas. Promesa de felicidad.

La recorrió de arriba abajo. Avenidas con palmeras polvorientas, edificios de construcción moderna, una Nueva York de pacotilla en plena Antigüedad. País pobre con locuras de grandeza. Mirador sobre el mar pomposamente llamado «Balcón al Infinito»; playas de arena gris saturadas de sombrillas, toallas de baño, sillas plegables, juguetes, salvavidas y buenas almas achicharrándose al sol; antiguo puerto pesquero transformado, por la sagrada causa turística, en puerto de recreo: el yate del rey atracó allí una o dos veces; el centro de la ciudad, donde tirios y troyanos habían dejado su huella; plaza porticada, soportal del ayuntamiento y atrio de la catedral. Allí por donde pudiera pasar un cristiano, había una tienda, un puesto con un sinfín de artículos, desde el pastel oriental hasta el recuerdo religioso, y transeúntes comprando de todo sin el menor criterio; las divisas, ya se sabe… En ese ambiente estival, se podía intuir dónde conseguir un trabajo o ideas para lanzarse en el comercio ambulante. Un rótulo con la palabra *joyas* sobre unas baratijas de cuero y alambre no engañaba a nadie. Pero la gente se acercaba, compraba. A él no le cabía en la cabeza que ese tipo de negocio pudiera ser rentable.

Preguntó el precio de un anillo, entabló conversación con un tipo renegrido que le explicó que para poder ejercer el comercio ambulante había que tener permiso del ayuntamiento; era fácil de conseguir, pero costaba un huevo. (Como buen gitano, apreciaba en su justa medida esa parte de la anatomía y puso mucho énfasis en el descriptivo precio del permiso.) El oficio de puestero era muy sacrificado. Había que levantarse con las claras del día para buscar el género, que nunca estaba cerca, sino en los pueblos, donde la mano de obra salía por casi nada. Los campesinos ignoraban a cómo se pagaba la hora en la costa para los trabajos en negro. ¡Eso es lo que habría que montar, muchacho: una fábrica de baratijas! ¡Te harías rico en cuatro días! El gitano, enjuto y locuaz, no le quitaba ojo, preguntándose si ese buen mozo no sería el socio *millonario* que su tía, la pitonisa, le había presagiado; una ojeada de tratante de ganado le bastó para convencerse de lo contrario. Ese joven indeciso estaba sin blanca. El gitano cogió la sortija que el otro examinaba: una preciosa ágata engastada en plata; precio exorbitante para su presupuesto. «Sólo puede uno enriquecerse con la droga, muchacho, nunca con el pequeño comercio. A buen entendedor…» El, sin percatarse del súbito mal humor del gitano, dio media vuelta. ¡Un tipo más amargado que su suegro! No quería pelearse con alguien menos fuerte que él. No le gustaban las riñas. Tan sólo una vez tuvo ganas de partirle la cara a un tío. Uno delgaducho que iba detrás de María. No por la chica, no, sino por Fermín, al que el imbécil había tratado de marica. Aquel

fisgón de los cojones se dio cuenta de que había algo entre Fermín y él. Eso los hombres lo adivinan, lo entienden y perdonan…, salvo cuando hay un par de tetas de por medio: el orgullo masculino prevalece sobre cualquier otra cosa. Y entran en juego la mezquindad y el placer de remover la mierda. Como las hembras celosas. Aquel enano enclenque se puso a hacer lo mismo con Fermín. Pero un día lo acorraló en la galería adonde iban a mear a la hora del bocata. Estaban solos. Le enseñó ostensiblemente su pene, que era dos veces más grande que el del enano, y le espetó: «Cuando quieras que te la meta, sólo tienes que decírmelo. En cuanto a Fermín, como vuelvas a decir que es marica te la corto y se la echo a los perros». El enclenque se puso rojo de vergüenza y de impotencia. Salió corriendo. Pero la cosa no quedó ahí. Al volver al tajo, cogió al flacucho por el codo y le susurró: «No pierdas el tiempo con María. Es mía. Ya la he desvirgado. Se lo puedes decir a su padre». Al enano le costó una enfermedad. Los nervios, decían. Los médicos del hospital no supieron dar un diagnóstico. Cuando volvió a la mina, el enano no le dirigió la palabra a Fermín. Ni pronunció esa expresión denigrante. En cuanto se topaba con María, miraba para otro lado, blanco como la pared… Él estaba tan orgulloso. Hay que saber cortar de raíz la imbecilidad de la gente. Y su maldad.

La ciudad costera representaba para él el mundo entero. Se hablaban un montón de idiomas diferentes. Algunos los había oído por televisión, en los documentales sobre lejanos países; otros, mucho más raros, hablados por orientales, los oía por primera vez. ¿De dónde vendría esa gente? De la India, quizás. Los extranjeros viajan como los sellos de correos. No como en su pueblo, donde la gente no se movía nunca; allí, el único viaje previsto era el que lleva al cementerio. Las maletas siempre estaban preparadas: ropa limpia, traje negro. Su suegro encargó en estos términos el traje para cuando se casaron: «Que sea bueno. Me debe servir para el último viaje». El sastre le contestó: «Este es de pura lana: seguirá siendo negro cuando usted ya esté blanco, caballero». El pobre viejo no lo entendió. María le dijo: «¡Qué tonto eres! ¡Está hablando de la muerte, del esqueleto!».

Aquí, la ciudad le revelaba un mundo nuevo en el que dirigirse al otro era cosa corriente. Pero había que hablar idiomas. Le parecían ladridos de perros y maullidos de gatos. ¡Qué más da! Todo el mundo estaba en ello. La palabra clave era *comunicarse* unos con otros. Ese guirigay de hablas distintas lo seducía. A Fermín le habría encantado; a María, en absoluto: el barullo de las cafeterías la hubiera mortificado. Ella le quitaba el sonido a la tele y sólo contemplaba las imágenes: vestidos y paisajes, muebles, flores. Y las joyas. Se quedaba boquiabierta ante tantas maravillas. «¡La de cosas bonitas que puede haber en el mundo!» Él nunca supo si en esa frase, además de

admiración y asombro, también había un punto de envidia. Fermín nunca hacía el menor comentario. María le pedía a menudo su opinión, nada más que por meterse con él. Fermín no respondía. Se podían leer sus críticas en la mirada de azabache, donde se desataban tormentas súbitas. Los palacios, los fastos de la realeza y ese tipo de cosas lo indignaban. ¡Iracunda mirada sombría! Consideraba con desprecio la admiración alelada de María. Así que, fuera de quicio, apagaba la tele, cogía a su amigo por el brazo y mascullaba: «Se acabó. Vamos a dar una vuelta». Antes de que salieran por la puerta, María había encendido la caja de las maravillas.

La gente iba y venía. Con indolencia. Así se debe de pasear en las ciudades costeras de todo el mundo, pensó. Será por el mar, por el aire marino. Cada dos por tres, un soplo de aire salado se le agarraba en la garganta, a veces lo hacía toser. Ambiente impregnado de yodo que olía a algas. Los veraneantes no se percataban de esas cosas, pero él, minero y montañés, captaba el cambio con todos sus sentidos. Se sentía feliz, inmerso en la despreocupación, aliviado a pesar de la carga que pesaba sobre él desde que abandonó familia y empleo fijo. Bueno, ahora no tenía empleo. Tendría que acostumbrarse y pensar que estaba en paro técnico. El suegro decía que tenía que volver a su puesto en cuanto abrieran el pozo de nuevo. Pero él no quería un trabajo en donde la única aventura era la muerte antes de tiempo.

Colores, escotes, esculturales piernas bronceadas de chicos y chicas, niños desnudos, abuelas y suegras con vestidos veraniegos, abanico en mano, sombreros de paja en la cabeza de los extranjeros, madurez sensual, perros con sus correas orgullosos de su importancia, pájaros marinos anunciadores de la playa como los grillos anuncian la noche, flores en cascadas multicolores que transforman los balcones en terrazas y las terrazas en jardines. Tal explosión de vida justificaba, por sí misma, su huida. María y el niño pronto conocerán este mundo lleno de esperanza, donde la gente se mantiene limpia y perfumada todo el día. Lógico, pues no realizan trabajos duros y sucios. En la ciudad, ¿a quién no le gusta estar día y noche limpio como una patena? ¡Hasta su suegro les sacaría brillo a sus prótesis para que no desentonaran con la belleza ambiental! Y su madre se quitaría enseguida el luto que tanto envejece y afea a las viudas, convirtiéndolas en mujeres aisladas de los demás. Separadas de la felicidad y de la vida. «¡Necesito un trabajo ya!», suspiraba.

De noche, las discotecas encendían sus neones azules, blancos, rojos, naranjas, amarillos, malvas; nombres atractivos: Cuero, Sueño Árabe, Shóko, Elígeme, Carta de Amor, Inferno, Cachito de Cielo. En las fachadas, nombres y neones parecían flores exóticas depositadas por el viento marino. Artísticas velas en forma de arcoíris adornaban las terrazas de las cafeterías; farolillos chinos alumbraban los

chiringuitos, donde jazmines, madreselvas, buganvillas y pasifloras sustituían a los parrales de antaño. Las plantas trepadoras, tan admiradas por los turistas, se habían puesto de moda. La ciudad parecía celebrar cada noche sus fiestas patronales. Como si todos los días fueran festivos. Era, sin duda, lo que esperaban los visitantes de una costa afamada por su alegría de vivir. Había comida para todos los bolsillos. Él buscaba tabernas en las afueras, de cocina modesta tanto en precio como en calorías. Siempre que cambiaba un billete sentía una punzada en el pecho; se juraba que no gastaría más hasta haber encontrado trabajo. El miedo de los pobres. A quedarse sin blanca en un medio hostil, entre gente desconocida. Ahí se dio cuenta de que, fuera de su pueblo, no conocía a nadie. El mundo entero le era ajeno. Podía haber entablado una relación con sus compañeros de viaje, pero no supo hacerlo. Desde niño padecía esa timidez de chico que ha crecido demasiado deprisa. A los dieciséis años, aparentaba dieciocho. Pero a los dieciocho, los tíos se pasan el día hablando de sexo; en cuanto lo veían aparecer cambiaban de conversación y decían en voz alta: «¡Cuidado, hay ropa tendida!». Su madre le dijo un día: «¡Deja ya las manos en paz, que tienes toda la vida por delante para ese tipo de cosas!». Crecía demasiado deprisa y la entrepierna le reclamaba lo suyo. Por suerte, tenía a Fermín. Aunque no le apeteciera, el chico entendía que su amigo ardía de ganas y se dejaba… No, no era decidido; tan sólo perdía su timidez con las personas que amaba de veras. El primero, Fermín; luego, María. Ambos quedaron lejos. En la muerte. En la vida. Había que encontrar trabajo, se estaba quedando sin blanca. Con tantos placeres al alcance de la mano, el dinero se le estaba yendo más deprisa de lo que él pensaba. El enorme helado de chocolate que se estaba comiendo, pensativo, le había costado más que la cena. ¡Un simple helado! Un lujo de turista, un trivial capricho de veraneante.

La criada de la pensión le explicó cómo encontrar trabajo: por medio de los anuncios del periódico y las agencias de empleo. Con un poco de suerte… Se la deseaba de todo corazón. ¡Pero era preciso mucho más que suerte para conseguir el menor empleo en una ciudad donde toda la juventud vagabunda de Europa pretendía instalarse! Eso sí, aunque no tenían un duro en el bolsillo, rechazaban cualquier trabajo duro. La criadita de la pensión, sin embargo, trabajaba de sol a sol. Seis días a la semana. Dejó caer que el domingo, su día libre, no tenía con quién ir al cine o a la discoteca. Por supuesto, ella pagaba su parte, o incluso más. ¡Costumbres de chica liberada! No, a ella no le importaba el dinero de los hombres. El amigo que había tenido hasta la semana pasada se largó al terminar el servicio militar. Sí, volvió al pueblo. Sí, con su familia. Y con esa novia que todos tienen. Lo de siempre, sí, pero ella no terminaba de entender por qué. «En las

ciudades, las chicas son más cariñosas, menos "¡ahí no se toca hasta que estemos casados!", tú ya me entiendes.» Además, las chicas como ella, que no se limitan al muchacho con quien se habían prometido a los catorce años, también existen en los pueblos. Él no hizo ni un gesto, como si no hubiera entendido la insinuación. Sonrió, solícito, y le dio las gracias.

Los anuncios por palabras, las agencias, sólo ofrecían empleos domésticos. No aptos para hombres. También buscaban especialistas en máquinas sofisticadas, tipo ordenador. No era su caso. Se dio cuenta de que sólo sabía trabajar en la mina. Y algo de agricultura o de albañilería… En la ciudad, esos leves conocimientos no servían de nada. También pedían repartidores con vehículo propio. Él ni siquiera sabía conducir. Debería aprender… Estaba claro que, si quería rehacer su vida profesional en un ambiente urbano, tenía que adquirir nuevos conocimientos. En algunas entrevistas, le llegaron a decir que no servía para nada. Les importaba un bledo que él necesitara trabajo. Ni siquiera hacían el esfuerzo de ser amables. No usaban paños calientes para convencerlo de su inutilidad, lo ponían de patitas en la calle y encima le reprochaban que les hubiera hecho perder el tiempo. Él se sentía fatal. Como un crío torpe en su primer día de clase. Casi veía normal que no le dieran trabajo.

Los días pasaban, no le salía nada. Empezó a desesperarse. Se decía que no tenía suerte. La suerte lo abandonó cuando Fermín murió destrozado en el pozo. Pensaba en María, en el niño, en su madre; se sentía culpable cuando se tomaba una cerveza. O un helado. «¡Mira que eres gastoso!», se decía a sí mismo. Para eso se marchó, para malgastar la indemnización del paro él solo, cuando tenía una familia. Y se imaginaba a María, al niño, a su madre, tendiendo la mano para pedir limosna…

Un día, en un chiringuito de la playa, escrito en un papel colgado en la puerta, vio que buscaban a un *chico-para-todo*, empleo que no requería cualificación profesional específica. Entró. Sin pensárselo. Una sala acristalada, una terraza. Las consabidas plantas trepadoras. Su riego formaba parte de las obligaciones del chico-para-todo, le dijeron, cada noche después del trabajo. Y gratis: una especie de aportación voluntaria al mantenimiento y embellecimiento del local. Un minibar, una cocina minúscula. Era un pequeño negocio que sólo abría en periodo vacacional. Sentada en la caja, una señora rubia le echó una mirada de chalán que se fue transformando en mirada de mujer. No se privó de mirarlo con descaro de arriba abajo como se examina una bestia de carga, deteniéndose en los muslos, en la bragueta, bajando luego a las deportivas sucias, estropeadas por las largas caminatas de quienes buscan trabajo. Le dio una calada a su Marlboro; con gesto histriónico (como en las películas), preguntó: «¿Es

para el trabajo de chico-para-todo?». Él asintió con la cabeza. La mujer le señaló, con su cigarrillo, la puerta de la cocina. «Por ahí. Te lo explicará mi marido. Pero antes tengo que decirte una cosa, muchacho: lo de chico-para-todo es para el trabajo y también para mi amiguete cuando le apetezca. No para mí. Yo me encargo de la caja. Pago de acuerdo con el respeto que se me trate. Me refiero a los empleados.» «¿Y cuántos empleados hay?» «¡Tú…! Si te contrata, claro. Esto no es el Ritz. Yo fui la primera en equivocarme cuando él me propuso el negocio…, además del matrimonio. Bueno, ve a verlo. Está en plena faena pelando patatas.» Se puso a fumar de nuevo y abrió una revista. Entró en la cocina. Un hombrecillo de edad madura sudaba la gota gorda, rodeado de pucheros y medio enterrado en mondas. Gruñó: «¡Ponte un delantal, a ver qué sabes hacer! Ya hablaremos de las condiciones después». Él obedeció. ¡Por fin había encontrado trabajo!

Este respiro mal pagado y sin derechos empezó para él en una diminuta cocina y prosiguió en una sala y una terraza que los veraneantes calificaban de agradable. Diferente de esos locales de moda donde hay que tomarse la comida apretujados como sardinas en lata. Para él también el trabajo era diferente del que hacía en la mina: trabajaba más horas por menos sueldo, se manchaba mucho más, ¡pero el peligro de muerte no era inminente! ¡Vaya un empleo! Le parecía que el hombrecillo rechoncho llamado Pedro llevaba toda la vida esperándolo pacientemente, como algunos esperan al Mesías: sartenes, cacerolas, pucheros, barreños, que ninguna mano había fregado ni frotado desde su estreno, evidenciaban tan paciente espera. Y por fin llegó el Mesías; un joven obediente, dispuesto a hacer horas extraordinarias sin cobrar un céntimo, todo para escapar de la miseria y la mugre. En una semana, sus fuertes manos de minero acabaron con una suciedad épica, digna de la cocina de un cuartel. En el pueblo, nunca metió sus manos de hombre en el fregadero: aquí, lavaba los platos de una exputa, de su marido regordete (sin duda cornudo) y de los turistas hambrientos que engullen frituras monumentales. ¡No, café no tenemos! La rolliza señora rubia no pensaba molestarse para el beneficio *irrisorio* que deja el café. En la costa, como en todas partes, una mesa de restaurante debía supuestamente producir oro; si no, ¿por qué pagar a un tío para que la limpie? En cuanto le habían abonado la cuenta, el obesillo echaba a los clientes como a apestados. Y así, se concedía media hora de libertad, beberse un whisky con su rubia y acariciarle las generosas tetas, enormes, maduras como las sandías que compraba para el postre.

El chico-para-todo quedó encargado de los trabajos más duros; automáticamente, el jefe retaco retomó los placeres de la mesa, los intercambios culturales con su amiga, que también era su *legítima*.

Antes de casarse había sido puta. Él iba a verla los sábados por la noche para que se la mamara, pero el precio le parecía exorbitante; una esposa no se atrevería a cobrarle. Ella le sacaba los cuartos y al mismo tiempo era libre de hacer lo que quisiera con su cuerpo. Situación envidiable para una mujer y más bien desagradable para un hombre. Sobre todo, si éste no posee los atributos necesarios para tener a una hembra bajo su férula de macho. De modo que le propuso matrimonio. Solución casi desesperada, la única que le permitía meter en su cama a la ramera todas las noches y para siempre. Ella no dijo que no. Con el matrimonio todo iba a favor suyo. Se vio promovida a ser la Señora de Fulano de Tal, dueña de un comercio rentable… por hacer con un tío llamado *marido* lo mismo que venía haciendo con otros muchos, a saber: abrirse de piernas y lanzar largos gemidos, como si tal actividad le produjera sensaciones dignas de ser exteriorizadas por vía sonora, lo que casi nunca era el caso. No quería saber nada de la terraza ni de la cocina. Sus dominios eran la caja y el bar. Se gastaba un dineral en perfumes, pues de siempre el olor a comida la deprimía. Eso fue lo que la llevó a la prostitución con catorce años, decía, en lugar de atarla a los humildes olores de un hogar honrado. No, no tenía ningún hijo en el orfanato.

Esos hechos, y muchos otros, los supo por retazos de conversaciones y confidencias. Gracias a la masculina intimidad de los fogones, o de atrevidas palabras detrás de la caja, el gordo y la rubia contaban su historia cada uno a su modo. Tenían por costumbre llegar a los gritos y luego reconciliarse cerca de la barra. Imposible no estar al corriente de sus historias amorosas o sexuales, antiguas o recientes. Al joven le servían de escuela de vida. Pero hubiera preferido aprender por métodos más suaves que las peleas y los magreos desenfrenados de sus jefes.

Dificultad para vivir. Sea como sea y al precio que sea. Tomó conciencia de ello a pesar suyo. Ahora, un cartel de mendigo lo señala con el dedo: un descarriado. Alguien que ha perdido su último tren. Un paquete que nadie reclama. Los recuerdos felices que a menudo nos brinda la soledad agravan aún más su estado, que no necesita precisamente empeorar: troca su figura de arrodillado por la estampa de martirizado. Pero es tan sólo una imagen, no un ser humano de carne y hueso. Ni un hombre acorralado. Quienes le echan una moneda no se molestan en mirarlo a la cara. No podrían describirlo tal y como es, decir si esa mañana se había afeitado o si una barba de dos días le ennegrece las mejillas. Es tan sólo un avatar de la miseria urbana. Como la paloma muerta que empujamos con el pie hacia la alcantarilla, o ese banco medio roto donde nos sentamos sin dar demasiada importancia a la incomodidad. Él sabe que no es nadie. Le

gustaría no ser nada.

En el chiringuito, la jefa era a veces amable con él, pero normalmente le chillaba como una perra rabiosa, casi siempre a causa de sus deportivas, más sucias que el palo de un gallinero. A él le daba igual. Dar de comer a numerosos turistas en un local más bien exiguo conllevaba un montón de desperdicios y de chorreones de líquidos diversos. Todo eso iba a parar a sus zapatillas. Tenía la sensación de chapotear en un estercolero. Sugirió que contrataran a otra persona: una ayudita no vendría mal. El homúnculo dijo que ni hablar. ¡Un único esclavo le costaba un ojo de la cara; así que dos, imposible! Un ojo de la cara… «¡No te jode!», pensaba él. Ganaba lo justo para pagar la habitación; en temporada alta le cobraban el precio de un tres estrellas. Llevaba más de un mes trabajando de chico-para-todo y no había ahorrado ni un céntimo, ni había mandado nada a la familia; las deportivas se le estaban estropeando y ni siquiera podía pensar en comprarse otras. Arrastraba ante la jefa unos pies de basurero. En cuanto lo husmeaba, la señora dejaba de beber su whisky con soda y lo miraba de mal humor. Arrugaba la nariz con gesto de repugnancia que ella pretendía refinado, pero que no lo era: una grotesca mueca de pescadera. ¡Y lo trataba de usted! Sí, señor, la exputa lo trataba de usted: «Tendrá usted que comprarse unos zapatos, o ir descalzo; ¡no soporto la peste a queso que desprenden sus extremidades inferiores!». ¿Se reía de él o qué? Su tono le recordaba al de Fermín, pero el chico tenía una ternura escondida que esa mujer ignoraba. Se descalzaba, retomaba su trabajo. Entonces le tocaba al homúnculo ponerse furioso y le prohibía servir a los clientes «con una indumentaria tan poco digna». Se volvía a calzar. Retomaba el trabajo. Así todo el día. Como si esa pareja de tarados se entretuviera en pelearse a través del chico-para-todo.

Algunos días, la mirada de la señora no bajaba de la bragueta. Una atrevida mirada errante que sabía demorarse de modo agradable, y es que los vaqueros que llevaba favorecían considerablemente esa parte de su anatomía. Aquella mirada de experta lo sonrojaba, aunque terminó por acostumbrarse. Bebiendo a sorbitos su whisky con soda, dibujando volutas sofisticadas con su cigarrillo, la rubia disfrutaba y le preguntaba con voz prometedora si quería conocer su historia, que ella estaría encantada de contársela. Una mujer de su temple debía sin duda tener una «biografía» impresionante, le respondió él (Fermín habría dicho algo por el estilo. Pero no quiso pensar en María: en esas circunstancias, las mujeres desenvainan muy pronto, y la primera que dispara se hace un bolso con la piel de la otra). Y, contento de charlar un rato mientras manipulaba la fregona, prosiguió: «Una biografía digna de un libro». La cajera pilló la ocasión al vuelo. Y le brindó el

hechizo de su historia de puta, sin dejar de mirar la bragueta del apuesto joven. Había algo religioso en ese juego de miradas. El muchacho se sentía acariciado por las palabras de la rubia, como si traspasaran el basto tejido de los vaqueros, el algodón de los calzoncillos, y realizaran allí adentro un trabajo minucioso. Trabajo explosivo, como una descarga eléctrica.

A la rubia no le gustaba que la llamaran por su nombre; el enano de su marido tenía que dirigirse a ella mediante alguna expresión respetuosa: *mi reina* o *mi jefa*; podía añadir *querida* si el humor de la rubia se lo autorizaba. Sin embargo, con la mirada puesta en la envergadura del sexo de su chico-para-todo, le reveló un día que su nombre era Honesta. Honesta de la Calle. ¡No, no era broma! Un nombre predestinado, pues ella era honesta como una balanza bien equilibrada; luego, cuando se hizo puta, tuvo que hacer la calle. Siniestro camino, dijo, asediado primero por la pobreza; después, por el amor. Una historia tan vieja como el mundo, que empezó con un camionero y acabó haciendo la calle. Historia banal. Les puede ocurrir hasta a las ricas herederas. Pero la rubia la contaba como si fuera la única *historia triste* de la que tuviera que lamentarse la humanidad. Se arrepentía de haber sido demasiado curiosa cuando aún era una niña. Sí, por las cosas de la vida. Murmuraba muy quedo, como en una confesión, con los ojos pegados a la entrepierna del joven. Demasiada curiosidad… ¡y sin anticonceptivos! ¿Cómo evitar los percances? El percance le cayó del cielo como un rayo. Luego, a abortar. Por entonces, ella era aún morena, precisaba, acariciando con devoción su pelambre rubiascona. Como quien toca el manto de la Virgen. Su calvario había sido más lago, más arduo que el del mismísimo Jesucristo. De modo que ejerció el oficio de animadora («de clase») en el Nebraska, un bar al que acudían todos los militares de la base americana. Pero no trabajaba para el dueño; no, no, ella actuaba por su cuenta. El dueño, un madero de alta graduación, la obligaba amablemente a poner buena parte de su libertad al servicio del club. Pero podía acostarse con quien quisiera, y en su casa…, después de haber cumplido con algunas *visitas guiadas* al hotel encima del Nebraska, propiedad de un conocido del madero, sobrino del arzobispo. Los oficiales gringos eran como turistas; había que tratarlos con la misma consideración. A ella no le iba mal. Un trabajo duro, eso sí, pero una mujer experimentada sabe cómo arreglárselas: ni se dejaba la piel ni se condenaba el alma… La rubia parpadeaba mientras decía eso; el joven notaba que esas pestañas le abanicaban la entrepierna. Un soplo de céfiro, habría dicho Fermín.

A la jefa le dio hambre y sacó una caja de magdalenas que se puso a remojar en el whisky con soda. No le ofreció al chico-para-todo. No por maldad ni por desatención, sino porque conocía las cláusulas del

contrato (verbal) contraído, en negro, con su empleado; incluía tres comidas diarias: desayuno, comida y cena. Nada más. Ella engullía las madalenas con whisky por la tarde, el tentempié que se toma a esa hora se llama merienda. El contrato no decía nada de merienda. Por otra parte, a un empleado no se le ofrece whisky. Tanta familiaridad es impropia de una jefa. Aunque sea rubia panocha, lleve pestañas postizas, le rebosen las tetas, se vista de escarlata y se pinte las uñas de violeta. Eso sería traspasar los límites de la decencia. Y ella era ya, por fin, una mujer decente.

Honesta de la Calle vivió su amor imposible con un suboficial americano: un negro de baja graduación. No, ella no era racista, todo lo contrario. Se jactaba de haber conocido a la humanidad (que confundía con los hombres) en la mejor escuela que existe: la cama. En lo tocante a las razas, ella se consideraba ecuménica, pues se había acostado con todo el mundo. Sí, un poco como esas vírgenes negruzcas, entre ébano y carbón, que adoran tanto los chinos como los pieles rojas. ¡Sin contar con que los blancos son adoradores impenitentes de vírgenes negras! O sea que ella de racista, nada. Pero resulta que el suboficial negro sí que lo era. Tan racista como un pequeño comerciante blanco y barrigón: su marido, por ejemplo. El gringo, bebedor empedernido y follador insaciable, estaba hecho del carbón fogoso de la negritud. La llevaba en la sangre. Nunca permitiría que el vientre de una blanca pariera hijos concebidos por él. Las blancas, para follar. ¡Se empalmaba con eso de penetrar con toda su negrura un coño de blanca! Un tío que hablaba claro, añadía la jefa para justificar su lenguaje. Para casarse, una negra de su Harlem natal. Ya tenía hasta la fecha de la boda, en una iglesia baptista: cánticos de la Biblia, *blues* de los campos de algodón y discurso de algún líder de derechos civiles. Abandonaba el ejército. ¡Adiós y ahí te quedas! Se alistó por dinero y pensaba invertir sus ahorros en una estación de servicio en la Carolina del Sur de sus antepasados… La provocativa rubia contaba la fatídica historia de sus amores con cierta indiferencia. Como si relatara la historia de una amiga. Lo que también podía ser cierto. Una extraña nostalgia le teñía la voz: la que impregna esos recuerdos que sólo se han vivido en sueños.

Ella se calló.

Incómodo por la emoción que rompía la voz de la enorme rubia, jefa de armas tomar, él reinició el trabajo. Ella se sirvió otro lingotazo de whisky (seco, esta vez) y la emprendió con las magdalenas como una agonizante bulímica en fase terminal. Comía a dos carrillos. Unos lagrimones surcaban de rímel el maquillaje de sus mofletes…

Aquella tarde no habló más de su vida. Salvo para concluir, con amargura, que el militar negro y racista fue el único hombre que

había logrado satisfacerla tanto por arriba como por abajo. Al ver que el empleado parecía no entender el sentido de la frase, precisó: «¡El corazón y el coño, muchachote; el corazón y el coño! Únicas cavidades donde las mujeres no soportan el vacío». Sin más, encendió el radiocasete y se puso a escuchar su programa favorito.

Como no se trataba de un trabajo fijo, sino estacional, sus jefes se comportaban como negreros, esperando que realizara en una hora el trabajo de tres días; por si decidía, de un minuto para otro, largarse sin decir nada. Le pagaban al día, método que evitaba a los patronos redactar nóminas o recibos en donde figurara que trabajaba para ellos. No se le reconocía ningún derecho. Por la mañana, cuando iba al trabajo, nunca sabía si encontraría la puerta cerrada o a cualquier otro en su lugar. La rubia incendiaria se quejaba de los escasos beneficios del negocio y no se cortaba a la hora de decirle a su marido —delante del chico-para-todo, echándole la culpa al sueldo que tenía que pagarle— que el *restaurante*, como ella llamaba a aquel tugurio, era una ruina. El gordito se ponía blanco como la pared; se veía trabajando como un negro si despedían al muchacho. Farfullaba que ya no tenía los riñones para esos trotes y miraba a su mujer con cierta complicidad, como si ella se supiera de memoria su historial clínico. En fin, que si tenía que realizar el trabajo titánico que el asunto requería, temía que sus redaños le flaquearan al intentar actividades más placenteras. Ella le echaba una mirada despectiva de ave de presa acosada por el hambre y replicaba: «¡No irás a decirme a mí para qué sirven los redaños!». Y añadía: «¡Ya me gustaría que un hombre de verdad me recuerde para qué sirven los redaños de un tío!». Sus pestañas se abatían como flechas envenenadas sobre la bragueta del muchacho. El marido se largaba, llamaba al empleado, le gritaba que quedaba aún mucho trabajo por hacer: pelar un saco de patatas, limpiar una banasta de lechugas, abrillantar un montón de cacerolas. El joven entraba en la cocina y la rubia pulposa acomodaba de nuevo las tetas sobre el mostrador, se tomaba otro whisky y encendía un cigarrillo. Preguntaba a gritos si le interesaría dormir en el almacén. Sí, allí había un colchón en el que podían dormir dos personas. Sin hacer nada, por supuesto, el uno junto al otro…, salvo que al chico le apeteciera pasar un buen rato. A él le ardían las orejas y se ponía rojo como un tomate delante del jefe, que exhibía una sonrisa de conejo. «Estás casado, ¿no?». Él asintió con la cabeza. «Echas de menos a tu mujer, ¿verdad?» Nuevo asentimiento. Pero de inmediato se puso tenso, pues se cabrearía si esas dos sabandijas mezclaban a María en sus marranadas. El otro le dijo: «Pues piensa en ella. Ahorra algo de dinero y mándaselo. Una mujer es un tesoro, un regalo del cielo…, aunque se comporte como una golfa. Piensa en ella, en serio. No la olvides nunca». Tras una larga pausa, añadió: «Eso no impide que te

quedes a dormir en el almacén. Te ahorrarías la pensión. Ya revisaríamos nuestro acuerdo financiero. Nos conviene a todos». De nuevo, sonrió. Esta vez como un zorro.

Honrada, la jefa, tenía una sola amiga, el transexual Cáliz, ferviente admirador de la exputa, mítica profesión que él aspiró a ejercer, ya que sus intentos en el mundillo del espectáculo no dieron los resultados (fama y dinero) esperados. Durante su negra etapa masculina, Cáliz ejerció el viril oficio de camionero transportando productos inflamables, aterrorizado con la mística desazón del *boom* exterminador que él asimilaba al castigo divino que tarde o temprano le caería del cielo si se empecinaba en conducir su bomba ambulante vestido de Mae West ibérica. En cuanto veía las luces de una discoteca, aparcaba la máquina infernal, entraba para contonearse un rato, luego buscaba una iglesia, rezaba unos *mea culpa*, se arrepentía, comulgaba, (evitaba… Precario estado de gracia que alcanzaba con toda facilidad sin pasar por el confesionario. Porque a los curas no podía ni verlos. Decía que olían a meados, a esperma corrompido, a culo, olores de santidad que le daba asco respirar; murmuraba: «Dios mío, perdóname, tengo alma de mujer en un cuerpo de niño perdido, soy un insulto para Tu creación, lo sé, pero, por mi parte, creo que Te descuidaste un poco al hacer Tu trabajo. Mira: yo me veo como un desliz de Dios. Tu desliz, Señor, no menos culpable por el hecho de que sea Tuyo». Una tarde, durante una de esas *conversaciones* frente al altar mayor, ataviado con un vestido de lentejuelas, vio diminutos soles resplandeciendo en el cáliz. Era Dios centelleando de jubilo, estaba seguro. El Creador le daba, pues, permiso para reparar sus errores (los de Dios, por supuesto). De modo que se fue de inmediato a Londres a cambiarse de sexo. En recuerdo de aquel fulgor, se hizo llamar Cáliz. Nombre de batalla, de momento, pero que acabaría siendo su nombre de mujer una vez ganada la causa con la Administración, que no aceptaba cambios de identidad subversivos. Sí, sí, el caso estaba ganado. El abogado le aseguró que con los sociatas en el poder el tema no planteaba ningún problema. Monárquico hasta la médula, el transexual circunscribía su «número» Eugenia de Montijo al momento en que la gitana le leyó en la mano que sería emperatriz de Francia; no dejaba un segundo de bendecir al rey; sin embargo, en las elecciones votó a los socialistas para agradecerles el final feliz de su causa. Él, Cáliz Rodríguez, nueva mujer, podría casarse con el hombre de su vida, que, Dios mediante, terminaría por encontrar. Pero si esa futura boda se quedaba en agua de borrajas, entonces se haría puta de militares, como su querida Honrada, o se echaría a la calle como las violadas. Proyectos fantasiosos. Cáliz solía pedir consejo al joven chico-para-todo, quien le decía cosas muy sensatas. Sí, y perfectamente realizables. En un mundo en el que viajar a la

Luna era casi normal, lo de Cáliz debía salir adelante. Ya no estaban los tiempos para beatos. Los políticos, de legendaria sabiduría, siempre realizaban los milagros prometidos. Cáliz sería reconocido mujer.

El transexual era el único autorizado a tocar la rubia melena de Honrada de la Calle. La manipulaba a placer, le hacía peinados extravagantes. A la inmensa jefa, toda de escarlata vestida, le encantaba aquello. Echaba pestes de los peluqueros, a los que acusaba de haberle estropeado la sedosa cabellera y los trataba de maricas. «¡A las mujeres nos odian! Si nos pudieran arrancar el conejo, se lo pondrían entre las piernas, como un postizo. ¡Panda de cabrones!»

El joven escuchaba con la mirada gacha, a punto de echarse a reír, mientras fregaba el suelo de la terraza. Tales expresiones de alegría eran como un residuo de la infancia. Cáliz el transexual lo miraba, atónito, y le comentaba a la rubia adiposa: «Cariño, ¡vaya raciones de vista que te tienes que dar…! ¡Ese chico está muy pero que muy bien! Debe de hacer algún deporte acuático, fíjate qué piernas». «Deja de decir tonterías, sólo ha trabajado en una mina.» «¡En cuestión de musculatura, viene a ser lo mismo!» La jefa de armas tomar se echaba a reír. «Ésos son los mejores, filosofaba la nueva mujer. Unos inocentes. Les das un poco de cariño y los tienes en el bote: la gran historia de amor, con lágrimas y suspiros, ¡como en el ejército!» «Yo no sé nada del ejército.» «¡Pero de militares sabes un rato!» «¡Ay, ése sí que era duro de roer! Las lágrimas y los suspiros eran para su negra. Para mí, palabritas de cuartel: "¡Date la vuelta, zorra, que te voy a apañar para que no estés nunca más estreñida!".» Una risotada saludaba aquellas palabras. Ambos volvían a su antiguo ser de camionero y puta contándose chistes en un área de descanso. La representación iba dirigida a él, pero el joven no se daba por enterado. No le interesaba conquistar aquellas plazas fuertes tan deliberadamente mal defendidas. Algo parecido a un respeto displicente hacia el hombrecillo recluido en la cocina se lo prohibía. Los cuernos irreales y malintencionados, aunque no imaginarios, que le ponía Honrada cada dos por tres eran más difíciles de llevar que una auténtica asta de cornudo. El joven no quería hacerle daño, aunque le irritaba su cinismo de marido decepcionado, le daban ganas de romperle la cara. Evitaba a toda costa que éste pensara que le olisqueaba el trasero a su mujer, cual perro callejero olfateando el culo de una perra en celo. Puta o transexual, hay que recelar de ese tipo de mujeres. Airean las debilidades de cualquiera tratándolo de maricón o impotente en cuanto les das la espalda. Unas harpías. El día que amanecen de mal humor, es mejor quitarse de en medio. En ese momento, le tocaba a un tal René, peluquero. «¡Ése de francés no tiene nada!», exclamaba Cáliz, como si su nueva naturaleza de mujer fuera

auténtica. «¡Un puto hijo de emigrantes!», apostillaba la exputa. «¡Va diciendo que aprendió el oficio con Carita, pero mira, mira lo que ha hecho con mi melena de gitana! ¡Todos una panda de sarasas!»

Él se abstuvo de opinar. Nunca conoció a un peluquero ni había puesto los pies en una peluquería. A Fermín y a él les cortaba el pelo el barbero, una vez al mes. Un tipo normal, padre de cuatro hijos. Un único detalle sospechoso: prescindió de la maquinilla de toda la vida y cortaba el pelo a navaja; también utilizaba champú y secador de pelo. Modernidad obliga. Pero de ahí a pensar que… Cuando el accidente, afeitó a Fermín antes de meterlo en la caja, vestido con su traje negro de padrino de boda; en fin, afeitar… lo poco que le quedaba de cara: jirones de carne que el hombre no logró recomponer para que fuera reconocible.

Cuando no recibía a Cáliz Rodríguez o no flirteaba con la bragueta de su empleado, la rubia panocha encendía el radiocasete y se entregaba en cuerpo y alma a escucharlo. Era un aparato impresionante. «Muy muy moderno.» Le sacaba brillo como a un objeto valioso. Un objeto de culto. Aquello hacía más ruido que los bafles de una discoteca punk. A Honrada le chiflaban los boleros de los años cincuenta, otra vez de moda. Le recordaban los sueños húmedos de su adolescencia, sus atrevidas desviaciones de lolita arrabalera. ¡Ay, qué música! Su cuerpo se imaginaba enredado a otro cuerpo, acoplado a él en un engranaje lúbrico. ¡Una gozada! Pero también le gustaba cultivarse. Saberlo todo del mundo. Seguía con apasionamiento los programas de charlas radiofónicas, que la volvían loca. La voz meliflua, dulzona, de los presentadores la excitaba. La ponía chorreando. Con una predilección por los sarcasmos, la falsa compasión, la ironía vengativa de un cronista político, facha como una aparición de la Virgen, que no podía ni ver a los bolcheviques. Ella tampoco, por cierto. Tal animadversión se remontaba a la Guerra Fría: Johnny, su negro, la convenció de que los rusos no pagan para cepillarse a una puta. Lo hacen de gorra. En Moscú, las putas pertenecen al pueblo. Servicio público. Desempeñan un deber ciudadano, de camaradas. Tras haber echado sus diez horas diarias de trabajo en la fábrica, abrirse de piernas era gratis. Sí, señora, como los toqueteos de María Magdalena a Jesucristo: de regalo. ¡Con las ganancias del oficio de samaritana nunca podrían comprarse un coche! Honrada de la Calle se puso hecha una furia y accedió a hacer una rebaja a su informador, el negro americano, que acabó por follársela, sin soltar un duro, a la salud de los soviéticos. «¡Todos unos borrachuzos impíos!», gruñía la meretriz. «Lo que quieren es apuntar con sus misiles al Vaticano. ¡O a mi almeja, que viene a ser lo mismo!» Ante la mueca mohína de Cáliz Rodríguez, que no entendía por qué se maltrataba así la reputación de un país que empezaba a dar señales de

sensatez, condescendía: «Tienes razón, todos no: hay disidentes que no están mal, ya me beneficiaría yo a más de uno. Pero no vienen por aquí. Al parecer no tenemos nada que ofrecerles: ni laboratorio puntero ni residencia secundaria. ¿Y mis tetas no valen que les abran de par en par las puertas de la NASA?». Una pregunta tan directa como inesperada dejaba a Cáliz perpleja; su experiencia de la vida no la autorizaba a poner en una balanza los encantos de las tetas de su amiga y las ventajas de un empleo *de alta gama*. ¡No era estratega!

Aquellas conversaciones duraban toda la tarde. El enano rechoncho y su esclavo organizaban la cocina, ordenaban, regaban la terraza. El sol pegaba fuerte y el personal sudaba la gota gorda: las plantas languidecían como un pijo *in articulo mortis*… Haciendo de tripas corazón, Honrada se resignó a consagrar su cuerpo a los nacionales. Ella lo decía con la pesadumbre de un salvaje que, al irse los misioneros, cae de nuevo en la barbarie. Los nacionales pagaban…, pero exigían más; con algunos tenía que comportarse como una esposa sometida: «Ay, Dios mío, pero ¿qué me haces? ¡A ver si va a ser pecado mortal!»; otros le pedían que actuara como puta y exclamara al final del striptease macho: «¡Jesús de mi vida, qué tranca!». Por lo general, la cosa no era para tirar cohetes, concluía decepcionada. Y, efectivamente, echaba de menos a los extranjeros, a quienes otorgaba los encantos del mundo civilizado. Opinión que perduró hasta un Viernes Santo, en las Islas Baleares invadidas por los bárbaros del norte. Se había ligado a un turista alemán, un tío cachas. Pero en el momento del orgasmo el tipo se puso a peder. Sin miramientos. Fea conducta, amén de insolente, teniendo en cuenta que ese día enterraban a Jesucristo. «¡Otro protestante!», rugió la piadosa Cáliz. «¡De los que se pasan el dogma por el forro!» La rubia escarlata respondió: «Sí, es posible. De eso sabes tú más que yo. ¡Yo hice la calle; tú, la carretera, que es más larga!». Cáliz Rodríguez no se enfadaba nunca, las barbaridades no le afectaban. Estaba orgullosa de haber acumulado experiencias para parar un… camión, decía, jugando con las palabras como esas personas ingeniosas que salen por la tele. No había que conceder a los extranjeros más virtudes de las que tenían. Sin hablar de los franceses, que conoció muy bien gracias a sus viajes a Bélgica transportando verduras…, sí, cuando hacía la carretera…, ¡sí, joder, cuando era camionero! La insistencia viciosa de su amiga la sacaba de sus casillas. Con las tías siempre era igual: mientras se hablaba de bigudíes o de sostenes, eran amiguísimas; pero cuando se hablaba de tíos, la marginaban de inmediato por su condición masculina. Bueno, también conoció a un finlandés, alto y rubio, de ojos azules rasgados, piel nacarada y suave como la nata… «No te puedes hacer una idea, Honrada: todos los ingredientes de los auténticos boreales que no han pisado un instituto de belleza…, pues

ése, en el momento del "¡ay, Dios mío, qué me haces!", se puso a mugir como un reno.» La rubia del chiringuito torció el morro. Mala cosa. «¿No me crees?», exclamó refinadamente sorprendida la mujer artificial. No temía los enfados de las putas arrecogidas. «¿A ti que te parece que hacen los renos?» «Los renos… braman.» «¡Y una mierda! ¡Los renos hacen muuggg! ¡Puedes llamarlo como quieras, pero hacen muuggg!» «¿Y dices que hacen eso cuando están en plena faena?» «¡Te juro por la salud de mi madre que hacen muuggg! ¡Una cosa rarísima!» «Por cierto, ¿cómo sigue tu madre?» «Como siempre: la pobre santa ya murió.» Una tremenda risotada acogió aquella nota de humor negro. El joven miró para otro lado. No sabía qué hacer con su propia risa.

Tras varios domingos de pertinaz asedio, la criadita de la pensión se rindió a la evidencia: ese muchacho trabajaba demasiado, lo explotaban a fondo como a todo hijo de vecino, y en su día de descanso no tenía fuerzas para ir a la discoteca. Ni al cine. Ni siquiera a misa. Más valía dejarlo en paz; le saldría más barato. El joven se pasaba su día libre en la cama. Dormía como un lirón, soñaba despierto como un irresponsable, pensando únicamente en reponer fuerzas para los días siguientes. De noche, daba una vuelta por la ciudad, a esa hora en que sale la luna sobre un mar en calma. Siempre solo, sin mirar a nadie, aunque algunas mujeres —y hombres— se lo comían con los ojos. El aún no sabía lo que era no tener para comer. Su mente seguía atada al pasado; su memoria, presa de los recuerdos. Cuando éstos desenterraban a Fermín, la desazón le bloqueaba el pecho. Respiraba con dificultad. Pero cuando se concentraban en María o en el niño, la ansiedad se calmaba y una sonrisa afloraba en sus labios. El rostro se le volvía espejo: reflejaba la luna. El rumor de las olas se iba imponiendo a los ruidos del tráfico que disminuía conforme la penumbra se apoderaba de la ciudad. La costa se volvía silenciosa. Como uno se la imagina cuando sueña con ella. Las ganas de tomarse una cerveza se le incrementaban con los olores de fritura. Contaba y recontaba sus monedas. Y se culpabilizaba. Nunca lograría ahorrar una cantidad aceptable para mandársela a María. Claro que a ella aún no le haría falta, pues seguía cobrando las mensualidades del paro, pero no era cuestión de esperar a que la pobre se encontrara sin un duro para cumplir con su obligación. Así que se sentía culpable. La cerveza se le agriaba en el estómago.

Ni qué decir tiene, María y el niño estaban mejor en el pueblo, con la familia. Mejor de lo que estarían con él, apretujados en el cuartucho de una pensión, viviendo al día como los vagabundos, siempre en peligro de que los echaran a la calle. Con un empleo tan precario, ¿qué iba a hacer con ellos aquí? Sin tiempo para salir de paseo. Ni

playa ni cine. ¿Podría soportar ver que María se paraba ante un escaparate y no poder comprarle esas preciosidades que tanto le gustarían? A menudo pensaba en comprarse una camisa nueva, pero ahuyentaba esa tentación como se ahuyenta a una avispa. Se volvía a vestir con su ropa vieja, tan ajena a la moda que hacía de él alguien prácticamente invisible. Volvía a la pensión, se acostaba. Antes de dormirse, se preguntaba qué habría dicho del mar Fermín. ¿Se habría paseado por la ciudad en pantalón corto o sin camisa como los demás chicos, él, que tenía un concepto casi sacramental de su propia desnudez? ¿Le habrían impresionado los diferentes idiomas que se oían por las calles, incomprensibles hasta el punto de ser incapaz de entender a la gente? Se lo imaginaba concluyendo muy seguro de sí: «¡Tengo que aprenderlos!». Y lo veía poniendo todo su empeño en lograrlo.

Le gustaba esa imagen de Fermín estudiando idiomas. Tomaba al hermoso fantasma entre sus brazos y se dormía de inmediato como un ángel. Otras veces, el recuerdo de María y el niño se le metía en las entrañas. Contaba con ellos para no dormir solo.

El final de la temporada llegó sin preaviso. Como una tormenta de verano. Salió un día de trabajar y, al día siguiente, se acabó. Despedido. Sin papeles ni derechos. En las mismas condiciones en que lo habían contratado. Las pestañas postizas de la jefa dejaron de lamerle la bragueta; lloriqueando como una caricatura de judío, el enano le dijo que esas *rara avis* llamadas clientes habían volado. Se habían ido. Al menor soplo de aire emanando de un mar una pizca levantisco, decidían, de pronto, que se había terminado el verano. Y, por ende, las vacaciones. La playa es lo que tiene: todo llega de improviso. «¡Plafl», decía. Como una muerte por infarto. Sólo quedaba enterrar al fiambre. Desprenderse del personal sobrante. O sea, de él. Lo querían como a un hijo, por supuesto. Como a ese hijo que nunca tendrían. El enano se quejaba por la simple razón de que su mujer era estéril. Como prueba de ello, el repelente quejica estaba dispuesto a enseñarle la matriz de la esposa escarlata, devastada por el usufructo al que la habían sometido el negro americano y otros individuos. Con el oído puesto en la radio, la imponente rubia gruñó: «¡Deja mi coño en paz! ¡Ponlo de patitas en la calle, como haces todos los años! Que vuelva el verano que viene. Quizás esté libre el puesto». Y se echó a reír: risotada de puta de telenovela. El matrimonio ni siquiera le dio el desayuno. El café y los churros los pagó de su bolsillo.

¿Qué hacer ahora?

Esa pregunta se la planteó una y otra vez, durante los dos años que estuvo dando vueltas como una peonza, de un lugar a otro, en busca de un trabajo fijo, si no decente. Hasta que la vida acabara con él.

¡Qué vida más perra!

No podía quedarse en la ciudad costera yendo de un lado a otro sin conseguir nada. Hizo la maleta y se fue de la pensión. La criadita le aconsejó que se marchara al interior. Empezaba la vendimia. Su hermano la hacía cuando no lo contrataban los franceses, que pagaban más. ¡Vaya mierda de vida! Cada vez menos trabajo y, por lo tanto, menos posibilidades de ahorrar algún dinero. El invierno no tardaría en llegar… De eso hablaban los dos, un chico y una chica, en lugar de conversar de temas propios de su edad: música, amor, citas, celos. Ellos no; ellos hablaban de cúrrelo. En breve se separarían para no verse más. La esperanza del mundo fracasaba en ellos. Un fracaso tanto más sonado en cuanto que no tenían culpa de nada. Dos ¡nocentes que presentaban el cuello para el sacrificio. Que iban al matadero, como se dice de los animales. ¿Lograrían en algún momento volverse contra los sacrificadores?

Para no pagar habitación, decidió dormir al raso. Si lo hacen los campistas, los autoestopistas, los mendigos, los sintecho, los vagabundos… ¿por qué no los parados? A pesar de aquella brisa que echaba a los turistas, creando un número considerable de desempleados, el calor pegaba como en pleno verano. Cielo negro azulado relumbrante. Como el manto de una Virgen nueva rica. En la playa susurraban las olas. A lo lejos, oscilaba la luz de un faro. Adelfas, jazmines y madreselvas se despertaban, como cada noche, perfumando los paseos del parque. Ciertas sombras erraban tras los arbustos, entre los árboles. A veces se concretaban en siluetas: casi siempre de hombres, jóvenes y no tan jóvenes. Mostrando abiertamente sus encantos o disfrazados de paseantes nocturnos. Noctámbulos que abundan en los países cálidos. Salen a la calle para respirar una bocanada de aire fresco. Por la noche, los perros y los pájaros duermen, los gatos prefieren los tejados y perfeccionan su número de funambulistas, los coches ocupan la calzada… El parque es para los hombres. El joven buscaba un banco discreto donde dejar sus cosas y tumbarse. Pero en cuanto empezaba a sentirse cómodo, surgía de un matorral un adicto a conversar a la luz de la luna y le ofrecía un cigarrillo. Le pedía fuego. «No, no fumo.» «¿La hora?» «Tampoco, se me estropeó el reloj.» «Qué pena. Una noche preciosa, ¿verdad?» Igual que todas las noches, desde hace cuatro meses; en la playa la temperatura cambia poco. «Sí, cambia poco, es verdad.» Sí, estaba cansado, quería dormir un rato. «¿No te da miedo dormir en la calle?» «¡Esto no es la calle, es un parque!» «Pues peor me lo pones…» «¡No hombre! En el campo, la gente a menudo duerme fuera.» «¡El campo es el campo y un parque es un parque!» «¿Miedo de qué?» «De los ladrones, de los delincuentes.» «Yo no tengo nada que me puedan robar.» «¡No creas! En cuanto ven una maleta, los chorizos piensan

que llevas oro o droga. ¿No tendrías un porro, por casualidad?» «Te he dicho que no fumo.» «Si quieres, puedes dormir en mi casa… En mi cama cabemos los dos.» «Me voy mañana por la mañana, muy temprano.» ¡Qué pena! Parecía agradable, seguro que se hubieran llevado bien. Seguro que sí… Cogía la maleta, probaba en otro banco más apartado. Pero en las noches de verano es imposible aislarse en los parques; en cuanto empezaba a coger el sueño, un nuevo fantasma surgía de entre las sombras. Y vuelta a empezar con las preguntas anodinas de doble sentido…

Ya creía que no iba a dormir en toda la noche cuando Cáliz Rodríguez se irguió ante él como una aparición. Parecía salida de la tumba: maquillaje blanco como la tiza, labios rojos como la sangre. Era como una inmensa hostia. Una hostia noctivaga, víctima de un mal encuentro, mostrando —encantada— su sangrante herida. Se decía acorralada por los peligros nocturnos; se los describió al joven como una jauría de perros rabiosos. En realidad, era pura fachada: a diario iba a ligar —gracias, Dios mío—, antes de encallar en el club donde actuaba como artista invitada al final del espectáculo. Bendito trabajo que le permitía realizar sus sueños: peluquera de tarde, puta de noche. Sin necesidad de perder tiempo y talento en clases de canto, pues hacía *playback*. Y las cosas le iban cada vez mejor. A pedir de boca. No, un joven tan atractivo no se va a quedar en un banco hasta el amanecer. Eso no es nada bueno, con este relente de finales de verano. «Lo peor no son los chorizos, que tú eres fuerte y te defiendes bien; lo peor son los resfriados, tesoro, los reumatismos, los lumbagos… Hoy en día se puede pillar un lumbago a cualquier edad, incluso a los veinte años; son cosas de la ecología, creo, de los ensayos nucleares que lo han descuajeringado todo, ¿no lo has leído en los periódicos? Mejor duermes en mi casa… ¡Por favor, no me vengas con gestos de espanto! ¡Aunque quisiera, no puedo violarte, no tengo pilila, me la quitaron! Soy una mujer, cariño. Hala, vamos, ya te contaré.» El joven cogió la maleta, dispuesto a seguir a Cáliz, la nueva mujer. «Deja que te la lleve. Se te nota en la cara que no has comido en todo el día. ¡Vaya un mundo de mierda! ¡Jóvenes como tú pasando hambre!» El transexual se echó la maleta al hombro. Como un estibador. Empezó a andar. Se conocía el parque como la palma de la mano. Caminaba deprisa. Sus tacones de aguja parecían levitar. Quizás porque el sintecho lo tomaba por un ángel.

Más tarde, el joven y el viejo transexual se fueron al club. Cáliz instaló a su invitado en una mesa de honor, cerca del escenario. Le pidió un cubata y una ración de calamares. Un festín. El excamionero convertido en mujer de mundo lo trataba como a un príncipe. «Cuídamelo bien, pocholo, es mi futuro marido», susurró Cáliz, la mística, al oído del camarero. El joven se esforzó por no ponerse

colorado, como solía ocurrirle. Ya era un adulto. Un auténtico adulto, iniciándose en los modales de hombre de mundo. Se lo comió todo, se lo bebió todo. El espectáculo le encantó. Una travesti, Marlene, presentaba a las artistas dedicando palabras ditirámbicas a cada una de ellas. La que no era *la reina del tango* era porque ya había conquistado el título de *emperatriz de la tonadilla*, o de *embajadora de la canción francesa* llevando el *Ne me quitte pas* por bandera, o de *first lady* del *slow*, mimando de un modo bastante hortera los dulzores gangosos de *Strangers in the Night*. Los proyectores barrían a esos proletarios de las lentejuelas, de las plumas contrahechas, del paripé, que transformaban cada aparición en prodigio, en milagro mil veces visto, mil veces imaginado, mil veces aplaudido. La sala, abarrotada: hombres de mediana edad; tías algo hombrunas; muchachos melindrosos soñando con triunfar en un futuro como travestis; mujeres ajadas, de origen desconocido, de esas que suelen acompañar a maricas y marginados en sus largas noches… Algunos grupos de heteros aprovechaban las libertades democráticas para descarriarse a bajo precio. Ambiente festivo. Aplausos y vítores bullían como en las plazas de toros. Los espectadores confraternizaban, se contaban el último chiste verde o político, ligaban… Las alianzas brillaban por su ausencia; para esa gente, el sentido de emparejamiento es menos tozudo, menos vicioso que en los llamados normales. El joven apenas podía creer lo que estaba viendo: gente ferozmente moderna. Como la de Nueva York o San Francisco… Se lo pasaba en grande.

La sin par Cáliz apareció bajo una espléndida lluvia de estrellas refulgentes; su regidor, antiguo seminarista entregado en cuerpo y alma al mundo del espectáculo, había inventado ese efecto para conferir misticismo a la transexualidad. Cada noche, la artista debía quemarse viva, cual bruja gótica, pero salía ilesa con tan sólo algunos rizos de su peluca imperial algo chamuscados. Su segundo número era aún más espectacular. Traje de flamenca: una llamarada naranja de encajes y volantes, con peineta y mantilla. Cantaba que la española, cuando besa, besa de verdad. (Las extranjeras besan a tontas y a locas.) A esa mujer ibérica, orgullo de la patria, se le podía dar un beso en la mano, o un beso de hermano y ella lo aceptaba sin problemas, pero un beso de amor no se lo daba a cualquiera. La sala, entregada de antemano por la peculiaridad de ese beso nacionalista, se volcaba con el transexual, abanderado de la castidad femenina y de la ponderación en cuestiones de arrumacos. Ella hacía *playback* con gestos de terrorista y actitudes de mujer castigadora; su exceso de envoltura mamaria se desbordaba del escote, como si de un momento a otro las tetas le fueran a explotar; manejaba el abanico como una cimitarra. Era Cáliz, la íntegra, en todo su apogeo. A pesar de su peluca de ramera y de su liguero de puta, más valía suscribir la

versión épica del honor que ella proclamaba…, si no quería uno acabar hecho rodajillas como un salchichón. El joven nunca había visto mimar de modo tan frenético las pasiones raciales. Lo grotesco rozaba la perfección. Veía el espectáculo y hacía lo que los demás: aplaudir, reír, divertirse. Él también se merecía alegrarse y pasarlo bien. Vivía en precario, pero la juventud de sus veintitrés años reclamaba lo que era suyo: que la vida dejara de pesarle como si fuera de plomo. Un segundo cubalibre lo metió de lleno en la fiesta nocturna. Entabló conversación con sus vecinos, apelotonados alrededor de una mesa como esos demonios parranderos que se ven en los cuadros piadosos bajo la sandalia de algún iluminado con el título *Las tentaciones de san Fulano*. Se dejó manosear por un señor muy distinguido que le contó con semblante mohíno que Londres ya no era lo que fue, una lástima; se dejó besar en la boca por una mujer pintarrajeada como una caroca, que le introdujo hasta la campanilla una lengua fisgona digna de un tío. Ciertamente, la noche de la ciudad costera era divertidísima. Ya iba por la octava copa y había rechazado una docena de proposiciones guarras, entre dos o más, cuando Cáliz, defensor del casto beso español, le mandó recado de que era hora de irse a la cama, que lo esperaba fuera. Un camarero le indicó la salida de artistas. Las *vedettes* de lo irrisorio contaban sus dineros entre porros y latas de cerveza. Cada una esperaba a su hombre: como cada noche, el hombre se retrasaba. Pero eso les gustaba: su vida se parecía a la de las mujeres.

Su noche con Cáliz no fue la loca aventura prohibida con la que sueñan los jóvenes. La mujer nuevo modelo no mostró intenciones culpables: tan sólo pretendía desplegar ante el pueblerino, menos pervertido que los tíos de ciudad, los encantos femeninos que el antiguo camionero había integrado en su envergadura de hombre. Él también había bebido. Algunas copas de más entre cada actuación. Su gran estatura se bamboleaba sobre los tacones de aguja, la camiseta de chica desenfadada le realzaba los bíceps de peso pesado, la pelambrera rojiza se le erizaba por momentos, la minifalda de falso leopardo le acentuaba su robustez de corredor de fondo en muslos y pantorrillas; los senos, redondos y macizos, iban por delante de su persona con la indomable fiereza de un mascarón de proa. A su lado, el corpulento joven a quien en su pueblo llamaban *tiarrón* parecía haber menguado, como si caminara junto a uno de esos gigantes que salen en las procesiones de las fiestas patronales. El transexual Cáliz paseaba sus dimensiones de leñador con naturalidad, haciendo melindres, brincando y riéndose como una chiquilla. Convencido de que su aspecto era insignificante, no entendía por qué la gente se volvía para mirarlo. ¡El personal se extraña de todo, se escandaliza con la menor cosa! Qué ganas de llegar a casa y cerrar la puerta a la

imbecilidad humana. El joven decía: «Tienes razón, tío, la gente es una mierda. Sólo sabe chismorrear sobre los chicos como tú o Fermín. ¡Puafffl». Cáliz le preguntó quién era ese Fermín. ¿Un travestí amigo suyo? «No. Un muerto.» Esa palabra provocó el silencio. Pero el silencio dura poco entre dos tíos borrachos. Apedreo de gatos, risas nerviosas y ganas de mear. Cáliz no se atrevía a evacuar en plena calle: una mujer no hace esas cosas, aunque haya vivido previamente una vida de hombre. A él le daba igual: se abrió la bragueta, se sacó el pene y dibujó sobre la acera una compleja orografía. Cáliz se lio un porro. Para el camino. Por si surgen cosas siniestras, como en las pelis de miedo. «Hay que pensar en todo», decía; «ver la vida de color de rosa…, cuando en realidad es tan gris como la grisura propiamente dicha. Con esto, cariño, se la chupas a un pordiosero y lo ves como el hombre de tus sueños. Y tú vas a ser el primero.» Él se reía. «¡Que yo no soy un pordiosero!», decía entre carcajadas, dando suaves palmaditas en la nuca del coloso. Ahora, viéndolo desde arriba, parecía bajito. En la vena de su pene, deseo e impotencia galopaban sin rumbo, como caballos desbocados. El alcohol, sin duda. Cuando llegaron al apartamento, se derrumbó en la cama de Cáliz con los brazos en cruz. La mujer nuevo *look* le dedicó un magnífico *striptease*, más largo y sabroso que el del club. ¡Increíble el pedazo de tetas que podía tener un tío! Intentó imaginarse esos dos balones de carne sobre el delicado pecho de Fermín. Imposible. El fantasma del amigo no se prestaba a ese tipo de injerto. «¿Todo eso es tuyo?», preguntó, sorprendido por aquella abundancia. «Y tuyo…, si quieres disfrutártelo», contestó Cáliz Rodríguez con mirada picarona, como la de esas putas gordas de tarjeta postal; «son mías, cielo; bueno…, la piel; lo otro es silicona. No tenía suficiente materia mamaria para que me esculpieran el espectacular par de tetas con el que sueñan los tíos. ¿Qué vamos a darles a los hombres sino sueños? Sueños locos, imposibles. Los cojones los tienen ellos. Otro agujero, ¿para qué? Todos tenemos varios, y sirven para lo mismo. Lo mejor es un pecho generoso, pesado, abrumador, un pecho que evoque guarrerías, chistes verdes, uno de esos pechos bendecidos por Dios que los hombres idolatran y los modistos detestan. ¡El mío! Míralo bien. ¡Tócalo! No, no siento nada, es de pega; pero tú sí que sientes, ¿verdad? Te empalmas, ¿eh, cariño? Mira, no me he convertido en mujer para ser cajera en un supermercado. Yo me hice mujer para ser la apoteosis de la mujer objeto. Puta, gilipollas, ruin, mantenida o mantenedora, me da igual siempre que sea mujer objeto. Sólo sirvo para lo que sirvo. No pretendo servir para otra cosa. ¿Mi utilidad de ser humano, dices? La perdí por el camino. Dio de sí lo que pudo durante mi etapa masculina. Ahora tengo vestidos, pelucas, maquillajes, esta superabundancia de tetas y nalgas que tan caras me costaban cuando

era camionero, mi triunfo como artista del espectáculo, la decadencia en tanto que prostituta. En fin, una vida plena, aventurera, venturosa, expuesta a vicios y peligros. A ver, tesoro, ¿no te desnudas? Sé lo que piensas: que soy un ejemplar único entre las chicas de moda: ¡las mujeres *body builded*. Podría presentarme a un concurso de belleza y ganarlo. Mira mi cinturita de avispa, mis hombros de giganta. ¡Bueno, menos mal, por fin has dado con mi agujero, creía que no lo conseguirías nunca! Es un coño falso, cielo, igual que las tetas, pero para ti es como si fuera de verdad. ¡De verdad, verdad, verdad!». Cáliz gemía como una martirizada. Pensando que a él le gustaría. Sobre esa enormidad de mujer nueva, él se sentía perdido, disminuido, flotaba sobre las tetas como sobre unos salvavidas en alta mar. Nunca supo si se corrió o no: el sueño y el alcohol lo vencieron en plena batalla. Al día siguiente por la mañana, al despertar, vio a su lado el inmenso cuerpo durmiente de Cáliz Rodríguez, el transexual. Como todo cuerpo vivo, había bajado la guardia durante el sueño: mandíbula cuadrada, pelvis pesada, pelos de la barba emergiendo de entre las minúsculas quemaduras de la depilación, pestañas postizas deslucidas como trapos viejos sobre los párpados cerrados, boca entreabierta que dejaba escapar viriles ronquidos… Por la noche, se convertía en reina de la calle y del escenario; ahora sólo era un pobre hombre durmiendo la mona, abrazando un monstruoso par de tetas olvidado allí por una compañera de pesadilla. El joven se levantó sin hacer ruido. Le dolía la cabeza y tenía la boca seca. Se lavó la cara y se bebió un vaso de agua. Las aventuras nocturnas no eran lo suyo. Cogio la maleta y salió de aquel apartamento de pobre vampiresa de *thriller*, atestado de cojines y muñecas. Fue a la estación de autobuses, compró un billete. Objetivo: la vendimia. A él le iba más trabajar que irse de juerga. Pero se sonrió al recordar a Cáliz, el transexual. Se preguntó qué habría pensado Fermín de un tío así…, o de una tía así, vaya usted a saber cómo llamar a un fenómeno como ése. Él lo llamó siempre Cáliz el creyente. El que vio el milagro de su transmutación centelleando en el Santo Sacramento.

Arrodillado. Bajo un sol de justicia en el verano de la ciudad. Ojos entreabiertos y mente en las nubes. Va siguiendo el vuelo nupcial de una moscarda enamorada de un escupitajo. Alguien acaba de expectorar, el insecto se sienta a la mesa; lo que a unos asquea, a otros deleita. Fermín habría dicho: «¿Se pueden hacer reflexiones filosóficas que no valen un duro, en plena canícula?». Fermín está muerto. Sí, ya lo sabe. ¿Y qué? A ver si no podemos tener a nuestros muertos custodiados en la memoria, conversar con ellos, oírlos decir cosas que no dijeron, pero que habrían dicho de haber tenido tiempo. El tiempo para decir todo aquello que se puede decir durante una larga vida.

Fermín opinaba sobre cualquier tema: tanto sobre esta moscarda y el asqueroso esputo como sobre lo que leía en los libros. Porque él leía. María lo llamaba «el letrado». Por el libro que, día y noche, llevaba bajo el brazo. Y luego, esas mierdas de bolsas de grisú escondidas en las entrañas de la mina… ¡Con lo que él lo quería, joder! ¿Tienes que repetírtelo, especie de insecto gil ¡pollas?

Una sombra longilínea se instala junto a la suya, raquítica. La sombra de alguien que quiere darle limosna… No se mueve. Debe de estar buscando una moneda en el bolso… «Joven, ¿te importa que me quede contigo unos instantes? Será sólo un ratita. El necesario para pedir una ayuda caritativa. Me acabo de dar cuenta de que no llevo bastante dinero para pasar la tarde. Y puede que sea una tarde larga. Unas amigas me esperan a las cinco en el Embassy… Es un salón de té. Muy coqueto. Elegante, incluso. Ya existía en mis tiempos mozos; no lo han cambiado, a pesar de esa horrenda moda de cafeterías, discotecas y McDonald's. Dos tacitas de té y cuatro pastelillos cuestan un ojo de la cara. Pero da igual; se paga lo que sea por aquello que le gusta a uno. A mi prima Cecilia le pasaba con los diamantes y las salas de juego. Entraba en el casino endiamantada como una emperatriz y salía sin blanca como una mendiga. Cuando murió, la enterraron en un ataúd de pino…, sí, sí, de pino natural, en lugar de uno de caoba, el sueño de su vida. Ni una joya sobre su pobre cadáver…, salvo su diente de oro, que tampoco era el diente original. ¡El original era de diamante! Se lo jugó una noche a la ruleta. Y así la enterraron, como a esos pobres desgraciados que no tienen nada en este mundo: ni fortuna, ni apellidos, ni linaje, ni familia, lo que se dice nada… ¡Eso, ahora me acuerdo de la palabra: *desposeídos*! A esa gente los llaman *desposeídos*, que es peor que pobre. ¿A ti qué te parece, joven? La pobreza es un estado constante, permanente, que no da ni frío ni calor, mientras que la desposesión… ¡Ay, Señor! Le cae a uno encima sin previo aviso. En tromba. Los amigos te abandonan y los ujieres te echan a la calle. No, no me mires con lástima, que no es mi caso. No soy jugadora y tengo familia que me brinda un techo. Ese salón de té, el Embassy, es mi debilidad. Me sale más barato que la discoteca. Con un poco de suerte, arreglado. Observa.»

El joven levanta la mirada y la ve. Una anciana, delgada y bien vestida. Una *dama*, la llamarían en el pueblo. Veía a muchas cuando era pequeño; llegaban acompañadas por el director de la compañía minera. Socorrían a viudas y huérfanos; traían ropa usada, nunca de la talla adecuada, golosinas que no alimentaban. Llevaban preciosas bufandas de seda y cachemira para resguardarse del frío, guantes de piel. Ésta también los lleva, pero de encaje. A juego con su traje de lino. De color marfil; María lo llamaba blanco roto. Un canotier adornado con un velo le difumina el rostro; sólo se ve su sonrisa

celeste. Es guapa. O lo fue. Una belleza indescriptible: María, Fermín y él habían visto rostros así en el museo de la ciudad. Ellos eran escolares y visitaban el lugar por obligación. El museo romántico. María quiso verlo de nuevo durante el viaje de novios. Él se negó: con una vez basta. A esta dama, aun estando viva, se la podría enmarcar y colgarla en la pared de enfrente. Estaría mejor que aquí, en esta acera maloliente, plagada de gargajos y de moscardas.

«¿Te parece éste un buen sitio?» Su voz suena a música de iglesia: un cántico perturbado por el barullo de la circulación. «Me parece que no has elegido el lugar adecuado. Ni la actitud correcta. Este cartel… Perdona: permite que una vieja como yo te haga un pequeñísimo comentario… crítico. Tan sólo en lo referente a la forma, no al fondo. El fondo… No soy de las que piensan que un joven como tú debería estar trabajando en lugar de tender la mano en la calle, no; yo sé lo que es la vida; no voy a decirte: búscate un trabajo, so… Sin embargo, el cartel…, permíteme que te diga con toda franqueza: está muy visto. Sí, muy visto. Un joven sin trabajo, sin alojamiento, sin familia, a quien sólo le faltan el hospital y la cárcel para completar el catálogo, es insustancial. Peor: apesta a *marginal*. Sí, muchacho, estás irritando a la gente poniéndoles delante de sus narices desgracias archiconocidas por todos. Nuestros contemporáneos aborrecen la marginalidad. Incluso en la decrepitud, sólo lo extraordinario es digno de aprecio. La vida de la gente es tan insignificante que cada cual precisa imaginar cosas realmente fantasiosas en la existencia de los demás; aspectos secretos y hasta misteriosos. Tú, muchacho, eres *el otro*. Di simple y llanamente que estás en paro y verán en ti a un trabajador víctima de la crisis de la construcción. A nadie le interesa nada más. La familia que se quedó lejos, en el pueblo…, eso da una imagen de catetos durmiendo la siesta bajo un castaño. No, muchacho, la caridad es un *business*, tienes que saber un mínimo de psicología aplicada. En primer lugar: no vestirse de mendigo para mendigar. A ver, criatura, mira a tu alrededor, todos llevan lo mismo: harapos, andrajos, alpargatas, zapatos destrozados, pelo sucio, embarazos desaliñados…» El arrodillado mira a un lado y otro. Varios pordioseros tienden la mano a los transeúntes ofreciéndose para limpiar los parabrisas con una esponja mugrienta entre los dedos; proponiendo a los conductores paquetes de clínex o de cerillas; mostrando a la conmiseración de los paseantes dos crios esmirriados, colgados de los senos vacíos; exponiendo muñones, úlceras, etcétera. Para qué enumerar todo aquello. Pobreza y paro transforman la calle en una corte de los milagros. La dama tiene razón. Incluso con los vaqueros algo menos estropeados que los guiñapos de los colegas, él sigue siendo un mendigo más. A doña Ramona no le va a gustar cuando se lo diga, ella que tanto estudió su indumentaria de joven miserable rechazado por

la sociedad. Le gustaría decirle a esta dama que su cartel cuenta la verdad. Pero… la verdad es como todo, para creerla debe ser creíble. «Tendrías que vestirte de otra manera…, un traje en condiciones: chaqueta, pantalón y chaleco. A ser posible de alpaca. Gris antracita. O azul marino. ¡No, no, ni azul marino ni gris! ¡Negro! ¡Mejor negro!» Su traje de bodas; María lo echó en la maleta por si acaso… Mira por dónde le puede dar un uso en el que nunca habría pensado. «El negro sienta bien a todo el mundo, mayores y jóvenes; otorga elegancia y cierto estilo a quien carece de ellos. Camisa blanca bien planchada; que no dé en absoluto la impresión de que la has sacado de la lavadora y te la has puesto tal cual, como suelen hacer los jóvenes. Corbata bien anudada, zapatos brillantes. Con eso puedes escribir en tu cartel que eres un… extraterrestre. Que vienes de otro planeta, de Marte o del que sea, da igual. Que andas perdido en la Tierra. Que sólo necesitas algún dinero para volver a casa. Una historia extravagante tiene más peso ante la gente que la miseria propiamente dicha. ¡Bueno, veo en tu cara que no me crees…! Tú observa. Pon mucha atención. Vas a ver. ¡Caballero!» Un viandante se detiene. «Perdone que me tome la libertad de dirigirme a usted en plena calle, me siento un tanto incómoda, pero… tengo un pequeño problema, nada serio, pero… soy una señora mayor y me alarmo por cualquier cosa. Me han robado el monedero en una iglesia, durante la misa, ya ve, nadie respeta nada…, en fin, que estoy sin un céntimo. Ni siquiera puedo llamar a mi familia. ¡Imagínese para coger un taxi que me lleve a casa! Mis pobres hijos deben de estar preocupadísimos, pensando que me ha sucedido algo malo… No podría usted…, no, no, eso sería pedir demasiado a un desconocido, aunque sea tan amable como usted… Pero no me atrevo a ir andando, soy demasiado vieja. Vivo en las afueras, en una zona residencial, por supuesto, pero mis pobres piernas no alcanzan a llevarme…» Redondea su discurso con una o dos lágrimas de cocodrilo. Más extrañado que caritativo, el señor se lleva la mano al bolsillo y le da no una moneda como a él, sino un billete. Y de los grandes. La dama lo dobla con cuidado y se lo mete en el guante… Técnica perfecta, eficaz. En menos de un cuarto de hora ha conseguido dinero suficiente para invitar a sus amigas a tomar el té en el Embassy. Cuenta el botín, se queda con una parte y le da el resto al joven arrodillado. «Toma, querido, quédate con esto, yo sólo necesito pagar mis pequeños vicios… Y sigue mi consejo: el aspecto, el talante… ¡La gente sólo les da a los ricos!» No tuvo tiempo de darle las gracias: la frágil silueta desapareció en cuestión de segundos, al doblar la calle. Hablará de esto con doña Ramona, que cree saberlo todo de la mendicidad.

Lo contrataron como temporero en la vendimia, y para la fresa, la

patata, la almendra. Sentado bajo los soportales del ayuntamiento, esperaba paciente a que un patrón pasara a recogerlo. Trabajar en el campo no era ninguna ganga: un horario de sol a sol, mal pagado, mal alimentado, permanentemente sucio. Pero era mejor que la mina. El aire libre parecía menos peligroso que las entrañas de la tierra, a pesar de los accidentes que se producían a menudo: cortes de dedos, mordeduras de víboras, disentería por el agua contaminada… A una mujer de la edad de su madre le amputaron el brazo izquierdo por una picadura de abeja mal curada. No le sacaron el aguijón y se le infectó. La cosa acabó en el quirófano. El patrono la acusó de negligencia. Falta de higiene. La pobre mujer sólo consiguió una mísera indemnización: lo justo para comprarse el billete de vuelta al pueblo.

Los temporeros se desplazaban por grupos, por familias enteras, por tribus. La crisis y el paro los habían echado a la calle, a las plazas públicas, a las carreteras. Vivían al día y sin proyectos de futuro, escribían poco a los familiares, pues la mayoría padecían analfabetismo, enfermedad crónica. Sin embargo, todos enviaban giros postales: cantidades tan irrisorias que el joven se preguntaba para qué podía servir ese dinero reducido a su mínima expresión. Él no mandaría a los suyos hasta no tener suficiente para suscitar comentarios elogiosos de su suegro. De todo el pueblo. La noticia de su éxito llegaría hasta la compañía minera, donde por fin entenderían que un joven podía triunfar sin bajar a un pozo. De momento, las cosas no iban por ahí. De un trabajo a otro, apenas si ahorraba para pagarse los desplazamientos. Los conductores que lo cogían en autoestop no lo hacían gratis: había que invitarlos a comer, pagarlo todo. La crisis había enseñado a la gente, ricos y pobres, a contar. Nadie daba nada por nada. Los pudientes miraban para otro lado cuando se les pedía para los necesitados. Siempre, durante toda la historia de la humanidad, ha habido necesitados. Pero ahora la crisis los había multiplicado como garrapatas en perro vagabundo. Necesitados de otro tipo, que a menudo se desplazaban en su propio coche y vestían ropa decente. No eran esos pordioseros de antaño que llevaban a rastras sus miserables bártulos; eran parados con el desempleo agotado… en un momento en que las cosas no les iban mal. Habían comprado un coche a plazos; comparados con los necesitados de a pie, parecían burgueses. Por ejemplo, Curro y Rosita. A Curro se le llenaba la boca cuando decía *mi señora*. De ese modo pomposo que usan quienes no tienen nada para nombrar lo poco que tienen. Pero el joven suponía que no estaban casados. No eran mayores que él y ya tenían cuatro hijos; el mayor no tendría más de cinco años. Curro era gitano, y Rosita lo era a medias. Se creían faraones, de lo cual estaban muy orgullosos. Una rama faraónica algo deslucida: bajitos y delgados como palos. Iban todo el santo día de un

lado a otro, como si tuvieran un montón de negocios en marcha. Mientras Curro estaba en el campo, Rosita salía con toda su progenitura a pedir limosna, a trincar algo en los supermercados o a afanar en los bolsillos ajenos durante la misa. Objetivo: dar de comer a sus hijos. A los que ya tenían y a los que estaban por llegar… Cada noche se les oía practicar la postura del misionero. Crecer y multiplicarse les daba fuerza vital… Él pensaba en sus relaciones con María. Por suerte no habían hecho lo mismo… La responsabilidad de un único hijo le bastaba. Al menos, de momento. Compartida con la familia, esa responsabilidad era menos pesada que la de la pareja gitana. Los demás dormían juntos, padres e hijos, como animales tratando de protegerse mutuamente. Nada los diferenciaba de los asalariados. Pasaban la noche agrupados, en cuadras o naves vacías, lejos de la cosecha y de las herramientas para evitar cualquier tentación de apropiación indebida; «¡ya sabemos de qué pie cojean estos temporeros!», decían los encargados, «¡unos trashumantes que no respetan la propiedad ajena!». Los patronos solían invitar al comandante de la guardia civil a que diera una vuelta por la finca y, de paso, recordara a los trashumantes que los ricos no vivían aislados en sus mansiones a merced de los malintencionados. Las fuerzas del orden velaban por la cosecha. El orden son los ricos; las fuerzas del orden son sus fuerzas. Para qué hacerse ilusiones sobre su comportamiento en el caso de que a algún indecoroso se le ocurriera meter mano en lo que no le pertenece. Ricos y fuerzas del orden, inseparables. Comían juntos, bebían juntos. No bailaban juntos ni se acostaban juntos porque toda familiaridad, por muy deseable que sea, tiene sus límites, pero los patronos podían bailar y dormir tranquilos: las fuerzas del orden vigilaban sus bailes, se tumbaban como perros al pie de sus camas. Justo intercambio. Gratificante para ambos. A veces, el joven pensaba en ello, intentando imaginar el juicio que emitiría Fermín. El tiempo terminaría por borrar los rasgos del muerto, de modo que él se esforzaba por conservar lo esencial de su pensamiento. Al no haber leído más libro que la palabra de Fermín, ésta se convertía en santa palabra. Su Evangelio. No lo comentaba con nadie. Eso era parte intrínseca del misterio de su vida. Como la lluvia a las aguas del río: para formar cuerpo juntas.

Una huelga estalló con ocupación de los lagares. Por las malas condiciones del alojamiento y los retrasos en la paga. A diario despedían a temporeros que tenían que quedarse un tiempo esperando a cobrar sus dineros, por lo que no podían ir a otro sitio en busca de trabajo. Se comían lo poco que habían ahorrado… Él se unió a los huelguistas, otros remoloneaban; no todos estaban de acuerdo en parar la cosecha. Eso provocó violencia. De palabra y de hecho. Dejaron que la uva se pudriera al sol, sabotearon el transporte.

Apoyado por los padres de familia, Curro lideró el movimiento. Los patronos llamaron a las fuerzas del orden y la policía se llevó a los cabecillas, entre los que estaban Curro y él. Los interrogaron y hasta los maltrataron. Pasaron una noche en comisaría. Separados. A él lo interrogaron el primero. Un policía joven le habló de los derechos de los patronos, sin la menor alusión a los derechos de los trabajadores. Apostar por los peces gordos tenía sus beneficios, mientras que los obreros eran una especie en extinción. Lo mismo que en la mina: los obreros no interesaban a nadie. El policía los mencionaba como si los pudieran reemplazar por otros en un periquete. Demasiada gente pidiendo trabajo. Demasiado poco trabajo. La única empresa que contrataba sin problemas era la Policía Nacional, en serio. Él, por ejemplo, joven y fuerte, con mujer e hijo a su cargo, ¿por qué perdía el tiempo dejándose la piel en trabajos mal pagados, totalmente inseguros, cuando el Cuerpo estaba dispuesto a abrirle las puertas? «Haces un examen muy sencillo y de lo demás se encarga la Policía.» El madero parecía contento con su suerte. Y muy abierto. Él también estaba a punto de casarse. Sólo se puede asumir tal responsabilidad con un trabajo estable, bien pagado. Como el de policía. Le dio unos impresos para que los rellenara si por casualidad decidía enrolarse en el Cuerpo. Eso parecía serio. Y aún mejor: ¡el poli estaba dispuesto a pasar por alto esa gilipollez de huelga! El joven prometió pensárselo. No le gustaba nada lo de llevar arma y matraca, eso no iba con él, pero se lo pensaría. Bueno, lo de ir armado… Era exigencia del reglamento, pero casi nunca se utilizaba. Medidas preventivas, sin más. La Policía se había democratizado, como el Ejército o la Administración… Una conversación muy cordial. Pensó: ¿por qué no? Siempre habrá policías. Y si ahora eran ponderados y demócratas como su interlocutor… Reunidos al día siguiente en el lugar de trabajo, comprendieron que la huelga había pinchado; a los agitadores les pagaron y los echaron (él era uno de ellos), los irreductibles fueron expulsados *manu militan*. Curro apareció con un ojo a la funerala, hematomas en la barbilla, los labios reventados: el policía joven y uno de sus colegas se habían encargado de él durante dos horas. Una soberana paliza. Por haber participado activamente en la huelga, por supuesto; pero su etnia también tuvo algo que ver… El joven lanzó un juramento de pura impotencia. Recordó el día en que el padre de Fermín cayó bajo las balas de la policía. Durante la dictadura, sí; pero esos métodos no habían cambiado con la democracia. Los temporeros aconsejaron al gitano que se buscara un abogado. Laboralista. Por toda respuesta, Curro les hizo un corte de mangas. Policías y abogados eran de la raza de quienes gobiernan, mandan, pegan. No eran de su raza. Se marchó en su coche con Rosita y los niños. En busca de otros hipotéticos trabajos mal pagados, otras raterías en los supermercados,

otros linchamientos en las comisarías; su vida, en definitiva.

Mediados de julio. La capital arde con un calor tormentoso. El arrodillado cuenta con la mirada las monedas sobre el cartel, una por una, no se tranquiliza hasta que la suma asciende al precio del cuartucho en casa de doña Ramona. A pesar de su juventud está perdiendo facultades. La capacidad de concentración que tenía al principio de su viacrucis va disminuyendo; le falta precisión cuando intenta recordar a los suyos, vivos o muertos. Los suyos, tan amados, se van difuminando en su consciencia. Y confunde los recuerdos. Atribuye a María palabras de su madre, imputa a su suegro las acidas reflexiones de Fermín, cuando el amigo muerto se enfadaba con él. A Fermín nunca le hizo ninguna trastada, salvo quizás cuando se quedó junto a María aquella vez que le subió la fiebre: ¿fingida o verdadera?, se preguntó. Lo malo fue que la indisposición de su mujer ocurrió la misma tarde en que habían quedado ellos para dar un paseo por el río… Quizás fue aquella tarde en que Fermín dijo: «¿Por quién me tomas, por un gilipollas o por una pieza de recambio?», o fue su suegro quien dijo a voz en grito: «¿Por quién tomas a mi hija?», etcétera. Ya no se acuerda. Su memoria le juega malas pasadas. A menudo se pregunta si no se habrá inventado los acontecimientos que da por auténticos o si se está apropiando de un pasado que nunca le perteneció. Esta nueva dificultad en su vida se suma a otras. Su calvario de arrodillado lo sume en la desesperación. Se dice que no sirve para nada, que no es nada. Que prefería estar mil veces muerto que humillado como si hubiera cometido un crimen o una falta grave. Pero ¿qué daño ha hecho él para que le paguen con la horrible moneda que es la miseria? Nunca ha robado. Nunca ha pegado a nadie. Siendo niño, a pesar de su altura y de su fuerza, la gente decía de él que era más bueno que el pan; el maestro le pedía que vigilara a los más pequeños durante el recreo. Ahí, en ese viejo patio con trazas de claustro, fue donde conoció a Fermín. El más chico de todos, con la mirada aún aterrada por la muerte de su padre… El maestro dijo: «No te separes de él, es muy frágil». El obedeció. Pronto logró hacerlo reír con sus payasadas. El mocosillo ya sabía leer y escribir mejor que los demás, y sólo tenía ojos para los libros. Pero lo había acostumbrado a su mirada. Le enseñó el arte de coger pájaros: colocaban varillas de mimbre untadas con pegamento alrededor de los charcos en los que venían a beber los gorriones; la mayoría de las veces las plumas se les pegaban y los cogían vivos. Los vendían a los pajareros de la ciudad… Es verdad que, de pequeño, no se portaba bien con los animales. ¿Será ese antiguo yerro el que está pagando ahora tan caro? Posiblemente sí. Se echa un puñado de mijo en el bolsillo cuando viene a mendigar en esta amplia acera protegida por un trozo de jardín.

Detrás de los arbustos se extiende la calzada con su estruendoso tráfico; delante de él, bajo el inmenso cedro que ofrece su generosa sombra, están el paseo y el estanque. Lugar tranquilo. Algunos viandantes se toman incluso el tiempo de leer su cartel, pero no preguntan. El poco dinero que le tiran lo dan con conocimiento de causa; es su manera de aceptar la desgracia ajena, de comprenderla… En este rincón, los pájaros no temen a la gente; se deslizan entre sus pies, como los gatos. El tiene su gorrión personal. En cuanto despliega el cartel y se arrodilla, el pajarillo aterriza en el borde del estanque, bebe rápidamente unos cuantos tragos y mira a su alrededor para asegurarse de que no hay peligro. Los infames gatos callejeros están lejos, arrastrando su famélica delgadez. Entonces corre hacia él dando saltitos. Avanza de manera extraña porque cojea; como si fuera a perder el equilibrio en cada salto y caer de lado. Pero no se cae. Va cojeando como un valiente hasta conseguir su meta. Por lo visto, él también tuvo su accidente vital, como todo el mundo; se le rompió la pata derecha y se le curó sola: ostenta una fea excrecencia y le faltan dos dedos, o dos uñas. El arrodillado no recuerda si los pájaros tienen dedos o uñas… Un día, se entretuvo en echar unos cuantos granos de mijo sobre el cartel, luego sobre sus muslos, luego en su mano tendida. En cada etapa, el pájaro medía detenidamente sus posibilidades de éxito. Acabó comiendo de su mano y, finalmente, ha llegado hasta a buscar el grano en el bolsillo del joven; si éste quiere chincharlo, se abrocha el bolsillo y permanece inmóvil. El pájaro hace algunos intentos, torpes pero meritorios, hasta que se da cuenta de la imposibilidad de conseguir la comida. Entonces enloquece: salta, cojea, vuelve la cabeza de derecha a izquierda, pía, pía… como si lo estuviera regañando, o pidiéndole que le facilite la tarea. El joven se desabrocha el bolsillo y la avecilla se mete dentro, olvidando toda prudencia, y sólo sale cuando se ha hartado de comer; luego, se va a beber y a darse un baño en el estanque… El arrodillado pensó en llevárselo a casa y meterlo en una jaula, pero a doña Ramona no le gustaría un segundo inquilino en el cuartucho. Y luego está el tema de la libertad. El derecho a vivir en libertad. El viejo gorrión se la ganó a pulso. Está bien así: libre de ir y venir a su antojo. ¡Aunque tenga por compañero a un pobre arrodillado!

Pasó el invierno en el Olivar del Gólgota, donde el papa Justo acababa de autoproclamarse el Misericordioso. Un día, en la plaza de un pueblo, dos tíos vestidos de tiroleses se le acercaron con aire marcial; no parecían muy amables. Pero dejó que lo abordaran. Le hicieron varias preguntas: si buscaba trabajo, si estaba sólo, si tenía familia, si le interesaba un trabajo fijo para el invierno, quizás para más tiempo, siempre que el patrono viera en él a un empleado fiel.

Más que una conversación parecía un requerimiento. El sólo contestaba con monosílabos. Esos tíos contrataban a esbirros, pero ellos los llamaban *mano de obra*. El invierno era largo; incluso en una región soleada como ésta hacía frío. El hambre acechaba a los vagabundos y a los sintecho.

Dijo que sí. El nuevo papa parecía necesitar voluntarios y él estaba sin blanca. Se firmó el contrato entre los entrevistadores y el joven. Cobraría por semanas, con alojamiento y comida en la propiedad que ellos llamaban el Nuevo Vaticano. A cambio, colaboraría en la instalación de un restaurante para los peregrinos. La nueva casa de Dios sólo contaba ahora con una cafetería anticuada que no respondía a las necesidades de la causa. La causa era su fe… Pero basta de charla. Los fieles del papa Justo se encargarían de explicárselo todo. A su debido tiempo. ¿Creía en Dios? Se le cortó la respiración. Por suerte, los otros no le dieron tiempo para responder a tan espinosa pregunta. Ni siquiera para pensarlo. Contestaron por él: «Por supuesto que sí, todo el mundo cree en Dios, incluso los que juran lo contrario; ésos creen en secreto; o no saben que creen. El papa Justo afirma que no ha conocido un solo caso de ateísmo que se tenga de pie. ¡Ni uno! Nos enseña que un ateo es un creyente ignorante o echado a perder. Y tiene razón. A los ateos les encanta blasfemar; pero, claro, ¡no se puede blasfemar a cuenta de alguien cuya existencia se niega! Brillante razonamiento, ¿no te parece, muchacho?». Se dirigían a él y a otros tíos contratados para la causa, generalmente jóvenes y fuertes. Realizaban ese reclutamiento masivo en toda la región, y a veces fuera de ella, hacia el norte, en un minibús. Se turnaban al volante. Contrataban a todos los que pillaban, tíos con los antebrazos tatuados, que habían estado en la Legión o en la cárcel. O las dos cosas. Lógico que esa gente tuviera problemas para encontrar un cúrrelo que les diera de comer. Con esas pintas a nadie se le ocurriría contratarlos para que le vigilaran el dinero o la virginidad de su hija. Sin embargo, a los tiroleses, que también contrataban para la guardia pretoriana del papa Justo, les parecían perfectos. El Misericordioso se desplazaba cada vez más por la Península, predicando una feroz desobediencia al Vaticano (el auténtico, el de Roma). Lo acusaba de engañar a la cristiandad por hablar poco de la ira de Dios (cuyos indicios eran inequívocos hoy día) y por mostrar demasiada permisividad hacia los comunistas, esos hijos de Satanás, encarnación del mal absoluto, cáncer planetario. Un tipo listo, ese papa Justo. En el Olivar del Gólgota se manejaban considerables sumas de dinero. No para pagar cristianamente a los temporeros, sino para que sus prelados pudieran darse la vida padre. Una vida de príncipes de la Iglesia a la antigua usanza. Se decía que ese dinero provenía de los Servicios Secretos americanos; pero también había viejos fachas de la zona, nostálgicos

de la dictadura, integristas de todo tipo que vaciaban sus cajas fuertes para financiar a ese antiguo encargado de burdel. Un santo. Un día tuvo una iluminación (la primera de una serie interminable): Jesucristo en persona le confió la misión de fundar una nueva Iglesia, constituida por un gran número de católicos disidentes y encargada de reiniciar el circo de la fe desde sus orígenes. Uno de los puntos programáticos: oponerse al mal dejaba de ser una virtud para convertirse en una tara…, si se da crédito a los detractores del Misericordioso: sociatas, papa del Vaticano y caricaturistas. Estos últimos mostraban al papa Justo como un gordo vicioso, de ademanes afeminados, depravado como él solo, emperifollado con suntuosas vestimentas eclesiásticas, beneficiándose a jovencitos inocentes en cada rincón del Olivar del Gólgota. ¡No; de eso ellos no se creían ni una palabra! Tanto el papa Justo como su magnífica curia eran personas muy honorables, profundamente convencidas de lo que defendían, que llevaban la vida casta y cristiana que predicaban. No había que tirar piedras a quienes daban trabajo fijo durante el invierno, y puede que durante más tiempo, ni contar tonterías sobre el origen de su riqueza. La riqueza se construye. Eso lo puede hacer cualquiera. Tan sólo se precisa una pequeña ayuda y un poco de suerte. La pequeña ayuda eran quizás los americanos quienes se la habían dado; pero de ahí a afirmar que una asociación de creyentes entregados a la palabra de Cristo (el verdadero, el del Gólgota, no ese Mesías de pacotilla del Vaticano) sirva a los intereses taimados del imperialismo yanqui… ¡Eso no se podía admitir! El joven aceptó la oferta de trabajo, calculando que podría enviar algún dinero a María y al niño. Y a su madre. Y, por qué no, a la de Fermín, a poco que el papa Justo pagara con la generosidad de la que hablaban los tiroleses. Pero todo se quedó en mera esperanza: como todos los papas de este mundo, el Misericordioso pagaba muy mal a sus empleados. El joven lo supo en cuanto llegó a la finca, por la mañana temprano, cuando el jefe de los reclutadores puso a los recién llegados a disposición del capataz de obras piadosas, éste con sotana. Según ese director general de la fe, la construcción de un restaurante moderno, más que un negocio, era un deber sagrado para la Iglesia del papa Justo, un acto de caridad cristiana hacia los peregrinos. Por eso, la paga de un modesto albañil intramuros no podía compararse en nada a la que ese mismo obrero cobraría trabajando para el siglo, o sea, para los promotores inmobiliarios extramuros; pero los obreros celestiales no habían de preocuparse: lo que dejaban de cobrar en dinero contante y sonante lo ganaban en indulgencias plenarias. No era mal negocio, ahora que las Iglesias del mundo (incluida la de ese miedica polaco) abrían de par en par las puertas del infierno. Para evitar inconvenientes durante la eternidad, que, como es bien sabido, no

termina nunca, lo mejor que habían inventado eran las indulgencias. Mis queridos hijos, ¡a trabajar! La construcción de un restaurante para mil quinientos creyentes os espera. Nosotros nos expandimos más deprisa que el Vaticano, que envejece mal.

El Olivar del Gólgota era una finca enorme. En el centro, una casona solariega, edificio gótico del siglo XIX; el año 1835 estaba inscrito en una estela de mármol erigida a la memoria de su fundadora, doña Gertrudis, duquesa del Espíritu Santo, mística y eficiente quiromántica, cuyo único pesar, expresado en palabras pirograbadas, fue que el pontífice romano no aprobara su revolucionaria técnica de confesión a través de la lectura de las líneas de la mano, tachándola de loca y pervertida, y excluyéndola, por el vulgar método de la excomunión, de la comunidad cristiana o del seno de la Iglesia, como se decía entonces. El edificio principal estaba adornado con una serie de vidrieras dignas de una catedral. Orientadas hacia los cuatro puntos cardinales, representaban escenas de la ascensión al Gólgota, interminable viacrucis que la luz mantenía en ignición permanente. Cristo aparecía por doquier, con el semblante gloriosamente afligido de la duquesa del Espíritu Santo. Ante tal transferencia de personalidad, era para preguntarse a qué extraño linaje pertenecía el reino de los cielos. Espléndidas colinas de olivares subían al asalto de la sierra, árboles crucificados en busca de cimas místicas. Los picos nevados, tan altos como el vuelo de las águilas, brillando como la sal marina, eran los guardianes de esas tierras benditas que la duquesa quiromántica había legado al apóstol del Señor, guía de creyentes, que logrará desalojar al papa de Roma de la cátedra de San Pedro. Un ciego llamado Justo, encargado de burdel y frecuentador de sacristías, respondió a aquella llamada secular y aceptó el reto planteado por la mística lectora de líneas de la mano. Los descendientes de la duquesa, fachas, ricos e integristas, pusieron la finca a disposición del papa Justo el Misericordioso, nuevo iluminado que vivía en las tinieblas a causa de sus cataratas. Pero veía más allá; al ser un topo en la tierra, ningún obstáculo se interponía entre él y las visiones celestiales. La voluntad divina no tenía secretos para ese santo hombre. Podía describir los hechos y gestos del Padre Eterno las veinticuatro horas del día, pues, como el mismísimo Padre Eterno, no dormía. Relataba con poéticos ornatos los paisajes interestelares por donde Dios posaba su sagrado pie… A partir de la donación del terreno, el dinero empezó a caer en la escudilla del iluminado como agua de mayo que multiplica todo lo que riega. Los fanáticos del dictador muerto abrían sus carteras para el sarasa obeso del sevillano barrio de Santa Cruz, pues predicaba esa fe que ellos echaban de menos y que reconocían como propia: castigos eternos para los pecadores (alias los pobres) y gracias a montones para esos grandes

¡nocentes que son los ricos. Su Santidad Justo el Misericordioso se montó una corte de prelados y preladas que él mismo había consagrado, a quienes exigía voto de sumisión, respeto y adoración de Su Persona Papal. Ese deber de sometimiento debía ser el primero, por delante de obediencias de cualquier otra índole. Su curia lo acompañaba siempre en limusina blindada. Una guardia pretoriana, cuyos jefes vestían de tiroleses, aseguraba su protección día y noche.

Era época de siembra. A mano. La maquinaria agrícola estaba excluida en ese terreno de difícil acceso. Los moriscos se atrincheraron allí después de la Reconquista; convertidos al cristianismo, siguieron siendo musulmanes en su fuero interno. Esos hombres y mujeres que trabajaban los campos del papa Justo eran sus descendientes. Llevaban en la cara las marcas de la raza. Rostros quemados por el sol, resecos por los vientos africanos y las gélidas borrascas que bajaban de las cimas nevadas; con veinte años, las arrugas empezaban a burilarles la piel: parecían esculpidos en madera vieja. Una vez a la semana, esa muchedumbre bajaba a la casona para engullir un guisote que graciosamente les ofrecía el nuncio, cobrar la paga (¡la mitad del salario mínimo, los que cobraban!) y oír el sermón del papa Justo, que planeaba como un ave de presa sobre sus fieles. Nunca preguntaba de dónde procedían. Sólo le importaba que fueran muchos…

El otoño iluminaba el interior de las tierras en barbecho, cabelleras oro viejo flotando sobre cabezas rocosas. Todo era dorado y crujiente como el pan recién salido del horno. Cabras y ovejas (en rebaños separados como hermanos enemigos) pacían bajo los olivos lamiendo la tierra para aprovechar mejor las briznas de paja y las hojas escondidas entre la grava. Esos animales son máquinas tragatodo. Erguidas sobre las patas traseras, las cabras mordisqueaban en los árboles, las muy bribonas. De inmediato les llegaba la pedrada con la honda o el estridente silbido de los pastores… llamándolas al orden. Pero volvían a la carga a los cinco minutos. Son animales de memoria muy corta, como habría dicho Fermín.

Las actividades al aire libre eran una novedad para el joven; lo veía todo con un punto de asombro en la mirada. La mina lo había privado de esa belleza que no figuraba entre sus recuerdos. Lo asignaron a la obra del restaurante; paralelamente, le hacían seguir un entrenamiento militar, por si algún día lo incorporaban a la guardia pretoriana del santo hombre. Lo alimentaban bien, pero le pagaban menos que en el chiringuito de la rubia Honrada y su marido. Iba aprendiendo, como oficio para el futuro, a mezclar el mortero, a colocar un ladrillo sobre otro para construir una pared. Con eso no llegaría muy lejos, pero era mejor que nada. Mejor que la mina. Cualquier cosa era mejor que la mina. La familia tendría que perdonarle que no les mandara dinero. Aquí, trabajando para curas y

monjas más raros que un piojo verde, se estaba formando; pero las cosas no tardarían en cambiar y podría asumir sus obligaciones de padre, marido e hijo. Sólo esperaba un golpe de suerte, el que la vida le debe a cada cual; seguro que lo aprovecharía. Mientras tanto, aprendía cosas que nunca hubiera imaginado, ni siquiera sospechado; cosas que decían mucho sobre la condición humana, como habría apostillado Fermín… Ninguna relación directa entre Su Santidad y el populacho, ni entre éste y el clero, salvo para cuestiones de fornicio (naturaleza obliga), pero ésos son pecadillos sin importancia, no es bueno renunciar a ellos teniendo en cuenta el tiempo que se pierde en homéricas batallas entre vicio y virtud. El papa Justo el Misericordioso predicaba la libertad de la carne, que hay que alimentar por sus distintos agujeros con los ingredientes que tanto gusto dan. Una libertad sin restricciones. Aunque era preferible entregarse a ello de noche, sin testigos. Por su parte, los cardenales afirmaban que la opinión pública no era sino una prostituta, dispuesta a ofrecerse al mejor postor. Argumento basado en la sensatez y discernimiento del papa Justo, versado en burdeles. De modo que, entre la nave donde dormían los proletarios y las celdas monacales se establecía un trasiego de ¡das y venidas tan sólo interrumpido por el alba. Los tiroleses regulaban con maestría el intenso tráfico relacionado con la comezón de la numerosa curia del pontífice disidente… El joven no padeció (ni disfrutó) aquellas invitaciones nocturnas; no tenía en la mirada esa llama, siempre dispuesta a incendiar pestañas y cejas (propias y ajenas), que arde en los ojos de los chicos del sur; además, por su altura y corpulencia era poco manejable. En él, la fogosidad del semental era más evidente que la gracia ambigua del damiselo. Tan sólo un seminarista le puso ojitos tiernos, un holandés rubiasco que chapurreaba un popurrí incomprensible. Su insípida presencia era un insulto a la memoria de Fermín.

Intendencia, ritos y doctrinas eran competencia del nuncio, de nombre Aniceto, pero que respondía al título de monseñor Aniceto el Casto, nuncio de su Novísima Santidad.

Tal monseñor, abiertamente histérico, que había sido representante de objetos de culto, era desde hacía diez años el noviete del papa Justo. Su santo encuentro se produjo en una sacristía, y no en una sauna, como afirmaban las malas lenguas; el representante le proponía al cura un nuevo modelo de cáliz, menos amargo que los de antaño según rezaba el prospecto. Coincidió allí con el encargado de burdel, que estaba enumerando las incontables apariciones celestiales de las que era objeto, con el fin de que esa parroquia difundiera aquellos milagros y llegaran hasta Roma, que, de momento, hacía oídos sordos.

Un gran amor nació aquella tarde burdelesca y sevillana. Entreverado de apariciones, crisis de celos y escándalos sexuales en los

que la policía quiso meter las narices, aquel amor fue el cimiento sobre el que el papa Justo construyó su Iglesia… Claro que quizás todo eso eran habladurías; las pruebas nunca fueron concluyentes.

La gran obra de monseñor Aniceto fue sin duda la fantástica metamorfosis del marica Justo, el proxeneta, en Justo, el papa de la Misericordia. Eso sí que fue un milagro, amén de una hazaña. Porque Justo era tartaja. Hasta el punto de que los clientes tardaban más en que les informara del precio de un servicio que en disfrutar del servicio en sí.

Sin embargo, cuando abordaba la crónica de sus apariciones y describía los fenómenos celestiales, hablaba de un tirón, sin atrancarse, y las palabras florecían en su boca cual rosas salvajes. No, poeta no era. Más bien comunicador, como esos tíos que salen en la tele. Contaba cada detalle del prodigio con tanto realismo que parecía que lo estabas viendo. Cualidad suprema que hoy día no tiene precio. Eso fue lo que indujo a Aniceto a transmutarlo en papa y a incitarlo a predicar. La aventura empezó durante las concentraciones de creyentes, en las peregrinaciones de la baja Andalucía, donde Justo el Misericordioso se ganó su reputación. Después, apeló a los enmilagrados y visionarios pidiéndoles ayuda para fundar una nueva Iglesia que acogiera a todos los ungidos con la gracia del Señor, para vivir en paz unos acontecimientos místicos que Roma condenaba pero que él, Justo el Misericordioso, no sólo aceptaba, sino que propagaría hasta el infinito, como un incendio de verano avivado por el viento. El mensaje funcionó. Varios peregrinos llegados de distintas regiones, incluso de otros países, se congregaron delante del Olivar del Gólgota, y hasta pagaban un dineral por escuchar al ciego tartaja llamado a convertirse en el apóstol de la nueva cristiandad. El papa Justo se reservó la misa mayor del domingo y la prédica apocalíptica de los viernes, que transformó en un Viernes Santo perpetuo. Limosnas, catecismo, confesiones, obras de caridad… Todo aquello lo llevaban varios miembros de su Iglesia. El pliego de condiciones de Su Santidad se reducía al mínimo: comida y jodienda, capítulo este reservado a Aniceto, que era, al parecer, el único en conocerlo. Pero, como suele ocurrir con los secretos mejor guardados, los de la vida privada del nuevo papa iban de boca en boca. Era obligatorio asistir a misa todos los domingos. Al joven no le interesaba demasiado la religión, pero pretendía pasar el invierno bajo techo. Ya había ido con anterioridad a la iglesia: cuando estaba en el colegio y luego, cuando se casó. A él, ese tema no le hacía ni fu ni fa. No como a Fermín, que se encendía, indignado, cuando le hablaban de religión. Y la madre del chico no podía ser más anticlerical… Aquí, en la recién estrenada basílica, se practicaba la liturgia antigua: pompa y fastos en dosis casi letales. Las paredes estaban adornadas con escenas de la vida del Misericordioso,

desde la niñez hasta la muerte; un sarcófago de mármol representaba ese trance, ocupado por un muñeco gigante representando al santo papa mientras llegaba el futuro difunto; a su lado yacía el nuncio Aniceto vestido de cardenal, cual matrimonio que se ama eternamente. Cruzando sus miradas, cogidos de la mano, manos engarzadas con amatistas litúrgicas. Imagen de noche de bodas necrófila entre vampiros; sólo faltaba la cruz perforando el pecho. Se evocaba la infancia papal con una ampliación fotográfica del pequeño Justo vestido como un viejo: bombín, traje y botas; ya se le apreciaba la cabeza grande, las cataratas le velaban los ojos bovinos; era como una nueva especie de homúnculo, enano de negocios dispuesto a irse al mar de China para hablar de una transacción petrolífera. Varias estatuas gigantes personificaban al papa en las capillas; reemplazaban a los santos poco milagreros caídos en desgracia. Un nazareno violeta, arrastrando su cruz y tocado con espinas camino del Gólgota, ocupaba el altar mayor, única concesión dada a la Iglesia romana.

La misa mayor de los domingos era más imponente que la del Corpus de Toledo o la del apóstol Santiago en Compostela. Gregoriano e incienso en dosis masivas, idas y venidas para la lectura del misal colocado en un facistol de madera tallada, bendiciones *urbi et orbi*. Ambiente asfixiante pero hermoso. Y más largo que un día sin pan. El papa Justo no tartamudeaba al cantar. Su voz de soprano le salía de las entrañas como los trinos de un pájaro de orfebrería, arañaba los tímpanos, penetraba en el cerebro, donde se dilataba en una especie de chirrido metálico permanente. Todos sabían que el papa Justo se inventaba su latín macarrónico, pero nadie se ofendía por la sencilla razón de que aquí, como en cualquier otro sitio, nadie podía presumir de tener un conocimiento decente de la lengua muerta. Lo que importaba era el efecto. Y era magnífico. A veces, el papa Justo tropezaba (el incienso tenía sobre él el efecto del hachís), lo que añadía un toque sublime a la ceremonia, enalteciendo hasta el delirio el esfuerzo de un papa ciego para devolver al culto la nobleza que merece, culto travestí que pertenece de pleno derecho al Padre Eterno.

La comunión movilizaba una fila compacta de obreros, peregrinos, autoridades locales y damas benefactoras, obispos y novicias, monjas y criadas. El papa Justo el Misericordioso adoraba la promiscuidad, que él llamaba ecumenismo. Todos se lo pasaban de miedo. El papa confundía la liturgia, olvidaba los cánticos. Los cambiaba por coplas guarras aprendidas en el burdel, menos solemnes que el gregoriano, pero que decían cosas harto interesantes, aunque no siempre de carácter divino. Aquel domingo, el joven pensó poco en Fermín. El olvido iniciaba su trabajo.

La tarde empieza. El viejo cedro se eleva al cielo como una

flamante flecha; el arrodillado distingue la cima puntiaguda que perfora el azul. El calor, pesada masa de polvo irrespirable, se aplasta a ras de suelo. Algunos gatos se tumban a la sombra, en el césped, en el jardincillo de la florista, junto a la fuente en forma de pez erguido sobre la cola: cortaron el surtidor debido a la escasez de agua. Varios carteles firmados por el ayuntamiento ruegan que no se malgaste, su falta está teniendo ya nefastas consecuencias en la agricultura, hay riesgo de contraer enfermedades, quizás hasta epidemias. Los ciudadanos se lo toman al pie de la letra y se lavan cada vez menos. En el metro, en el cine, en las reuniones públicas huele a sobaco y a veces a culo. Camisas, vestidos y camisetas están empapados en sudor; el olor a frito se añade a los potentes aromas locales; el perfume de las acacias en flor no consigue disimularlos. Una mariposa revolotea sobre unos arbustos. Se posa, se marcha, se dirige al jardincillo, vuelve, atraviesa un rayo de sol transformándose en estallido de luz (luz mariposeante), se posa en su cartel con las alas medio desplegadas, como si fuera a emprender el vuelo, agita las antenas, al fin parece tranquilizarse y cierra las alas. Es blanca. De un blanco inmaculado. Inmóvil sobre la palabra NECESIDAD, parece muy pequeña, casi minúscula: un pétalo en vertical. Bajo su delicada presencia, la palabra *necesidad* se hace enorme, desmesurada. El arrodillado teme moverse, respirar, desviar la mirada de tan inesperada elegancia por temor a que la visitante se vaya. Le importa más que las monedas. ¡Que se quede ahí, joder, que no se vaya! Quizás la mariposa lo reconoce, lleva tanto tiempo humillándose bajo el árbol… O tal vez lo toma por un bolardo colocado ahí de manera definitiva: un objeto corriente, mobiliario urbano que puede examinar, utilizar para posarse y descansar en su ir y venir y hasta echarse una siestecita. El arrodillado no mueve ni un pelo; ¿volverá a tener otra prueba de confianza como ésta? La sombra de un pájaro espanta al insecto; sale volando rápidamente, huye, como la sonrisa que se borra en la carita de un niño y deja en su lugar una mueca de pena… Su pena. Los ojos se le llenan de lágrimas. Debería contenerlas, pero no puede. Se avergüenza. ¡Llorar como una mujer por una mariposa…! ¿En qué se está convirtiendo?

En el banco de al lado, un mendigo recoge sus bártulos: una bolsa de plástico llena de insólitos objetos, quizás valiosos; un montón de periódicos y revistas, un sombrero de paja agujereado, una litrona de vino. La vigila como un segurata la puerta de un banco, sin apartar la vista. Se ve que siente predilección por el tintorro. El tío huele que apesta. Como si se hubiera embadurnado con mierda de calidad suprema: ¡inaguantable! Se mira con mucha atención la palma de la mano izquierda y va siguiendo las líneas con un dedo de la mano derecha. Y se pone a declamar en plan teatrero: «¡Mano, dime mi

porvenir, muéstrame la parte oculta de mi destino! ¿Un matrimonio feliz? ¡Joder! Si aún no me he divorciado, la hijaputa de mi mujer sigue esperando en el abogado, o en el juzgado; yo me largué por la puerta trasera, aquí lo dice, en esta línea, *puerta trasera*, ¡y listo! La cabrona quería quedarse con todo lo mío; hasta con mi bolsa, que contiene toda mi vida. ¡Ah! ¿Que me ha denunciado y la policía me anda buscando? Pues lo llevan claro, porque me he dejado barba y me la he teñido de caoba, y me he teñido también la pelambrera con un tinte que birlé en un supermercado. Así que les va a costar trabajo a los maderos echarme el guante. ¿Que voy a ser rico? ¡Eso sí que no me lo creo! ¡Si no tengo ni para echar la quiniela! Eso cuesta un dineral y luego ni te toca… Ah, vale, que no son las quinielas…, sino ese jodido tío de América que todos tenemos, los ricos y los pobres. ¿Que la va a palmar y me deja una herencia? ¿Mucho o poco? Dices que bastante. ¡Bastante! Eso no quiere decir nada. ¡Ay, pobre mano mía, estás tan guarra que sólo puedes mostrar un porvenir enrevesado, imposible de descifrar! Y tú, arrodillado, ¿sabes leer las manos? No, no creo. ¿No tendrás por casualidad un tío en América, de esos que construyeron un imperio haciendo guantes de la mano izquierda para mancos de la mano derecha, o importando chicas enmilagradas para crear sectas marianas en Chicago, que por lo visto es una ciudad muy necesitada de espiritualidad? Si de verdad existe ese tío americano multimillonario, ya te queda menos de estar en esa postura; pero si el tío milagroso es pura ilusión, si sólo cuentas con la caridad ajena, lo llevas claro… Bueno, mejor me callo; no quiero aguarte la tarde. Se acerca gente, quizás algún cliente tuyo. ¡Con Dios!». Recoge sus cosas y se marcha. Un momento después, regresa. «Oye, ¿no me podrías dar algo? Es para combustible…» Con un gesto de la mano, el arrodillado le dice que coja lo que necesite. No hay apenas dinero sobre el cartel, lo justo para comprar una botella… El mago barbudo se echa a reír, golpeándose los muslos, como el payaso de nariz roja en los circos infantiles. «¡Era broma, tío! Ya puedes decir que te han pedido limosna. ¡Ves, muchacho, hasta de rodillas sigue uno siendo alguien, siempre hay otro más pobre, más desgraciado! Está escrito en las líneas de la mano, en las estrellas. Las tuyas, las mías, las de cada cual. Y quizás también en los libros. Pero eso no lo sé, no tengo tiempo de leer. ¡Venga, a pasar buen día!» Se marcha deprisa. Como si llegara tarde a alguna cita. Pero ¿quién podía esperar a este tipo que decía cosas tan raras? ¿Tendría algún amigo secreto, un Fermín particular, escondido tras un árbol del parque? ¿O era el propio Fermín? Si no hubiera muerto en la mina, ¿se habría convertido en un pirado como ése, diciendo cosas absurdas, del mismo modo que él, el muchacho fuerte y erguido es ahora un hombre doblado en dos, roto como una rama seca? Siempre ha habido desventurados, y siempre los

habrá. Fermín era de ésos; y el mendigo; y él mismo, pobre arrodillado. ¿A quién te puedes encontrar cuando estás de rodillas? Lo que se arrastra, repta o malvive en esa negra ciénaga que llamamos supervivencia. Bueno, mejor dejar las cosas como están. Fermín, muerto. Ya no puede contemplar el vuelo de una mariposa, pero su orgullo está a salvo. Para algunos, el orgullo es más importante que la vida.

Una de las más ardientes partidarias del papa Justo era Lola Ruiz, marquesa de Almeida. Su linaje, proveniente de Portugal, se implantó en Andalucía no porque hubiera buenas relaciones de vecindad entre los dos países ibéricos, sino por puro azar. A Lola Ruiz le encantaba contar: «Mi antepasado, el marqués de Almeida, herido en una pierna, se detuvo un buen día en el ancestral castillo de mi familia, y se enamoró locamente de mi abuela, una belleza mora célebre en todo el reino, incluso en Francia». Quizás era algo exagerado, pero en aquellos tiempos en que no existían los concursos de belleza, un número muy limitado de mujeres compartía ese tipo de celebridad: la comunicación oral se presta más al ditirambo que la foto o la tele. El dulce encuentro tuvo, como telón de fondo, partidas de caza o de guerra, dependiendo del humor de la narradora, Lola Ruiz, actual marquesa de Almeida. Como todos saben, los amigos están más al día de nuestra propia historia que nosotros mismos, y los de la marquesa daban de los hechos una versión ligeramente distinta: el marqués de Almeida era un anciano que padecía de gota. Viajando en cierta ocasión por la carretera que une ambos países, su dolencia lo obligó a detenerse en una cortijada. La hija de aquellos patanes, ya desvirgada pero aún soltera, se puso a horcajadas sobre el enfermo para facilitarle la deglución de la comida que ella le daba a cucharadas. Al viejo le encantó la entrepierna de la chica; el calorcillo del potaje terminó de animarlo y se empalmó como un adolescente, gozo que la naturaleza le negaba desde hacía lustros. El pillastre optó por aprovechar tan milagrosa erección y concedió el beneficio a la dama. Sin más demora. Una vez consumado el acto de manera más o menos aceptable, el viejo picarón entendió que a su edad decadente tenía su placer allí, al alcance de la mano, en el bajo vientre de esa muchachota, soltera, gracias a Dios. La boda se celebró en cuanto lo permitieron los convencionalismos, que en provincias eran menos engorrosos que en la corte. Un heredero más bien escuchimizado contribuyó a perpetuar el linaje y, por ende, el título que, de un medio enano tísico casado con una sifilítica gazmoña, llegó finalmente a esa mujercilla llamada marquesa de Almeida, inquieta cual rabo de lagartija y parlanchína como una cotorra. Dirigía la organización del restaurante, llamado El Paraíso de los Peregrinos, así como los asuntos seculares de la Virgen

de las Nieves, imagen desmedrada de Nuestra Señora que, no hacía mucho, había elegido domicilio en una triste gruta, en plenas cumbres nevadas.

Ese cachito de marquesa llamada Lola Ruiz, nombre más propio de bailaora, no tardó en encapricharse del alto y fuerte joven algo desmañado que acababan de contratar. Lo nombró su *ayudante de campo*. Monseñor Aniceto aprobó esa elección un tanto caprichosa, pero digna de una mujer de mundo. Y surgieron las envidias. Sobre todo por parte de las novicias fanáticas del *art déco* y la planificación; todo el mundo quería un asistente… Eso de ninguna manera; se trataba de un privilegio exclusivo de la nobleza. Monseñor sabía que su adorado papa sentía especial cariño por la pequeña marquesa; él mismo era un ardiente partidario de los títulos nobiliarios. Ese joven permanecería al servicio de la marquesa, y si alguien le ha echado el ojo a su culito, que se fastidie. De ese modo, manteniendo estatus y sueldo, escapó a la autoridad de los tiroleses para estar bajo la férula de la aristócrata, cuyo carácter no tenía nada que envidiar al de un guardia. La seguía a todas partes, cargando con mesas y sillas, colocándolas de diversas maneras según el humor cambiante de la jefa, que había imaginado dos docenas de decoraciones diferentes y quería verlas todas realizadas, una tras otra. «Caballero», le decía al florista, «dele esas plantas a mi asistente, él se encarga». El joven se hacía cargo de la tribu de palmeras enanas, las ponía en pedestales: las palmeras enanas se hacían gigantes; sus hojas se doblaban con gracia, como cuerpos aéreos de gimnastas orientales. La marquesa contemplaba su obra. Movía la cabeza. Murmuraba: «No estoy muy segura de que les guste a los peregrinos… Son gente con muy poca clase». El joven sonreía al oírla. Como un crío. La marquesa suspiraba por ese hombre-niño. Le gustaba su sonrisa imperturbable, su serenidad; el rostro humano se convertía en cara de ángel. Para ella, ese joven llegado de no se sabe dónde pertenecía a la raza de los elegidos, cuya contemplación aporta la prueba de la existencia de Dios. Se subía en una silla, luego en una mesa, y seguía más arriba, en una escalera plegable, para mostrarle con la mayor precisión posible dónde quería que colgara la lámpara o las guirnaldas. En una ocasión, víctima de su propia impaciencia, se cayó de la escalera; él la recibió en sus brazos con toda delicadeza, como si fuera un pajarillo caído del nido. Ella se sonrojó, luego palideció y se puso a temblar contra el pecho del joven. Del mismo modo que temblaban junto a él Fermín y María. Sensación embriagadora. No tuvo fuerzas para separarse de la dama. Fue ella quien se apartó bruscamente de él murmurando: «Perdone, joven, se me fue el pie». Pero aquellas palabras, pronunciadas con voz confusa, sonaban falsas. «Fermín y María eran como usted, pesaban poco». Dijo aquello sin saber por qué. «¿Quiénes

son Fermín y María?», preguntó la marquesa. El joven se encogió de hombros. «Fermín murió.» Lo dijo con una voz que parecía no salirle del cuerpo. Luego se calló. La jornada laboral había terminado.

La marquesa tenía un primo que no era marqués, pero sí alguien muy importante en el mundo del automóvil… «¿Un campeón?» «No, no es un piloto de carreras. Es un hombre de mucho mérito. Un *self-made man*. Empezó con un garaje. Allá, en Galicia. Y luego, poquito a poco, y porque era del mismo pueblo que el Generalísimo, consiguió varias patentes extranjeras que explotó en los años sesenta; luego construyó sus propias fábricas y, finalmente, un imperio familiar llamado Motores y Cía. Sí, como en las telenovelas americanas, también esas cosas les ocurren a gentes de aquí. Tú mismo, si te lo propusieras… Es verdad que, para empezar, deberías tener un garaje, contar con algunos generales o algún familiar en el Gobierno… Ése no es tu caso. Eso sólo ocurre en una clase. Sí, en una clase social. El caso de mi primo. En fin, que acumuló una inmensa fortuna. Luego, tras la muerte del Generalísimo, se marchó a Cuba. Se le había ocurrido proponerle, de español a español, una cosa a Fidel Castro: su parque automovilístico, de fabricación bolchevique, le estaba dando problemas. Le propuso al gran barbudo cambiar los motores rusos por motores occidentales, más fáciles de adquirir en el mercado. Le dijo: “Mira, Fidel, tú y yo tenemos los mismos orígenes. Tú eres rojo, yo no; eso puede que cuente cuando se está en guerra, pero nosotros, españoles y cubanos, no estamos en guerra. Hablamos el mismo idioma, que no es poco. ¡No me digas *niet*! El negocio es excelente y sólo pretendo hacerte un favor. Piénsatelo”.

»Ahora somos el doble de ricos gracias al dinero de los rojos, y podemos ser generosos con el papa Justo. Me encanta contar esto, algún día tendré que ir a la tele. En contrapartida, el papa me pidió que me ocupara de acondicionar el restaurante. Cuando lo termine, mis deberes religiosos se centrarán exclusivamente en lo relacionado con la Virgen de las Nieves. Se prevén unos meses muy movidos. Cargados de apariciones, mensajes y milagros. Habrá que hacer frente a las críticas que todo esto va a suscitar. Te voy a decir una cosa. Un secreto. Acabamos de crear una asociación: el Grupo Independiente de Servidores de Nuestra Señora de las Nieves; la idea fue del papa Justo y yo soy la presidenta. Queremos que se hable de nosotros. Y te pregunto: ¿tienes pensado algo para después del invierno? ¿Algún compromiso en otro sitio? Muy bien. Te reservo un puesto de gorila. Gorila personal de la marquesa de Almeida. ¿Te parece bien? La campaña electoral empieza en enero. Tendré que viajar mucho. Necesitaré a alguien que me proteja. Un gorila es eso, un protector. Un guardaespaldas. ¡Qué raro que no hayas oído antes esa palabra!»

El joven se pensó el ofrecimiento de la marquesa. Aceptó. Entre

ambos se estableció una corriente de simpatía, hasta el punto de que cada uno se colaba a hurtadillas en los sueños del otro. En los sueños eróticos, se entiende. Consecuencia: la marquesa, en estado de excitación permanente, y el joven matándose a pajas. Cuando por la noche se iban a la cama, sabían que cada uno de ellos estaba presente, en pensamiento y deseo, en el lecho del otro. Y así un día y otro… Sabían que aquello no los llevaba a ninguna parte; ni siquiera a salvaguardar los convencionalismos sociales, pues todo el mundo pensaba que *se entendían*. Pero el deseo frustrado conservaba viva esa atracción recíproca y provocaba en ellos un particular estado de ensoñación preferible a la más fuerte de las pasiones. Caminaban sobre una nube. La pequeña marquesa encendía su mirada como un coche sus faros; el joven relegaba al olvido el recuerdo de Fermín y María. Se los oía reír juntos en la cocina o en la sala de reuniones. No se podía decir nada serio delante de ellos sin que se rieran por lo bajini los dos a la vez, como crios. La pequeña marquesa rejuvenecía, su trasero regordete se volvía aéreo. Parecía volar cuando caminaba sobre sus tacones de aguja, las bragas se le marcaban debajo de la falda; sus pequeños senos, libres de sujetador, brincaban como ardillas bajo la camiseta. Monseñor Aniceto tuvo que intervenir en este tema, demasiado atrevido para su gusto, e intentar calmar aquel juego (erótico, según él). La marquesa y su futuro gorila fueron conminados a ir a la basílica el viernes por la tarde para escuchar el sermón de Su Santidad y acabar así con los rumores. Esa promiscuidad entre aristócrata y proletario no podía traer nada bueno en ninguna clase de sociedad humana, menos aún en una colectividad preconizada por la Iglesia del Misericordioso, quien había conocido *per se* en el burdel ese tipo de relaciones contra natura. Se fijó una fecha. El viernes próximo. El joven no había oído nunca predicar al nuevo papa. Un tirolés le pidió que se sentara con los interinos: los trabajadores de menor rango, a los que él pertenecía. Ni siquiera esas palabras algo hirientes lograron borrarle la sonrisa. Una sonrisa de amor, luz celestial que todo lo inunda.

A propósito de iluminación celestial, monseñor Aniceto, nuncio y noviete del papa, supo elegir la que más convenía a Su Santidad para su sermón del viernes: los oropeles de la puesta de sol. En cuanto a la misa mayor dominical, empezaba siempre «con la salida del astro rey», como decía el nuncio, utilizando ese estilo académico tan apreciado por el diario monárquico, el único que leía. Cada una de aquellas luces penetraba por distintos lados de la basílica cual espada de fuego (de nuevo, una imagen del periódico, aunque también de la Biblia) aureolando al papa con un resplandor de anunciación, insostenible para la mirada, pero ¡oh cuán revelador para el espíritu! Nada le sentaba mejor a la voluminosa persona del Misericordioso,

que parecía sumergido cual ballena en el agua, con sus oros, joyas y brocados pontificios: se ve que su costurera confundía fastos litúrgicos con corridas de toros. Ante aquellos fuegos artificiales, los fieles se quedaban boquiabiertos, y daban las gracias a esta nueva Iglesia que había sabido recuperar para el placer de la vista el lujo y esplendor de antaño, añadiendo un puntito de barroco chillón. Un golpe de calor los inundaba, como si unos ángeles pillines y sopladores les reavivaran la llama de la sangre. Era sexual, pero relacionado con el alma; o sea, místico. Al papa no le hubiese gustado que los ardores místico-sexuales suscitados por su voz de castrado trasladaran a su rebaño al burdel sevillano que lo vio crecer. No. Era místico.

Sentado con los obreros al fondo de la nave (la liturgia papal ignoraba el Evangelio y los últimos eran los últimos, como en todas partes) el joven seguía la ceremonia, aspiraba el incienso, escuchaba los cánticos, Aladino arrabalero catapultado en la inefable gruta de los cuarenta ladrones. Todos estaban boquiabiertos, pero todos rezaban; una fe ciega producía tal fenómeno ventrílocuo; parecía una epidemia. Él, sin embargo, al haber olvidado todos los rezos de su infancia, no cayó en el insondable abismo de la oración.

Su Santidad Justo el Misericordioso, humilde entre los humildes, pero papa, no lo olvidemos, se había subido al púlpito al son de las «trompetas de Jericó». Su corte de ¡nocentes lo acompañaba: dos chiquillos nacidos en la propiedad y seis gitanillas, interlocutoras privilegiadas de Nuestra Señora de las Nieves desde hacía ya casi siete años. Los niños, anunciados como *los ángeles del paraíso privado de Nuestra Santidad*, iban en cueros, aunque cautamente adornados con plumas de oca en la colita; las niñas, designadas como *las vírgenes del serrallo paradisiaco de nuestro casto papa*, iban disfrazadas con vestidos inmaculados de procesión mariana. Lo malo era que ya no tenían siete u ocho años como cuando se les apareció la Virgen nueve años antes, sino que, en sus cuerpos de gitanas andaluzas, caderas y senos se habían hinchado como forúnculos, dotándolas de una sobreabundancia de atributos femeninos comprimidos en unos vestiditos blancos de niñas muertas. A la que iba abriendo la procesión le bajó la regla en ese instante y exhibía una mancha de sangre en plena falda, como una puñalada en la blancura de un cisne. Con gran sofoco, monseñor Aniceto fue a quejarse a la marquesa y sus antiguos tics de representante le arruinaron el maquillaje de nuncio apostólico. «¡Esas gitanas, esas gitanas!», gimoteaba con un tremendo ataque de asma. «¡Unas putas, señora! ¡Unas robagallinas! ¡Infernales máquinas sexuales! Menos mal que Dios ha querido que el papa sea ciego… Pero esa puñetera Santa Virgen… ¿No podría elegir con más cuidado a quién le echa el ojo? Porque, vamos, niñas católicas no faltan en este mundo. ¡Mira que encapricharse de unas impresentables de mala raza!

Señor, perdóname, pero deberías poner orden en este follón de apariciones celestiales. Siempre en grutas. Siempre a tarados. Como si los lugares decentes y las personas cabales no estuvieran bien vistos allá arriba. Mi querida marquesa, estoy fuera de mí. Cualquier día violan a esas guarrillas, si es que no ha sucedido ya, y habrá que empezar todo desde cero. Roguemos al cielo para que no ocurra ninguna desgracia antes de las elecciones porque, de lo contrario, nuestros proyectos se van al garete.» La marquesa intentó calmarlo, arguyendo que la naturaleza nunca ha sido muy razonable. Se dirigió al joven: «Muchacho, ¿a usted le parece que esas crías gitanas son unas desvergonzadas? A su juicio, ¿qué impresión dan?, ¿promiscuidad racial, ballet romántico o misa negra? Esas crías morenas vestidas de blanco ¿despiertan en usted ganas de tirárselas ahí mismo?». Él no supo qué contestar. Estaban muy buenas, ciertamente, pero él las prefería vestidas con trajes de volantes, como las bailaoras. La imagen que tenía de las mujeres del sur era totalmente ajena a la de unas niñas de primera comunión. La pequeña marquesa no esperó su respuesta. Le dio agua bendita y le hizo el signo de la cruz en la frente. El nuncio la seguía; al conocer mejor que él el mundo y sus misterios, la divina aristócrata podía, en última instancia, remediar los ultrajes físicos de las hijas de faraón. Ella contestó en tono cortante: «Lo único que podemos hacer es llevarlas a un cirujano para que se las corte». «¿Cortarles qué, señora marquesa?» «¡Las tetas, monseñor, las tetas!»

De pronto resonó una voz-silbido seguida por un latigazo cristalino: la voz del papa ciego. Iniciaba su sermón: «Se suele decir de Dios que es como yo: misericordioso. ¡Eso no es cierto! ¡Dios es ira! ¡Una ira feroz que sólo espera el día del Juicio Final para ajustar cuentas con la humanidad! ¡Yo a esa cita inexorable del final de los tiempos la llamaré, desde ahora, el día del Ajuste de Cuentas! A ver, queridos hijos, imaginemos por un momento la situación del Creador universal… ¡No debe de ser nada cómoda! Por eso, afirmo que los mensajes que Él nos hace llegar por interposición de la Santísima Virgen sólo nos desvelan un trocito de Su estado de ánimo. Pongámonos en Su lugar: se pasó seis días creándolo todo. ¡Menuda paliza! Porque un mundo no se crea en un abrir y cerrar de ojos, ni con una varita mágica. No, hijos míos, para crear un mundo hay que sudar. ¡La gota gorda! Yo estoy convencido de que la expresión "el sudor del trabajo" proviene de la divina frente. ¡Él sí que es un obrero, y no vosotros! ¡Eso sí que es trabajar, y no lo que vosotros hacéis: trabajillos de tres al cuarto por los que os pago un dineral! Pero bueno… Como os decía, después de seis días de trabajos forzados, se tomó un día de descanso. Y contempla su obra. Perfecta. Cada cosa en su lugar, cada uno en su sitio. ¡Si hubiera querido que la mona llevara

embriones humanos, la habría hecho así! ¡Si hubiera querido que el adulterio, la separación legal y el divorcio existieran, habría dado vecinos a Adán y Eva, amigos, o, como se dice, un círculo de amistades, para que pudieran organizar guateques con intercambio de parejas los días de fiesta o en los deportes de invierno! ¡Si hubiera querido el transexualismo, Le habría bastado con chasquear los dedos para eliminar en un segundo el sexo prominente y poner en su lugar un chichi meón! ¡Si hubiera querido el Soviet Supremo, habría construido el Kremlin junto al árbol de la ciencia, del bien y del mal, y no en Siberia! Para Él es muy fácil. Dice: “Quiero eso” Y *eso se hace*. Por sí solo. ¡Sin necesidad de fórmulas, laboratorios, quirófanos, campañas electorales o revoluciones! ¡Nada de eso quería Él! Pero el hombre empezó a alterarlo todo, a rehacerlo todo, a corregirlo todo… con buenas intenciones, según dicen, pero de eso está lleno el infierno…, ¿para llegar adonde? ¡Al desbarajuste actual, donde hasta el papa de Roma ha perdido los papeles! ¡Pues bien, este follón está a punto de acabar! ¡La Santísima Virgen, portavoz de lo divino, lo afirma y lo confirma a diario! Pero volvamos a Dios… Sentado en su cielo, nos contempla. Desde la noche de los tiempos. Ve pasar a la humanidad, Su enemiga mortal, camino del infierno. ¡Ah, no! ¡No vayáis a pensar que es el diablo quien atiza las llamas! ¡Es El, Dios! ¡Es Su ira! Ya no hay sitio para nosotros en el Paraíso. Está lleno. De nosotros, Él sólo espera el último suspiro. Con paciencia. Porque la *paciencia infinita* es Su pasatiempo. No obstante, tenemos que limpiar este mundo antes de marcharnos, como una casa que nos hubieran prestado y que debemos devolver en el mismo estado en que nos la dieron; o sea, *limpia*. ¡Ésa es nuestra misión! ¡La misión de mi nueva Iglesia! La antigua, la que causa estragos en Roma, sólo se preocupa de empañar el nombre de Dios. Al Dios intransigente y justiciero *como debe ser* lo han transformado en buhonero trotamundos, dispuesto a dialogar con quien sea con tal de vender Su género. Pero yo soy justo… Justo el Misericordioso. Reconozco, de todas formas, que ese autoestopista polaco ha intentado poner el infierno en marcha. ¿Cómo? Abriendo mínimamente sus puertas y reavivando las llamas con un soplo bastante tímido. ¡Yo os digo que el infierno y sus llamas están ahí para todos nosotros, ardiendo sin parar, rugiendo como un fuego de leones! No necesita que un papa le sople. Contrariamente a lo que predica la Iglesia romana, no son Satanás y sus demonios quienes mantienen las llamas, sino el Padre Eterno en persona. Y lo lleva haciendo toda la eternidad. Desde que se dio cuenta de nuestra ruindad, del fracaso al que hemos llevado Su magna obra: el universo. ¡La humanidad es culpable de expolio, de malversación de los bienes divinos! Porque todo Le pertenece. A Él y a sus templos. A Sus verdaderos profetas. A Sus honrados administradores. ¡O sea, a nos,

papa de Su Iglesia y pontífice de Su Reino!»

Esa frase anunciaba el principio de la colecta; los fieles se llevaban la mano al bolsillo… En el Olivar del Gólgota pagaban a los obreros los viernes por la mañana con objeto de que tuvieran dinero fresco para el sermón de la tarde; así, la curia recuperaba con una mano lo que había dado con la otra. Al joven también le pidieron que aportara su óbolo a la obra del papa Justo. El dinero que podía haber mandado a la familia se volatilizó en esa necesidad más inmediata y coercitiva. Seguía oyendo la voz aguda del papa. Voz de castrado enriquecida con las distintas tonalidades de la histeria. Pero ya no prestaba atención al mensaje. Todo aquello lo aburría. Echaba de menos la voz crítica de Fermín, comentando los delirios vindicativos de ese ciego obeso, que lo aprendió todo en un burdel… Se durmió. Un tirolés lo despertó, sacudiéndolo con violencia. La pequeña marquesa le regañó. Como a un niño. Monseñor Aniceto le echó una mirada negra… Había que rendirse a la evidencia: ese joven patán no estaba hecho para el éxtasis. Sería mejor deshacerse de él.

Hubo orden de limpiar el centro de la ciudad. Los mendigos debían desaparecer, pues daban una imagen más tercermundista que occidental en donde, como es bien sabido, reinan la cultura y el bienestar. La policía se puso en marcha de inmediato. En veinticuatro horas, los furgones celulares se llenaron de marginados que fueron llevados a las comisarías para interrogarlos y ponerlos a disposición judicial. Aún no se sabe de qué delitos se los acusará. Pero ya buscarán y encontrarán algo. Droga y prostitución son los cargos que mejor encajan con los desgraciados, porque sería demasiado burdo culparlos de miseria y desempleo. ¿Quizás de vagos y maleantes? ¿Vagos? Pero ¿cómo sustentar tal acusación en un país con tan altísimo porcentaje de parados? ¿Maleantes? ¡Difícil, muy difícil: la supervivencia está inscrita en nuestros genes; aquí, el que más y el que menos…! ¿Y acusarlos de vagabundeo? Pero ¡si la mayoría de ellos no tiene más techo que las estrellas, ni otro domicilio que la cárcel o el hospital, los bancos públicos o las casas en ruinas…!

Llegan a las comisarías por oleadas. Limpieza concienzuda. No se percibe en ellos la arrogancia que se suele atribuir a los marginados. Los llevan como un rebaño al matadero. No tienen fuerzas para protestar, rebelarse, cuestionar a los demás el excesivo espacio que ocupan en este mundo, arañando cada día un poco más el terreno reservado a los desvalidos, como crios glotones que van menguando, migaja a migaja, el mendrugo de pan que les dan a los pobres. Hablan con miedo, miran de soslayo. ¿Qué van a hacernos? Esa pregunta se lee en todos los rostros, pero la inquietud no les permite expresarla en voz alta. ¡No tenemos ni trabajo ni dinero! La cantinela de los carteles vuelve una y mil veces a sus labios, pues unas pocas palabras bastan

para evocar su miseria. Demasiadas familias numerosas, demasiadas bocas que alimentar… No pronuncian discursos para contar su tragedia, que puede decirse con una frase, muy corta. Tanto que se diría que no tienen derecho a hablar… Se amontonan, viejos harapos, en los sótanos de las comisarías. Esos mismos sótanos a los que la opinión pública acusa de haber albergado antaño la tortura. Hoy, tal hacinamiento —joven y viejo, virgen y sifilítico, ciego y cojo, miseria y miseria— tan sólo se explica por el deseo de humillar al prójimo, una forma de tortura a prueba de bomba. No, aquí ya no se oyen gritos de tortura. Pero las miradas de perro apaleado se mantienen, y los balbuceos. La derrota. Aquí, el hombre ha dejado de ser ese rey del universo del que hablan los libros; o quizás es un rey capitidisminuido.

En esos sótanos policiales el orden despliega sus alas; el arrodillado se repliega sobre sí mismo, tela que encoge; abraza su cartel, lo protege. Es lo único que posee, ¡que no se lo vayan a quitar! ¿Qué sería de él si tuviera que pedir de viva voz una limosna por amor de Dios? Contesta a las preguntas. Con las únicas frases que no ha olvidado: «No tengo trabajo, ni dinero, mi familia está en el pueblo…». No quería mezclar a María y al niño en esta desventura, pero no tenía más remedio. ¿Alguno de estos policías sabe lo que es buscar trabajo durante meses, de lo que sea, el trabajo más humilde, el peor pagado de todos, basurero, y no encontrar nada, nada, salvo la conmiseración y el desprecio? «Tampoco somos perros», piensa; pero sigue repitiendo: «No tengo trabajo, ni dinero, si no me hinco de rodillas, me muero, no quiero morir, apenas tengo veintiséis años…».

En un mundo en que algún día la juventud tendrá que autodespedazarse para hacer tabla rasa y asegurar la supervivencia de los más fuertes, ¿quién iba a escucharlo? La orden era tajante: limpiar el centro de la ciudad. El alcalde quiere que las calles estén limpias. Que los pobres se vayan a pedir a otro sitio. Al extrarradio, a los barrios periféricos. Ellos contestan: «Sí, comisario, le prometemos que vamos a respetar las preciosas plazas del alcalde, sus avenidas, jardines, árboles y fuentes; no desluciremos sus preciosas fachadas de mármol con nuestras siluetas de pordioseros, prometido; no contaminaremos las escuelas públicas con nuestras greñas piojosas; seguiremos haciendo negocio con nuestros crios como hasta ahora: “Te lo presto, te lo alquilo, vale tanto, ¡anda ya!”, pero lo haremos a escondidas de la autoridad y de las personas decentes; nuestros miles de niños mendigos recorrerán la capital, pero con un mínimo de decoro y siempre sonrientes; ¡ah, no!, disfrazarlos de marineritos no podemos, lo que sacamos pidiendo no nos llega para ir a la moda como los pudientes, nosotros no tenemos más remedio que llevar tres o cuatro modas de retraso, a veces diez, nos vestimos con lo que nos dan. Sí,

señor comisario, puede que quede raro, ¡pero díganos usted cómo lo hacemos! En la comisaría todos juran que van a portarse bien —nos prometen el oro y el moro, crear bancos de alimentos, construir albergues de acogida con ducha y minicocina—, o bien dejarnos ejercer la mendicidad en lugares no frecuentados por los extranjeros, porque para los turistas es un incordio ver ese tropel de mendigos, de sintecho… Al día siguiente, las promesas se las lleva el viento. Ni un solo comedor de beneficencia y el centro de la ciudad se vuelve a llenar de pobres». Necesidad obliga. El joven se arrodilla de nuevo bajo el esplendoroso cedro. Despliega el cartel. Su rostro parece una mancha que acumulara la tristeza del mundo. Así es la vida: unos pagan para que otros prosperen. Seguro que el Dios del papa Justo lo tiene presente. Sin aflicción. Sabe que ciertas cosas irresolubles son ajenas a los dioses… Nunca es tarde para convertirse en sabio.

Con la práctica diaria de la democracia, la gente se aficiona a las libertades. A todas las libertades, incluso a las más extravagantes. Por ejemplo, la de expresión. O la de asociación, la de voto. La marquesa de Almeida y el papa Justo lo vieron enseguida y decidieron explotar esas nuevas libertades para sus fines políticos en el Olivar del Gólgota. Su gran baza era Nuestra Señora de las Nieves, canija y milagrosa, que anidaba impenitente en su gruta. Es verdad que aquella cosa renegrida no era muy original, ni como imagen sagrada ni como mensajera de la Ira Divina. Pero el tropel de madonas que se materializan como Dios les da a entender tienen en común con los pintores rupestres su entusiasmo por las cuevas —lugares de difícil acceso, nunca al alcance de la gente civilizada— en las que, sin orden ni concierto, acampan anacoretas, bohemios y pastores, categorías socioprofesionales afines a los negocios celestiales directamente vinculados con las Santísimas Vírgenes. Quizás se trate de un reflejo de los tiempos bíblicos, aquellos benditos tiempos en que Jesús, la Virgen y compañía, muy apreciados aquí en la tierra, huían como del diablo de diplomados e instruidos, yendo sus preferencias a la fe ciega de iletrados, anticomunistas obsesivos y bulímicos del fin del mundo. Tales personajes divinos hubieran hecho carrera en Hollywood; por desgracia, siempre prefirieron Europa. Claro que, nosotros, no se lo vamos a reprochar. El Olimpo nos legó a los del Viejo Continente ciertas costumbres de cordialidad que facilitan las relaciones entre humanos y divinos, hasta el punto de que las reuniones en la cumbre se producen sin preparación previa, e incluso sin protocolo. Así, en el Olivar del Gólgota, Nuestra Señora de las Nieves había elegido, para su aparición, una gruta de alta montaña y a seis crías gitanas que no sabían hacer la *o* con un canuto. Pero no había de qué preocuparse; allí estaban el Misericordioso, su noviete el nuncio y la experta en

relaciones públicas, la marquesa de Almeida, para subsanar las torpezas mañanas. Ya se las apañarían para presentar adecuadamente ante el mundo la voluntad divina. Ese nuevo mensaje, que seguía hablando de caridad cristiana y de lucha contra el materialismo, lo convirtió la corte papal en «dad a los pobres lo que os sobre y reavivad la lucha contra los bolcheviques». Esa fórmula no iba a chocar a nadie, pues respondía a los usos y costumbres occidentales. «Un mensaje de izquierdas», concluyó la marquesita, exhibiendo un aspecto de serenidad con reflejos de triunfo en sus ojos verdosos. «¡Casi podríamos decir que es comunista!», aventuró con temeridad el joven tras escuchar a la dama con respeto. «¡No, hombre!», replicó la miniaristócrata. ¿Cómo va a ser comunista un mensaje mariano? ¡Eso sería ir contra natura! Si Nuestra Señora hubiese pensado hacer propaganda comunista, hubiera ordenado con el laconismo que la caracteriza: "¡Compartid con los pobres!". Pero lo que ha dicho es simple y llanamente: "Dad a los pobres lo que os sobre". Eso demuestra que para ella las tradiciones son como la niña de sus divinos ojos. A mí eso me parece muy justo. Y muy realista, viniendo del cielo, que no está a la vuelta de la esquina. Es como si la Virgen hubiera permanecido siempre entre nosotros y conociera nuestras costumbres como la palma de su mano, como si nos avisara una vez más del peligroso desmadre que amenaza a la sociedad si vamos hacia el igualitarismo como algunos pretenden. ¡Menos mal que siempre está ahí para ayudarnos a enderezar el barco! Por mi parte, sigo sus consejos con más atención que los de mi abogado o mis hombres de negocios. Por ejemplo, cuando dice: "Dad lo que os sobra", yo lo doy. Ya no vendo mi ropa a las tiendas de segunda mano. Se la regalo a Rosa, mi cocinera. A ella le encanta ponerse por la mañana un vestido de seda bordada en oro para ir a la compra, como si fuera rica. Se contonea en el mercado, como si fuera yo. Es bueno acercar los extremos, limar asperezas, o sea, democratizar. Es una poción mágica y saludable para la vida en común. Por eso dijo la Santísima Virgen de las Nieves: "Dad a los pobres lo que os sobre"; y añadió: "¡Seguid metiéndoles cizaña a los Soviets!" clarísimo mensaje sociata. Y eso es exactamente lo que vamos a hacer nosotros: presentar a Nuestra Señora de las Nieves a las elecciones generales bajo la etiqueta *izquierda diversa*. A pesar de las apariencias, esa etiqueta ha sido siempre la suya, desde los Evangelios hasta nuestros días. Muchacho, ¡vamos a hacer campaña electoral por la Virgen! Te propuse que fueras mi gorila por si a alguien le da por partirme la cara. Mi gorila personal. ¿Qué te parece, machote?»

Tras la inauguración del Paraíso de los Peregrinos, despidieron al joven. No era un cordero sumiso. El sobre del finiquito, una vez

deducidos los gastos de comida, lavado de ropa, alojamiento y clases de artes marciales, se quedó en nada. La caridad, para la nueva Iglesia, no llegaba hasta la justicia social; de modo que aceptó el puesto de bravucón que le había propuesto su amiguita. Sin resentimiento. El trabajo conllevaba obligaciones desagradables como quitar de en medio a los inoportunos, a puñetazos si era necesario; pero pensaba que todo transcurriría de forma pacífica; el país, sediento de hábitos democráticos, asistía a los mítines con cierta flema y una buena dosis de espíritu crítico, olvidando la necesidad ibérica de llegar a las manos… El joven gorila tenía el gozo de compartir habitación (para el servicio, lo de compartir sigue siendo una obligación cristiana) con el limpiabotas del señor marqués, quien se cambiaba de zapatos cuatro veces al día, según fuera a cazar, a pescar, a la iglesia, al banco o al casino. No soportaba la menor mota de polvo sobre la reluciente piel de cocodrilo que le envolvía los pies de ricachón, y parecía un chuloputas rico, o un granjero vicioso mercadeando con el culo de sus gallinas. Pero era marqués, Dios sabe por qué. El joven tenía un asiento reservado en el Rolls de la marquesa, junto al conductor. Lo emperifollaron con un verdoso uniforme de guarda forestal, botas y polainas de cuero y gorra sin galones. La marquesa estaba encantada de verlo disfrazado de «criado personal de Lady Chatterley»; exteriorizaba un suave estremecimiento cuando ese hombretón de aspecto paramilitar le ofrecía la mano y el brazo para ayudarla a bajar del Rolls. A las otras damas (y a algunos caballeros) que hacían campaña político-mariana con la aristócrata, les daba una envidia tremenda; le llegaron a proponer que les alquilara a tan decorativo joven y que ella pusiera el precio. Pero la marquesa no soltaba ni sus bienes ni sus adquisiciones. Ni los compartía. Ella daba. Las sobras. Un amigo muy cercano que vino de la capital para ayudarla (vestuario, joyas y maquillaje: o sea, a cuidar de su *look*) se encaprichó del joven gorila y le ofreció un trabajo en Madrid, donde regentaba una discoteca para la juventud dorada. Sería para después de las elecciones, prometió el individuo. Adornaba su oreja derecha con un pendiente de oro «muy muy muy actual», como decía la marquesa, y su nuca con un coqueto mechón rubio que la dama le trenzaba para relajarse entre aparición celestial y mitin político. El trabajo era de segurata. Pero muy glamuroso, como la discoteca. La estatura del joven y su musculatura —que atraían ferozmente a las amistades de la marquesa (machos y hembras)— hacían de él el tipo ideal para esa clase de trabajo, afirmó el encargado de la disco. Casi mejor que no se expresara con la discreción «que nuestra clase social exige de sus sirvientes», como pretendía la marquesa. A ella le encantaba hacer de abogado del diablo ante algunos de sus amigos demasiado modernos a su parecer.

Pero el tío del mechón pensaba que la gente de la alta sociedad iba a su discoteca para engolfarse un rato; incluso nadie le hacía ascos a abrirse de piernas delante del populacho. Además, algo parecido ocurría en la romería electoral organizada por la Iglesia disidente del papa Justo y la marquesa de Almeida; en principio, hombres y mujeres tenían que dormir separados; a tal efecto, se habían montado dos enormes carpas-dormitorio con los colores nacionales, flanqueando la capilla en la que se hallaba la pieza de madera podrida llamada Nuestra Señora de las Nieves. Dichas precauciones, recomendadas por la legendaria castidad papal, no impidieron constantes y sospechosas idas y venidas entre ambos dormitorios en cuanto daban las doce de la noche y la zambra gitana se apaciguaba. El intercambio de pareja estaba a la última: moda excitante, importada del extranjero junto con las libertades democráticas. A ese comportamiento sociosexual ya no se le llamaba adulterio, sino juego de manga ancha. El joven se dejó arrastrar a esa tolvanera por el tío del pendiente; se dejó toquetear y chupar por manos y bocas que no conocía ni conocería nunca; la oscuridad propiciaba el anonimato. Ni siquiera tuvo tiempo de saber si aquello le gustaba o no: manos y bocas resultaron tan habilidosas, tan experimentadas que llegaba al orgasmo en un abrir y cerrar de ojos. Sin estremecimientos ni gemidos, sin una caricia que mitigara la soledad de la carne. La mano que él tendía en busca de otras manos encontraba el vacío; las palabras que murmuraba se deshilachaban en el silencio…

El día, sin embargo, estaba dedicado a las cosas serias: política, milagros, sopa boba. Había que alimentar a los peregrinos sin medios, a los juerguistas indolentes, a los padres de enfermos incurables que llegaban para oír la palabra de Dios o pedir a Nuestra Señora de las Nieves ese milagro imposible que la negruzca imagen ya había realizado, según decían, en incontables ocasiones. La fila de tullidos y acompañantes se alargaba, interminable. Aquello parecía una reserva nacional que reuniera, en cantidades ingentes, a esa otra especie humana con la que no tenemos ocasión de codearnos en la vida cotidiana. El joven gorila pensó en su suegro; quién sabe si no estaba entre aquel gentío, pidiendo a gritos un favor a la Santísima Virgen o rezando con la conmovedora humildad de los pobres. Tenía que haberle mandado un telegrama, aunque sólo fuera por tranquilizarse la conciencia; si por desgracia ocurría un milagro, sentiría remordimiento por no haberle avisado. Las milicias del papa Justo se encargaban de organizar la avalancha de enfermos y no permitían que nadie se acercara a Nuestra Señora a menos de un metro. Nadie podía tocar la imagen, pues, en su avidez de milagro, aquellas manos eran capaces de reducir a polvo el divino tizón, que ya había corroído antaño la voracidad de las llamas. Ejercer la fe costaba un pico. Como

todo en este mundo. ¿De qué iba a vivir, si no, la Iglesia de la renovación como solían llamar al circo católico del Olivar del Gólgota? Había que reunir fondos para el milagro. Un milagro inminente, pero siempre pospuesto al día siguiente, o al otro, o para dentro de una semana… Con tanto comer, bailar y beber, las gitanillas tetonas encargadas de poner en contacto las desgracias humanas con los favores marianos, no estaban en su mejor momento. Corría el rumor de que habían violado en la carpa de los ricos a una de ellas, la más casquivana; pero el incidente no debió de disgustar a Nuestra Señora, que, como es bien sabido, primero fue mujer y después se convirtió en Virgen. Así que había que limosnear. Continuamente. Nadie se atrevía a negarle el dinero a Nuestra Señora de las Nieves; todos estaban convencidos de que esa reina del cielo, defensora de pobres y desheredados, ganaría sin problemas su escaño en la Cámara de los Diputados. Por fin los izquierdosos oficiales se iban a enterar de lo que significaba la palabra izquierda. ¡Izquierda divina, y esta vez sin juego de palabras! ¿Quién mejor que la Virgen podía representar en el Parlamento a la tan vilipendiada izquierda divina? El argumento era imbatible. La gente se dejaba los dineros pidiéndole a la estatua enclenque que tomara el Congreso por asalto. La marquesa de Almeida resultó ser una líder política temible. Muy carismática. Sería ella, y no esas gitanas con pinta de golfas, quien representaría «en carne mortal» a Nuestra Señora de las Nieves en el Parlamento. Y decía a grito pelado bajo la carpa: «¡¿No os parece cojonudo que la soberana del cielo y una auténtica marquesa hagan juntas una política de izquierdas para los pobres?!». El auditorio expresaba su entusiasmo con un atronador «sí» colectivo… Pero todo aquello había ido demasiado lejos. Las autoridades tuvieron que intervenir para detener la farsa. La guardia civil ocupó el lugar, los periódicos contaron el pasado del papa Justo. Sin perder detalle. Toda aquella gente variopinta —enfermos verdaderos y falsos tullidos— se dispersó una mañana de abril, dos semanas antes de las elecciones. También la marquesa de Almeida, con su séquito de peluqueros y asesores de imagen, hizo mutis por el foro, sin decidirse a participar en el enfrentamiento entre las fuerzas del orden y la muchedumbre decepcionada. El papa Justo el Misericordioso, su noviete Aniceto y su Iglesia fueron abucheados cuando pasaron por la ciudad a la que su Santa Patrona había legado un brazo incorrupto como prueba de parentesco divino: los tiroleses habían cometido la imprudencia de acusar a aquellas buenas gentes de tráfico de influencias con el Padre Eterno. Estuvieron a punto de que los lincharan. Nuestra Señora de las Nieves pagó con su muñón izquierdo, abandonado en el campo de batalla como un miembro de algún soldado raso. Su proyecto político quedó en agua de borrajas. Las puertas del Congreso se cerraron en las

narices de la pobre desgraciada… Pero, bueno, se dice que el cielo está cuajado de derrotas; falsos rumores, sin duda. Tras una minicura de sueño de cuarenta y ocho horas, la marquesa de Almeida despidió al joven en los siguientes términos: «Muchacho, ten la bondad de devolver tu uniforme al mayordomo, ya no necesitamos tus servicios. Abandono la política y vuelvo a ser una noble entre pucheros, lo que no es ni atractivo ni glorioso, pero sí menos peligroso que ejercer de líder carismàtica. Tener guardaespaldas para ir del comedor a las cuadras o para salir de caza o ver una exposición me parece oneroso, amén de molesto. A decir verdad, he estado a punto de quedarme contigo, pero entiendo que no te puedo ofrecer un trabajo digno. Digno de tu talento y buen hacer. Talento casi inexistente, a decir verdad. Digamos… poco cualificado. Ni siquiera tienes carnet de conducir. Aunque yo ya tengo chófer. Bastante mayor, por cierto. Pero no pasa nada: nuestros criados se han jubilado siempre a los setenta y cinco años, un poquito antes de irse al otro mundo. Y no podría ser de otra manera, pues nosotros, marqueses de Almeida, sólo abandonamos los inconvenientes de nuestra profesión al exhalar nuestro último suspiro. Ya tendrás tiempo de ser mi chófer, dentro de unos años, en cuanto mi actual mecánico la palme. No pierdas nunca la esperanza. Tal y como va el mundo, ni yo voy a dejar de ser marquesa de un día para otro ni tú un desempleado. Créeme, la vida nos dará otra oportunidad. En cuanto a tu buen hacer… ¿Se te ha pasado por la cabeza que podrías ser mi amante? Yo lo he pensado a veces. A menudo he fantaseado con tu cuello recio, con tus piernas fuertes. No lo niego. Me sentía…, ¿cómo decirlo…? Me imaginaba que me llevabas en tus brazos como brizna de hierba en el pico de un pájaro… Simple poesía. Supongo que tú no lo entiendes. Pero, ya ves, hace siglos que nosotras, las marquesas de mi linaje, no cometemos adulterio sin utilidad. Una pena. Juntos, tú y yo podíamos haber vivido cosas muy hermosas. Por desgracia, tuve que consagrar todos mis esfuerzos al arte: organizar conciertos, dedicarme a la pintura… La pintura… ¿Nunca has pensado en pintar? No hace falta talento, tan sólo un poco de tiempo libre. Los domingos, por ejemplo. Así se convierte uno en pintor dominical. Suena bien, ¿verdad? ¡Qué gran error, socialmente hablando, que no hayas nacido en noble cuna! Habríamos vivido una historia de amor digna de un libro. Bueno, adiós. Toma este sobre, es tu salario. He deducido los gastos de ropa, alojamiento, comida…, en fin, el dinero que gastamos los patronos en beneficio de nuestros trabajadores: ¡no sabes el dineral que cuesta un criado…! Lo demás está aquí dentro. He añadido un billete de tren Sevilla-Madrid. Supongo que te vendrá bien. Y la dirección de mi amigo mánager. Te espera. Ve a verlo nada más llegar. Coge un taxi, las discotecas cierran muy tarde. Me hubiera gustado conseguirte un

uniforme de segurata, pero yo no toco ese palo. ¡Bueno, no me mires con esos ojos de carnero degollado! Eres joven, tienes toda la vida por delante. ¡Venga, ánimo, no te des por vencido!».

La misma manita que pintaba crepúsculos rozó la áspera mejilla del joven. Ese gesto de despedida era como el puñado de tierra que se echa sobre un ataúd. Un símbolo funerario. Él ya estaba acostumbrado a ese tipo de adioses, a despedirse definitivamente de sus más tiernos amores. De los que parten hacia la muerte o hacia el olvido… Salió de la casa de la marquesa, cruzó por última vez el jardín que la rodeaba, perfumado por aquellas flores dulzonas que tanto le gustaban a ella: jazmines, nardos, madreselvas… Ya en la calle, abrió el sobre que contenía unos cuantos billetes, menos aún de los que le dio el papa Justo. Una miseria. Su sueño de enviar a María un giro postal se fue al garete. Dio un rodeo para llegar a la estación sin pasar por delante de Correos. Se sentía culpable, como si sobre él recayeran todos los pecados del mundo.

Desde ese día, huye de los edificios que le recuerdan Correos. A veces es un banco, o una estación, o un ministerio… Todas esas grandes edificaciones se parecen; su aspecto de centro de comunicaciones se alza ante él como una constatación de fracaso, que le trae a la mente la imagen de María esperando a diario noticias del ausente. El ausente es él. A estas alturas, no debe esperar dinero, tan sólo noticias. Unas líneas que digan «estoy vivo». El niño va creciendo, seguramente ya sabe balbucear «papá». Él mismo lo pronuncia despacio, en voz baja, papá, convirtiéndose por un instante en su propio hijo, regresando a su infancia, a esa etapa donde uno intenta por vez primera la magia de ese término, papá; quizás lo hacía para llamar hasta él la presencia de un padre, un padre muerto en la mina, ausente para siempre. Y lo mismo que a él, ese sufrimiento provocado por un vacío que no se puede llenar le ha tocado también a su hijo. La ausencia: un legado que se transmite de padre a hijo, lo único que los desheredados poseen en abundancia. Para aliviar la ansiedad que le oprime el pecho, piensa que, después de tres años, su mujer y su hijo lo habrán olvidado, que habrán borrado los recuerdos que les dejó, como se limpia una mancha en el cristal de una ventana para ver la vida más clara. Se acomodan para vivir sin él. Mejor así. Mejor para todos… Pero los ojos se le llenan de lágrimas. Un tío como un castillo, arrodillado, llorando. Nadie lo nota. Nadie repara en los llantos ajenos.

Llegó a la capital a finales de la primavera. Eran las diez de la noche. La estación estaba abarrotada; los extranjeros se lanzaban al asalto de las playas del sur. Grupos de magrebíes regresaban a su país cargados como burros; se desplazaban como lo hacen los pobres en todas partes: tirando de bienes irrisorios cuyo valor estaba lejos de

alcanzar el precio de la preciosa alianza con brillantes que la marquesa de Almeida llevaba en su anular; sin embargo, su volumen… era como si trasladaran todas las riquezas de la inmigración hasta el mísero suelo natal. No se separaban de los bultos ni para ir a los aseos. Él, con su maleta, los imitaba. Aunque nada de lo que ésta contenía valía la pena. Tenía serias dudas de poder vivir una semana si por desgracia se veía en la obligación de vender sus pertenencias. Su contacto con el papa Justo y la marquesa de Almeida le había enseñado el valor de las cosas. Su maleta, lo único que le pertenecía en este mundo, no valía ni un céntimo.

En la cafetería de la estación se tomó un bocadillo de chorizo y una caña. No se podía permitir otros gastos antes de dar con el tío del pendiente. Llevaba su dirección en un papel. Tenía dos opciones: irse andando a buscarlo, lo que quizás le supondría caminar toda la noche, o coger un taxi como la marquesa le había aconsejado. La capital parecía enorme; complicada, como todas las grandes ciudades. Optó por el taxi. Su extrema pobreza no iba a cambiar gran cosa por unas monedas menos. Tenía que buscar trabajo. Rápidamente. Su única esperanza era ese mánager de discoteca, asesor de imagen de la señora marquesa. Cogió un taxi.

El chófer parecía de mal genio; aún no había sacado el coche de la estación y ya estaba el hombre condenando a automovilistas y peatones a la dura disciplina de un campo de trabajo. Es verdad que cada uno hacía de su capa un sayo, pero esa anarquía, hasta cierto punto tenía su gracia, no parecía tan peligrosa como para imponer un orden militar. En fin, que el conductor decía que habría que retirarles el permiso a los payasos que no se ganan la vida al volante de un coche, unos niñatos consentidos que van en cuatro ruedas nada más que para ligar. También habría que cantarles las cuarenta a esos putos peatones que caminan por el asfalto como Pedro por su casa. «¡No te digo! ¡Pues no están esos crios jugando a las canicas en mitad de la calle!» Y era verdad: unos chaveas jugaban en la calzada arriesgando sus vidas. Las viejecitas no se quedaban atrás. Mira ésa, parece una náufraga cruzando entre un mar de coches, expuesta a las iras de los cláxones, a la furia de los motores, al chirrido de los frenos; con la cabeza erizada de bigudíes, había elegido, para pasear a su perrito, una zona verde en medio de una rotonda. Iba moviendo sus labios resecos no para hablar a los conductores, a los que ignoraba soberanamente, sino a su pekinés mugroso, empecinado, como todo pekinés que se precie, en buscar un arbusto lo suficientemente apestoso como para evacuar sobre él su inestimable meada. ¡Pura poesía urbana! El semáforo se puso en verde y el joven se perdió el final de la aventura: quizás un regreso más peligroso que el de los argonautas. El chófer juraba en arameo. Enfiló una avenida con

árboles a ambos lados; acacias, magnolios, cedros. Enormes plátanos de troncos roídos por la lepra o dibujados con guaches. Olivos de ramas retorcidas, pinos desmedrados se mezclaban de pronto con árboles ornamentales, ciudadanos vegetales al cien por cien. Fuentes. Por doquier. De piedra. Con un pez vertical vomitando agua, una ninfa transvasando líquido, una diosa conduciendo un carro llevado por leones. Edificios oficiales. A ambos lados de la calzada, sobre las amplias aceras, cafeterías y terrazas muy bien iluminadas y atestadas de gente. Varios viandantes esperaban con paciencia que alguna mesa quedara libre, o contemplaban el soberbio espectáculo de la calle. El taxista, que no paraba de echar pestes del tráfico, estuvo a punto abandonar a su cliente en medio de aquel caos. Con su dedo acusador señalaba todo cuanto aparecía ante él, no sólo a los peatones, sino a los gigolós y a los travestís, que no paraban de ligar sin el menor recato. «¡No les dará vergüenza! ¿Qué pueden hacer dos tíos juntos?» Tras pensárselo un momento dijo: «Darse por culo, claro». Gente por todas partes, la anarquía como norma de conducta. «Por aquí no hay putas, las putas están en otro sitio», declaró. Y empezó a lamentar la muerte del dictador. ¡Ése sí que sabía poner orden en este desbarajuste! Cuarenta años de orden. Con él, las calles del centro estaban llenas de putas, es verdad. «Pero eso es lo más normal del mundo. A los hombres nos gustan las putas. ¿Qué haríamos si no hubiera putas? ¿Pajearnos? ¡Ay, qué tiempos…! Follábamos por cuatro perras.» «Hoy ya no hay que ir a los burdeles», dijo el joven, «las chicas lo hacen gratis y además les gusta». «¡Una panda de putas, todas ellas!», concluyó el taxista parando el coche delante de la discoteca. El joven pagó la carrera: una fortuna. Con esos precios, no volvería a coger un taxi en su vida. La marquesa tenía razón; debería aprender a conducir.

Pues sí, a veces aún soñaba con tener un coche, un trabajo bien pagado, una vida de familia. Intentaba mantener en la memoria los rasgos de su gente. Los de Fermín, como las ondas que se forman en la superficie del agua cuando cae una hoja, se iban desdibujando poco a poco, sin apenas darse cuenta. Ya no veía al amigo en sueños; el peso abrumador de la tierra no sólo había aplastado su cuerpo, sino también las huellas que éste le había dejado en la consciencia. Fermín estaba muerto. Irrevocablemente. Era como si la fuerza de la vida acabara imponiendo sus leyes al corazón, a la memoria. Leyes crueles, de las que hace años habría censurado el egoísmo y la crueldad. En su caso o en el de otros. Pero esa sed de imposible que se lleva dentro, que era el origen de su amor por el chico, se veía sustituida por los confusos sentimientos que la marquesa había despertado en él, torbellino de deseos truncados que estallaban cada noche en su cama de hombre solo. Era demasiado vulnerable a los sueños, drogas del

alma, que lo volvían cada vez más frágil.

El mánager había cambiado de pendiente y se había cortado la trencilla. La moda cambia. Lo recibió con los brazos abiertos. Llegaba en el mejor momento. Acababa de echar al anterior segurata por haberse tomado ciertas libertades con los clientes. Tráfico de drogas. Ahí, delante de sus narices. Por mucho que vivamos en democracia, la libertad tiene sus límites. No sólo los impuestos por la ley, sino los exigidos por los patronos. En resumen: el tipo perdió su empleo por haberse atrevido a tocar una mercancía que sólo podía vender el dueño. A él, nuevo segurata, lo contrataban para filtrar la clientela, evitar peleas y sacar a los borrachos. No, el director no le pedía que hiciera lo propio con los traficantes, que nadie lleva escrito en la cara ese oficio. Su consejo: «Mantente al margen de ese tipo de tráfico. La tentación de sacarse un dinero extra es grande, pero nunca se sabe cómo puede acabar la cosa; no te busques problemas». No, a él nunca le había interesado la droga, y ni se le había pasado por la cabeza iniciarse en ella. Él era un tío normal. Con mujer y un hijo. No un degenerado. Lo dijo con un punto de arrogancia en la voz que le encantó al mánager. Lo llevó a una pequeña habitación en el almacén: una cama y un lavabo. Al lado, las duchas del personal. En cuanto al retrete, podía utilizar los de la discoteca. La única regla de obligado cumplimiento: no mezclarse con los clientes; éstos no ven a los empleados como personas con las mismas necesidades que ellos. Ya hablarían de sueldo a finales de mes; le dio un pequeño adelanto y una chupa de cuero: «Un segurata debe parecer un matón, eso tranquiliza a la clientela». La chupa le quedaba bien, era de su talla. «Normal», dijo el jefe. «Los seguratas son todos iguales. ¡Menudo cachondeo si pusiéramos de portero a un canijo!» Podía guisarse, pues comer de restaurante le saldría demasiado caro; le permitían guardar la comida en el frigorífico del bar… Otras obligaciones: limpiar y recoger. Todo debía estar en orden cuando llegaran los empleados a las cinco de la tarde. Mejor que no contara con las propinas: la decisión de compartirlas o no con él era de los camareros… Tenía un puesto de trabajo; eso era lo que buscaba. El manager deseaba verlo sonreír, dar las gracias. Dijo: «Muchas gracias». Un muchacho bien educado. Una última cosa: el segurata anterior tenía por costumbre alquilar su habitáculo a ciertos clientes poco escrupulosos. Comercio sexual en horas de apertura. Esperaba que él no cayera en esa trampa. Aunque necesitara el dinero que le ofrecían. La habitación de abajo no era suya, sólo podía usarla como inquilino, no como propietario. Sólo para dormir él. Y punto.

El trabajo no era desagradable. Echaba doce o catorce horas, dependiendo de los días, pero con poco esfuerzo físico; limpiaba y recogía por las mañanas. Después de comer salía un ratita para estirar

las piernas y ver la ciudad. Tenía buena relación con los demás empleados, que veían con agrado a ese muchachote siempre dispuesto a hacerles un favor. Le daban algún dinero de las propinas, para ayudarlo a poder alquilarse una habitación por su cuenta. No tardó en realizar ese sueño. Sueño de independencia que no hubiera logrado sin el apoyo de los camareros. Todo iba bien. La cajera, una morenilla más dinámica que un rabo de lagartija, lo miraba con ojos tiernos. Pensó en ligársela, pero echaba de menos a María. Su obsesión era asegurarse el trabajo y podérselos traer, a ella y al niño. Sólo pensaba en ellos cuando, por las tardes, se paseaba por el centro, mirando todo aquel lujo expuesto en los escaparates. Precios astronómicos. Pero se consolaba pensando que su situación económica podía cambiar; no hay mal que cien años dure. Un día, se detuvo ante la tienda de un guarnicionero que vendía unas maletas magníficas, de cocodrilo, que costaban un dineral, como todo lo demás. Ya había visto ese tipo de piel. Cuando tenía doce años. Y quizás también en casa de la marquesa… La primera vez, con Fermín, durante un viaje de estudios a la ciudad: museo provincial, iglesia gótica, castillo románico. Y paseos para ver escaparates. Él exclamó: «¡Mira qué piel más rara!». «En absoluto», contestó Fermín, «es cocodrilo». Siempre tenía una respuesta, ese Fermín sabelotodo. Gracias a los libros, sin duda. Leía más que un cartero, siempre leyendo y releyendo las cartas que les llevaba a los analfabetos. En el pueblo había un montón, que recibían cartas hasta de América: hermanos, sobrinos, nietos… Gentes que huyeron de la mina. Espabilados que se marcharon antes de que les llegara el accidente o la muerte. Él habría preferido que el chico estuviera ahora en uno de esos lejanos países. Incluso si no debía verlo nunca más. No volver a verlo porque está muerto o porque está lejos no es lo mismo; el alejamiento deja la puerta abierta a la esperanza, la muerte la mata.

Durante las dos primeras semanas, la capital no se mostró hostil con él; parecía que le abría los brazos. Todo el mundo era agradable, todos le sonreían. Los clientes no lo miraban a los ojos, pero era tan sólo por educación; la idea de que fuera por desprecio ni siquiera se le pasó por la cabeza. Además, estaba imponente con su chupa de cuero, sus vaqueros y sus botas; las sonrisas bonachonas encubrían quizás comportamientos brutales, una secreta tendencia a la bronca… Los clientes se conformaban con decir hola y adiós, entraban, salían. Era gente de mucho dinero, por lo que no entablaban fácilmente conversación con cualquiera. Un segurata no deja de ser un segurata. Aunque parezca atento y servicial. De vez en cuando le hacían el honor de mirarlo de soslayo, pero siempre por la zona de los muslos e incluso a la bragueta: nunca la miraban a la cara o a los ojos. Tan sólo un tío tuvo la audacia de preguntarle si vivía solo. Llevaba un

pendiente, como el jefe, e idéntico corte de pelo. Un tío de los que van a la última, esclavo de la moda. No muy alto, no muy delgado, con el desparpajo de quienes conocen el terreno que pisan. El joven le contestó que, de momento, vivía solo. «Entonces, puedes venir a una fiesta cuando termines de trabajar, si te apetece. Tu jefe dice que eres un buen tío; hay que divertirse un poco. Te esperaré en el coche, ¿vale?» Él aceptó la invitación.

El cliente mantuvo su palabra. A las cuatro de la mañana, un deportivo rojo esperaba al joven frente a la puerta. Un cochazo; debía de costar una fortuna. El tipo (zapatillas deportivas, pantalón blanco, polo naranja y chaqueta negra estampada con rosas grises) iba al volante. El joven se sentó a su lado. Entonces vio a la chica tumbada en el asiento de atrás, como en un sofá. Llevaba un vestidito negro último grito hecho jirones, o eso parecía, más propio de la mendicidad que para salir de noche. La moda, pensó. Le estaba diciendo al tío la suerte que había tenido de encontrar esa maravilla de vestido en las rebajas de la *boutique* Fulano. ¡A mitad de precio! A ver, si no, cómo se iba a poder comprar una cosa tan divina, tan ideal, con la miseria que ganaba en la tele, ¡trescientas mil cochinas pesetas al mes! «Entre el piso y el camello, se me va el sueldo. Si no me invitaran a comer a diario, tendría que ir por ahí limpiando casas. O hacerme puta. ¡Ay, Señor, esta nieve me va a matar!» Quiso decir el precio. El precio de la nieve, precisó. Llevaba calentadores malva agujereados y manoletinas. Parecía que regresara de una clase de baile. Pero no; había pasado toda la noche en la discoteca, el joven la vio llegar. Una cinta en el pelo y una muñequera de felpa, como las tenistas, completaban su atuendo. Estaba un poco borracha, repetía que llevaba una vida de lo más miserable por culpa del dinero. «De verdad, voy a tener que hacerme puta para pagarme mis dosis. ¡Qué injusticia!» El conductor se compadecía de ella. El joven también. En dos o tres ocasiones, la chica le preguntó su opinión levantándose de su asiento y chupándole la oreja con lengua aplicada. «Cuando estaba de moda la marihuana no tenía problemas, me cultivaba yo misma las macetas en el balcón. Los vecinos pensaban que eran plantas ornamentales y me preguntaban de dónde procedían. Yo les contestaba: “Vienen de América, son plantas salvajes”. Pero ahora, con la nieve… ¡Joder, qué ganas tengo de que pase esta moda, ni siquiera puedo mandarle el giro a mi madre, pobrecilla, que sólo tiene su pensión de viuda!» Lloriqueó unos segundos, luego se echó a reír. «Oye, ¿cómo me verías tú de puta?» Dirigía la pregunta al tío de la chaqueta floreada. «¡Perfecta!» «¿De verdad?» «Por supuesto. ¿Se te dan bien las mamadas?» «Creo que sí. Me han dicho varias veces que soy una artista.» Mordisqueaba la oreja del joven, que se unió a las risas. «En ese caso, te puedes levantar un montón de pasta, a los tíos les encanta que les coman la

pilila.» El joven se rio a su vez. Cruzaban la ciudad a una velocidad de *rally*; los otros coches hacían lo mismo, como si su objetivo fuera llegar a tiempo para evitar el fin del mundo. La chica estaba unas veces sobre él, otras veces sentada en la parte de atrás, iba y venía al ritmo de los giros entre una calle y otra. Asistieron a un derrape sin consecuencias y a una colisión incruenta entre un coche de empresa y uno de esos autobuses nocturnos llamados búhos. Llegaron sanos y salvos a su destino. Era una casa con miradores acristalados y puerta de servicio. El tío, llamado Peter, aparcó el coche y se dirigió a la puerta principal. Los otros dos lo siguieron. El joven cogía a la chica por la cintura, como si estuvieran iniciando una relación. Ella lo besó en la boca; por desgracia, una arcada le hizo replegar la lengua como un camaleón y apoyó la cabeza contra un árbol, como si fuera a vomitar. Una falsa alarma que se limitó a algunas contracciones espasmódicas. Peter contaba su próxima película; era director, o productor, o algo así, el joven no lo entendió muy bien, «una cosa divertida y brutal», decía, «que rompa con esta mierda de producción nacional». Llamó al portero automático, una voz, un *clic*: la puerta se abrió. Cogieron el ascensor. La proletaria de lo audiovisual, la de las trescientas mil pesetas de sueldo, se puso a empolvarse la nariz pegada al espejo biselado. Había que mirarla bien para darse cuenta, bajo el maquillaje de muñeca antigua que le embadurnaba la cara, de que era guapa. Labios carnosos, ojos avellana. Como María. Mirada algo perdida, quizás por efecto de la coca. La ausencia de vida en sus pupilas provocaba en el joven un fuerte deseo: hacerla reaccionar, encenderla como una tea, llevarla al borde de la locura. Contaba con la impaciencia de su sexo, bien despierto, para conseguir tan halagüeños resultados. Sin embargo, la chica parecía haber olvidado que se había frotado contra él en el coche, que le había chupado la oreja… ¡Una calientapollas! En sus pupilas asomaba una ansiedad del todo ajena al deseo sexual: la llamada de la droga.

La puerta del piso estaba entreabierta. Se oía música rock casi tan alta como en una pista de baile. Pero ningún vecino protestaba en las escaleras. Se ve que estaban acostumbrados a las sobredosis de decibelios, como las bacterias a los antibióticos. Entraron. Nadie bailaba a pesar del jaleo. Hablaban, fumaban… Había que chillar más alto que la música para entenderse, como si los hubieran catapultado en plena conversación entre salvajes. Pero a todos les parecía normal: los recién llegados entendieron fácilmente que había bebidas y canapés en la cocina, que podían sentarse donde encontraran un sitio libre, en los sofás o por el suelo, y les pidieron que se presentaran ellos mismos para evitarle ese trabajo a la anfitriona. Ésta, acurrucada en una butaca, leía a sus amigos los apasionados versos que un poeta latinoamericano le había dedicado «en un momento de su vida». Dicho

momento parecía coincidir con el periodo de vacas flacas del versificador; había perdido el tren de la modernidad en París, o en otro lugar, y permaneció en Madrid, sin más, dejándose mantener por la dueña de la casa. Ella, en contrapartida, sólo consiguió un libro dedicado, explicó la muñeca de harapos sofisticados. «¡Ni siquiera una buena sesión de folleteo!» Con el porro en la boca, se le soltaba la lengua. El joven había pillado en la cocina una cerveza calentona y un plato de patatas con alioli. Le supieron a gloria. Sentado en un taburete, no les quitaba ojo a las tetas de la chica; unas tetitas preciosas, turgentes como dos limones. Le entraron ganas de acariciárselas, pero estaba claro que la chica estaba en otro rollo.

La anfitriona era de estatura media y sorprendentemente fea, pero muy lista: llevaba siempre a su lado a su hermana pequeña, mucho más fea aún, quien, por contraste, la hacía casi hermosa. Se acercó a ellos, seguida de su hermana, que parecía su sombra, y preguntó: «¿Quién es este joven, querida? ¿No lo he visto antes en algún sitio?». Sin esperar respuesta, se dirigió directamente al joven: «¿Eres proustiano, querido?». La chica se echó a reír. «¡Cómo va a ser proustiano si trabaja de segurata en una discoteca!» «Lástima. Pero mira, se puede ser proustiano sólo con tener bonitos recuerdos y saber contarlos, incluyendo el perfume. Mi hermana y yo hablamos a menudo de nuestra infancia…, de nuestros tíos, tías, primos, primas…, éramos una especie de *tribu urbanita* compuesta por muchas familias numerosas. Vivíamos en el norte, cerca del mar. Todos venían a nuestra casa. Las meriendas de tía Albertina se hicieron célebres, se hablaba de ellas en Madrid, en París, en Londres. La gente de mi familia viajaba. Yo trabajo en la producción cinematográfica. Películas de animación. La vida hay que vivirla como es. Hoy la vida es moderna y hay que vivirla de manera moderna. Pero, ojo, eso no quiere decir que yo no sienta una pasión… loca… por lo pasado, lo lejano, lo remoto. Rindo culto a la memoria. Por ejemplo, podría describiros con toda precisión el perfume de mi tía Albertina, un perfume de violetas. Lo encargaba en París, se lo hacía un perfumista cuyo negocio se inició durante el Segundo Imperio. Yo sentía que la historia se condensaba en ese perfume y envolvía a mi querida tita con un aura fantasmal. Estaba preciosa. Sólo se vestía con ropa malva. De arriba abajo. Y leía a Colette. Es curioso, ahora que lo pienso, no leía a Proust… A Proust lo descubrí yo en casa de un amigo pintor. Un pintor animalista, hijo de un empleado del catastro; pintó el lebrel afgano de tía Paulina y fui varias veces a su casa para llevárselo. ¡Ay, qué perro tan bueno! Tía Albertina se lo trajo de Biarritz…, un perro afrancesado a más no poder, como mi tía. Mi tía le hablaba en francés y él la entendía. Bueno, su doncella también la entendía, pues tía Albertina le había enseñado el vocabulario relacionado con la ropa

interior femenina; a ella le parecía más elegante decirlo en francés que en castellano, menos indecente. En realidad se llamaba Paulina, pero la llamábamos Albertina. Como en Biarritz, los veranos: Mademoiselle Albertine. Yo la quería muchísimo y quizás por eso me gusta tanto Proust. ¿No te apetece leer a Proust, muchacho?» El joven no les quitaba ojo a los pechos de la chica harapienta. «Si quieres, te lo presto.» El contestó que un amigo suyo seguro que sí había leído a ese tal Proust. «¿Quién?» «¡Pues Fermín, quién va a ser!» Lo había leído todo. Los libros formaban parte de su axila izquierda, siempre con un libro bajo del brazo. Permanecían más tiempo con él que en la biblioteca. ¿No podría venir ese amigo suyo otro día? A ella le encantaban los chicos cultos, y su amigo Fermín parecía serlo, incluso un gran entendido, si leía a Proust. «No, nunca podrá venir. Ya no está aquí. Se ha ido.» «¿Cómo ¡do?» «¡Muerto, muerto! ¿No sabéis lo que quiere decir /do? ¡Quiere decir muerto! ¡Que está muerto!» La proustiana exultaba. Iba de un grupo a otro contando que había allí un muchacho diferente, único, extraordinario, un muchacho que llevaba el recuerdo de los muertos como un peso en la conciencia, vivo en su memoria. ¡Como en Proust! Sí, sí, el joven aquel, el de la chupa de cuero. Al parecer es segurata en una discoteca. Pero ¿quién no ha hecho cosas raras al menos una vez en la vida? «No está nada mal», comentó alguien. «¿Nada mal, dices? ¡Está de cojones!», confirmó otro. «Lástima que haya venido con esa gilipollas de la tele…» «¡Cuidado, chicos, ése ya está pillado!», cortó Peter. «Está conmigo.»

El joven no era consciente de hasta qué punto despertaba la curiosidad de los presentes. «¿Le vas a dar un papel en tu próxima película?», preguntó una mujer rubia con voz de hombre y la barbilla muy bien afeitada, como un sargento de infantería. La pregunta provocó la risa de su novio, un técnico del cine, arisco como él solo. Dejó de reír de golpe y preguntó: «¿Cuándo viene con la coca tu puto amigo?». Nada más pronunciar la palabra mágica, el mánager entró en el salón. Parecía abatido, como si viniera con los bolsillos vacíos… Dijo que el precio no paraba de subir. La campaña antidroga organizada por el Gobierno resultaba nefasta para los consumidores, pobres inocentes, pero muy productiva para los traficantes. Empezó a echar pestes de los sociatas en el poder, una partida de hipócritas, que pensaban penalizar la droga tras haber dicho que ellos no le hacían ascos a una buena esnifada. ¡Todo para ganar las elecciones con el voto de los drogatas! Su discurso recordó al joven el de la marquesa de Almeida, pero por otras razones que aquello de compartir las sobras. El mánager concluyó diciendo que traía un poco, pero que le había costado un huevo; de modo que pensaran en rascarse el bolsillo. La proletaria de la tele abrió el bolso, cogió un puñado de billetes; los

demás, proustianos o no, hicieron lo propio. El joven no se inmutó. Ni le gustaba ni se lo podía pagar. Se limitó a mirar. La chica harapienta se fue al baño con su dosis; le hizo señas para que la siguiera y él se fue tras ella. Un vozarrón de hombre despotricaba contra el precio de las papelinas y trataba al mánager de negrero: era la mujer rubia de barbilla afeitada, con un par de cojones en sus cuerdas vocales. La chica de harapos negros y el joven se abrían camino entre las exuberantes plantas. Aquello parecía un vivero o una selva virgen. Sólo faltaba un mono agarrado por la cola a la lámpara del techo o una pitón enroscada en el perchero. Mientras seguía a la chica, el joven pensó en esa nueva faceta de su jefe: proveedor de droga. Camello. Pero no se escandalizó, mucha gente se dedica a traficar: la noche cuesta cara y hay que conseguir dinero de quien lo tiene; o sea, de los noctámbulos. Es lo justo.

La chica abrió la puerta del baño y le hizo señas para que entrara; el joven pensó que nunca lo había hecho en una bañera. ¡Qué tonto! Era el lugar más apropiado para las relaciones sexuales. Una etapa inevitable para ese tipo de experiencias… excitantes. No tenía ni idea de qué actitud convenía adoptar para estrecharla en sus brazos. Se sentía raro por la zona del bajo vientre. Esa parte de su cuerpo empezaba a reclamar su ración de actividad palpitante. Los vaqueros, decentemente abrochados, empezaban a molestarle; tenía ganas de quitárselos. La chica, sin embargo, no parecía tener prisa. Abrió el bolso y sacó un tubito de plata. Vertió sobre el espejito el polvo que contenía la papelina. Hizo una raya. Muy fina. Lo hacía con meticulosidad, como un sacerdote preparándose para consagrar la sagrada forma. Le tendió el tubito: «¿Quieres?». «¿Eso qué es?» «Nieve.» «Nunca he tomado.» «¿De dónde te has caído tú? ¿De un guindo?» «Vengo de la mina; tengo mujer e hijo.» «¿Y eso qué tiene que ver? Esto no es para una clase social específica, ni para solteros. Yo no soy ni puta ni rica. Trabajo. Como tú. Como todo el mundo. Me gano mi nieve con el sudor de mi frente. Eso dice el Evangelio: “Ganarás tu nieve con el sudor de tu frente”. O “de tu sexo”, no recuerdo bien. Pero si no quieres, no pasa nada. Aquí no forzamos a nadie a alcanzar el paraíso. Yo sólo comparto con la gente a la que quiero. Y a ti, te quiero. Me gustas. Tienes una mirada que hoy sólo se ve en los niños. O en los perros. Bueno, te voy a enseñar cómo se hace. Es gratis. Y esto no te convierte en toxicómano, como tanto critican los periódicos. Ya no necesitan nuestros votos…, pero siguen necesitando nuestro dinero.» Colocó el espejito sobre una mesa, se inclinó, esnifó el polvo de una vez. Como una celebridad. Luego, lamió el espejo. Con la glotonería de un crío chupando un helado. No contenta con ese gesto definitivo, se humedeció la yema del dedo índice, rebañó los restos del polvo y se frotó las encías. Con deleite.

Todo aquello tenía algo de mecánico, como los reflejos condicionados adquiridos en una cadena de montaje o enseñados a los ratones de laboratorio. Un acto deliberado y triste en pos de la felicidad. Cerró su bolso y dijo: «Date la vuelta, que voy a mear». La chica se sentó en el váter. Al oír el chorrito, a él se le reblandeció el pene. Quizás por culpa del lugar, o del momento… Lo cierto es que las circunstancias no propiciaban un subidón de la libido. Preocupante, se dijo. Cuando veía a María o a Fermín orinando (de refilón, pues eran muy pudorosos) se excitaba, incluso cuando era niño. Así es como comprendió que deseaba a Fermín: se empalmaba siempre que el chico se escondía detrás de un árbol para hacer pipí. Pero allí, sin saber cómo ni por qué, sintió un súbito desinterés por la chica harapienta. Cuando ella terminó, lo cogió de la mano y lo llevó al dormitorio. Él se mostró reticente. «No te preocupes, mi amiga está de acuerdo; podemos hacerlo en su cama. Te vio mirándome las tetas y eso le gustó. Los hombres ya no nos miran así. Demasiado desnudo integral, demasiados culos. Hoy día, la bragueta de un tío mantiene mejor sus secretos que el sujetador o las bragas de una chica. Anda, ven, bésame, tengo los labios ardiendo.» Él intentó hacerlo con apasionamiento, lengua en torniquete y labios ávidos. Su madre decía: «El comer y el rascar, todo es empezar». Igual pasa con el deseo. Como el viento y el fuego… Se metió esas imágenes en la cabeza. Pero estaba desmotivado. La chica se iba relajando. Su cuerpo abandonaba la combatividad de la pasión, se derretía. No como cuando alguien se entrega al otro, sino que su cuerpo se iba tornando fofo y pasivo. La droga. Le estaba haciendo efecto. Aunque era la primera vez que él lo veía, estaba seguro de que era eso. Los ojos de la chica parecían dos cuencas rellenas de huevo duro. Repulsivo. Tenía la siniestra impresión de acariciar a alguien que iba adquiriendo una rigidez cadavérica. Sus senos, inactivos, no vibraban como los de María, eran dos colgajos, ubres de vaca, simple materia mamaria. Las manos se deslizaban sobre el edredón, con las palmas hacia el techo. El sexo le goteaba como un tubo perforado: un hilillo de meado le mojaba los muslos. Un estertor entrecortado le salía de la garganta… El joven nunca había estado tan cerca de cometer una violación. Y tuvo miedo. Miedo de que la chica muriera de sobredosis; miedo de sí mismo por perpetrar un acto de necrofilia… Y, sin embargo, estaba de nuevo excitado, dispuesto para el orgasmo, con el sexo como un músculo de hierro y el dolor punzante que precede al espasmo. Pero se apartó de la chica. Saltó de la cama. Se arregló la ropa y fue al salón. Le dijo a la proustiana que su amiga se encontraba mal. Más valía que nadie la viera en ese estado, meándose encima. La proustiana soltó una carcajada. «¡Eso le pasa siempre, corazón! La nieve le produce un efecto rarísimo. Parece que le dieran la vuelta como a un calcetín, ¿a

que sí? Es muy aparatoso, pero no te preocupes, no le pasa nada, se repondrá; en media hora estará como nueva. No te la has podido follar, ¿verdad? Le pasa siempre. Luego, se queja de frustración sexual congénita. No sabe lo que se dice. ¡Ay, esa gente de la tele, mucha palabrería y poca cabeza! Venga, olvida a la chica, que Peter te está echando de menos. ¿Sabes lo que dice? Que no se puede traer a un chico a mi casa sin que una devoradora de hombres lo trinque. Sigue sin admitir que también los hombres y las mujeres están hechos para entenderse. ¿Quieres unos espaguetis? Mi hermana los está preparando. Al pesto. Es como más me gustan. Ya sé que no debería comerlos, porque tengo unas caderas… Anda, toca, ¿notas los michelines? Pero a los hombres les encantan las mujeres rellenas. ¿Tú cómo lo ves? ¿Te apetece un porro? Peter los lía gordísimos, como puros. Mira, precisamente me está haciendo señas de que os vais. Venga, chao, espero que vuelvas. Ah, sí, me habló de tu problema… No, no conozco a nadie que pueda ofrecerte un trabajo fijo. El mundo del trabajo no es lo mío…, pero he oído decir que se puede encontrar en los anuncios por palabras de los periódicos. Yo, cuando cambio de criada, llamo a la agencia de trabajo temporal. Eso es todo lo que sé del trabajo. Y tú, ¿por qué locales te mueves? Bueno, a ver si nos vemos otro día, me pareces un chico muy sensible. Ya te prestaré algunos libros. De Proust, por supuesto.»

De nuevo en coche. El cielo iba tomando esa negrura densa anunciadora del alba. Como si las estrellas se hubieran apagado. Con tanta oscuridad, las calles parecían intransitables, pero se sentía que la noche tocaba a su fin.

Peter tomó la carretera del aeropuerto, luego giró a mano izquierda, hacia un gran parque. Se adivinaba en el fondo el contorno de unos edificios. Sin duda, una urbanización de lujo. Un cartel indicaba «zona residencial». Arboles, pinos de un verde redondo y oscuro; detuvo el coche detrás de un bosquecillo de mimbres. Le ofreció un cigarro, bajó la ventanilla para ventilar el interior. Se oía el agua bajando por una acequia: sonaba igual que en el pueblo. «No podemos ir a mi casa, vivo con mi madre», dijo Peter. El joven no contestó. Él también, por la noche, apartaba a Fermín del regazo materno. Pero una madre no duerme de noche, todos los hijos lo saben; sobre todo quienes tienen algo que esconder… El cigarrillo no acababa de consumirse. Interminable, como siempre en los primeros encuentros. Por fin, la mano de Peter le acarició el muslo izquierdo. Él no sabía si reaccionaría o no; la historia con la chica drogada le había cortado la fogosidad. Pero se equivocaba. Su sexo reaccionaba a las caricias con más ímpetu de lo deseable, pues Peter procedía como los tímidos, como si actuara tan sólo para dar placer al otro, durante un encuentro ocasional. Se inclinó para contemplar el pene del joven,

terminó agachando la cabeza y lamiendo el glande. Él se dejó llevar por el placer, se vació en su boca. Peter le posó la cabeza en el bajo vientre concediéndose unos instantes de ternura; luego, con un clínex, limpió los restos del placer. «Me gusta más en la cama, pero mi madre no se duerme hasta que me oye volver.» «Mi cama no es cómoda. Duermo en un sótano.» Largo silencio. Otro cigarrillo. Peter lo tiró a medio fumar. «Vivo por aquí y mañana temprano tengo trabajo. Si te llevo, no podré dormir ni siquiera un par de horas. Toma, coge un taxi.» Le metió en el bolsillo de la camisa unos cuantos billetes. Suficiente para ir y venir varias veces en taxi, según comprobó el joven cuando se separaron. Una vez solo, emprendió el camino hacia la capital. Andando. Un largo paseo vigorizante. Empezaba a clarear. La luz crepuscular coloreaba todo de gris: árboles, edificios, carretera, quiquiriquí de un gallo lejano, campanas de iglesia. Y ese constante estruendo de motores, que convierte los demás sonidos en inesperados o sorprendentes. Sí, pensó, tenía que alquilar algo en una pensión, por si a María se le ocurriera venir con el niño. No para quedarse definitivamente, pues por el momento no se podía permitir la fortuna de tenerlos con él. Pero los echaba de menos. Necesitaba contemplar unos ojos que lo miran a uno con franqueza; para eso, nada como los ojos de los suyos… Por fin era de día. Todo se veía con claridad. En una valla alguien había escrito: «Si Dios no existe, es su problema». Otra mano había añadido: «No el de los católicos». A Fermín le habría gustado esa pintada. Se sonrió.

Esa sonrisa recién estrenada no le duró mucho. Hay situaciones de las que los excluidos difícilmente pueden escapar: una es la miseria, la precariedad es otra. Precariedad en las relaciones con el entorno, precariedad en el trabajo, precariedad de los recursos. Hacía apenas diez días que se había instalado en una pensión cuando el joven se encontró de nuevo sin trabajo. Y, consecuentemente, en la calle. Una tarde, cuando iba a limpiar y recoger, no pudo abrir la discoteca. Puerta precintada por la policía. Un agente lo interpeló y tuvo que confesar que no, que no tenía contrato de trabajo. Ni siquiera temporal. Por supuesto que ignoraba las actividades de su jefe; él pasaba la noche en la calle, impidiendo trifulcas y tumultos. No, él no se drogaba, nunca lo había hecho. Ni siquiera por curiosidad. La única pregunta que nadie le hizo fue a cuánto ascendía su sueldo, que aún no había cobrado: a nadie se le ocurrió preguntárselo y, sin embargo, para el joven era esencial. Hasta ese día, el jefe le había adelantado algo de dinero; a finales de mes harían cuentas. Ese mes terminaba el domingo. «Bueno, el domingo que viene…», murmuró. Nadie sabía dónde estaba el jefe. Evaporado con su pendiente y su trencita. La policía lo buscaba por tráfico de drogas, interrogaban a los camareros y a la cajera, que tampoco tenía contrato; el manager les debía varios

meses… En comisaría todos se quejaban, o recibían un rapapolvo del comisario; no tenían que haber aceptado contratos verbales y temporales, de los que los patronos abusaban para evitar impuestos y despedir con facilidad a los empleados más exigentes. En fin, que el jefe se había largado. El temor de la policía era que ya estuviera camino de Hispanoamérica. «A estas horas», dijo el comisario, «puede que esté tomando el sol en las playas de Acapulco».

Así que la comodidad de vivir en una pensión y la esperanza de ver a María y al niño se desvanecieron en una tarde. Estaba jodido. Ni un céntimo y un porvenir problemático. Peor que nunca. Metió en la maleta su traje de novio, los zapatos negros, la chupa de cuero, un jersey de lana, cuatro camisas y dos corbatas y se fue a venderlos al rastro. Un vendedor de ropa se los compró por una miseria. Pero le hizo un gran favor: le dio la dirección de doña Ramona, portera en un barrio popular. Alquilaba habitaciones por noches y, a cambio de un porcentaje, podía ayudarlo a buscar un trabajo, aunque fuera precario. A eso de la precariedad ya se estaba acostumbrando. A toda velocidad. Eso era lo que les tocaba a los obreros no especializados. O sea, a él. Los periódicos hablaban de ello de vez en cuando. Y los periódicos son como el Evangelio, afirmó un día doña Ramona, con un tono que el joven no se habría atrevido a calificar de irónico.

Fue a verla por la mañana temprano. La vieja lo examinó de pies a cabeza a través de los cristales de su portería. Iba en bata, con los bigudíes medio deshechos. Sobre su horrible hocico había como una cicatriz de carmín, dos lágrimas de rímel le hundían las mejillas y las prolongaban hasta las mandíbulas. Tales signos de erosión no impedían que la señora portera luciera una cara redonda como una luna, punteada, como la luna, con un relieve más bien accidentado. «Eso lo hace la vida», pensó el joven. Estaba tomando la (peligrosa) costumbre de sacar una conclusión filosófica de cualquier acontecimiento. Los ojos de la anciana se mantenían expresivos. Ojos de pájaro. Se movían sin cesar, recorriendo las dimensiones del joven. «¿A qué piso vas?», le preguntó con desconfianza. Estaban robando en los pisos sin parar. Lo decían los periódicos. «Dime el nombre. No tengo a mano la lista de los inquilinos.» Confesó que no conocía a nadie. Buscaba una habitación. Sí, para alquilarla. Venía de parte del vendedor de ropa. Sí, tenía dinero. Para una o dos noches; luego, ya vería. También buscaba trabajo. «Trabajo…, ¿qué sabes hacer?» «Nada en concreto… Pero trabajé en la mina. Con eso se lo digo todo. Trabajar no me asusta.» «¡Sólo faltaba que te asustara!», concluyó la vieja con una risita de desprecio. Lo hizo pasar a la portería y le ofreció un café. «No alquilo las habitaciones con desayuno, esto es una invitación; me la debes.» Tras estas aclaraciones de circunstancias, la entrevista se desarrolló sin problemas. Doña Ramona era una mujer

gruñona, pero sabía introducir en la conversación alguna palabra cariñosa o contar un chiste verde a altas horas de la noche cuando le hacía efecto el vinillo dulce que se bebía a sorbitos; después, caía en un profundo sueño del que se escapaba una insoportable fanfarria de ronquidos. Le alquiló un cuchitril (llamado habitación) a un precio módico. Daba al patio. Colchón de un cuerpo, hecho trizas; minúscula cómoda, perfecta para la ropita de una muñeca (pero él sólo tenía dos pares de calcetines, tres o cuatro camisetas, dos calzoncillos y una camisa vieja), una percha y un mini camping gas, «para que te prepares el cafecito mañanero», comentó la vieja. El agua corriente estaba fuera: un grifo en la pared. Retrete común. Viejo pero limpio. En otros tiempos, los tres patios del edificio habían visto trabajar a un buen puñado de artesanos; ahora sólo quedaban tres o cuatro. Pero los antiguos olores permanecían, prisioneros de las altas tapias. Sobre todo el del cuero curtido. Peor es la calle, pensó el joven. Informada de los problemas del muchacho, doña Ramona removió Roma con Santiago para buscarle un trabajo fijo; pero sólo encontraba chapuzas, a cuál más precaria. El joven hizo de todo, lo probó todo: limpiaba a domicilio, pintaba, descargaba, hacía recados… Tan pronto iba cargado con una caja de pescado para el restaurante de la esquina como con un precioso ramo de rosas para unas bodas de plata. Pero a final de mes, todo eso no llegaba a un salario mínimamente digno; como mucho, le servía para ir tirando. En cuanto pagaba el cuchitril, se quedaba sin blanca. Y así un mes, dos meses… El verano se acercaba. La gente se iba de vacaciones, la clientela del pequeño comercio disminuía, las chapuzas eran cada vez menos frecuentes. Doña Ramona no le encontraba nada. Él salía por la mañana, recorría la ciudad de punta a punta en busca de un trabajo inencontrable o inexistente. Regresaba de noche, hecho polvo. Doña Ramona era siempre amable con él. Nunca dejó de cocinar. Sola o acompañada, siempre preparaba —gracias, Señor— la comida nuestra de cada día, como a ella le gustaba decir. Le guardaba un cuenco. Él sólo tenía que calentarlo cuando regresaba. Menudillos de pollo, un trozo de carne, macarrones, verdura, regalo bienvenido en las noches de aquellos días tristes, desesperantes como un pozo sin fondo. Devoraba con avidez aquellos alimentos que no se había ganado, como un condenado a muerte su última cena. «¡Cómo salir de ésta, Dios mío!», decía con voz ahogada. No había nada para él. En ningún sitio. Un muro. De rechazos, de desprecios. Más difícil de derribar que si fuera de hormigón. Y nada en los periódicos, nada en las oficinas de empleo donde a cientos de personas les pagan para decirte que no hay trabajo. No para ti, en todo caso. Les pagan para que te lo digan fríamente.

¿No era su propia miseria la que daba trabajo a toda esa gente? ¿Qué iban a hacer los funcionarios del eterno «no» en la boca el día en

que esos millones de desgraciados encontraran un empleo vitalicio y no necesitaran mendigar cada mañana como un perro su hueso? Los mandarían al paro a su vez. Desesperados, humillados como él. Sintiéndose inútiles, un estorbo. Un excedente de ser humano, invendible, ni siquiera al infraprecio del trabajo en negro… El joven se encerraba en su cuchitril y lloraba. Sentía vergüenza de sí mismo, de ese mundo despiadado en el que tenía la mala suerte de vivir, que lo encerraba en un círculo irrompible, un círculo de acero, o de odio, un anillo de boa constrictor que lo ahogaba. Se tenía que haber dado cabezazos contra la pared. Pero sólo lloraba. A lágrima viva. Una mueca de niño perdido le deformaba su rostro de hombre. ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Qué iba a ser de él cuando la portera lo echara a la calle? Llevaba varios días sin pagarle. En cualquier momento podía denunciarlo… Doña Ramona no emprendió ese tipo de acciones. Ella no era esa clase de persona. Tan sólo le dijo: «Muchacho, no te queda otra que arrodillarte ante la gente para pedir limosna. Muchos lo hacen. A eso lo llaman táctica de la mano tendida. A grandes males, grandes remedios… No me gusta verte así, pareces un perro apaleado. No todo está perdido. Te voy a encargar un cartel, conozco a uno que los hace. No digas nada, ya me pagarás cuando sea. Venga, va, cómete esa sopa… Dentro de un par de años nos reiremos de todo esto, ya lo verás. La vida da muchas vueltas. Cada vez menos, pero cambia. Y cambia para todo el mundo. ¿Por qué no iba a cambiar la tuya, tan guapo y tan fuerte, y más bueno que el pan? Aún debe de existir en alguna parte una justicia en la que creer… No, no sé cuál, ya no confío ni en la de Dios ni en la de los hombres. Otra justicia, aunque de momento no sepamos cómo se llama ni de dónde viene». Ese día se convirtió en un arrodillado.

Doña Ramona conocía la capital como la palma de su mano, y le aconsejó dónde debía colocarse. Paseo de Recoletos. Una gran avenida con cafeterías y terrazas en las aceras. Sin tiendas. «Es mejor», dijo la anciana; «los tenderos odian a los mendigos». La abundancia de árboles y fuentes, la belleza de palacios y casas solariegas, el espectáculo de la calle atraen por la tarde a un buen número de viandantes dispuestos a llevarse la mano al bolsillo y dar una moneda a los pobres. «Hay que llegar al corazón del personal cuando las cosas les van bien, cuando están a gusto», le aconsejó doña Ramona, que conocía la vida y a la gente como si los hubiera parido. «No molestar a quienes están trabajando. Y no pedir nunca en la puerta de un banco», insistió. «El dinero culpabiliza incluso a quienes pasan por ventanilla para pagar un recibo. He conocido a tantos tíos arrodillados delante de un banco con los brazos en cruz y la imagen de Cristo por abogado, bien colocada a la vista de todos sobre el cartel… Pues nunca

consiguieron sacarles un céntimo a los clientes apresurados, malhumorados, que frecuentan esos templos de Creso. No, muchacho, tú vas a ir al Paseo de Recoletos, eliges un árbol bien hermoso y te pones debajo, con el cartel bien a la vista. Sería mejor que estuvieras de rodillas, pero eso… depende de ti. Si esa postura te deprime, déjalo, yo no soy quién para insistir. Pero que sepas que la gente sólo hace un esfuerzo cuando la miseria salta a la vista, cuando es escandalosa. La decisión es tuya. De rodillas, quizás puedas sacar algún dinero; sentado o de pie, dudo mucho que te llegue para pagarme la habitación. Hay demasiados mendigos; la gente se acostumbra a verlos… Ya pasan prácticamente desapercibidos. Así que tienes que llamar la atención.»

El joven comprendió esos argumentos desde los primeros días de su calvario. Humildemente sentado junto a su cartel, sólo vio caer calderilla sin valor alguno; lo justo para comprarse un bocadillo y tomarse una cerveza. No le llegaba para el alquiler. Decidió darle a doña Ramona ese dinero y no comer ni beber nada durante el día. Se sentía débil, arrastraba los pies, como aquella mañana en que vendió sangre en una ambulancia de la cruz roja. Era demasiado alto, demasiado fuerte para que lo llevaran las piernas. La gente menuda soporta mejor el hambre, pensaba. Fermín, por ejemplo, o María. Estaban preparados para sobrevivir en un mundo de privaciones. Pero… ¿estaba delirando o qué? Fermín estaba muerto; y María, tan lejos… En esa puta acera sólo estaban él y su desgracia. El día que se puso de rodillas fue horrible: como si le hubieran amputado las piernas, como si lo hubieran privado de horizonte. Él, que desde lo alto de su estatura veía a los demás a vista de pájaro, descendió de golpe a ras de suelo, más abajo que los arbustos, situado de pronto al mismo nivel que el suelo humillado, pisoteado, recorrido por las ratas, esparcido de mierdas de perro y cagadas de paloma. Se sentía disminuido como un animal de cuatro patas, el equivalente del papel grasiento, del césped requemado por los orines humanos y animales, enclenque y polvoriento. Abrió los brazos como un Cristo mártir, bajó la mirada, se resignó a la indignidad. Temía no ver nunca más el mundo desde su altura de hombre, no poder andar más que a cuatro patas, o quizás tener que reptar. Sentía que lo habían cortado por la mitad y que habían tirado a la basura una de las dos partes. Durante horas, no vio lo que ocurría a su alrededor. Estaba de rodillas. No tenía derecho a mirar el mundo, pues había caído más bajo que el mundo. Aquella noche, pudo pagar el alquiler de su habitación y comer algo. Entendió que dentro de poco exigirían a los excluidos que se partieran en pedazos para que los demás se dignaran a admitir que la miseria existe, que forma parte de nuestros semejantes… En fin, que había nacido…, pero de rodillas. Otros viven de pie.

Un perro de lujo juega con una pelota de tenis; su amo lo contempla. Bajo el vigoroso cedro, el arrodillado espera, inmóvil. ¿Se ha movido en toda la tarde? Las flores de las acacias, caídas por miles, lo rodean formando un tapiz sobre el que no aparecen huellas de pasos. Nadie ha llegado hasta él. La caridad no funciona en esta parte de la ciudad.

Debe de ser tarde. Los ruidos de la avenida se van atenuando, el escándalo de los cláxones disminuye. Se atreve a levantar la cabeza, mira a su alrededor. Acera desierta. O casi. Es hora de plegar el cartel. Estirar las piernas. Las siente como dormidas después de tantas horas de rodillas. Los cinco minutos siguientes, en los que tiene que aprender de nuevo a vivir en posición vertical, son los más duros del día: se trata de recuperar sus miembros, recomponer su silueta de hombre. De hombre de pie.

Teme las miradas. Teme que lo observen, que lo sorprendan agarrándose al tronco del árbol, con los dedos aferrados al tronco, intentando levantarse únicamente con la fuerza de sus brazos, pues las piernas están anquilosadas, pesadas, con las corvas osificadas. Tan sólo los santos han vivido esa penitencia que los clava en el suelo durante horas. Tiene todo el cuerpo acorchado. Poroso. Hormigueante. Hormigueo loco, activo, que recorre sus músculos en todas direcciones, de las ingles a los dedos de los pies. Si no se hubiera impuesto el silencio como norma de conducta, chillaría por esa tortura. Va a caer muerto ahí, en la acera, y lo enterrarán hecho un ovillo, como a aquel paralítico que murió hace varios años en su pueblo. No consiguieron estirarlo, darle un aspecto humano. Ni tan siquiera el carnicero, que hacía con los animales muertos lo que quería, que era un escultor de carroña, como decía Fermín, lo logró. Tuvieron que construir, para ese pobre tullido, un ataúd a medida, personalizado, dijo Fermín. Un cubo. Y luego, cavar un agujero cuadrado y cortar una lápida en forma de trampilla, con los cuatro lados ¡guales… No, así no puede seguir. Se lo comentará a doña Ramona; seguramente ella, experta en miseria, encontrará una solución.

De noche, en las calles, se padece la ausencia de pájaros. Ni palomas, ni gorriones, ni urracas, ni mirlos. A él le encantan los pájaros. Si fuera rico, se gastaría un dineral para darles de comer. Porque hay que llenarse los bolsillos para satisfacer la bulimia de esos glotones. A menudo, mira los escaparates de las tiendas de grano. Avena, mijo, cáñamo, ¡qué variedad de chucherías! Le encantaría comprar de todo y pasarse las mañanas echándoselo a las avecillas del Retiro. Un día, en la colina colindante al Jardín Botánico, vio una nidada de perdigones que aún no volaban, corriendo como una recua

de crios detrás de su madre. ¡Qué sensación de felicidad! Recuperó de golpe los campos de su niñez, el olor a tomillo, el silbido del viento entre los barrancos. El brillo del sol. La ternura de la sombra. Y la transparencia del aire… Poco a poco se le afianzan las piernas, que, caminando a lo largo de la avenida, lo llevan al centro de la ciudad. Los recuerdos de la niñez le han dejado una sonrisa en los labios, un aspecto de tranquilidad en el semblante. Lástima que nadie pueda ver la dulzura de sus labios resecos por el sol. Ese muchacho vestido pobremente y no demasiado limpio parece un obrero que, una vez acabado el trabajo, se pasea entre los árboles respirando su frescor antes de coger el autobús. Es cierto que lleva bajo el brazo el cartel de mendigo…, pero ¿quién iba a pensar que se ha pasado el día de rodillas ante los demás? Erguido, la cabeza rozando el cielo, los pies en el suelo, ése es el modo natural de estar vivo. El estado normal de un hombre. Imposible imaginar a un tiarrón como él con las piernas dobladas, arrodillado. Ni siquiera ante Dios. Menos aún ante la sociedad.

Y sin embargo…

A pesar de esa amplia sonrisa que flota como un fantasma en su rostro, es un vencido. Y lo sabe. No un héroe vencido de esos que solemos llamar ganador. Un vencido perdedor. Un auténtico vencido. Un parado. Con menos de treinta años, sólo le corresponde un epitafio: «Aquí yace un mortinato. Un pobre cualquiera».

Y sin embargo…

Las calles lo acogen. Como a los demás. Abiertas a todos, Caminos Reales nocturnos incrustados en la ciudad, bajo un cielo perforado de estrellas. Hora sagrada. Acacias y magnolios magnifican sus siluetas; parecen esculturas. Han elegido la noche para echar de menos su bosque original y se consuelan del exilio rodeándose el tronco con plantas trepadoras. Les debe de gustar lo barroco. En su seno vegetal, apacible como un regazo, los pájaros duermen en paz. Una brisa imperceptible arranca algunas hojas, algunas flores, que caen cual ofrendas sobre los cabellos del joven. En esa hora milagrosa, todo parece armonizarse, conjuntarse sin tropiezos. Vigilia y sueño afinan su ritmo; con la precisión de un reloj.

A lo lejos, edificios oficiales, bancos, iglesias… Sus cúpulas coronadas con cuadrigas, hermes alados, colosos y titanes, santos, cruces y campanarios de bronce o de piedra, se alzan, inmóviles, a la conquista del cielo, animadas por esa obsesión por volar que tanto atormenta la aventura humana. Espadas, látigos, laureles, coronas de espinas, signos de poder y opresión, florecen en sus manos y en sus frentes…

El joven se dirige a la Gran Vía, intenta fundirse con los viandantes, gentes de vida oscura que renacen de las cenizas diarias,

fénix quemados a perpetuidad antes de emprender el vuelo. Marginales de toda ralea atestan la avenida, muy concurrida entre medianoche y el alba. Aparecen por todas partes, emanan de rincones oscuros, surgen súbitamente de las callejuelas como ratas gigantes que abandonan la cloaca al olfatear epidemia y podredumbre. No hay paseantes ocasionales, ni noctámbulos indolentes de los que prefieren, a sus lechos sofocantes, el paisaje abierto y fresco de la noche de verano. Sólo se ven marginados. Buscavidas. Listillos. Siervos del gran patrono nocturno: el dinero. Y de la miseria, del vicio. Intentan pasar desapercibidos, caminan a ciegas, despacio, como perdidos. El olor del dinero, del dinero de la noche, despierta de pronto los ojos extraviados. El joven se parece a ellos. No sólo por su suciedad o por su buceo en el océano de las artimañas; se parece a ellos porque se arriesga a caer en un mar de peligros. Si tuviera un alojamiento decente, un horario fijo y un trabajo normal, estaría a salvo, tranquilo como la gente honrada. Pero para vivir hay que desafiar a la vida. No hay tiempo para vigilar el sueño de las aves acuáticas en el río. En ese tramo de la avenida hay joyerías famosas. Tiendas de mármol brillante, de fachadas recargadas, o pompeyanas, resguardadas por fuertes rejas, protegidas por insomnes ojos electrónicos. Vigilancia heredada de la época dictatorial…

Ahora la crisis, como si de la carcoma se tratara, va royendo el yeso de las cariátides y el granito de los atlantes, empaña las vidrieras de los miradores, oxida el hierro forjado, estropea el bronce dorado de los balcones.

Una decadencia galopante. ¿Será la parte emergente de esa ruina total de la que él, el arrodillado, es el último eslabón? Quizás Fermín lo sabría… En las aceras de baldosas decoradas, antaño limpias, se acumula la basura: en cuanto llega la noche, las plantas se mustian, los gatos abandonan las casas en ruinas que la avenida soporta en sus espaldas de ricachona, y hacen su ronda.

El joven vuelve la cabeza, echa un último vistazo a la densa oscuridad del parque, corazón vegetal que se acurruca como el nudo de un tronco en el centro de la ciudad. Un halo de luz lo rodea, impreciso, acentuando su profunda negrura. Ese corazón late, como latía el corazón de la tierra dentro de los pozos. Cora-zón-tram- donde Fermín sucumbió un día de muerte; un accidente cardiaco de la mina; no era el primer asalto mortal que había sufrido esa vieja puta.

Red de San Luis. Un hervidero de gente. Los coches se meten entre la muchedumbre, se le echan a uno encima a grito pelado, como los ángeles malos de la Biblia. Prostitutas, chulos, travestís, viejos maricas al acecho de una bragueta complaciente, polis, guardias urbanos, degenerados de todo tipo, traficantes de maría, heroína y coca; crios del barrio, doce o catorce años, esnifando pegamento, en grupo, para

protegerse o atacar, o para dejarse meter mano detrás de los portones, iniciándose, por dinero, en el sexo y el cuchillo; drogatas, mendigos, africanos subsaharianos y magrebíes eyectando una mezcla de español-francés-portugués colonial; lusitanos silenciosos, latinos, filipinos, gitanos, gitanas sentadas en el suelo, pidiendo limosna con la mano tendida, con dos o tres crios desnudos amontonados en el regazo; viandantes, turistas, colgados con el mono, que se echan a la calle en plena noche buscando con desesperación una dosis: el vacío de esos rostros es más terrorífico que el más allá. Se vende de todo: bocadillos, latas de cerveza, Coca-Cola y Fanta, pipas de girasol y de calabaza, chocolate, palomitas de maíz, almendras y cacahuetes, cigarrillos, abanicos, bisutería, cojines de raso en forma de corazón con un volantito alrededor y una cara de Pierrot pegada en el centro, libros, casetes, muñecas, juguetes mecánicos. Escaparates improvisados, bolsas de plástico atiborradas de mercancía, bolsillos secretos para ocultar la droga, ofertas de sexo o cuadros vivientes «¡como nunca las has visto!», registros policiales, recogida de un herido (borracho con sobredosis), sirena de ambulancia sobre la acera.

El joven lo mira todo. Nadie lo molesta ni intenta venderle sus baratijas: él, como ellos, pertenece a la especie de los vencidos, lo lleva escrito en la frente, sus ojos ávidos no expresan deseo, no emiten señales de anhelo o desasosiego, no persiguen ningún sueño, ni tampoco la muerte. Dos ojos extintos, enlutados bajo unos sufridos párpados abrumados.

La Gran Vía se ha ido llenando de residuos, parece un gigantesco cubo de basura que se desborda: papeles, plásticos, latas chafadas, cáscaras de pipas, trozos de pan, envoltorios de productos comestibles, bebibles, fumables; impresos publicitarios de «compro oro», «hable inglés en tres semanas», «habitaciones por noche»; mierdas de perro, palomas destripadas que el calor ha transformado en carroña. Hojas y ramas de plantas, jeringas sobre el enrejado de las alcantarillas… Un equipo de limpieza municipal está trabajando: botas marrones de goma, mono naranja, mangueras. Los camiones de la basura desfilan despacio haciendo un ruido de mil demonios; calzada y aceras inundadas por los chorros de agua, crecida urbana que acaba con los restos del banquete. Alcantarillas obstruidas, chapoteo pestilente. Pero que no cunda el pánico, la catástrofe sólo dura un instante: con cuatro escobazos la avenida queda impecable. El joven mira atentamente el proceso; le gustaría hacer ese trabajo. Es sucio, sí, pero también noble. Bueno para la ciudad. De toda aquella basura sólo queda un montoncito de cristales rotos: la ventanilla de un coche, víctima de accidente o robo. Pequeña colina de arenilla vitrificada que brilla con todos sus matices verdosos bajo la luz de las farolas…

Limpia, flamante, la Gran Vía parece ahora menos deteriorada. El

joven recuerda su arrogancia de arteria principal cuando de pequeño la veía en los documentales. Cortaba el centro de la ciudad como una cuchillada. Todos se quedaban boquiabiertos al verla en la pantalla. Hermosos cafés, tiendas de lujo, iglesias, restaurantes. Siempre llena de gente. Mármol, hierro forjado, granito tallado en columnas y frontispicios; bronce y acero, trabajados como el oro fino, adornaban las fachadas de los bancos cuya entrada guardaban conserjes y policías. Los escaparates brillaban como hogueras, como si aquellas casas se adornaran con joyas fantásticas. Fermín, gracias a los libros, sabía decirlo con hermosas palabras. Ambos estaban alucinados. ¡Y qué gente, Señor! Lujo y abundancia. Elegancia y dinero. Señores encorbatados. Traje, impermeable, portafolios de piel fina. Bajaban de coches impresionantes, como el del director general de la compañía minera. Caballeros muy bien afeitados que no se parecían en nada a los tíos negruzcos que subían de la mina. Piel blanca, uñas relucientes. Tan cuidadas como las de las putas. Estaba claro que esos caballeros se mantenían, durante toda su vida, lejos del carbón. Los mineros también nacían con la piel blanca. Como cualquier humano. Pero esa blancura mítica sólo permanecía durante la primera infancia; después, ennegrecían: la hulla invadía la piel, los pliegues del cuerpo, esos rincones y recovecos a los que la higiene no consigue llegar. ¡Ni siquiera los domingos, después de frotarse durante una hora!

El joven se había humillado ante sus semejantes durante todo el día, pero ahora los miraba con atención. De rodillas, no te puedes permitir levantar la vista, y menos aún la voz. Pero en cuanto dejas de tender la mano hacia la caridad pública, los ojos vuelven a ser ojos; la mirada, mirada…, aunque el hombre a quien pertenecen no vuelva a ser el hombre que fue.

Bajo la luz lívida, los aborígenes de la noche hacen sus negocios: desde el trato del traficante hasta el hurto del ratero. Los hay de todo tipo. Y para todas las necesidades. Un chico pálido, sucio, de silueta imprecisa, se saca dinero del bolsillo y paga una dosis. El camello se encarga de todo, sin tomar precauciones: aquí, el que viene no lo hace para cantar en un coro; prepara la jeringa, pincha al pobrecillo. Y ahí se quedan, apoyados contra la reja de una boca de metro, sin mirar a su alrededor para ver si la policía, unos metros más allá, se ha percatado del trajín. Qué importa la policía; en este juego de destrucción, cada uno se sabe su papel de memoria y lo interpreta en consecuencia. Camello y drogata se separan. El primero sigue su camino: su olfato para el dinero lo lleva inexorablemente hacia la miseria; el segundo se acuclilla en el tranco de una puerta; horas después, un transeúnte lo encontrará muerto o agonizante. La prensa le dedicará unas palabras al final de una página: «Dieciocho años, sin domicilio y sin trabajo, se llamaba…». Dos iniciales por toda

identidad. A menudo, la fosa común.

Por un momento, el joven se siente feliz: ha escapado de la droga. Lo que está padeciendo es quizás peor: te encoge la mente, te aniquila, te hace invisible a los demás, pero no te convierte en esclavo de los carroñeros. Victoria pírrica… A pesar de todo, sonríe. De pie junto a un escaparate, una puta centenaria capta esa sonrisa al vuelo; aprovecha para proponerle al guapo mozo una mamada a precio de saldo. «Casi un regalo, muñeco.» Ha salido para el pipí y la caca de su perro, un chucho muy viejo, más muerto que vivo, y no quisiera darse el paseo en balde. La dentadura postiza se le mueve al hablar. El joven se imagina el pene entre esa prótesis en forma de cepo. Un sudor frío le resbala por la nuca. Sin un gesto de rechazo, le vuelve la espalda y prosigue su paseo nocturno. La vieja puta se encoge de hombros. Mala suerte. De aquí al amanecer, la miseria, su cómplice, le dará sin duda la oportunidad de hacer tres o cuatro trabajiIlos. Para no volver a casa con las manos vacías. Las inyecciones para su querido perro le cuestan un dineral. No quiere que se vaya antes que ella… Un cigarro. Su tenaz mirada de vigía recuerda a la de esos peces que se camuflan en las profundidades abisales al acecho de una presa. Tose, se aclara la garganta, escupe. Su perro-espectro lame el esputo.

El joven prosigue su camino. La noche es como una placenta que lo envuelve sin dañar. La noche, contrariamente al día, no es su enemiga. Noctámbulos y marginados son diferentes de quienes viven y actúan a la luz del día. Él, el excluido, se siente a gusto en la oscuridad. Es cierto que un despojo como la vieja puta lo obliga a agachar la mirada, a desear que se lo trague la tierra; pero la conciencia de su triste condición sólo dura un instante; levanta la cabeza y la curiosidad vuelve a sus pupilas. Más fuerte que la miseria, más vivaz que su exilio forzado del mundo de los vivos o de los activos. ¿Será ésa la única forma de existencia que le queda?

Los viandantes disminuyen. Los ruidos se atenúan. También la luz. Las farolas se van espaciando, a cada paso surgen recovecos oscuros, rincones sospechosos. Conforme va desapareciendo la multitud de vampiros, obreros de lo sórdido, la Gran Vía se vuelve hostil, inamistosa.

La noche se reviste de soledad. Policía nacional y cazamarginados redoblan sus rondas punitivas.

El joven acelera el paso. No quiere atraer a los malos espíritus con su indolencia de paseante. Pero las aceras no están vacías. Aún quedan algunos estrafalarios. Apoyados contra la imponente reja del Banco Central, cual atlantes de sexo indescifrable, dos travestís en minifalda apuntalan con sus fornidos hombros la mole granítica del edificio. Al verlos, siente como un leve escalofrío. ¿Miedo? ¿Deseo? ¿Ambos a la vez? Un coche se detiene. Señales (lacónicas) que expresan los gustos

y pretensiones del cliente, o el tipo de trabajo propuesto y su precio. No hay acuerdo. La propuesta del conductor no parece interesarles. Un noctámbulo sin blanca, entre vicioso y cachondo. Los dos latinos disfrazados de valquirias rubiascas se palpan la entrepierna con ostentación y gratifican al impostor con un corte de mangas. No necesitan hablar. Retoman su pose, se abren bien el escote, como la puerta de una iglesia, y se recolocan con arte las voluminosas tetas de silicona… Más allá, una mendiga seca como un palo, que a pesar del calor estival lleva abrigo y bufanda, se refugia en el portal de un convento con todo su equipaje de dama de la nada: bolsas de plástico atiborradas con los oropeles de la miseria. En sus brazos, al calor de la ternura de la pordiosera, maúlla un gatito, bebé pútrido, con la piel llena de calvas. Bajo las columnas barrocas, vieja enclenque y gatillo raquítico hacen una pausa antes de reunirse con el montón de fiambres que se acumulan en las fosas comunes, en las cloacas para gatos muertos: un letargo lleno de piojos, pulgas, calambres, subidas de fiebre, antecámara obligada del gran sueño, ese que llaman *eterno*, incluso cuando les llega a los desgraciados.

El joven toma la calle San Bernardo y llega a la plaza de Santo Domingo. En esa zona, considerada el más alto nivel de la cristiandad, están afincados Dios, la Virgen y su Niño, santos, beatos, enmilagradas, mártires y toda la corte celestial. Quienes no tenían medios para abrirse una tienda (catedral, iglesia, escuela religiosa o convento) consiguieron su pequeño callejón, su plazuela, su calle, su oratorio (lleno de exvotos) dedicados al Santo Niño del Remedio, al Cristo del Gran Poder, a la Santísima Trinidad o al Espíritu Santo. ¿Cómo ser agnóstico en una ciudad cuyo mapa parece una colonia del cielo?

Aligera el paso y camina hacia el Rastro. El deterioro es cada vez más penoso, más cruel. Gatos callejeros, perros perdidos, ratas y palomas muertas. Varios puestos vacíos esperan a los vendedores mañaneros. Hedor a orines, a aguas fecales. En un banco, una pareja de adolescentes cogidos de la mano: rostros demacrados, pelo grasiento y brazos escuálidos. Están adormilados. El joven los observa con el rabillo del ojo. De nuevo, el presentimiento de que mañana habrán muerto. La droga. Imagen conocida. Ya en el pueblo, la heroína hacía estragos. ¿Cómo llegó hasta allí esa guarrería? ¡Vete a saber! Un pueblo minero como tantos otros, replegado sobre sí mismo, pero con un paro y una mortalidad muy altos. ¿Qué cabrón introdujo aquella mierda? La gentuza de las discotecas, donde los porros circulaban con más naturalidad que los cigarrillos… María, Fermín, él y quizás dos o tres más, se mantuvieron al margen de esa calamidad. ¿Gracias a las lecturas de Fermín o a la ternura de María? ¿O fue por el niño que estaba en camino y en el que tenían que pensar por

encima de todo? Probaron la hierba, el hachís, pero nunca fueron más lejos. Se sentían fuertes, inmunizados contra el mal. No fue la droga lo que pudo con ellos. En el caso de Fermín fue la mina, que también mata. En su propio caso fue el paro, que no mata de golpe, pero degrada, obligándote a doblar las rodillas en plena juventud, cuando deberías estar dispuesto a conquistar el mundo. El joven sabe que, para él, el mundo está irremediablemente perdido: no tendrá una segunda oportunidad.

De improviso, como en un sobresalto, la negrura de la noche se hace más densa. La aurora se acerca, pronto arropará a la ciudad; árboles y monumentos se adornarán con un aura de claridad, como los enmilagrados. Las señales precursoras del despertar se atropellan: los vendedores ambulantes montan sus puestos bajo el resplandor de las farolas, un bebé lloriquea reclamando a su madre la primera toma del día, un perro ladra, un gallo se aclara la garganta; las campanas no tardarán en sonar… El joven toma una calle, luego un callejón sin salida y entra en un edificio viejo, mohoso, agrietado, desconchado como un huevo duro manoseado por un niño. La casa parece en ruinas. Pero sigue viva, colmena en libertad condicional. Algunas ventanas iluminadas, luciérnagas posadas sobre la oscura fachada, dan fe de ello. La ropa tendida en los balcones también habla del calor de la vida.

En el último recodo, tras cruzar dos patios, el joven entra en su cuchitril. Un agujero. Pero el grifo funciona. Mantener un mínimo de higiene no plantea problemas, al menos en verano; en invierno será más duro.

El jergón lo espera. No es un lecho real, como se dice ahora, en estos tiempos de monarquía, sino un camastro leproso, acribillado por mil quemaduras de cigarro. Más de uno ha debido de dormir sobre él. Forma parte del armonioso conjunto de podredumbre que doña Ramona llama una habitación amueblada. Pero cobra poco. Y la mujer lo aprecia; todos los días le guarda un cuenco de comida. Se lo deja en la hornilla de gas. Él lo calienta nada más descalzarse. Con la sonrisa en los labios. Las tripas le hacen gluglú. No se irá a la cama con el estómago vacío.

El descanso se anuncia como una estancia en el infierno. Doña Ramona pone a disposición del inquilino una manta militar más pinchuda que un higo chumbo, pero no hay sábanas. La buena señora dice que en el fondo de un patio en el que nunca da el sol, en un ambiente tan cerrado, con la peste que emanan los contenedores de basura, lo importante es protegerse de la humedad y no del calor. Y concluye: «¡Las mantas son útiles, muchacho; las sábanas, superfluas!». Él se asa de calor. Pero no dice ni pío. Le responde a la anciana que tiene razón. ¡Más razón que un santo! Pero en cuanto ella se marcha,

se pone a sudar como un pollo.

Se quita la ropa y la dobla concienzudamente. Los vaqueros están desgastados, agujereados, deshilachados… como los de un muchacho moderno. Pero él, si lleva la ropa hecha polvo, aunque limpia, es simplemente porque no tiene otro modo de preservar su dignidad, de evitar que su deterioro ofenda la memoria de los que ama… Fermín… María…

Los evoca. Ambos llegan, atropellándose, multiplicando su presencia: María ostenta la cara de Fermín, Fermín exhibe los pechos de María. Ambos lo ciñen, lo penetran, se introducen en su sangre, se pierden en su memoria. Pero ¿por qué se le nubla de ese modo el entendimiento? ¿No ve que una pertenece al olvido y el otro a la muerte?

Está desnudo. Rostro, cuello, nuca, antebrazos y manos, morenos; el resto del cuerpo, blanco. Cuerpo potente. Un conjunto de músculos masculinos trabajados por el esfuerzo, suavizados por la juventud, ennoblecidos por la soledad. ¿Cómo relacionar este suave cuerpo que se acaricia con el otro, envilecido por la desgracia, reducido a la humillante postura de arrodillado? Su cuerpo está hecho de vibraciones, de ternura y esperanza. Se acaricia sin prisas, con suavidad, se estremece, se despierta, se ofrece a la voluptuosidad, a los sueños. Se abre como una ventana, recibe el soplo del deseo. Se crispa, se convierte en algo totalmente imaginario: carne de lo imaginario, envoltura sedosa que incuba lo imaginario. El bajo vientre de María se desliza sobre ese cuerpo abierto de par en par, ocupa el lugar de las nalgas de Fermín, las dos formas se confunden en una boca húmeda que su lengua taladra, perforación vertiginosa, boca única de la que bebe, que le chupa los pezones y el glande, boca común que ríe de júbilo, gime con loca impaciencia, ruge de dolor y de placer llamándolo por su nombre, ¡por su nombre, por su nombre, por su nombre, Dios mío! ¿Y cuál era su nombre? Siente que se excita, se esparce, se disuelve, fluye, naufraga, sube al cielo, baja al infierno. Se siente desmembrado, pulverizado, pisoteado. Ya no le queda nadie que pronuncie su nombre, pues Fermín y María no están con él, una en el olvido, el otro en la muerte. Se hunde. Caída infinita. Se vacía, se sigue vaciando, su sexo es un puro chorro de esperma. Una imagen se mantiene en su mente. Fermín, amasijo de carne sacado de los escombros, parece decirle: «¡No me olvides, no me olvides!».

El joven llora sin parar. Abraza sobre su pecho el fantasma del amante. Se duerme.

El cielo está tormentoso. Los clientes abandonan las terrazas. El Paseo de Recoletos se queda casi desierto… A él le gustan las tormentas.

A María le daban miedo; a él no, ni a Fermín.

En el profundo valle rodeado de montañas donde se ubica la cuenca minera, la tormenta se anunciaba con fuerza y poderío, como los bandidos o los monarcas; iba precedida de unos nubarrones lúgubres y de un cielo rojo sangre; desencadenaba un viento helado, raudo como un coche de carreras, interpretaba su partitura para rayos y truenos, escupía goterones dispersos y eructaba bocanadas de calor, húmedas y pesadas como las mantas de doña Ramona.

En cuanto tronaba la primera descarga, María se encerraba en casa, o en el corral, asediada por el terror de las cerdas y de las gallinas del capataz.

A Fermín y a él, por el contrario, les encantaba desafiar la violencia de la tormenta. Se subían a los cerros para verla acercarse y luego estallar como la ira divina. Un golpe súbito, violento, terrible. El rayo cegaba, el trueno ensordecía. Pero esa furia primaria no iba dirigida contra ellos: era el modo en que el universo mostraba su nerviosismo. O su estado de salud. Eso aseguraba Fermín; a él, sin embargo, nunca se le habría ocurrido comparar un cielo tormentoso con el cuerpo humano. Pero Fermín insistía: «La vida es una corriente inagotable de energía secreta que circula por todas partes; de nosotros al infinito, de lo conocido a lo desconocido, y viceversa…». Era inútil discutir con él, más valía creerlo. «Sí, sí, tienes razón; el cosmos, como dices, será eso.» María farfullaba: «¡Chorradas!». El suegro aseguraba que aquel chico tenía una «cabeza de erudito». Debía de ser algo muy importante un *erudito* para que el capataz se atreviera a decir en público semejante palabro. Él, por su parte, se sentía orgulloso, muy orgulloso, de *su* Fermín. Y aprovechaba cualquier ocasión para estrecharlo contra su pecho hasta casi aplastarlo. Fermín sucumbía a su abrazo, se rendía a él. Pero nunca a plena luz del día. No. Siempre en la mayor oscuridad posible. Tenía que lamerle la cara para adivinar sus rasgos, palparlo para intuir la tonalidad de su piel. ¡Qué chico tan complicado! A pesar de ello, a Fermín le encantaba esa relación secreta, esa pasión que los unía. Muchas noches, era el chico quien se lo llevaba de paseo. «¡Nos vamos a dar una vuelta!», le decía a su madre para justificar sus largas ausencias. Lo mismo le decía él a María o al suegro; antes y después de la boda. Regresaban, satisfechos, cada uno a su casa, liberados de su exceso de simiente.

Aquellos paseos se repetían con asiduidad durante el embarazo de María. La chica ya no quería recibirlo dentro de ella, parapetándose, como tras un muro infranqueable, en su lasitud de mujer encinta. Eso le servía de pretexto para irse con Fermín sin imponerle silencio a su conciencia. Le pasaba al amigo un brazo por los hombros y se encaminaban al cañaveral; no se separaba de él hasta que lo oía gemir y reír. En los tiernos descansos subsiguientes, Fermín le contaba las mil cosas aprendidas en los libros. Cosas misteriosas que él escuchaba

como el mensaje de un ángel.

Fermín será siempre su mejor recuerdo. La única persona que podrá ayudarlo a superar los golpes de la vida.

La tormenta manifiesta menos virulencia que en la montaña. Aquí, el cielo está lejos; los árboles, domesticados; la gente no exterioriza su terror como hacen los animales. Allá, el trueno provoca una alocada carrera de cabras y cabritillos; trinos y plumas desaparecen de los aires; las patas y antenas de los insectos se inmovilizan, tiesas como ramitas; la tierra palidece de miedo. Aquí, la gente abre los paraguas, se pone un periódico o un jersey sobre la cabeza… Pero la vida sigue su curso. El rayo, refulgente, cae sobre las torres del Palacio de Telecomunicaciones, sobre el reloj tallado del Banco de España, desgarra el cielo como si unos delincuentes se disputaran un valioso brocado, arremolina el aire caliente como un resuello; a su paso, bailan como posesas las hojas de las acacias. Antes de que a nadie le dé tiempo de protegerse bajo un alero, la tromba de agua cae sobre la calzada, aplasta el polvo y el césped, anega jardines y estanques, sumerge el pavimento, atasca las alcantarillas, inunda los paseos, transforma la calle en un río en crecida donde la gente pierde sus zapatos. Bocas de metro, pasos subterráneos, túneles urbanos retumban como torrentes, su estruendo se suma al tumulto de la tormenta. Miles de cláxones pitan, enloquecidos. Los cortes de corriente eléctrica sumen en la oscuridad edificios públicos y escaparates. La gente toma por asalto los cafés, que la luz de las velas convierte en lugares románticos. Bajo el gran cedro, calado hasta los huesos, un perro mira fijamente delante de él, sin entender lo que ocurre; no se atreve a avanzar ni a retroceder. Un crío grita. En el convento colindante al Ministerio de Defensa, las monjas entonan una oración, el trueno les responde con hostilidad. Dios y la naturaleza se enfrentan.

El arrodillado intenta proteger su cartel. Demasiado tarde: gruesos goterones se aplastan sobre las letras, desbaratándolas en unos segundos; sólo quedan unas manchas parduzcas diluidas por la lluvia. Sin embargo, aprieta el cartón contra su pecho como si quisiera preservar del desastre su herramienta de trabajo. O de subsistencia. Su trabajo es la mendicidad. El único que le ha ofrecido la sociedad. Y tampoco tiene derecho a realizarlo a diario, pues la policía se encarga de ponérselo cada vez más difícil, cada vez más penoso.

Abandona la protección del cedro y se lanza bajo la tormenta. El turbión le azota la espalda. No se le ocurre buscar refugio contra la barbarie líquida, piensa únicamente en preservar el mítico cartel. Porque lo necesita, le evita la vergüenza de la súplica oral. Quisiera salvar de la muerte esas preciosas letras «de imprenta», como dice orgullosa doña Ramona. Están escritas con tinta china y le costaron un

dineral. La anciana no consintió que le pusieran una cruz en el encabezamiento; no quería que el cartel pareciera una esquela mortuoria. «Ese joven aún no ha muerto», explicó doña Ramona al calígrafo; «es un necesitado; muy necesitado, en verdad, pero no tanto como para irse al otro mundo». El artista le propuso entonces una guirnalda con flores campestres («que le da un toque de humildad») o una greca clásica («que le da un toque de sobriedad»). Doña Ramona, muy cabreada, alzó la voz: «¡Ojo, que te veo venir! ¡Tú lo que quieres es que salga lo más caro posible! Pues va a ser que no, muchacho, olvídate de las apariencias, a la gente le da igual que parezca bonito o sobrio: ¡la gente lo que quiere es *leer la miseria*, no admirar una obra de arte!». La vieja aprovechó la reprimenda para sacarle un diez por ciento de descuento. «Eso que te ahorrarás cuando tu sufrimiento empiece a dar sus frutos y me puedas devolver el dinero.» Así que su letrero lo es todo para él. Por la noche, lo mete debajo del colchón por si alguien pretendiera robárselo: le podría servir a muchos. ¡Cuántos hay, lejos de su casa, sin trabajo, que han abandonado a su familia, sin recursos! Basta con darse una vuelta por plazas, bulevares, atrios de las iglesias, comedores sociales, estaciones, pasillos y vagones del metro…, los mendigos proliferan. En este país hay más mendigos que asalariados. Es cierto que los pobres han sido siempre más numerosos que los ricos, pero los pordioseros, las mujeres embarazadas cargadas con un montón de mocosos (a veces alquilados a otras madres), los crios que van de un lado a otro con sus abuelos harapientos, como viejos animales que llevan al matadero… Sí, cualquiera de ellos estaría encantado de apropiarse de su cartel. Se lo cuelgan del cuello y, en un pispás, cambian de historia y de leyenda. ¿A quién le interesa oír la verdad de esa multitud de marginados? A nadie. Pondría la mano en el fuego. Desprenderse de una moneda, vale; pero cargar con una verdad que perturba la conciencia, de ninguna manera.

Se levanta viento. Ráfagas cortas y repentinas, como latigazos propinados por un gigante, alternan con remolinos de agua. Asaltado por todas partes, protege el cartel bajo los faldones de la camisa; pero la camisa también está chorreando… Camina contra la tormenta enfurecida, el cielo se rasga sobre su cabeza: el rayo, en plena faena. El pavimento vibra, sacudido por el trueno; los coches salpican barro. El joven está enlodado y pegajoso, con el pelo mugriento. No ve el bordillo de la acera; se hunde en los charcos de agua turbia, sale de ellos a cuatro patas, se orienta, confiando su salvación a la mortecina luz de las farolas aún encendidas, ya no quedan muchas; se golpea contra ramas de árboles y cables de electricidad que van cayendo por doquier; las ruedas de un coche se enredan en uno de los cables: crepitaciones, chispas, siniestros fuegos artificiales, quizás mortales, piensa, ¡qué peligro! Tiene las deportivas destrozadas; pierde una al

pisar una alcantarilla convertida en torrente; imposible recuperarla, caminará descalzo. De todas formas, hay tanta agua que, más que andar, parece que va nadando; todo es líquido, un manto de agua le cae por la nuca, el cuello, el pecho, el vientre, el bajo vientre. Y por el pene, como un inagotable chorro de orina. Rayos y truenos lo sobresaltan, pero no logran detenerlo. Luego, piensa en el dinero. Se lleva la mano al bolsillo. Ahí está, no lo ha perdido.

La ciudad, abandonada en cuerpo y alma a la tormenta, enloquece como esos personajes que se entregan al diablo atados de pies y manos. Está fuera de control, gruñe como una perra allá donde normalmente otorgaba refugio: bocas de metro, atrios de iglesias, entradas de garajes, marquesinas de autobuses, cabinas telefónicas. Todo son torrentes, trombas de agua, puertas o ventanas golpeando contra las paredes.

Camina con esfuerzo, se arrastra, fustigado, abofeteado por los elementos; lluvia, viento y frío se ensañan con él. El estruendo le invade la cabeza; la tormenta despierta ruidos metálicos, golpes secos que acompasan la explosión de los truenos. Camina como puede. Se agarra: árbol, reja, farola, que lo repelen. Todo está como electrificado, resbaladizo, helado. Todo es hostil. Teme no poder llegar a la casa, a su cuchitril, a su cama. Nunca le gustaron, pero ahora le parecen tan acogedores como un hogar de cuento de hadas que le brindara paz, buena comida, silencio, sueño. Descanso. Un espejismo en el que doña Ramona sonríe con ternura, como si no fuera vieja ni desabrida… Pero ¿por qué ha tenido que irse a vivir al quinto pino? Muy simple, porque en aquel barrio se hacina la gente sin origen, sin hogar, que se llaman por sus motes y no por sus nombres. El joven ni siquiera está seguro de que doña Ramona se llame Ramona. ¿Será una falsa identidad? ¿Una trampa? ¿Será una confidente de la policía? Porque, claro, para hacer tabla rasa de la miseria, se delimitan unos barrios concretos, que administran personas sin escrúpulos; las autoridades tienen así el ojo puesto en lo que puede ser sospechoso, raro, marginal, germen de cárcel o de agitación. Y cuando les parece, mandan a la policía: granadas lacrimógenas, arsenal antidisturbios; o sueltan los buldóceres. Todos pillados en la trampa. Como animales dañinos. Un trabajo trivial para la administración, una fumigación en regla…, y no queda ni rastro de los pordioseros. Esos indecorosos pordioseros que ni siquiera saben valerse de un nombre decente, como la gente de orden…

Ya no sabe si camina o si vaga como un fantasma. La tormenta, en plena forma, le planta cara como para darle a entender que la naturaleza sigue siendo la naturaleza, que tiene sus leyes y nunca se deja llevar por la compasión: o la palma o se salva.

Un trueno, tambor apocalíptico, lo empuja hacia adelante en plena

crisis de pánico. Echa a correr hasta llegar a su casa. El cuchitril se ha inundado. Todo está chorreando. ¡Maldito tugurio! El agua entra por las grietas del techo, se cuela por debajo de la puerta y lo ha mojado todo: el otro par de zapatillas, la camisa blanca, los vaqueros, el jersey azul, la cama. La manta está empapada. Pero no tiene fuerzas para llamar a doña Ramona. Se deja caer en el jergón como una piedra en un charco, se sume en un sueño sin fondo, pozo de cansancio y fiebre del que saldrá al día siguiente temblando como una hoja, aquejado de bronco-neumonía. Doña Ramona lo encontró sin voz al ir a sacar los cubos de basura; estaba ardiendo, con los labios hinchados y resecos. «Entre la vida y la muerte», decía a quien le preguntaba.

La buena mujer llamó a una ambulancia, que se lo llevó al hospital.

¡Qué suerte, esta enfermedad inesperada! ¡Ni caída del cielo! No te sientes bien, es verdad, como si te hubieran dado una paliza, pero qué tranquilidad. La enfermedad te exime de toda responsabilidad, te pone en manos del personal sanitario, te libera de ti mismo. Son los demás quienes se ocupan de ti: de la comida al pipí, pasando por las inyecciones y las pastillas. Eres un cuerpo enfermo que no se pertenece a sí mismo, sino al hospital. El espíritu se adormece, se establece una tregua: se acabaron las preguntas y las exigencias. El joven firmaría gustoso un contrato para una larga estancia en el hospital. Protegido de los peligros callejeros. No le importa sufrir un poco mientras pueda pagar con aquellos dolores de pecho los cuidados que le dispensan.

La certeza de no tener que tender la mano para pedir limosna merece algún sacrificio. Resulta tan agradable esconderlas debajo de las sábanas, utilizarlas sólo para acariciarse el cuerpo o medir la potencia de su sexo. Aunque su sexo también se resiente de la enfermedad, pero menos que el resto de su persona. Dibuja a su lado la silueta de María, se imagina pegado a las nalgas de Fermín. Nunca se acostó con él. Lo que se dice acostarse. O sea, en una cama: juntos en una cama. Salvo aquel día, cuando fueron al burdel. También se inventa el cuerpecito de su hijo dormido sobre su vientre. Hacía mucho tiempo que sus manos no tenían la oportunidad de expresarse, de recrear los fantasmas que esboza su mente, de dejarse inmovilizar poco a poco por el sueño sin conservar la crispación de la súplica. Sus manos vuelven a ser las de un joven cualquiera. Se relajan. Descansan.

Mira las idas y venidas de los médicos, de las enfermeras, de los enfermos con permiso para levantarse, de los visitantes. Los internos consultan los gráficos, las enfermeras retiran las botellas llenas de orines amarillentos o empujan los carritos de medicinas e instrumental. O arreglan las flores en un jarrón. Jarrones de cerámica o de plástico, flores modestas, compradas al florista instalado en la entrada del hospital como los que hay en la entrada de los cementerios. La jefa de enfermeras es una mujer de mediana edad. Moño impecable. Parece un personaje de telenovela. Da la impresión de que nunca ha sonreído. Sus labios armonizan con la aridez de su mentón masculino. Mentón de militar, de policía, de capataz. Imagen de autoridad y de autoritarismo.

El joven encamado intenta analizar esa boca femenina. Lo hace en lugar de Fermín, el ausente. Ignora si la mujer tiene marido e hijos. La observa, empezando por la boca. ¿Alguna vez habrá besado otra boca,

una frente, una mejilla con pasión, ternura, fervor? ¿Se habrá humedecido con el contacto de otra carne diferente a la suya, contacto que la habría conmocionado e incitado a segregar sus jugos íntimos? ¿Se habrá pegado al pecho de un hombre, recorriéndolo de arriba abajo, llegando al vientre, surcándolo entre gemidos hasta el bajo vientre, abriéndose ante la proximidad del fruto, palpando su turgencia, su palpitante expectativa, quemándose piel y labios en esa llama carnal? ¿Habrá pronunciado esa boca palabras que una memoria masculina quisiera mantener ocultas como palabras de Evangelio? ¿El llanto la ha deformado hasta ablandar la firmeza del rictus, ese rictus que la jefa de enfermeras pasea de sala en sala, cual capitán empuñando un estandarte guerrero, la crueldad de la espada, la orden marcial que lleva a la muerte? ¿La carita de un niño se ha llenado de alegría al verla, ha recibido de esa boca alguna mueca de complicidad?

¿Cómo saber si esa boca, tan rectilínea que parece sacada de un manual de geometría, ha hecho todo lo que él le atribuye? Recluida en el rechazo, no deja de ser la boca de la jefa de enfermeras. Y cada vez que un auxiliar de enfermería le responde «sí, señora», al joven enfermo le da la impresión de que se dirige a esa boca, no a la mujer delgada que la lleva en la cara. En cuanto al cuerpo, sólo se concibe en uniforme. A perpetuidad, a ser posible.

Se siente bien aquí. Con todo el tiempo del mundo para observar a los demás. La enfermedad es como un descanso entre dos trabajos duros: dos bajadas a la mina. No hay que dar explicaciones a nadie. Ni rendir cuentas. Ese tiempo es suyo. Su enfermedad. Su tiempo. Sólo tiene que hacer una cosa: curarse. Y tampoco es obligatorio. Nadie le echará en cara que no se haya curado. Ni le pondrán una multa si, por ejemplo, decidiera dejarse morir poco a poco. Podría no tomarse las medicinas. O dejar que un ataque de tos lo asfixiara. ¿Puede uno asfixiarse con la tos? No tiene ni idea. Pero cuando uno busca lo peor, termina por encontrarlo. Sí, la asfixia… Podría valer.

Las ideas negras lo asaltan, sacude la cabeza para deshacerse de ellas. Sería más sensato no dejarse envenenar por las ideas. Negras o no. Tiene una bronconeumonía. «Muy grave», subraya el doctor sonriente. «Pero es joven y saldrá de ésta. ¿Qué piensa hacer después?» «¿Después de qué, doctor?» «Cuando esté restablecido y le demos el alta.»

Debería contestar: «Seguir buscando trabajo». Pero se calla. Se pregunta si el doctor sabe que está en el paro. Doña Ramona fue quien llamó a la ambulancia, quien estuvo con él en Urgencias, quien rellenó los papeles. ¡Lo único que la pobre mujer no pudo hacer en su lugar fue ponerse enferma! ¿Qué habrá escrito en el impreso de admisión? Si apenas sabe nada de él. Lo único que sabe es que no tiene trabajo.

Punto. Bueno, sí, también sabe que pide limosna. Pero nada más. Le va a tener que hacer algunas preguntas a la anciana… Lo mejor será olvidarlo todo. Se está tan bien así, recogido en un rincón, sin que nadie se acuerde de ti. No para de toser y se siente muy cansado… Puede que haya llegado el momento de dejarse llevar. Se acabaron las preguntas. Al menos durante estas dos o tres semanas que necesitará para recuperarse.

¿Dos o tres semanas, dice? Puede que esté pecando de optimista, como si fuera un pudiente.

Cierra los ojos. Un sueño cómplice aplaca sus inquietudes y las borra.

Del alegre «buenos días» al conciso «buenas noches», la voz del personal sanitario es jovial, grata, merecería llamarse *la voz soberana* de los sanos, encargados de cuidar al montón de enfermos o contrahechos que se hallan en el lado equivocado de la salud. Voz que se torna zalamera cuando habla con los viejos; como el que ocupa la cama de enfrente: vejiga y próstata, ese par de cabronas que le infligen una buena dosis de sufrimiento; el pobre se pasa la noche con la botella en la mano, gimoteando: «¡Joder, no meo, y mira que tengo ganas!». Los enfermeros hacen lo que pueden, le hablan como a un niño, pues sus quejidos se parecen a los vagidos de un bebé. Al joven le recuerda a su chiquillo. Menos mal que al viejecito se le oye poco: la pastilla que le dan por la noche le hace un efecto fulminante. Al pobrecillo, completamente calvo, las manos no dejan de temblarle: parecen colas de lagartijas guillotinadas. La botella termina siempre volcada sobre la cama y el infeliz se duerme envuelto en su propia pestilencia. El domingo pasado por la tarde vino su familia a verlo: hijo, nuera y tres crios. Están tan vivos, son tan ruidosos que resulta difícil emparentarlos con el viejo esqueleto meón y achacoso. Llegaron cargados de chucherías, no se sabe a santo de qué: el abuelo sólo puede engullir el sopicaldo de verduras que le dan en el hospital. Porque todo lo tiene prohibido: desde el filete de pechuga hasta el yogur blanco. ¡Y eso que no se puede decir que la cocina de aquí sea rica en lípidos o glúcidos! Cuando la familia se marcha diciendo con alegría que iban a llevar a los crios al circo, ese novio de la muerte se quedó inmóvil, con una medio sonrisa en los labios, mustio y triste como una flor marchita. El joven se volvió del otro lado, mirando al vacío grisáceo del patio; aunque deteriorada por la bronco-neumonía, su juventud es como un insulto hacia la decrepitud del viejo. Un débil relieve de vida agonizante a quien el personal habla como a un crío. «Venga, va, tienes que dormir la siesta, cariño. Vamos, a mimir.»

Pues sí, Fermín fue quien se llevó la mejor parte, a pesar de haber muerto tan joven, tan lleno de vida; no tuvo que padecer problemas

de próstata, o de vejiga, ni sufrir el calvario que provocan ese par de cabronas. ¿En qué tono se habrían dirigido al amigo muerto esas voces tan compasivas? El joven enfermo no quiere pensarlo. Para los mortales, la vida es un mero dolor. Para su querido Fermín, allá donde se encuentre, el sufrimiento acabó.

En el fondo de la sala, alguien agoniza. Suavemente. Sin ruido. Una cama aislada tras un biombo de tela blanca, adelanto del sudario. El enfermo recibe numerosas visitas de médicos y enfermeras, pero son los únicos que vienen a verlo. No tiene familia. O está lejos, lejos de su agonía. La jefa de enfermeras le habla con cariño. En voz baja. Lo que sorprende al joven. No ha visto si sus labios se enternecían ante la presencia de la muerte, pero sí ha oído su tono de voz. Musical. Un surtidor que brotara en un rincón secreto del valle, sonoridades aterciopeladas que sólo se oyen en el campo; o como el arrullo de una mamá calmando a su hijito, aplacando sus miedos… El médico recuerda a las enfermeras que le administren los calmantes. Ya no le dan medicinas. Solamente calmantes. Da esas órdenes con la voz serena de quien no conserva esperanza alguna, una voz que cede el paso a la compasión. ¿Quién será ese enfermo? ¿De dónde viene? ¿Qué dolencia le corroe la vida?

Si pudiera levantarse y llevarse el gotero con él, iría a echar un vistazo detrás del biombo, para ver de cerca ese misterio, comprender esa soledad; pero la fiebre y la tos lo tienen clavado en la cama. En cuanto se mueve lo más mínimo los calambres lo torturan, brutales como zarpas. Además, está tan débil… El cuerpo le pide dormir durante horas y horas.

La enfermedad es una dimisión inconfesada. Él, que nunca había estado enfermo, entiende ahora que uno cede a la muerte como al sueño, sin oponer resistencia. Morir debe de ser fácil, se dice; basta con cerrar los ojos y rechazar los cuidados. Arrancarse el tubo del gotero y ¡chao! ¡Buena suerte a todos! No más miradas de conmiseración vinculadas a la indiferencia de una moneda. Conmiseración devaluada, como la limosna.

Una certeza lo corroe: arrodillado en la calle, nadie le preguntaba su nombre. Nunca nadie le dijo: «¿Cómo te llamas?». Él era tan sólo un cuerpo humillado y desprovisto de identidad, no era nada para la gente que practica la caridad.

Pero también para mucha gente la vida es un cruel anonimato, como para ese enfermo protegido de la curiosidad por un biombo blanco. Muere dos días más tarde. Se va. En el más absoluto anonimato. La enfermera lo descubre exánime a las seis de la mañana y llama a los camilleros para que se lo lleven. A los diez minutos no queda rastro de él en la sala. Biombo desaparecido, cama hecha. Un nuevo enfermo ocupa el lugar del finado.

Pregunta a las enfermeras quién era el hombre misterioso, qué enfermedad se lo llevó…

No era nadie. Un enfermo más. Llevaba meses muriéndose a fuego lento. Una larga enfermedad. Mortal, por supuesto. En esa ala del hospital, la mayoría de las enfermedades son mortales; la que se llevó al viejo era silicosis, una enfermedad de mineros.

El joven ahoga un sollozo. Silicosis. De eso murió su padre. En un hospital, muy lejos de ellos. Él era muy chico cuando se quedó huérfano. Tres años; su padre, cuarenta. Con cuarenta años no se es viejo…, salvo cuando te corroe ese mal tenebroso. Él era su único hijo. Y él, el hijo, sólo conserva de su padre unos vagos recuerdos provenientes de la memoria de su madre. Poca cosa. Y más o menos lo mismo les pasa a los demás mineros. Vidas sin historia, sin grandes esperanzas, sin grandes aventuras. Muertos sin lustre.

Suspira. Aquel enfermo misterioso era como su padre, podía haber sido su padre. Quizás por eso ha sentido tanto interés por saber quién era, qué enfermedad se lo ha llevado. Presentía como una oscura relación entre la historia de aquel hombre y la de su padre, con su muerte solitaria.

¡Cuánto le hubiera gustado verlo! Preguntarle cosas, cogerle la mano. «Demasiado tarde», dice en voz alta. Demasiado tarde para reconocer en esa muerte la muerte de su padre, para contemplar su rostro de agonizante, para asistir a la extinción de su mirada, de su sonrisa.

Ponen en la cama de al lado a un enfermo recién salido del quirófano. Perforado como un colador, conectado a un sofisticado sistema de goteros. Una nueva versión de Frankenstein en estado de reanimación. El pobre monstruo se mueve como puede, intentando buscar una postura más cómoda. La jefa de enfermeras le ordena que se quede quieto: voz tajante, labios afilados como un trozo de sílex. La dolencia del pobre hombre y sus sufrimientos deben de ser considerables a tenor de la parafernalia terapéutica que lo rodea. Sin embargo, todos esos artefactos no inspiran a la enfermera ni respeto ni compasión. El hombre ha debido de pillar algún tremendo virus que no se conforma con cavar su tumba, sino que lo convierte en indeseable durante el tiempo que le permite vivir. Sus gemidos resultan infructuosos ante la hostilidad de los labios de granito, ante el gesto desdeñoso que esboza la conservadora de ese museo de los horrores cuando pasa delante del torturado. En cuanto la desalmada con bata blanca desaparece, el joven enfermo pregunta qué dolencia padece su vecino.

—Es un alcohólico. Uno de tantos. Vomitó sangre… El alcohol lo quema todo por dentro, hace trizas el hígado. Pero saldrá de ésta; en

tres meses estará de nuevo en la taberna. Mientras tanto, se las arreglará para no dejarnos dormir. Es la tercera vez que ingresa, y lo hará una cuarta…, pero entonces, en lugar de volver a la taberna, irá al cementerio.

—¡Joder! —dice el joven enfermo—. No se debe hablar de la muerte con tanta indiferencia.

A la auxiliar de enfermería le importa un comino. Apunta la temperatura en el gráfico dispuesto a los pies de su cama, le da una pastilla y le dice:

—Vas mejorando, pero aún no estás bien. No tienes prisa por marcharte, ¿verdad?

Él sonríe. La idea de abandonar el hospital no se le había pasado por la cabeza. Tendrá que pensar en ello. ¡Se está tan bien aquí, acomodado en la enfermedad! Sobre todo cuando lo que te espera es el paro, la calle, la mendicidad, las noches sin dormir en un cuchitril de alquiler. Encontrar trabajo era imposible cuando gozaba de buena salud; ¿cómo iba a hacer al salir del hospital, tan débil, con esa cara de perro apaleado que se le pone a uno después de estar tan enfermo? La enfermedad… Es peor que la miseria, más humillante que el hambre. Te mata, te vacía. Te acobarda.

Contempla al enfermo que tiene al lado. Abre los párpados y aparecen unos ojos vidriosos, una mirada sin mirada. Sin percepción. Tan sólo aflora el sufrimiento. Un sufrimiento pasivo, cansado de su propia persistencia.

Siente miedo. Por el otro, por él. Eso debe de ser lo que le reserva el porvenir. Eso o la droga. La indigencia a perpetuidad.

Debe recuperar fuerzas lo antes posible para huir de allí. Cuando uno pide limosna, al menos ve la abundancia de los demás, no sus desgracias ni sus sufrimientos. Nadie se atrevería a mostrarse privado de salud o de fortuna ante un arrodillado; al contrario, se siente más fuerte…, aunque su grandeza y su fuerza tengan también un límite.

A la hora de las visitas aparece doña Ramona, sonriente, con un ramo de flores en la mano, embutida en un vestido crema estampado con rosas rojas que le multiplica senos, vientre y caderas, dándole pinta de alcahueta. Muestra el aspecto jovial de un ama de casa que va de discotecas. El joven enfermo no se lo puede creer: su arrendadora le recuerda a la dueña de aquel burdel cerca de su pueblo.

—¡Qué mal huele aquí!

Abre la ventana, cerrada por orden la jefa de enfermeras; por suerte es domingo, día en que descansa el terror del personal sanitario y de los enfermos.

—Te he traído unos periódicos, cariño. Y unas naranjas. Y estas flores. ¡Mira qué lindas son!

Pide un jarrón a la auxiliar, dispone un ramo que ella califica de precioso. Unas flores algo mustias pero bonitas. Debe de haberlas cogido en la basura de la florista donde trabaja como limpiadora un día sí y otro no. De modo que no le han costado ni un duro. Los periódicos tampoco: son antiguos.

—¡No necesitas estar al corriente de las últimas noticias, no eres primer ministro! Además, el mundo no cambia durante unos pocos días de enfermedad. Para los grandes cambios, el mundo necesita mucho tiempo. En cuanto a la gente que sale en portada de las revistas, es la misma que salía el año pasado y la misma que saldrá el año que viene. No hay por qué comprarlas todas las semanas. ¡Nosotros, tú y yo, nunca saldremos en portada, créeme!

Él la mira, intenta incorporarse en la cama.

—Quédate tumbado, no te hagas el valiente delante de mí.

El joven sonríe. Y le dice:

—Doña Ramona, tiene que decirme cómo voy a pagar todo esto.

—¿Todo qué?

—El hospital.

—¡Ah, eso…! No tienes que pagar nada, eres indigente.

¿Indigente?

—Indigente, cariño. Es una categoría social perfectamente legítima. Quiere decir que no posees nada en este mundo. Ni casa, ni cuenta bancaria, ni dinero, ni desempleo, ni nadie que se haga cargo de ti. Estás solo con tu propia miseria. Y, por supuesto, no eres solvente.

La mujer observa el gesto abatido del indigente.

—No te preocupes, guapo, que no eres el único indigente de este hospital. Ni de esta ciudad. Ni de este país. Ni de este continente. Ni de este mundo. Si os juntarais todos los indigentes de la tierra podríais formar un ejército, el ejército de los indigentes, y os daríais cuenta de que sois muchísimos. Sería el mayor ejército del planeta. Hala, venga, sonríeme, cariño. ¡Eso es! ¿Sabes que la sonrisa de un buen mozo como tú es irresistible? Lo digo por mí; pero yo no soy una mujer especial, soy una de tantas. Bueno, ¿te gustan mis flores? No muy lozanas, todo hay que decirlo, pero son lindas. ¿O no? No hay flores feas. Y teniendo en cuenta lo que me han costado… Aún vivas y ya fuera de servicio. De modo que nada mejor para un pobre indigente que unas flores indigentes. Apuesto a que ni siquiera sabes sus nombres. Rosa, margarita, crisantemo, dalia… Es un ramo muy variado, yo misma las elegí. Oye, ¿estás bien?

Al joven le pican los ojos. No, no está llorando. Baja la cabeza.

¡Qué maravilla de mujer…! Con más de setenta años parece una flor recién abierta. Boca roja, párpados azules, cejas en semicírculo pintadas con lápiz, mejillas enjutas, piel flácida, joyas falsas, vestido chillón (un juez no dudaría en enchironarla por proxenetismo) y ahí está, haciéndose la cría para arrancarle una sonrisa a un pobre desgraciado: él. Le entran ganas de besarla.

—Bueno, hablando en serio. Te quedan dos semanas aquí, en tu lecho de dolor, como suele decirse. Tienes los pulmones bastante mal, ¿lo sabías? La mina no perdona, ni siquiera a los jóvenes como tú. Dos semanas. Así que no te preocupes. Si cuando salgas del hospital no hay trabajo a la vista, volverás al cartel. A grandes males, grandes remedios. Te están haciendo otro, ya lo estrenarás. Le van a añadir tu estancia en el hospital, eso siempre es bueno. ¿Pones mala cara o me lo parece a mí? Te he dicho: a grandes males, grandes remedios. La supervivencia es nuestro mal, muchacho. Tenemos que ponerle remedio. Mientras tanto, olvídate de todos los problemas que te pasan por la cabeza. Cúrate. Lee los periódicos, hojea las revistas, recupera las fuerzas. Hablaremos del porvenir en cuanto salgas del hospital, pero no antes. Un auténtico *plan de futuro*, como el que proponen los bancos… mientras tu futuro goce de buena salud. Lo que no es tu caso, ya lo sé. Yo tampoco soy un banco. Pero todo se andará. Bueno, que unos clientes han vuelto de vacaciones y tengo que limpiarles la casa. Un beso, por favor. No vayas a pensar que a nosotras, las viejas, no nos gusta sentir en las mejillas los cálidos labios de un buen mozo. Por mi parte, no he perdido el gusto por la vida… ni la memoria.

Se marcha. Una asfixiante ola de perfume la va siguiendo. La auxiliar de enfermería le sonríe. El joven nunca sabrá si la sonrisa es compasiva o, por el contrario, de admiración; nunca entenderá a las mujeres, ni sus sonrisas. Conserva un atisbo de felicidad en el rostro y se duerme.

Las revistas que le trajo doña Ramona son del verano pasado. Se pone a mirarlas con detenimiento. Unas maravillas desplegadas sobre papel satinado que van del archiduque con pedigrí al cantante seductor varias veces divorciado y, a pesar de todo, multimillonario en dólares; de la actriz de cine al mañoso instalado en una finca de la costa: tres piscinas, cuarenta habitaciones; de la esposa pequeñoburguesa de un ministro sociata al traficante de armas que vive en un barco de ensueño, casi fantasma, con pomos de puerta y grifos de oro macizo. El menor desplazamiento en Rolls, helicóptero o jet les cuesta una fortuna, comenta el periodista; gentes de bien; sus excentricidades dan de comer a miles de personas: criados, secretarias, relaciones públicas, que los acogen allá donde llegan y les desean buen viaje cuando se van. Según los periodistas, son seres únicos,

perspicaces. Son los VIP. Gracias a ellos funciona el mundo; sin ellos, esto sería un valle de lágrimas tan triste como lo es para el resto de los mortales. Saben utilizar dinero, familia y cultura para crear riqueza que transforma el planeta en paraíso, dando trabajo a millones de desgraciados que, sin ellos, sufrirían el tormento del paro. Bellas palabras portadoras de verdades. El joven enfermo se siente aturdido. ¿Se está pudriendo en una cama de indigente porque no supo hallar su sitio entre la multitud de sirvientes encargados de mantener el esplendor diario de esos privilegiados? ¿Qué demonios hacen en su vida diaria para necesitar tantísima gente a su servicio, cumpliendo sus órdenes, realizando sus deseos, grabando y transcribiendo sus palabras, enviándolas en forma de misiva perfumada o carta de negocios a los cuatro puntos cardinales? ¿Por qué necesitan criados que les respondan con un impersonal sí o no, cuando esos noes y síes también les pertenecen a ellos, los amos? Quizás no tener opinión sea lo más cómodo. ¿Cuántas actividades trascendentales se supone que alguien puede realizar en un día, en un mes, en una vida para que una multitud sumisa viva tan sólo para facilitarle la labor? ¿Procrear como una raza de perros fieles con objeto de que sus hijos y sus biznietos sean obedecidos y servidos, y que la cadena no se interrumpa jamás?

Piensa en su padre fallecido para enriquecer a un patrono. Lo único que consiguió en la vida fue morir de silicosis. Para realizarse, la ventura de los jefes necesita el menoscabo de los subalternos.

Piensa en su madre. Boda, embarazo, viudedad precoz, pensión mínima, matarse limpiando casas para llegar a fin de mes; ésa es toda su historia, toda su gloria. Ni su padre ni su madre saldrán en las páginas exclusivas de una revista.

Y luego, piensa en Fermín…

Pero no. El chico debe permanecer fuera de todo esto. Era guapo. Mil veces más guapo que esos niñatos nazis que alternan en discotecas exclusivas e ilustran las revistas de moda. ¡Fermín merecía ediciones completas! Sin embargo, es un muerto anónimo, ausente de todas las memorias, menos de la suya: su única lápida, su única eternidad.

También se habla de amor en esas revistas. Lo que interesa, lo que preocupa son las alegrías y las penas del corazón de los famosos y la deferencia con la que Fortuna los va tratando. El joven encamado se empapa de romances donde todo es de oro: las joyas y los disgustos. También es de oro esa historia de un ministro y una asiática, medio puta, medio musa, divorciada de un cantante y de un aristócrata (ambos multimillonarios) con quienes tuvo varios hijos para asegurarse sus buenas pensiones de manutención. No, esos crios no son hijos de puta, como se han llamado siempre, sino chavales de la alta sociedad, con sus uniformes de colegios privados y modelos exclusivos de ropa juvenil. Esa tierna historia mantiene a la opinión

pública en ascuas. Periodistas y fotógrafos rastrean las actividades del ministro y de la geisha quienes, lejos de esconderse se aman «a plena luz del día». No, ella no es nipona; es filipina. Eso, ciertamente, lo cambia todo. Porque al ser filipina podía haber tenido la desgracia de venir aquí para trabajar de chacha, como les ha ocurrido a miles de sus compatriotas. Ella no. En el archipiélago, ella contaba con un pedazo de abuela, jefa de clan, que le enseñó que nunca tenía que tocar una aspiradora. ¡Que era mejor hacerse prostituta! La cronista cuenta que la exótica hembra posee un tremendo *sex-appeal*, y deja entrever que conoce su secreto… y lo desvela unas líneas más abajo: la filipina, al parecer, tiene el sexo en forma de pez (¿tiburón?, ¿sardina?) y se desmaya como una doncella en cuanto llega al orgasmo. A pesar de sus cuarenta años y de los problemas que le causan sus administrados, parece ser que el señor ministro proporciona a la *femme fatale* oriental dos orgasmos diarios, mañana y noche, utilizando el conjunto de sus técnicas de hombre de mundo: sexuales, bucales y digitales. El rebaño femenino que se dora en la playa donde se broncea la famosa pareja se muere de envidia; juran que la extranjera, que no mide más de un metro cincuenta, no es nada del otro mundo. «¡Una enana!», susurran contrariadas. Pero ninguna se pone ya tacones. Todas llevan manoletinas para llamar la atención del ministro. Normal: a ellas también les gustaría desmayarse. Algunas llegan a pensar en la cirugía para cambiar el carácter animalista de su sexo: en vez de un conejo, un salmonete.

Los tortolitos disfrutan de un verano muy movido (yate, helicóptero); el ministro visita a su mujer legítima y, padre ejemplar, firma el boletín con las notas de sus hijos (colegiales de élite), les da un besito, se deja fotografiar en compañía de su perrito. Conmovedor. La gente honrada deduce que, a fin de cuentas, debe de tratarse de una aventura pasajera: ¿quién no ha soñado con ligarse a una exótica? En septiembre, nuestro ministro sentará la cabeza, volverá a ser el marido sin mácula y la p… filipina tendrá que remodelarse el sexo (modelo cardo o planta carnívora) y desvanecerse en el catre de algún traficante (de armas o de droga), que los hay a montones entre la gente VIP.

Ésa es la vida que habría que vivir, piensa el encamado, con una arruga de filósofo surcándole la frente. Se equivocó de vida. Si en lugar de la de un parado hubiera tenido la suerte de llevar una existencia de mamarracho rico, su inapreciable persona ocuparía hoy dos páginas en alguna revista en lugar de una cama de hospital, llevaría una chaqueta de lamé, iría acompañado de una rubia tetona. Sí, se equivocó de vida. No basta con nacer: lo importante es saber dónde se nace. Una cuenca minera no es una habitación de lujo con vistas a un jardín con piscina como el que se ve en la sección

«mansiones»; una habitación más grande que toda la vivienda del capataz, donde vivían cuatro personas: él, María, el niño y el suegro. ¿Y qué decir del cuchitril que le tiene alquilado doña Ramona? Esa cama de la foto, en la que un torero y una tonadillera han vivido su amor desenfrenado y engendrado a su único hijo, parece el doble de grande; como si no estuviera hecha para dormir, o para lo que la cronista llama «noches de pareja», sino para organizar orgías de película pomo.

¡Ay, qué historia más triste, la del torero y la cantante! Los periódicos no paran de hablar de ello; un amor cercenado por la desgracia, que apuñala en pleno corazón a la prensa del corazón. La cantora, hembra trágica, se sincera: recuerdos, sueños, fantasías sexuales, pesadillas. Su labia de tonadillera mezcla sollozos y risas nerviosas, palabras triviales y estrofas de canciones; eso sí, hablando siempre de amor. Un amor desgraciadísimo, el más grande que se haya dado en el mundo. La artista explica sus insomnios, sus orgasmos, sus oraciones, relata cómo el valiente difunto, el corneado, macho supremo, la tomaba cada noche durante su embarazo: el hombre quería que el niño (por entonces, feto) los sintiera juntos, «formando una sola carne», cantaba, unidos sin remedio; esa fornicación diaria conectaba directamente al ángel que se estaba formando en sus entrañas con la autoridad paterna: el pene. Se declara machista, ferviente admiradora de la potencia viril; en tanto que esposa y madre de machos, odia a esos adefesios con pancarta que la gente llama feministas. Describe a su torero con un lirismo de andar por casa, cuenta con todo detalle sus erecciones y sus caricias, narra con vehemencia cómo, después de cada corrida, ebrio de poderío, la tomaba después de haber traspasado con una estocada el corazón de la fiera, hasta que los cuernos de otra fiera desgarraron a su vez las venas del gran héroe… Ahora, ¡ay, desgracia!, duerme sola. El finado, macho hasta la tumba, aprovecha para aparecerse en su cama de viuda, apoderarse de su voluntad, instalarse en su bajo vientre y obligarla a que le lama las cicatrices, surcos que labraron los cuernos en su cuerpo apolíneo; sí, querida, un cuerpo de dios, Adán saliendo prefabricado de las manos del Creador… Y ella lame ese mapamundi de la herida masculina; luego, se relame. Aunque difunto, el ausente concentra su libido en las cicatrices; esas huellas de batallas ganadas al enemigo son sus grandes zonas erógenas. Y ella, vampiresa jadeante, bebe de la herida letal, la que por vía femoral lo llevó a morir de hemorragia, hasta que su cuerpo se retuerce en un escalofrío orgásmico.

El enfermo hojea las revistas, se hace preguntas. ¿Es que no ocurre en el mundo nada más importante que las rocambolescas historias de cama de los ricachones? Piensa en María, en su profundo y silencioso

goce…, el amor que ambos se profesan no podría alimentar ese tipo de historias, más centradas en lo erótico que en el corazón.

La muerte de Fermín tampoco habría servido para ilustrar la actualidad de manera tan bella y macabra como la muerte publica del torero. La mina no es una plaza de toros. Cuando el vientre de la tierra se echa un pedo, la suavidad primaveral queda relegada. Ni la sombra, ni el sol, ni la belleza de las mujeres; ni la de las flores que tiran a los héroes. Ni la música. Ni los aplausos. Ni ese largo, interminable grito que el toro arranca a los espectadores cuando perfora con los cuernos la lujosa carne del torero, convirtiendo su sublime estampa de matador en pobre cuerpo matado. En la mina todo es negro: el mineral, el aire, el hombre, la muerte. Un decorado que no se presta a las exclusivas, a los reportajes que dan la vuelta al mundo. ¿Qué puede haber más ajeno a los gustos de los lectores que una tragedia cualquiera en un agujero cualquiera del planeta? La ley del trabajo quiere que la gente muera sin gloria, sin gestos, sin últimas palabras. Así se fue Fermín. En silencio. Tan sólo el libro que llevaba en el bolsillo le sobrevivió. No es mucho. Con eso no se escribe una bonita crónica. Y, sin embargo, una muerte anónima se está convirtiendo cada vez más en el elemento esencial de la historia de muchos jóvenes. Pero no sale en los periódicos.

¿Quién se hará eco de esa injusticia?

Como siempre, ese tipo de diatribas caen en el desierto…

El joven enfermo está triste. Hasta no poder más. Preferiría que la ira le hinchara el pecho como a los forajidos de los libros de Fermín. Se siente cansado, débil, destrozado. Los suyos, los que ama, están lejos y el resentimiento le es ajeno. Se siente vacío. La melancolía es su único antídoto. Contra la injusticia y la desgracia que lo invaden todo. Bueno, bueno… Tampoco hay que exagerar. ¿Exagerar? Desde luego, no son los que se han cruzado con él en la vida quienes podrían acusarlo de exagerar. Suspira como para justificar ese conformismo un tanto vergonzoso. Él es la víctima, es verdad…, pero el destino nunca hará de él un rebelde.

Hojea las páginas que cuentan la vida y milagros de príncipes y caballeros, de muchachas guapísimas, de chicos fuertes e inteligentes, deportistas las veinticuatro horas del día; que transcriben las ocurrencias de los famosos, la hipócrita caridad de los papas, la ñoña combatividad de los firmantes de manifiestos que no dicen ni pío de los indigentes como él, que ni siquiera se puede comprar un tubo de aspirinas para el dolor de cabeza. Bueno, a decir verdad, la prensa habla de él, de su miserable persona, de la gente como él. Un artículo medio perdido entre las páginas de temas sociales. Una encuesta de Caritas. Sobre la *pobreza severa*. «Tenemos ocho millones de pobres, de los que más de la mitad se hallan en situación de *pobreza severa*. Según

estas cifras, el índice de pobreza en nuestro país es el doble que en el resto de la Comunidad Europea. El paro masivo y su larga duración caracterizan estas nuevas formas de pobreza. Los más afectados son los jóvenes de entre catorce y veinticuatro años, que constituyen el 47,2% del total de parados.»

¡Ese es su caso! Ha dejado de ser un individuo para convertirse en elemento de un conjunto, de un bloque de *ocho millones de pobres*. Su historia (la de él y la de los demás) se reduce a diez líneas mal contadas. Ni un solo comentario, ni siquiera por conmiseración. El gustito sexual de una puta asiática, que fornica fuera del matrimonio con un ministro, interesa mucho más a los periodistas que la miseria en la que viven millones de personas.

El joven enfermo cierra los periódicos y se jura no leer ninguno más en la vida.

Los días pasan, monótonos, en el aturdimiento que producen las medicinas. Está fuera de peligro. Las visitas de doña Ramona se van espaciando. La anciana tiene que volver a sus ocupaciones, a sus múltiples deberes de portera y de limpiadora. «¡No me queda tiempo para nada!», se lamenta. No hay que tomárselo a mal. En cuanto a él, está convencida de que sus sufrimientos están tocando a su fin. «Tienes que prepararte para las dificultades que te van a llegar, tesoro, que son de lejos las más peliagudas: las de los que están sanos.»

El joven duerme día y noche. Prefiere sumirse en largos sueños que diluirse como el éter en ensoñaciones más o menos conscientes que no lo llevan a ninguna parte. Tiene muy claro que el tiempo de los sueños acabó. Sabe que no se va a morir en el hospital, al menos esta vez, pero se morirá en otro sitio. ¡Así que tampoco pasa nada si un día no se despierta!

Pero, claro, cuando eres joven no puedes desaparecer así como así del mundo de los vivos. Haciendo de tripas corazón, te tragas tu dosis de irritación y te quedas. Aquí. Entre los que viven bien y los que van tirando. Desterrado del reino del esplendor, pero integrado en cuerpo y alma a la gris trashumancia de la miseria. ¿Cuántos escollos le quedan aún por sortear hasta que lo den por desaparecido de este puto mundo?

No lo puede evitar. La enfermedad no predispone a ver la vida de otro color distinto del sempiterno gris. A veces la han cantado de color de rosa, pero casi siempre se vive de color gris. Y con que se oscurezca un pelín, se convierte en negra. Vida negra, vida gris… En unos días, se sentirá mejor. «Perfectamente», dicen los médicos. Sus ojos empezarán a reflejar algo distinto de su propia opacidad. «Como los cristales de la ventana los rayos de sol», dice la joven enfermera llamada Vidal. Doña Ramona la llama «hija mía» como si se tratara de un miembro de su familia. ¡Ay, qué mujer! La enfermera Vidal no es

guapa, pero, de momento y a diferencia de la jefa de enfermeras, su boca aún despliega alegría y ternura. La muchacha es auxiliar y se pasa el día limpiando excrementos de los enfermos sin apagar el faro luminoso de su sonrisa. Cada vez que despierta al joven para darle la comida o ponerle el termómetro en la boca, él piensa que merece encontrar a un muchacho en condiciones, que la quiera y se case con ella. Un deseo de lo más honrado y, sobre todo, objetivo, ya que él no puede ser candidato.

Una mañana, al entreabrir los ojos, ve las altas nalgas pendulares de la enfermera Vidal alejándose hacia el fondo de la sala; la muchacha está repartiendo los termómetros y las pastillas de las seis de la mañana. Excitado por sus contoneos, el sexo se le despierta; no de pronto, como le ocurría antes de su enfermedad en cuanto veía un cuerpo apetecible, sino poco a poco, como si su pene se estirase y le abultara, palpitante, los calzoncillos. Deduce que se ha curado. Se lleva la mano a la frente: no tiene fiebre; el sudor que le humedecía las sienes hace unos días ha desaparecido. Así es, uno cree que no va a salir de ésa, que la enfermedad se va a convertir en crónica y, una buena mañana, cuando menos te lo esperas…

El joven suspira. ¿De alivio? Se humedece los labios. Ya no tiene la lengua rasposa; parece que las glándulas salivares reinician su actividad. No recuerda la cara de la enfermera Vidal, pero la redondez de sus nalgas se le clava en la mente. Cierra los ojos, mete una mano ávida en el pijama, se acaricia el glande. Qué gusto sentirse el cuerpo vivo, abandonado sin reserva a su placer, reclamándole un ritmo cada vez más violento, entregándose finalmente al placer de los espasmos… Jadea en la cama. No piensa en María. Ni en Fermín. Ni en la muchacha cuyo trasero ha provocado tal subidón de libido. Se percibe a sí mismo sin pudor, sin reservas. Él es su propio fantasma sexual, el objeto supremo de su deseo. Un suave gemido saluda el final de la hazaña. No se mueve, toma aliento. Tiene de nuevo húmedos sienes y pecho. Arde con una formidable subida de fiebre. Pero no es la fiebre de la enfermedad, sino la de la salud. Una vaga sonrisa le flota en los labios. El tiempo pasa muy deprisa. El joven se sienta en la cama. Esta misma mañana tiene que abandonar el hospital, dejar la cama libre para otro enfermo. Una pena. Empezaba a creer que esa cama de sábanas limpias, tan cómoda, le pertenecía para siempre, se hubiera quedado allí otras dos semanas más, ¿y por qué no un mes? Aunque sólo fuera para reunir las fuerzas necesarias para enfrentarse al mundo del paro. También puede sufrir una recaída; cuando te persigue la mala suerte…

Le dan el desayuno, como todas las mañanas, el último de su estancia en el hospital. Lo acepta de buen grado. ¿Por qué

preocuparse? Está curado y lo echan a la calle, donde están las personas sanas. El médico le dice que ya está bien. Mustio como una planta mal regada, más delgado que un espárrago, pero hay que reconocer que la fiebre ha desaparecido, que no tose, que no arroja flemas como este tiempo atrás. También ha desaparecido la sensación de estar a punto de desmayarse cada vez que se ponía de pie.

Es lo que hay, piensa el joven. La comida no es nada del otro mundo, en cualquier otro sitio es mejor. Nada sabrosa y bastante escasa. Un desayuno a base de alimentos insípidos, incoloros, inodoros, que parecen descafeinados, desvitaminados, descalorificados. El forraje de los mulos es más apetitoso. Aquí todo tiene un sabor neutro, no sabe a nada. Pero es gratis, y eso cambia el sabor. Nadie va a decirte: «Vale tanto». Él es indigente. Hasta nueva orden, nadie cobra a los indigentes. Los tratan con cierta conmiseración, es cierto, pero muestran también una sospechosa indiferencia. Incluso parece como si el personal sanitario pensara que lo que hacen por él equivale a tirar el dinero del contribuyente por la ventana; peor que echar margaritas a los cerdos. ¡Ya está bien de tanto pobre!

Hoy, ni termómetro ni pastillas. Debe asearse y marcharse. La jefa de enfermeras no se lo dice en esos términos, pero lo deja entrever añadiendo a las arrugas de su boca otra más. Una arruga de desprecio. A ella no le interesan los listillos que se salvan de la morgue.

El joven se cepilla los dientes, se afeita, se ducha, se pone una camiseta y unos vaqueros, se calza las deportivas, coge su bolsa de plástico, murmura adiós y se larga. La enfermera Vidal no está allí para obsequiarlo con una última sonrisa. Le hubiera querido decir (quizás en voz muy baja) que se empalmó pensando en ella, que eso fue para él como un soplo de vida. No sabe lo que para una muchacha puede representar que le digan eso. ¿Risa o llanto? ¿Lo recordaría como un insulto o como un piropo? Él, por su parte, piensa con ternura en las personas cuyos encantos provocaron en él la explosión del deseo.

Ha estado un mes en el hospital. En la calle, el calor es más llevadero que antes de la tormenta. El otoño lo acoge. La sombra de un plátano le pone la carne de gallina, escalofríos que desaparecen en cuanto se pone al sol. Ráfagas de viento frío invaden las callejuelas sombrías y queman como chorros de agua helada el rostro recién afeitado del joven convaleciente. Debería ponerse algo sobre la camiseta: un jersey o una cazadora.

Ahora que lo piensa, el invierno no tardará en llegar. Y siente frío. Un enfriamiento súbito que lo obliga a frotarse las costillas, a abrazarse a sí mismo. Secuelas de la enfermedad, piensa. El verano sigue ahí, se alargará hasta octubre, arañándole al otoño varias

semanas de sol ardiente. Mueve la cabeza, lleno de impaciencia. Sobre todo, no pensar en el invierno. ¿Cómo imaginar lo que será para él esa época, arrodillado en la calle, maltratado por las inclemencias del tiempo y por la ausencia de almas caritativas? Nadie sale en invierno. Van al cine, se sientan en las cafeterías o se quedan en casa. Siempre van en coche. Nadie se pasea bajo las acacias en plena noche. ¿A quién pedir limosna?

Pero ¿por qué se empeña en creer que siempre va a estar mendigando? Puede encontrar un trabajo, regresar al pueblo… ¿Volver con los suyos? ¿Ser una carga para ellos? No. Se fue. Para siempre. Lo hecho hecho está. Se acabó la mina. Pueden cerrarla, enterrarla bajo un gigantesco derrumbe, le importa un bledo; pueden utilizarla como ataúd para los pobres gilipollas que bajan todos los días, ¡le importa un carajo! Ya pagó él la mina al perder a su padre y a Fermín, y no la piensa pagar con su propia vida. ¿No va a tener él su lugar al sol en este jodido mundo? No pide un lugar de lujo, como los jefes de las minas, los ministros o las putas asiáticas, sino un lugar sencillo compartiendo esperanzas y recuerdos con la mujer y el hijo. Aunque haya mucha gente, muchas cosas para un lugar tan exiguo, él está convencido de que nadie le puede reprochar su deserción de esa tumba con efecto retardado que es la mina.

No tiene prisa por llegar al cuchitril de doña Ramona, y teme el momento de hacer cuentas con ella. Le debe dinero. Un mes de alquiler. Sin contar lo que la anciana le ha ido llevando al hospital: fruta, flores, artículos de aseo… Ya irá luego, por la tarde. Pero, claro, no puede comprarse ni un bocadillo, así que… ¡Ay, Señor, qué pedazo de gilipollas! Piensa como si fuera un tío normal, o como si la enfermedad lo autorizara a volver a serlo. ¡Pues no, no tiene un céntimo! Si quiere un bocata, la única solución es arrodillarse.

La vida, sin embargo, sigue siendo preciosa a su alrededor. Preciosa para mucha gente. Admira los relojes sofisticados, las gafas de sol, los trajes de baño estilo años cuarenta, ropas y calzado llamativos a más no poder, y se siente mezquino por pensar siempre en comer; mezquino y fuera de lugar. Un miserable parado, además de un pobre convaleciente, que no se priva de contemplar tan suntuoso espectáculo: la abundancia. Un hombre libre que mira con toda libertad el libre comercio de bienes que nunca podrá poseer. Peor sería que estuviera en la cárcel y sólo tuviera, para alegrarse la mirada, la grisura de su celda.

Se aleja del centro de la ciudad. Ése no es su sitio. Quizás se encuentre en un barrio más apartado, donde jardines descuidados, callejuelas tranquilas y mercados ruidosos se prestan a la vecindad, a las conversaciones en las aceras, a las parrafadas sobre el gracejo y las ocurrencias de los niños… Lejos del centro, esos eternos gritones son

los amos: mamás, abuelas y titas no paran de comentar sus hazañas…

A él no le importa. Esos crios con las narices llenas de mocos y las pestañas perladas de lágrimas son para él la única imagen de la belleza del mundo. La sal de la tierra. Piensa en su niño, sufre con los recuerdos que le vienen sin previo aviso en cuanto se aventura a abrirles la puerta. Es un tema prohibido para la memoria. No puede aferrarse a los recuerdos de su gente. Los abandonó para siempre. Con conocimiento de causa. Los suyos son la mina. La mina es la muerte. Escapar al círculo de la muerte. Organizar la huida de su hijo.

Vuelve la espalda al griterío infantil: balbuceo simiesco que lo entristece, que le parte el alma… Pero un chiquillo llama su atención. Un rubito. Camina muy tieso entre su mamá morena y su papá rubio. Sus dulces miradas, negra y azul, caen sobre el niño como una cascada de luz. Atentos, divertidos e incrédulos, padre y madre intentan comprender las cuasipalabras y los gestos del querubín: interminable monólogo que llega hasta ellos, insistente, tranquilo, repetitivo, y otorga al minúsculo charlatán una estatura de gigante.

El joven siente que el pecho le quema; le pican los ojos. Pregunta:

—¿Cómo se llama este hombrecito?

—Lucas —contesta mamá.

Papá sonríe.

—¿Te llamas Lucas? ¡Qué nombre tan bonito!

—¿No le quieres decir a este señor cómo te llamas?— pregunta papá.

—Lucas —se aventura el pequeño.

Media sonrisa encantadora. Un hoyuelo se le forma en el carrillo. Luego, vuelve la cabeza, la esconde a medias en la falda de mamá, entre tímido y curioso.

El joven devuelve al niño una insegura sonrisa de convaleciente y se marcha. Los labios iluminan por un instante su rostro demacrado. Se promete no olvidar nunca el nombre de ese crío: Lucas. Nombre de evangelista.

Camina por una avenida bordeada de plátanos que lleva el nombre de un general desconocido para el joven. Al parecer, sólo la espada y el hisopo tienen derecho a estar en las placas municipales: militares y santos honran con sus nombres la memoria urbana. Él no tiene ninguna posibilidad de disfrutar de tal honor. No se imagina que el señor alcalde se despierte un día con la brillante idea de dotar a la ciudad con un «callejón del Desempleado». ¡No se pueden mezclar churras con merinas!

Mueve la cabeza. Atribulado por sus ideas estrafalarias, piensa con una mueca de resignación que nunca entenderá las cosas de la vida… Sin embargo, debía de estar de buen humor; en cuatro semanas se ha

curado de una peligrosísima afección que ataca a los pulmones, punto débil de los mineros. Y él no es distinto de los demás: su padre, su suegro (vivo, sí, pero con una tremenda tos crónica), el hombre que murió en el hospital; ni de Fermín, que se quejaba de ahogos, incomprensibles teniendo en cuenta su juventud, pero explicables por el lugar donde se producían: en el pozo. De modo que más vale respirar hondo, sonreír a los árboles, a los pájaros («¡Amigos, aquí me tenéis de nuevo!»), refrescarse en el agua de una fuente, jugar con perros y crios a perseguir palomas, seguir la sombra de una nube trashumante o esas hojas de plátanos que caen imitando los planeadores de nuestra infancia. O decir cosas bonitas a las chicas. Las hay a montones. Van, vienen, esperan en la parada del autobús con los hombros bronceados y el escote deseable. O mantenerles la mirada a algunos tíos que sólo esperan una señal para abrir la puerta del coche y cogerte en autoestop: seguro que lo invitan a comer y luego lo llevarían a casa de doña Ramona…

El joven no hace nada de eso. Sigue caminando por la ciudad. Se imagina vestido de otra manera, calzado con zapatos buenos, sabiendo con exactitud adonde tiene que ir: trabajo, vivienda (no se atreve a pensar en su hogar, tampoco hay que pedir tanto), organizarse para el próximo fin de semana —discoteca, ligue, piscina, montaña…—, yendo a Correos para enviarle un giro a María. ¡Qué de sueños…!

Le llama la atención una aglomeración delante de un edificio antiguo y se acerca. Se trata de una larga cola de espera, como las que se ven en las películas de guerra y de hambruna. Reina la anarquía, el tumulto, la gente se empuja a codazo limpio. Hombres, mujeres y niños. Mendigos. Nunca había visto junta a tanta gente de ésa, a tantos pordioseros congregados en plena ciudad. Como para una boda o un funeral. Parecía una redada policial contra travestís o putas en un barrio de mala fama; pero aquí la pasma brilla por su ausencia… Estos desgraciados están a medio camino entre la dignidad y la humillación.

¿Para qué hacen cola? «¡Para comer!», le contesta un muchacho de su edad sin darle más explicaciones. Pues sí, es un comedor social; nunca había visto uno antes. Eran muy frecuentes durante la posguerra; sus paisanos mayores comían allí: gentes de toda condición esperaban en la puerta de conventos, escuelas o edificios oficiales donde el Auxilio Social instalaba sus calderos. Imputaban tal penuria a los perdedores de la guerra, bautizados «los rojos». Pero era impensable que aquella situación se siguiera reproduciendo cuando los vencedores ya no estaban al mando. Era impropio de nuestros días. Y de un país moderno como el nuestro. A cada cual su parte de responsabilidad.

El joven siente esa miseria como una patada en las espinillas o en la boca del estómago. Se queda sin aliento. Una nueva pesadumbre a

plena luz del día. No tenía ni idea. Ahora que ha visto… se siente conmovido. En cuerpo y alma. Ofendido por ese lado indecente de la desesperación… Todas las edades desfilan por esa feria pública de la indigencia, cada prototipo humano está representado: la limpieza más digna y la suciedad más repulsiva. Y los jóvenes no son los más limpios, más bien al contrario: hay chicos y chicas con los pelos pringosos de sudor y de polvo, que les caen en cascadas mugrientas sobre unos rostros tersos pero desesperados. Rostros de drogatas. Hay crios con fiambreras vacías o juguetes rotos aferrados con los dedos roñosos a las manos percudidas de sus mamas, de sus papas; es el único lugar que les queda a los desheredados; después, se dispersarán a los cuatro vientos, por los cuatro puntos cardinales de la ciudad, del país, del mundo.

La gente normal, la que tiene trabajo, hogar, comida y ropa, pasa en coche por la calzada. El joven detecta en sus rostros como una sombra de sorpresa, de extrañeza. Aunque es normal ver mendigos en la vía pública, nadie está preparado para tal eclosión de pobreza. Leerla en la prensa es una cosa; verla con los propios ojos es otra. Ojos de pudientes que se abren como platos de incredulidad. La inquietud va ganando terreno en ellos, el joven lo percibe. La abundancia de estos últimos años no permitía prever esa apocalíptica visión infernal, ese cataclismo. El horror que habían visto en la televisión asolaba otros lugares, no esta parte del planeta que todos creían enmilagrada para siempre.

El mensaje es aún más negro para el joven; más lúgubre. Al ser ese tremendo número de pobres el resultado lógico del desempleo, ¿qué puede esperar él de la vida? Está condenado. En plena juventud. Antes incluso de abrirse camino. El también tiene un movimiento de retroceso. Hunde la cabeza entre los hombros y cierra los ojos. No quiere ver aquello, se niega a admitir una realidad que le afecta directamente.

Aligera el paso, corre a toda velocidad hacia la casa, sólo piensa en esconderse en su cuchitril. Una hora después, y bajo un sol de justicia, llega a la portería de doña Ramona. Se siente tan débil que apenas tiene fuerzas para llamar en los cristales con los nudillos.

La anciana le abre, con precaución. No le gusta que la molesten cuando está haciendo la siesta, que en su caso dura hasta el anochecer. El cartel colgado a tal efecto es clarísimo: «Prohibido molestar a la señora portera durante sus horas de descanso. Gracias». La buena mujer le da la vuelta en cuanto pone su singular persona al servicio de los inquilinos. Está adormilada, con los pelos torturados por bigudíes ceñidos por una redecilla. Por señas, le dice que entre.

—Así que ya te han soltado…

¡Cualquiera diría que sale del trullo!

—Me han dicho que estoy curado.

—No lo parece… Tienes una cara de muerto que pone los pelos de punta.

El joven mira la redecilla: no se le mueve ni un pelo.

—He dado una vuelta por la ciudad… Aún no estoy recuperado del todo.

—¿Has comido?

—No.

—Entra, que me queda algo de sopa. Y atún. Con tomate.

El joven la sigue hasta la cocina.

Huele a cerrado. Doña Ramona no abre nunca la ventana de la calle. Ni las que dan al patio. Teme que la luz del día se coma los vivos colores de sus vestidos; aborrece los colores apagados. «¡Lo mortecino no me favorece!», exclama, mientras se repinta los labios con un carmín fosforito que encontró en la perfumería del barrio. Especial para las punkis, le dijeron. A ella le da lo mismo. Su gusto por los colores y las formas extravagantes lo tiene desde joven. La trataban de todo: que si era un espantajo, que si tenía la mente retorcida, que parecía una cupletista… Ella contestaba que le gustaba hacerse notar en un mundo de borregos. «Tú imagínate: manicura para caballeros por la mañana, esteticién para señoras por la tarde. ¡Seguro que me tomaban por puta, o por alguien poco recomendable! Así que, ya puestos, aproveché para vestirme con la ropa que me diera la gana.» Por otra parte, son las únicas locuras que se permitió desde que murió su marido en un bombardeo a finales de la guerra, dos meses antes de que naciera su única hija, huérfana precoz del bombardeado.

—Te lo voy a contar. Hay historias tan tristes como la tuya, corazón. ¿Te has terminado la sandía? Pues siéntate. En ese sillón de flores, el único que me queda de cuando casada; ahí es donde se sentaba mi marido. Siempre farfullaba que esa cretona… Esa tela se llama cretona; los jóvenes de hoy no tenéis ni idea de lo que es el buen gusto… A él le parecía demasiado floreado para sus robustas nalgas masculinas, pero lo encontraba cómodo. Ahí dormía sus interminables siestas de holgazán, junto a la radio. En cierta ocasión, fue a la carnicería: le gustaban las albóndigas a rabiar. A mí no me entusiasmaban, había que guisarlas a fuego lento un par de horas y tenía que trabajar en la peluquería o en el hotel, pues era yo la que traía el dinero a casa; él sólo lo gastaba…, no lo digo en plan crítica, era un buen hombre…; en fin, que salió a comprar medio kilo de carne y ya no volvió. Una bomba de los nacionales se lo cargó. Lo vi en la morgue, hecho picadillo como la carne que no tuvo tiempo de traer a casa; allí también hacía cola, como en la carnicería, entre

miembros despedazados, cuerpos destrozados, amasijos de pelos…, una especie de rompecabezas que ni Dios en persona habría sabido resolver. Conté hasta seis cabezas de hombre, nueve de mujer y catorce niños. No bombardeaban a tontas y a locas en aquella época.

La anciana se sienta en una silla de rejilla, enciende un puro largo y delgado. El joven le ofrece su sillón, pero ella no acepta su gesto de deferencia.

—Quédate ahí, prefiero los asientos duros, te obligan a mantenerte derecha, a no reblandecerte. No me gusta la gente que se aplasta en cuanto pierde la verticalidad, como si le hubiera llegado la hora del eterno reposo. A la hora de la siesta, sí, que para mí es sagrada; pero el resto del día estoy siempre dispuesta a lo que haga falta.

El joven se calla. La estupenda sopa de doña Ramona empieza a hacer su efecto benéfico. El estómago le ronronea, un eructo le sube a la garganta, un sueñecito le nubla la vista. Intenta mantenerse despierto; no le resulta difícil: cuando se pone a contar algo, la anciana no dejaría dormir ni a una marmota.

—Verás, el peluquero sentaba al cliente en el sillón; yo me sentaba en un taburete, *por debajo del nivel del mar*, como yo decía, lo que le permitía al tío tener una vista privilegiada sobre mi escote. En el curro, mis escotes eran más generosos que en la calle; formaba parte del acuerdo que teníamos el dueño de la peluquería y yo en el Gran Hotel. Los clientes que iban a hacerse la manicura eran altos cargos del Régimen; habían ganado la guerra, podían darse cualquier capricho. Tíos con unos cojones así…, según decían ellos. Yo nunca tuve ocasión de comprobarlo… Sí, cariño, cojones de vencedores, halagados por la opinión pública. Así que, para que me pidieran que les arreglara las uñas, a esos machos de concurso había que ponerles delante algo gustoso, que justificara su coquetería no demasiado viril. Un panorama apetecible, como ellos decían. El pecho de una mujer; en este caso, el mío. O sea, mis tetas. Me las realzaba, me compraba los sostenes en una corsetería muy buena que los traía de París. Me costaban un ojo de la cara, pero eran indispensables para mantener mi empleo… En lugar de propinas, me ofrecían una sesión de folleteo. Mi jefe tenía alquilada una habitación a tal efecto, lo que evitaba a esos caballeros inscribir su nombre en un registro de hotel. Yo nunca aceptaba, por supuesto…, lo que no me impidió ganarme una gran reputación de puta. Que se lo digan a mi hija, que me borró de su vida el mismo día que se puso a pensar en su porvenir.

Doña Ramona le da una calada a su puro. El joven la contempla: parece medio desmayada en la penumbra, borrosa por el humo que exhala de su boca, con un ojo húmedo y brillante, y el otro seco, ahogado en la tristeza de su mirada; su bata oriental la transforma en

superviviente de naufragio, el joven no sabría decir de cuál; un naufragio de película antigua en color, que no se produjo en el mar, sino en la vida.

—No, yo nunca fui puta, aunque, gracias a Dios, sí he tenido las señales externas del oficio, todas ellas. Con mi trabajo de manicura pagaba el internado de mi hija y, para llegar a fin de mes, daba masajes a domicilio. A las señoras de la alta sociedad, sí, señor. A eso lo llamaban «cuidados de belleza». Era algo habitual en el extranjero, pero no hacía mucho que se practicaba por aquí; se pagaba bastante bien. Todo dependía de tus manos: o tenías manos de hada o las tenías de fregantina; el precio iba en consonancia. Mis manos eran buenas, pero… tenía que entrar por la puerta de servicio; mi aspecto algo atrevido perturbaba a los usuarios de la puerta principal, incluido el portero. En mi maletín de hacedora de milagros, metía una bata blanca para dar a mi oficio un punto terapéutico muy decente y muy útil para mi negocio de productos cosméticos. A esas damas les parecía así que estaban tratando con una enfermera diplomada y no con una esteticién que, por definición, está más cerca del mundo de la prostitución que del de los cuidados médicos. ¡Qué mujeres tan parlanchínas son esas burguesas! Ya lo eran cuando les vendía productos de belleza facial y corporal, y lo siguen siendo ahora que la edad y la artritis me han reducido a limpiarles las casas. Esas condesas, esas esposas de generales de los años cincuenta, con una mascarilla de barro en la cara, que se atiborran de bombones mientras se afligen por el hambre de los chinitos de Chiang Kaichec (a los otros, que les den morcilla), se han convertido en mujeres liberadas; ejercen profesiones liberales y, con un whisky en la mano, sufren valerosamente por los negritos hambrientos de Etiopía. Sí, cariño, esas mujeres muestran un sufrimiento combativo y profesan una inmoderada piedad hacia los marginados, ya sea que los pirateen, que se ahoguen en las pateras o que apunten hacia nosotros sus vientres hinchados por la desnutrición. ¡Ay, qué calamidad esas barrigas! ¡Unos crios que parecen muertos vivientes; nuestros perritos viven mucho mejor que ellos! Bueno, a lo que iba… Yo le trataba la cara a una baronesa que se sentía tremendamente desgraciada al pensar que su viejo abrigo de chinchilla nunca podría calentar a los pobrecitos chinos nacionalistas. «¡Lo que necesitan es que les demos arroz!», se quejaba con los ojos brumosos bajo la mascarilla de algas maceradas en barro; «y yo no les puedo mandar restos de arroz porque no como gramíneas, que engordan». La pobre mujer era sincera; se sentía inútil. Como un excedente dorado. Y ahora mi hija y su suegra, esposas de hombres importantes de izquierdas, pretenden tener las mismas pesadillas en relación con los esqueletos etíopes y su falta de proteínas y sales minerales; ambas pueden hablar de ese tema durante toda una

tarde, mientras los cubitos en forma de corazón se derriten en sus whiskies. Siempre he aborrecido a esos especialistas de la compasión. Con un aborrecimiento sagrado, como en los libros de meditación. Tú no has leído esos libros, eres demasiado joven; lo tuyo son los cómics, los ordenadores, los decibelios. En el caso de mi nieta, puede que sea aún peor: artefactos espaciales y micro-vaya-usted-a-saber. En veinticinco años sólo he visto a mi hija cuatro o cinco veces. No más. Primero fue el internado (de monjas, por supuesto); luego, la facultad. Se lo pagué todo. Pasó de la misa diaria de los años cincuenta al izquierdismo a machamartillo de los sesenta; adoptó ambas religiones con el mismo ardor. Yo, su madre, no saqué ningún provecho de tanta devoción. Cazó un novio y se casó con él. Ahora trabaja en la farmacia de su suegra; su suegro es el alcalde del pueblo. ¡Así es, mi hija tiene la conciencia despierta, como ella dice: una joven moderna, liberada…, que ha actuado toda su vida como una puta! Cuando se hizo novia de ese hijo de notable, me dejó claro que no quería volver a verme; por mi yerno, ¿sabes? Y por mis vestidos, por mi maquillaje…, que no están bien vistos allí donde viven. Ya te digo: ha venido a verme cuatro o cinco veces; siempre en taxi, con gafas de sol, incluso de noche. ¡Como el Zorro, la muy cabrona!

Esa última palabra, lanzada como un escupitajo, hizo enrojecer al joven. ¿Por su niño? Si éste lo tratara algún día de padre indigno, ¿reaccionaría de la misma manera que esa anciana pintarrajeada que fuma enfrente de él?

—Le hice cruz y raya, ya no tengo hija. Pero ella, sí que tiene una. Y yo no puedo olvidar que tengo una nieta. Tampoco pido conocerla, pero ahorro todo lo que gano. Para ella. Me gustaría que, a mi muerte, pensara alguna vez en mí. Sé que la única manera de que alguien respete tu memoria es por dinero. Dejas una herencia y te ensalzan. Es triste, pero es así. El dinero vivifica la mayoría de los afectos póstumos. Del mismo modo que organiza la vida, organiza la muerte.

Doña Ramona apaga la colilla y se levanta. Parece haber envejecido, como un autómata que se va lentificando; nadie volverá a darle cuerda. Desaparece unos instantes tras la colorida cortina de su cuarto; luego, vuelve con un cartel en la mano.

—Mira, cariño, al contarte mi historia he querido que entiendas que no podré cuidar de ti a perpetuidad. En esta vida, todos mis esfuerzos sólo tienen un objetivo y acabo de explicarte cuál es. Aquí tienes tu nuevo cartel. Como te dije, le han añadido tu paso por el hospital. Tienes que volver al tajo. Te aconsejo que aproveches el buen tiempo, pues el invierno puede que sea duro. Para el invierno tienes los pasillos del metro, la puerta de las iglesias, menos productivos que la calle; desde mañana…

El joven asiente con la cabeza. Su palidez resalta en la penumbra

como un pañuelo de adiós en la niebla. Está abatido, pero entiende que la vida se parece a lo que doña Ramona le cuenta. Se levanta. Coge su nuevo cartel. Sale.

Al día siguiente, reaparece bajo el templado sol de septiembre. No vuelve a ponerse bajo el gran cedro, sino que elige una glorieta por la que se accede al Rastro. Es domingo por la mañana. Los pijos se codean con los pervertidos, los artistas se mezclan con los rateros, los drogatas con los camellos. Una muchedumbre moderna se mueve sin cesar, camina a pasitos lentos como los saltamontes, sólo se detiene para darse un beso, pasarse algún soplo sobre el precio de la nieve o murmurarse zalamerías sobre la perpetuidad de su juventud y de su modernidad. Permanecen ajenos a los arrodillados a quienes el oleaje urbano desplaza a este barrio predestinado a la despreocupación; aquí el dinero fluye por lo bajo como las aguas negras: abundancia y gatuperio van de la mano.

De nuevo, el joven está de rodillas, encogido, con el rostro atormentado. No baja la mirada, se esfuerza en ver al mundo de frente, ofrece sus pupilas desnudas a los reproches que afloran en las caras de los viandantes. Esa gente autodivinizada, la sal de la ciudad, quizás veía incongruente que algunos, por muy pobres que sean, pidan limosna en su coto privado de caza, donde el dinero sirve para otras cosas distintas que practicar la caridad. Así que evitan al mendigo; su cara acongojada los hace pensar en la precariedad de toda riqueza, incluida la juventud. A veces esbozan una mueca de repugnancia, temiendo que ese cuerpo jadeante roce sus atavíos dominicales; ni un gesto de solidaridad, ni una mirada de comprensión. La indiferencia más absoluta. Tan sólo algunas monedas, olvidadas en el bolsillo de una americana o en un bolso. Mientras tanto, los monederos cambian de dueño, alguien negocia el precio de una dosis, incluso de una sobredosis, una noche entera de droga en forma de fiesta nocturna entre amigos, por supuesto muy respetables: la holgura financiera de algunos crea la exclusión de muchos otros. El, el convaleciente, tendrá que permanecer de rodillas todo el día para poder pagarse una comida. Eso en el mejor de los casos.

Un hombre se le acerca, se saca del bolsillo un fajo de billetes y le da uno. Un billete de los grandes. Es Peter. Lleva pendiente y camisa rosa chicle. Parece que quiere decirle algo, pero se calla. El arrodillado no recoge el billete. Sin desanimarse por ese rechazo, Peter deposita el dinero sobre el cartel, lo mira a los ojos durante un rato, como si la vergüenza pudiera de alguna manera compensar el desasosiego del suplicante, intenta leer en sus ojos, recuerda que hicieron el amor en un coche, al alba, en medio de un pinar; pero la mirada del mendigo no es humana. Como el rostro, no se corresponde con la idea que la gente normal se hace del fracaso.

El arrodillado sigue confuso, incrédulo, con los ojos puestos en el billete extendido sobre la palabra *hospital*. Un tío con una bonita camisa lo echó ahí. Un tío que se pierde entre la muchedumbre con la cabeza gacha, un periódico bajo el brazo. Lleva gafas de sol, que no se ha quitado en ningún momento. Quizás le ha dado todo ese dinero por error. El arrodillado pensó primero en un billete de cien; pero no, es de diez mil. No le dio tiempo de examinar el rostro del desconocido. Parecía cohibido. O avergonzado. Bastante impreciso. Como si quisiera que le perdonara algo. ¿Pero qué? Quizás sólo pretendía comprar su tranquilidad de conciencia, como todo el mundo, para que les perdonen el copioso almuerzo de mediodía, el sueñecito de la siesta, el whisky con soda del aperitivo, la salida nocturna… Con un billete de diez mil cualquiera puede decirse: «He pagado mi parte». Y así salir con los amigos, con los amores, o irse de fiesta. Aliviado. Ese billete permite al alma caritativa no añadir más inquietudes a las propias de diario, pues ha pagado de antemano su parte de responsabilidad en las desgracias del mundo. ¿Alguien sabe a cuántos mendigos se puede socorrer con un billete como ése, dando tan sólo una moneda de cinco céntimos por cabeza? ¡Eso son muchos años de incesante generosidad! Y ahora va ese tipo de camisa rosa y aniquila de golpe todo margen de maniobra con la conciencia, tan sólo porque él, débil y convaleciente, ha tenido el capricho de arrodillarse en un lugar de moda, exponiendo abiertamente su miseria sin la menor vergüenza. Quizás le tocaría ahora pensar en los demás…

Un enorme cansancio lo invade de pronto. Se siente agotado, como si le hubieran dado la paliza del siglo. El hospital nunca ha sido un buen lugar para reponer fuerzas. No siente las piernas, ni las rodillas, trozos de corcho que sujetan un esqueleto sin alma. Ya se tenía que haber acostumbrado a los calambres, a los hormigueos, que lleva ya muchos meses doblado sobre sí mismo, como el último de los siervos. Una especie de debilidad se abate sobre su cuerpo, sin que pueda decir si procede de la cabeza, de los riñones, de los brazos, de las pantorrillas; debilidad que repercute en las mínimas vibraciones del suelo, que multiplica hasta el infinito sus oleadas de sudor, un sudor frío que le empapa sienes y pecho y los convierte en cortezas podridas.

¡Todo esto es absurdo! Cualquier joven puede soportar las secuelas de una bronconeumonía. A su edad, el organismo no se amilana ante la enfermedad, al igual que un guerrero bárbaro no se deja vencer por las dificultades: ayudado por su instinto, el glorioso guerrero cierra los ojos, respira hondo y vuelve a la carga, mil veces si fuera preciso. No, la enfermedad no es la causa de la apatía que siente esta tarde interminable, caminando sin rumbo por la ciudad. La culpa la tiene ese billete de banco que lleva en el bolsillo… Y sus uñas empiezan a romperlo. Con la meticulosidad de un asesinato de pesadilla. Ese

billete es el precio de la conciencia del otro, de sus remordimientos de ciudadano lleno de solidaridad, el precio de su sueño. El sueño de los justos. El errante ya ha olvidado los rasgos del otro, el bonito color de la camisa, no sabría decir qué periódico llevaba bajo el brazo; pero a esta misma hora puede imaginarlo sentado a la mesa, acabando tranquilamente de comer, saboreando con deleite el último bocado de una *mousse* de chocolate antes de que el café drene el delicado sabor hacia el esófago, oliendo el chupito de digestivo, envolviéndose después en el oloroso humo de un habano, alfombra voladora que conduce al ensueño… Todo individuo medianamente situado en la vida haría lo propio.

Él, el mendigo, rompe el billete. Con la persistencia de una máquina. ¿Qué puede hacer si no? ¿Comprar ropa para su niño? No quiere exponerlo a esa vergüenza. En un mundo justo, la felicidad de un chiquillo no debería depender de la generosidad de un donante anónimo… ¿Dárselo a doña Ramona como pago de su interés hacia él? Ya no quiere ver la sonrisa codiciosa de la anciana, que descubre sus dientes roídos, amarillos de nicotina. Tampoco quiere oír su voz lastimera, jurándole que acepta ese dinero porque considera una misión sagrada juntar un bonito capital para su nieta.

El joven sigue rompiendo el billete de banco que lleva en el bolsillo. La vida es un desastre. Debería de pensar en un montón de cosas en lugar de dejarse abatir por una enfermedad, en lugar de rumiar todo el día la ausencia de su mujer y de su hijo, en lugar de juzgar extravagante la caridad en forma de billetes de banco. Es cierto que esa caridad te enriquece durante un instante, pero luego te hace más pobre, más desvalido que antes, porque te ha mostrado lo que es la riqueza… ¡Vamos, ánimo, despierta, corre hacia lugares más alegres! ¿Y si pensara en su hijo? Lo único que recuerda de él es su sonrisa. Una sonrisa bordeada de babas que brillaban a la luz. Eterna sonrisa renqueante sobre unas piernecitas apenas capaces de mantenerlo. Sonrisa errante por la casa, o enclaustrada en la cuna. Sin riqueza, ni influencias, ni deudas familiares, eran sin embargo dueños de una vieja cuna, de las que pasan de generación en generación, como una reliquia, y que incluso sirve para sacar del apuro a unos vecinos. Es demasiado gasto comprar una cama que no sirva para toda la vida; los niños crecen y muy pronto abandonan la cuna como los pájaros el nido. Así que ¿cómo describir una sonrisa infantil antes de que las arrugas de la sonrisa adulta ensucien esa sonrisa diáfana, inmutable como una estrella, ajena a los recelos, sonrisa sin historia? Porque un niño vive sin historia, reparte su tiempo entre llantos y risitas y luego, un buen día, te mira, te descubre, te manda esa sonrisa celestial que nada más tocarte te embellece, convirtiéndote en el ser más hermoso del mundo. Ni siquiera Dios sería capaz de transfigurar

así a alguien.

En el bolsillo, sus dedos rompen con menos ira el billete; continúan con su tarea devastadora, pero casi de manera mecánica. El joven no se da cuenta; le ha crecido una barba azulenca y una sonrisa le mariposea por el rostro. Sonrisa obstinada, como un faro empecinado en disolver las tinieblas, que ilumina una zona relajada, ahí, bajo las mejillas, y la convierte en un lugar apacible, como un cielo de carne… ¿Por qué no intenta asirse con fuerza a los recuerdos como a una tabla de salvación? Esa imagen le gusta, le recuerda a Fermín, cuya sonrisa también derretía los corazones. Cuando aquella dulzura se posaba sobre ti, te volvías inteligente y hasta ingenioso. Como si el dedo de un hada te abriera un tercer ojo en la frente; por cierto, fue Fermín quien leyó la historia del tercer ojo y se la contó: «¡Te tragas todo lo que pone en los libros!». «No me trago nada. Leo para informarme y me quedo con lo que me interesa. Se saca mucho más provecho que de una partida de cartas.» Al chico no le gustaba que los domingos jugara a las cartas con el capataz y «los vejestorios gilipollas» de sus amigos, pero él, que había puesto los ojos en María, tenía que ganarse al padre de la criatura. Él, que quería vivir como todo el mundo, pensaba en casarse, y la muchacha no era mal partido; más de uno se había fijado en ella. María era muy formal; así que le convenía actuar lo antes posible para que nadie se le adelantara. «Vale, vale, entendido. ¡No te importa que te echen la soga al cuello!» ¡Vaya una conclusión! El bribón se las apañaba para dar a las frases más anodinas un sentido críptico. ¡La soga al cuello…! A Fermín le encantaba meterle miedo. Él, sin embargo, sólo reaccionaba enfadándose: «¡Pues tú nunca sabrás lo que es una chica, para que te enteres!», le contestaba. Fermín le daba la espalda y se iba a casa de su madre. El otro, cada vez más cabreado, corría tras él, lo pillaba a la vuelta de una esquina, apretaba su pelvis contra el vientre del chico y le murmuraba al oído: «No he dicho que no puedas, te empalmas como todo el mundo. Lo que he querido decir es que tu curiosidad por las cosas de la vida se detiene justo ahí. Yo te voy a iniciar. Iremos juntos de putas. Este domingo no iré a jugar a las cartas y tú y yo nos iremos a la ciudad a buscarnos una mujer». ¡Menudo trabajo eso de encontrar una mujer un día y a una hora concretos…! Él acaudilló el singular comando iniciatico, pues a Fermín aquello lo traía sin cuidado; el otro le daba codazos cada vez que descubría a una peripatética de pie junto a un portón. Vieron que todas, sin excepción, eran bajitas y gordas; auténticos pedazos de grasa sobrealimentada. Fermín explicó que, para los hombres, las mujeres se resumen en culo y tetas, sin frontera precisa entre ambos; las mujeres, resignadas, se esculpen en consecuencia. Luego, en tono acongojado… «¿Por qué quieres que me vaya con un pedazo de carne?» «¡Porque estoy hasta las narices de que me digan

que te dan miedo las mujeres, que nadie te ha visto con una chica!» «¿Y eso quién lo dice?» «¡Todo el mundo! Y, por si fuera poco, añaden: "Sólo sale contigo".» «Pero eso es verdad…» «Por mucho que les digo que a ti lo único que te importan son tus libros, me contestan: "¡Ándate con ojo, no te vaya a quitar los pantalones en un descuido!".» «¿Eso dicen…?» «Y yo, cogiéndome los cojones con las dos manos, les digo: "¡Esto es lo que me va a quitar! ¡Y vosotros también!".» Fermín se calló. Siguieron buscando a la diosa de la horizontalidad. El mayor añadió: «El lunes, les diré: "¡Tres veces! ¡El sábado por la noche, este ratón de biblioteca se ha follado a una mujer tres veces!".» «Ah, ¿sí? O sea, ¿que se trata de una competición, con trofeo y todo?» ¡Qué cabrón! ¡Cómo sabía quedarse con el personal! Se echaron a reír como dos crios…

En eso, vieron que los miraba la chica morena; llevaba corsé y minifalda de cuero bajo un impermeable de detective: le sentaba bien. Tenía la piel tan blanca que recordaba la hostia de la misa dominical; tan sólo sus labios, rojos y carnosos, expresaban algo de vida: llaga no sangrienta, que dejaba entrever una predisposición al libertinaje, quizás al grito. «¿Te gusta ésta?» Fermín dio un paso atrás. Una especie de palidez le volvía el rostro transparente. «¡Tú, tú…, ve tú!» «¡No, tú!» «¡No, no, yo no!» «Bueno, pues ¿vamos juntos…?» La pregunta quedó sin respuesta, pero se leía en la mirada de Fermín. Estaban a dos pasos de la chica, se acercaban a ella como unos animales tímidos, tanteando el terreno. Ella dijo: «¿Tenéis dinero, niños?». Al joven no le gustó la palabra *niños*, exhalada de la boca-llaga, pero pensó que esa súbita vuelta a la niñez les valdría quizás una rebaja: un precio especial, como en el cine. «¡Por supuesto que tenemos dinero! Bueno, depende…» «Son tres mil más la habitación.» «¡¡¿Tres mil?!!» «Por cabeza, muchachito.» «Es que… no tenemos tanto. Trabajamos en la mina…» «¿En la mina? Eso debe de ser muy oscuro.» «Oscuro, triste y peligroso», subrayó el joven, intentando que la chica se apiadara de ellos. «Entonces, ¿por qué regateáis el precio de un polvo que os hará a los dos felices y luminosos?» «¡Anda! Si tuviéramos dinero, te daríamos lo que nos pidieras…» «Bueno, niños, vamos a lo que vamos. Sois muy lindos; sí, los dos. A mí no me gustan los numeritos, me parecen una guarrería, pero por esta vez, vale; os propongo un trato: os rebajo mil a cada uno y sólo os cobro una habitación. Por mí, no hay problema.» «Pero ¿cómo vamos a hacerlo?», preguntó el joven, sin entender cómo iban a apañárselas. «Tengo dos agujeros, cariño», contestó la hostia enlutada. «Me encanta que me los taponen los dos a la vez. No temáis, estoy limpia como una patena.» «Vale…», murmuró el joven. Y recordó: «Algunos llaman a eso hacer un trío». Un escalofrío inédito le recorrió la columna vertebral: ¡había aventura a la vista! Siguieron a la mujer hasta un

edificio medio en ruinas, subieron por una escalera que chirriaba, recorrieron un pasillo que se tambaleaba como la pasarela de un barco. Él caminaba deprisa, con ganas de llegar a la habitación, como un animal en celo. A Fermín lo tenía que arrastrar, las rodillas le flaqueaban en cada peldaño, a cada paso… No recuerda cómo era el cuarto; de la carne blanca de la mujer sólo le queda en la memoria un rastro luminoso; sin embargo, conserva intacto el recuerdo vivo del cuerpo desnudo de Fermín, completamente desnudo por primera vez, sin camisa, sin calzoncillos, despojado del bañador que se ponía para ir al río: su cuerpo de dieciocho años acariciado por manos femeninas con la eficacia propia del oficio. Y ese cuerpo respondió «presente» sin tardanza. El joven recuerda sus celos repentinos: ¡alguien que no era él empalmaba a Fermín! Maldijo a esos tíos con los que jugaba a las cartas, pues no soportaba que otras manos distintas de las suyas trajinaran el cuerpo del chico. Penetraba salvajemente a la mujer por detrás y mantenía la vista puesta en el rostro de Fermín. Fermín, ángel asombrado, dando su sexo al sexo femenino. El joven pensó en hacerles daño. Un daño profundo. Todo el daño del mundo. Obligó a la mujer a que se colocara entre sus dos cuerpos, pero al bies, conservando cerca del suyo el rostro de Fermín, con los ojos entreabiertos. ¿Se estaba adormilando o despertando? Temió no poder adivinar lo que sentía el chico y se puso furioso. Loco. Embestía más fuerte las entrañas de la mujer, que gritaba: «¡Para, para! ¡Me haces daño, joder!» «¡Me da igual!», gruñó, «¡para eso te pago!». Su mirada vigilaba la boca de Fermín, que se infantilizaba al acercarse el orgasmo. Pero el jodido chico no articulaba palabra. «¿Ya?», le preguntó; «dime, ¿ya?». Y el chico seguía mudo. Tomó en su boca los labios de Fermín en el momento en que el goce les llegó. Se corrieron a la vez. La prostituta se deslizó de entre sus cuerpos y desapareció. Ellos permanecieron abrazados, acunados por la somnolencia y el silencio. Uno en los brazos del otro el resto de la noche.

Eso es lo que la vida le había robado: la presencia de Fermín en la intimidad de su carne, y la sonrisa de su hijo; la jodida vida, que no regala casi nada, salvo traiciones. O fracasos. Y luego, te suelta. Y te embarcas en el aciago navío de la miseria, lleno de ratas y mentes retorcidas. ¡Como los barcos fantasma de las pesadillas!

No, eso no lo quiere, ya no. Le gustaría poder decir: «Lo borro todo». Y borrarlo. De un plumazo.

La tarde cae. No se da cuenta. Camina sin rumbo. Como si se estuviera paseando entre la multitud de viandantes que llena las amplias aceras. Mira sin ver. La felicidad arrancada a su memoria es su única compañía. Desde lo más hondo, le va naciendo un arrebato de deseo: lleva por nombre Fermín o María, dependiendo del cuerpo sobre el que caen sus ojos, sin detenerse en ninguno de ellos. Luego, la

súbita ternura hacia el niño, que perdió de vista hace tiempo y crece sin él. Esperemos que no reaccione como los perrillos separados de la camada que, más tarde, le ladran a su propia madre.

Toma la avenida que une la plaza de Oriente con la iglesia de San Francisco el Grande. Un río de coches circula en ambos sentidos. Los cláxones que se cruzan parecen organizar una zarabanda. Todos los días igual. Camina despacio. Sus pasos no saben si dirigirse al este o al oeste. ¡Qué más da! Sus pasos no van a ningún sitio, no vienen de ningún sitio, transforman en desierto el camino que pisan.

Él no es consciente de ello. Su respiración de convaleciente se adapta al ritmo lento de sus pasos. Sigue andando. Llega al viaducto. El río de coches, que parece haber disminuido, va por encima del otro río de vehículos que, bajo el Puente de los Suicidas, se alarga hacia el este. Al fondo, el sol se va apagando. Lo contempla. Lo ve desaparecer poco a poco detrás de los árboles. Robles y pinos bordean de verde oscuro las torres, a las afueras de la ciudad. Un incendio salvaje precede al ocaso del astro rey. Tierra y cielo se incendian. Fuego apocalíptico del crepúsculo. Mira hacia abajo. ¿Qué distancia habrá desde ahí hasta el río de coches que brilla bajo los arcos? ¿Cincuenta metros? ¿Cien? Poco importa. Suficiente, en todo caso, para echarse a volar. Y rebasa el pretil. ¡Joder, cómo amaba la vida! Pero no quiere contaminar con su muerte el cuchitril de doña Ramona. Ni la vida de María. Ni la de su hijo. Es en lo único que piensa. «¡Fermín, ya voy!» Sus últimas palabras. Entreabre los labios. Quizás sea necesaria una sonrisa para entrar en la muerte por la puerta grande. Y se tira, emprende el vuelo, ya no es un arrodillado. Cuando cae al vacío, el deseo de resurrección le ilumina el rostro.

EL HOMBRE ARRODILLADO
DE AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE
ESTA PRIMERA EDICIÓN SETERMINÓ DE IMPRIMIR EN
NOVIEMBRE 2023 EN MADRID
POR COFAS ARTES GRÁFICAS